

ENTRE TUS SOMBRAS

GEMMA GARCÍA VEIGA



Entre tus sombras

Gemma García Veiga

Título original: Entre tus sombras
Segunda edición: Octubre 2019
©2019, Gemma García Veiga
©2019, Independently published

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Epílogo.](#)

A mi padre

Prólogo

22:30h. 3 de diciembre del 2019.Fresnedilla

Cuando Flora Horcajo cambió el turno a su compañera, no se acordó lo pronto que anochece en diciembre y lo mala que es la carretera desde Talavera hasta su casa en Higuera de las Dueñas. Antes de subir al coche miró hacia un cielo encapotado y buscó los destellos de la luna que se escondía tras oscuras nubes de lluvia. El ronroneo del Toyota al arrancar le recordó que, por mucho que demorase la marcha, los miedos no desaparecen, se hacen más fuertes pues se alimentan de la indecisión, de la negatividad, de la poca valía y de la sensación de imposibilidad. Cogió con fuerza el volante para evitar el temblor de las manos y cual mantra repitió las frases aprendidas en tantas consultas psiquiátricas: «Soy una mujer valiente, tengo coraje, nada temo». Ella estuvo una vez «loca», se lo repetía como un castigo, sufrió un desequilibrio mental que la sumió en alucinaciones y comportamientos absurdos, así que ahuyentó con la mano aquellos pensamientos y se concentró en conducir.

—Flora Horcajo, llegarás a casa para dar de comer a esa gata okupa y te acostarás en la cama para mañana a primera hora presentarte de nuevo en tu puesto de trabajo —dijo esto con voz autoritaria y tomó la carretera CM 5001, con sus curvas cerradas, sin arcén y con socavones.

Nadie comprendió por qué se fue a vivir tan lejos y rompió con todo para comenzar de cero, por eso no dudaron de su «locura» y sus largas bajas médicas. «Antes o después, perdemos a un ser querido y no por eso vendemos nuestra casa, ni regalamos los muebles», le decían. Flora cansada de que cada mañana le recordasen aquellos vecinos solícitos que era viuda y agotada de los amigos que se obstinaban en no dejarla pasar el luto como ella quería, rompió con todo. Llegó la depresión arrasando con lo poco que quedaba en pie de ella misma. Después la decisión, la vida continuaba, los sueños y deseos en pareja habían muerto con su marido, le gustase o no, debía de continuar, pero lejos de todo lo que le recordarse a él.

El piso que compartieron en el centro de Talavera era un cúmulo de recuerdos, pero los malos de los últimos meses pesaban más que los buenos de años de amistad y compañía. Un matrimonio que distaba mucho de ser un cuento de hadas, un hombre con un fuerte temperamento que lo compensó con optimismo y energía desbordante, ella no estaba ni desilusionada ni descontenta, pues tenía seguridad y compromiso, más de lo que tuvo su madre con su padre que las abandonó cuando ella era una niña de cuatro años, *El amor no era una fórmula mágica*. Tampoco fueron bendecidos con un hijo y sumió la relación en continuos altibajos. Pero lo que nunca perdieron fue la amistad forjada en el instituto y el deseo de estar siempre juntos, los mejores compañeros: compartían aficiones y el gusto por la buena comida. Añoraba las horas en la cocina, pelando verduras mientras bebían una copa de vino de la bodega de Alberto Ayuso. «¡¿Qué más podemos pedir, Flora?!» decía al descorchar una botella. *Que hubiese durado más años*, pensó mientras respiraba profundamente enfilando el último tramo de la carretera. Por eso aquella casa supuso la salvación. Era un nuevo capítulo sin memoria ni ataduras.

En cuanto viese el cartel oxidado que daba la bienvenida a la provincia de Ávila las

posibilidades de éxito aumentarían un cien por cien. Allí estaba, desconchado y ladeado. Saludó con la mano el cartel y se distrajo unos segundos, entre los árboles le pareció apreciar un destello de unos faros. Era una finca mal cuidada, con tramos donde el muro había desaparecido y en otros la valla se enredaba en moreras y arbustos. Fue tan fugaz que ni creyó realmente haberlo visto, era imposible que alguien anduviera por aquellos caminos de arena sin una luz fija. Centró la mirada en la carretera, divagando en pensamientos erráticos, no era soñar despierta pues planificó la cena y la comida del día siguiente, automatizando las actividades para desprenderse de ellas. Dudaba entre la ensalada de endivias con anchoas o los restos de puré de la comida de ayer. La gata preferiría las anchoas antes que el puré, aunque era más de pollo y ternera, *una gata con algún gen de perro*, rio ante tal conclusión.

Aquel animalillo apareció un año después de que ella se instalara. Una criatura escurridiza y asustadiza que no dudaba en ponerse en la ventana de la cocina pidiendo comida, pero no permitía que la domesticasen privándola de su tan ansiada libertad. Durmió bajo su techo un invierno que el monte se cubrió de nieve y el viento no dejó de rugir, haciendo impracticable caminar por la calle, pero en cuanto el primer rayo de sol entró por la persiana entreabierta, saltó sobre la encimera y le dedicó una mirada larga antes de salir tranquilamente perdiéndose monte arriba.

La esperaba inquieta cuando se retrasaba en sus comidas, la actitud de cualquier padre educando a un adolescente, así se sentía, como una madre con una hija caprichosa. Aquella gata era su única familia, su compañía. Recuerda cuando una primavera se quedó preñada y a sus cincuenta y cuatro años se convirtió en abuela. Un parto largo y complicado, el conflicto de sentimientos fue una montaña rusa en una cabeza no del todo curada. Los cuatros cachorros fueron mucho alboroto para una vida de retiro. Ninguno de ellos tenía la elegancia de la madre ni sus buenos modales, eran alocados y juguetones, dando veracidad a la frase: «La curiosidad mató al gato». Les buscó un hogar responsable y los dio en adopción. Después de aquello tuvo miedo por la gata y por ella misma, la llevó al veterinario, la castró y registró a su nombre con el vago deseo de que siempre pudiera regresar a casa si se perdía.

Una reacción automática, involuntaria, ante la presencia de otro coche la llevó a dar un volantazo y sacarla de golpe de los recuerdos. Por el rabillo del ojo vio acercarse a gran velocidad lo que parecía un enorme todo terreno, con las luces apagadas y derrapando por el camino de piedra de aquella finca con el muro y la valla descuidados. Salió por su derecha y enfiló la carretera camino de Fresnedillas. Fue un roce leve, pero lo suficiente como para que el Toyota perdiera el control y terminara en la cuneta. Se golpeó la cabeza contra el cristal de la ventanilla y se abrió una brecha en la sien izquierda, saltaron los airbags que le golpearon la nariz, un hilillo de sangre fino cayó hacia los labios y el sabor a hierro la asustó.

Se quitó el cinturón de seguridad, abrió la puerta y dejó caer su cuerpo a la tierra húmeda. Flora palpó la frente dolorida, intentando recordar qué había sucedido. No quería caer de nuevo en el miedo incontrolado y luego en la ansiedad, debía tranquilizarse, pero cuanto más lo pensaba peores resultados obtenía. La sangre seguía cayendo por su cara: cálida y pegajosa, sentía cómo su cuerpo se desvanecía. Le pareció escuchar a lo lejos unas sirenas que se acercaban a gran velocidad, imposible que vinieran por ella y su accidente, pero *la providencia no siempre está en contra de una*. Lo siguiente que sintió fue una mano fría sobre la frente y una ligera presión sobre el pecho, palpando las costillas y el cuello en busca de algún daño ocasionado por la colisión. También le llegaban gritos de gente y ladridos de perros entre la arboleda cercana que animaban a una búsqueda desesperada.

Flora estaba confusa, por unos minutos pensó que estaba muerta y aquellos hombres buscaban al otro lado su cuerpo maltrecho... *¿Y si aquello que sentía fuera su alma desconcertada?, entonces, ¿por qué sentía la mano de aquel sanitario sobre su herida abierta, ejerciendo presión para cortar la hemorragia?*

Un rápido vendaje en la cabeza y un vaso de agua con un paracetamol eran los últimos cuidados que iba a recibir, un grito en lo más profundo de la finca puso a todos los que la rodeaban en guardia. El sanitario salió a la carrera junto con otros dos que se apearon de una ambulancia aparcada a escasos dos metros de donde ella seguía tumbada.

Flora se incorporó con la ayuda de una joven guardia civil que la miraba con interés. Caminaron despacio hacia un grupo que se movía inquieto, gritando órdenes. Se apoyó en uno de los coches de la guardia civil que estaban cortando la CM 5001 y sin desearlo ni pretenderlo escuchó retazos sueltos de todas las conversaciones.

Habían encontrado a la mujer y aunque estaba viva su pronóstico era grave. Flora no pudo evitar mirar hacia donde brillaba una intensa luz y se veían sombras moverse de un lado a otro, *¿allí había una mujer?* Aquel despliegue no era por ella. Un hombre vestido con traje oscuro y con actitud hosca se acercó seguido por dos guardias civiles. Se presentó como Antonio Expósito, no le dijo que cargo ostentaba en la Guardia Civil, pero todos le rendían respeto y obediencia. Le preguntó primero quién era ella, aunque ya lo sabía, pues la llamó por su nombre «Señora Horcajo». Conocía de dónde venía y hacia dónde se dirigía, pero se lo preguntó igualmente. Flora iba contestando con miedo. A pesar de ser una conversación mundana y no un interrogatorio, los nervios hicieron acto de presencia y empezó a sudar, le temblaba la voz y un rubor incontrolado cubrió sus mejillas. Se sentía ante aquel hombre vulnerable e insegura. La situación se le antojó desagradable a pesar de la sonrisa constante y la voz calmada de Antonio. «¿Qué ha visto?», le preguntó. Relató los acontecimientos e incluso lo que creyó ver por el rabillo del ojo, aunque no estaba segura a ciencia cierta, pero también le pidió que especulase sobre los hechos, aquello le extrañó, pero lo intentó sin mucho éxito, no era mujer con mente creativa. Después de media hora de conversación y un protagonismo incómodo, con un escrutinio a sus gestos y movimientos, la dejaron sola por unos minutos siempre custodiada por la joven. Un silencio cayó plomizo en la arboleda por donde se adentró Antonio Expósito.

Al cabo del rato, sin poder precisar el tiempo, se acercó otro agente, de unos cuarenta y cinco años, alto y bien parecido, que le recordó a su marido. «La vamos a llevar a casa», habló por primera vez la joven cogiéndola del brazo y la dirigió hacia el coche más alejado. Flora miró su reloj de pulsera al tomar asiento y se sorprendió lo tarde que era, las doce de la noche del 3 de diciembre, la gatita estaría maullando desconsolada en la ventana.

Por la ventanilla trasera observó su coche tirado en la cuneta, la voz barítónica del guardia civil da la respuesta antes si quiera de formular la pregunta, «Nosotros nos encargamos». Pero algo en la mirada esquiva de la joven le hizo saber que en aquella amabilidad había un deseo más profundo y oscuro que el de ayudar a una señora que rozaba los sesenta años.

Alejandra Casada observa la escena desde su vehículo, *Lo sabré yo*, piensa mientras ve a Daniel recopilando información, *llegamos tarde. Somos peones, una pieza menor del ajedrez, que avanza por el tablero sin poder retroceder, con paso lento nos dirigimos como señuelos a una captura que nos lleva a la muerte.*

Capítulo 1

3:00h. 4 de diciembre del 2019. Sotillo de la Adrada

La ansiedad nocturna no conoce de horarios, por eso Rogelio Martínez dilata la hora de acostarse en la cama, siente pánico ante la idea de irse a dormir, regresará la agitación, escuchará las campanadas de la iglesia mientras da vueltas y vueltas en la cama. Los niveles de estrés están al rojo, el agotamiento es máximo tras gritos y castigos, por los juegos y riñas incansables de sus dos hijos, que duermen, por fin, en la habitación. Quince días sin verlos y la añoranza de todo ese tiempo se disipó en las tres primeras horas de peleas e insultos, cualquier motivo es bueno para empezar una batalla campal que termina con llantos y algún chichón sin mayor importancia. Rogelio se dejó caer en el sofá del salón frente a la chimenea casi apagada, la observó desde lejos y el vago intento por levantarse para meter otros dos troncos, fue ahogado por el cojín en el que reposó cinco segundos la cabeza antes de sumirse en un sueño liviano y estresante. Los golpes incesantes en la puerta le sobresaltaron, miró el reloj de pared antes de dirigirse con paso vacilante a abrir, «Las 3 de la madrugada, ¡nada bueno!»». Los malos pensamientos se confirmaron cuando a través de la mirilla vio dos guardias civiles.

—¿Rogelio Martínez? —Tembló al escuchar su nombre, no sabía si por temor a la desgracia o al frío de la noche. Les invitó a pasar mientras afirmaba cabizbajo—. Sabemos que trabaja en el registro de la propiedad y que lleva la zona de Fresnedilla.

—Y también Sotillo, la Adrada... —Estaba orgulloso del trabajo que realizaba, de la responsabilidad y no le gustó que mermaran los pocos logros que tenía. El guardia civil le interrumpió con delicadeza.

—Ya, ya..., pero eso no nos interesa, discúlpenos. Queremos saber de quién es una determinada finca. —Rogelio miró con suspicacia. Toda aquella información estaba en los archivos y también en internet, no hacía falta acudir a su casa a esas horas de la madrugada—. Pertenece a una empresa, ya lo hemos comprobado. —El mayor de los dos guardias civiles tendió sobre la mesa del comedor un plano del catastro y señaló con el dedo—. Deseamos saber si recuerda a la persona o personas que no hace más de dos meses acudieron a usted para solventar cierto trámite legal.

—Bueno... —Un escalofrío recorrió su espalda. Aceptar los chanchullos de la inmobiliaria de su cuñado a largo plazo le traería problemas, pero siempre esperó que el tiempo fuera lo suficientemente largo como para borrar las huellas. *¡Mala stampa la suya!*, pensó.

La finca a la que se referían se vendió a un hombre extraño y mal encarado que dio miles de problemas legales y negativas constante para presentar la documentación correctamente cumplimentada y en el día correspondiente. Era descuidado en las fechas y en los nombres, tan pronto escribía su apellido con *V* como con *B*, se dio cuenta que algo no encajaba y se lo advirtió a su cuñado, pero éste le animó a hacer la vista gorda, «Paga bien, se acabarán tus problemas económicos». Rogelio no podía dejar escapar ni un céntimo, su exmujer no permitía ni un día de retraso en la manutención. Falsificó algún documento, de esos que no tiene importancia alguna,

aunque ahora viendo en su salón a aquellos dos guardias civiles no estaba tan seguro de que la cantidad cobrada por falsear la firma y aceptar una fotocopia del DNI emborronada y nada legible sin original alguno iba a compensar el dinero recibido.

—Recuerdo al hombre en cuestión —dijo al fin, tras valorar la idea de salir esposado esa noche camino de la cárcel de Ávila, quizá la cooperación voluntaria le sirviera de algo frente al juez. Perdería la custodia en cuanto llamase a su ex, pero era mejor eso que pudrirse entre rejas por la codicia de su cuñado y un poco de la suya. Tragó saliva y continuó—. Era mal educado y grosero, una persona sin muchos estudios, yo diría que sin ellos.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó el más joven. Rogelio asintió. El joven cogió dos leños de la cesta y abrió el casete de la chimenea, los colocó y avivó el fuego—. La noche va a ser muy larga y no hay razón para que sea incómoda.

—Claro. —«La noche va a ser muy larga». No sabía muy bien por qué, pero aquellos dos hombres no terminaban de caerle bien. Eran simpáticos, pero algo fallaba o no conectaban—. Como les decía... no era español, su forma de hablar y el desconocimiento de nuestros dichos populares me dieron esa sensación, quizá lo fuera de padres, pero no fue criado aquí, seguro. Tenía unas manos muy curtidas por el trabajo duro, no creo que en el campo pues no distinguía un peral de un manzano y no le veía muy puesto en labranza... Sí que entendía de coches y motores, quizá fuera mecánico, pero tanto dinero para un hombre como ese, era muy sospechoso. —Aquello era una declaración *mea culpa*, no era trigo limpio y a pesar de eso lo dejó pasar, difícil lo iba a tener su cuñado que aceptó grandes cantidades de dinero en efectivo sin pestañear, la finca la vendió a toca teja y por un valor muy por encima de lo escriturado—. Su forma de vestir también era curiosa, desfasada... no entiendo mucho de moda, pero era una ropa antigua, de mercadillo de segunda mano, casi de indigente. Físicamente era muy anodino, como cualquiera del pueblo, moreno con muchas canas, barba descuidada y mal recortada, como con cuchillo más que con tijeras, gafas de culo de botella, muchas arrugas, diría que tenía los ojos marrones... No crea que puedo precisar mucho más. Era un hombre al que no prestas mucha atención porque mirarle no es agradable, por su aspecto más que por su fealdad. Tenía un andar lento, algún tipo de dolencia de espalda, le costaba sentarse y mucha más levantarse. —Rogelio pensó en silencio durante un buen rato, pero no encontraba nada más que añadir.

—¿Cuántas veces le vio? —preguntó el mayor. El joven se levantó y miró aquí y allá, tocando una cosa y enderezando otra, era como cualquiera de sus hijos—. ¿Habló con él por teléfono? —Un brillo en los ojos de Rogelio fue suficiente para que el guardia civil supiera que aquel hombre era de mente olvidadiza.

—No muchas, dos o tres veces... Tenía su número de teléfono y hablábamos muy a menudo, sobre todo los últimos días... —Suspiró—. Lo cierto es que siempre llamaba yo, pero nunca me cogía el teléfono, a los veinte o treinta minutos me devolvía la llamada... —Rogelio pareció perdido en sus pensamientos—. Hubo un día que me contestó otro hombre... —Aquello interesó a los agentes—, el hombre en cuestión estaba enfadado, contestó con un «¡Ahora qué sucede!» bastante elevado, pero con una correcta pronunciación, el que yo conocía de siempre habría dicho algo así como «Zuced». Pregunté por Julio Blázquez y colgó, luego me llamó él e intentó sacarme de mi error, la mala cobertura... bla, bla... Ya me entienden. No puedo decirles mucho más, si alguien puede añadir más luz sobre este tema es el Notario y mi cuñado. — No caería solo.

—¿En qué piensa? —Era la primera vez que el joven parecía atento a la charla.

—No nada, bobadas mías...

—Sabemos que firmó documentación en nombre de Julio Blázquez y que el DNI que adjunta en

la carpeta del archivo es falso, no existe ni ese nombre ni esa dirección ni nada de lo que es legible en ese papel arrugado y sucio que sólo tiene sus huellas dactilares. —Rogelio no daba crédito a lo que en menos de un segundo había soltado el joven por la boca. Habían estado en el registro en busca de la carpeta y eran las tres de la madrugada, habían comprobado los datos, la firma y el DNI, lo sabían todo y todavía estaba sentado en su sofá sin esposas en las muñecas. Miró asustado al techo, traspasando con la vista el suelo de hormigón y centrándose en las dos camas que sobre su cabeza tenía y donde dormían un sueño sosegado y dulce sus dos hijos.

—No se preocupe por ellos, mañana al despertar todo seguirá igual. —Leían la mente como un libro abierto—. El Notario murió en un aparatoso accidente de tráfico dos días después de la firma de la escritura.

—¡Dios mío! —Se puso en pie y paseó de un lado a otro de la habitación—. El notario sospechaba que algo no estaba del todo claro, me hizo buscar documentación sobre la propiedad de la finca en años anteriores y también comprobar los datos de la nueva... —*Pero no lo hice porque mi cuñado me apremiaba y el dinero quemaba en las manos sin tenerlo, falsifiqué cuatro cosillas y el notario recibió la documentación falsa perfectamente sellada.*

—Nos está intentando decir qué esa propiedad está registrada desde hace años a...

—A personas inexistentes. Fue hasta donde yo logré averiguar..., luego...

—Su cuñado le apremió a mirar a otro lado y olvidar el tema lo antes posible para cobrar los doce mil euros usted y los veinte mil él. —Su asombro fue tan visible que el guardia civil mayor sonrió triunfal al observar que la bomba que lanzaba hacía explosión en el centro de la cabeza de Rogelio.

—No me puedo creer que mi propio cuñado me engañara con el dinero, me dijo que cobrábamos a partes iguales.

—Pasa en las mejores familias. ¿No llegó a ver en la finca a nadie más? Sabemos que el notario mandó que la midiesen, desconocemos el motivo, pero le inquietaba.

—Se presentó una mañana un muchacho del catastro, amigo de un amigo del notario y como bien dice, quería medir la finca y limitar los límites correctamente. Nos fuimos a primera hora, dejamos el coche aparcado en la entrada junto a un todoterreno inmenso, de esos americanos que están tan de moda, un cochazo de los buenos... —Se frotó el pelo canoso que le nacía en la nuca—. No vimos a nadie durante horas. Anduvo midiendo el cercado y la anchura del riachuelo, también contó los árboles que limitan con las otras fincas y no sé cuántas cosas más, yo andaba tras él despistado y cansado de la puñetera finca, que no dejaba de dar trabajo y más trabajo. Me quedé muy retirado, cogiendo almendras, son amargas, pero obtienes un aceite al machacarlas que es bueno para las pieles con soriasis y yo tenía un brote por aquella época bastante virulento y aunque tomo mis medicinas, los remedios de la abuela son muchas veces los más sanos.

—Interesante. —A Rogelio le sonó a burla.

—Al levantar la vista, el muchacho charlaba con un hombre muy bien vestido, no puedo asegurar la edad ni como era porque en cuanto me acerqué, se despidió y salió a buen paso. Era una persona atlética, no me refiero a profesional del deporte, sino a alguien que lo practica como hobby y asiduamente. —Un nuevo silencio y el engranaje mental de Rogelio se puso en marcha en busca de un nombre que no recordaba, aunque tenía en la punta de la lengua—. No tengo claro el nombre, pero se apellidaba Monzón, reímos un poco sobre la mala leche de su apellido..., una bobada sin interés.

—Ángel Monzón, murió en accidente de tráfico cuando su moto salió disparada y se degolló con los guardarraíles de la M 501 a la altura de La Adrada, una semana después de estar con

usted.

—¿No pensará que yo tengo algo que ver con tanto accidente?

—¿Tiene algo que ver? —Rogelio negó— Nosotros le creemos, pero no podemos dejar de lado las coincidencias de la vida: dos personas mueren en accidente mientras investigan sobre una finca en Fresnedilla.

Seguía pensando que aquellos dos guardias civiles tenían un interés oculto más lejos de descubrir quién era el dueño de la finca, pero tras dos horas de conversación se despidieron sin llevarle preso. A la mañana siguiente, Rogelio se presentó en su trabajo sin relatar a nadie lo sucedido esa madrugada, llamó varias veces a su cuñado, pero su móvil permanecía apagado o fuera de cobertura. Debía anticiparse, buscó en los archivos una serie de imágenes de la finca que en su día solicitó. No se sorprendió cuando a media mañana, salió a tomar café y se encontró a los dos guardias civiles esperándole apoyados en su vehículo.

—¿De dónde las ha obtenido? —preguntó el más joven, Samuel. No recordaba el apellido, ya en la puerta y deseando que salieran de su casa tras tanto dar vueltas sobre lo mismo una y otra vez, sin aportar nada nuevo, ambos agentes le dieron su nombre: Tomás y Samuel.

—Hay un fotógrafo en Piedralaves que está haciendo un libro de imágenes tomadas por drones que se llamará *Ávila y sus pueblos desde las nubes*.

—Es interesante Rogelio, nos ha sorprendido muy gratamente, hasta ahora todo lo que nos decía corroboraba lo que sabíamos —dijo Tomás. Samuel mira detrás de la fotografía donde se ve impreso el nombre del fotógrafo y se aleja unos pasos y llama por el móvil— ¿Sabe cada cuánto tiempo fotografía esta zona?

—Frecuentemente, yo diría que a diario. —Rogelio está dispuesto a colaborar en lo que sea que se investigue, con tal de que omitan su delito con los documentos falsificados—. Sus drones vuelan continuamente por esta zona. — Samuel regresaba cabizbajo.

—Llevan desaparecidos él y su novia un mes. La madre de ella declaró que no se han fugado, que algo malo les ha sucedido. —Tomás parecía distraído observando el vuelo algo torpe de un mirlo.

—Rogelio, sabe dónde está la casa de... —Coge la hoja arrugada que le tiende Samuel—, Gonzalo Cifuentes. La de Fresnedilla, no la de Piedralaves.

—No exactamente, pero sí más o menos...

—Con el más o menos nos vale. Avisa dónde vamos —ordena Tomás a Samuel—. Rogelio después de usted.

Capítulo 2

12:00h. 4 de diciembre del 2019. Fresnedilla

Rogelio no erró ni un milímetro en dar con las tierras que tenía Gonzalo Cifuentes, lo que desconocía era las hectáreas que ocupaba y dónde podía estar la casa. Parados los tres ante la puerta de hierro oxidada, observaban la maraña de moreras y arbustos que dificultaban el acceso por un camino pedregoso.

—Se ven los surcos hechos por la rodada continua de un vehículo, pero lleva tiempo sin circular un coche por este terreno. Las malas hierbas se adueñan de todo a su paso. —dijo Samuel. Aquello era una selva rural impracticable: las moreras, altas como árboles; los almendros, olivos y encinos que no conocían poda alguna; incluso los cardos borriqueros tendrían cincuenta centímetros de alto.

—En un momento estaremos dentro. —Tomás miró hacia la carretera al escuchar el sonido de dos vehículos que se acercaban a gran velocidad. Tenían las ventanillas tintadas y sin matrícula, en su lugar unas siglas que para Rogelio no tenían ningún significado, «CIC».

—¿Qué es CIC? —preguntó a Samuel cuando se quedaron solos.

—Centro de Investigación sin Control Gubernamental. —Y se alejó sin dar más explicaciones. Aquellas siglas eran un disparate, una broma del joven, resolvió Rogelio, *es mejor no preguntar para que no se burlen de uno*.

Llegó un tercer coche. Con su aparición la actitud desenfadada de todos sufrió un cambio que fue captada hasta por el mismo Rogelio, hombre despistado para las señales más evidentes; un año como «marido consentidor» hasta que la inocencia de su hijo le sacó del engaño. No era miedo, sino respeto lo que vio en todos ellos. Del vehículo se apeó un hombre de complexión fuerte, con una altura muy superior a la media, vestido con un elegante traje negro y unas gafas de sol oscuras. Abrió la puerta del asiento de atrás por donde bajó una mujer morena y delgada, vestida con traje chaqueta y unos zapatos de tacón nada adecuados para aquellos caminos, hablaba por el móvil con un gesto de disgusto y contrariedad. El hombre alto se acercó a Tomás y Samuel y les tendió la mano, intercambiaron unas breves palabras y esperaron a que la mujer acabase. Se despistó durante unos segundos con el vuelo de una mariposa.

—Vivimos tan pendiente de lo insustancial, que lo verdaderamente importante de la vida se nos escapa. ¡Buenos días, Rogelio! —La mujer le tendió una mano de piel blanca y suave, pero con una presión firme, *una personalidad regia, decidida*, pensó Rogelio mientras observaba lo hermosa que era. Bonitos ojos verdes, labios sonrosados, todo ello enmarcado por una melena suelta y lisa de un color negro intenso, nunca vio un tono tan oscuro con reflejos azules— Gracias por su colaboración, esta pista que nos ha proporcionado es de vital importancia para nuestra investigación. Pero se preguntará, por qué este repentino interés por las tierras de Fresnedilla. —La mujer miró a su alrededor como valorando unos terrenos para su compra—. Estos campos son hermosos, por cierto. Como bien sabe, en la política se malversan los fondos públicos y hemos

descubierto una serie de estafas millonarias a este respecto. Como en este caso que nos ocupa, fincas pagadas con el dinero de todos a nombres de empresas fantasmas o personas de paja. Nuestra misión es recuperar ese dinero para los españoles.

—Entiendo... —Su voz era delicada y su firmeza recordaba a Rogelio a los mítines de las elecciones, *será alguna ministra nueva*, tampoco es que la política le interesase mucho, *todos de la misma calaña*, se desengañó con aquel pensamiento. Nada de aquello daba sentido al interés repentino por un fotógrafo, pero dejó correr el agua para que no salpicara en exceso.

—Mi nombre es Alejandra Casado. —Desvió la mirada de nuevo sobre el paisaje—. Este lugar me encanta.

Cuando Rogelio se giró para centrarse de nuevo en ella, sus ojos verdes le miraban fijamente, analizando sus pecados o los delitos que le habían llevado a aquella situación, se sintió incómodo ante tan profundo examen. Alejandra se acercó al grupo que aguardaba ante la reja ya preparados. Durante el tiempo que él estuvo absorto en ella, los hombres que llegaron tras ellos se habían vestido con monos blancos, calzaban botas del mismo color y sujetaban grandes cajas de herramientas, parecían inquietos por entrar. Les dio órdenes muy concretas a los dos primeros, señalando hacia el norte, y la misma operación con los siguientes seis hombres, dirigiéndoles a diferentes puntos de la finca.

—Ahora toca esperar, esta tarea es muy pesada, pero no vea lo fructífera que resulta cuando se hace con esmero. —Rogelio asintió sin comprender nada, *¿no sería más fácil buscar la casa, llamar a la puerta y preguntar al muchacho, lo que fuera que buscasen en las fotos?*

El móvil de Rogelio sonó y Alejandra le animó a contestar. Desde que ella estaba presente los otros policías se habían vuelto invisible, observaban sin emitir un solo ruido, igual que el hombre alto. Las primeras frases resultaron incomprensibles ante el barullo de palabras sueltas e inconexas que salían por la boca de su hermana, «Sosiégate, y repite despacio». Aquello debió molestarla porque le colgó al instante.

—¿Era urgente? —preguntó Alejandra—. Mis hombres le acompañan a casa, si lo cree necesario. —Tanta amabilidad seguía saltando sus alarmas, en todo aquello veía una manipulación cuyo alcance se escapaba a su entendimiento.

—Mi hermana está preocupada..., pero no la oía bien. —aclaró.

—Yo puedo arrojar luz sobre eso. —Se colocó las gafas negras y se aproximó un poco más a Rogelio sin invadir su espacio vital, pero él se sintió incómodo y cohibido. Alejandra había impuesto el uso de las gafas de sol a todo su grupo como una herramienta, no como un mero complemento, *generan desconfianza, descolocan y de eso nos aprovechamos*—. La misma noche que fuimos a su casa, nos acercamos a la de su cuñado, él es parte importante en nuestra investigación. Lo malo es que se fue de viaje, eso nos dijo su esposa, su hermana... La dirección del hostel que nos proporcionó no tiene ninguna reserva a su nombre y no hemos podido localizarle en estas horas que llevamos tras su pista. Sin intentar cizañar, registramos las cuentas de su cuñado y descubrimos que los veinte mil euros los sacó del banco un día antes de su viaje, no ha pagado nada con ninguna de las tarjetas que tiene y su coche no aparece registrado ni por los peajes ni en los párquines de ningún hotel, centro comercial o incluso hospital, tampoco su matrícula está en la base de datos de accidentes o taller legal. Sencillamente ha desaparecido.

—¡Vaya! Da miedo saber que nos tienen tan controlados.

—No se confunda, a mí hasta hace veinticuatro horas me importaba poco la existencia de su cuñado, su paradero o sus chanchullos con la inmobiliaria. Sin parecer grosera no tenía ni idea de quién era Rogelio Martínez. La vida da muchas vueltas y me alegro de estos giros, gracias a ellos

conozco a gente muy interesante, como usted. —*No, no...*, se repetía Rogelio nervioso, aquella mujer te atrapaba hacia una tela de araña y allí pegado e indefenso descuartizaba tu alma, fragmentando tu vida para observarla bajo un microscopio.

El teléfono móvil del hombre alto vibró, como odiaba Rogelio aquellas descargas inesperadas que le sobresaltaban en los peores momentos, y aunque no había sido el suyo, el efecto fue el mismo. Escuchó con atención, pero no logró captar nada, a los pocos segundos colgó, miró a Alejandra, entonces vio en los labios de ella dibujarse la contrariedad, asumir el fatídico desenlace de la noticia recibida.

—Bueno, señor Rogelio, no vamos a robarle más minutos de su vida y sobre todo ahora que sabemos la angustia que vive su desconsolada hermana. Tomás le acercará hasta donde usted le indique. —Le tendió la mano— Volveremos a vernos, ahora que nuestros caminos se han cruzado me temo que nuestra relación será más larga de lo que nunca se hubiera imaginado.

Capítulo 3

6 de diciembre del 2019. Higuera de las Dueñas

Flora llevaba dos días metida en la cama con una gripe estomacal que la estaba dejado más muerta que viva. Levantarse suponía sufrir espasmos musculares por la debilidad y escalofríos por la fiebre. Sentada en el retrete había observado por la ventana un coche de la guardia civil circulando despacio y sin poder confirmar sus sospechas parecía disminuir la velocidad al pasar junto a su puerta. Hasta seis veces le había visto, *¿cuántas otras habrán pasado estando en la cama?* Que hubiese reparado en aquel detalle, confirmaba que era demasiado descarado o esperaba que su presencia captara la atención de alguien, ella.

Lo más complicado de aquellos días de convalecencia era bajar para dar de comer a su gatita okupa, que esperaba impaciente en el alféizar de la ventana, pero ya no observaba el ir y venir de Flora por la cocina, estaba más interesada en los dos guardas forestales que realizaban tareas de poda y limpieza de matojos en pleno monte. Durante los años que llevaba en aquella casa, nunca se había topado con tanta actividad frente a su ventana, cuando no eran los guardas forestales, eran dos bomberos trazando líneas sobre un gran plano. Pero aquella mañana buscaba desesperada las gafas de lectura por el salón.

Sonó el timbre de la puerta. Se echó sobre los hombros una mantita color chocolate que reposaba en una de las sillas del comedor y salió por el largo pasillo colocándose los pantalones, algo retorcidos por tantas horas en cama. Pulsó el botón junto a la luz del pasillo, pero no escuchó la vibración que indicaba la apertura de la puerta de la calle, lo intentó dos veces más, pero el timbre recordó la impaciencia de los que esperaban fuera. Abrió y gritó un «¡ya voy!» sin mucho entusiasmo. Dos cabezas asomaron por encima de la valla, reconoció al momento a los agentes.

—Sentimos molestarla —dijo el hombre.

—No se preocupe. —Bajó los cuatro peldaños que llevaban a la puerta y con la llave abrió.

—No tiene muy buena cara. —dijo la joven— Veníamos a comunicarla que nos hemos ocupado de su coche y que nosotros mismos se lo devolveremos cuando terminen de examinarlo.

—No parecía que tuviese nada grave: algo de chapa y el espejo retrovisor, ¿qué van a examinar?

—No es más que rutina. Nos hemos comprometido y no estamos dispuestos a que le suceda algo porque alguien no hizo bien su trabajo. —La joven acompañó a Flora por el pasillo como si no fuera la primera visita—. Debe cuidarse un poco, se la ve muy delicada. —Flora asintió. Se sentía morir, deseaba que se fueran y regresar a la cama a dormir un par de horas más—. Mi nombre es Laura y mi compañero que se ha quedado fuera, es Raúl.

—Encantada Laura. —Flora siempre había dicho lo que pensaba y actuaba en consecuencia—. ¿Me están vigilando?

—¿Por? —Laura pareció sorprenderse.

—Hay un coche de la guardia civil que da vueltas por esta calle casi a diario, decelera cuando pasa junto a mi puerta. —Odiaba que la tomasen por tonta. Una de las cosas que aprendió de su

marido es a saber cuándo la mienten. *Responder con una pregunta es el tiempo que se necesita para buscar una excusa*—. También está el tema de los guardas forestales y los bomberos...

—¿De qué tiene miedo? —Laura tomó las manos de Flora entre las suyas. Los ojos de la joven se oscurecieron y se achinaron, dándole una apariencia de chacal.

—De nada, lo siento... Serán efectos de esta gripe que me está matando. Perdóneme. —Quiso zafarse de la sujeción, pero Laura fue firme y algo ruda.

—Todo lo que la preocupe nos interesa y si está en nuestra mano calmar sus nervios, no dude en decírmelo. —Soltó las manos temblorosas de Flora.

—¿Quién era la mujer que estaba en la finca? ¿Por qué no salió en las noticias? —Laura levantó la mirada por encima del hombro de Flora, ésta se giró para ver a Raúl apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Podría describirnos el coche que vio salir de la finca? —preguntó Raúl, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No entiendo mucho... —Flora se dio cuenta del cambio de tema, una forma de cubrir sin mentir.

—¿Lo reconocería si le enseñase unas fotos? —Laura era más conciliadora quería agradar.

—Podemos intentarlo... aunque estaba oscuro y no lo vi muy bien. —Raúl le tendió unas fotos. Flora señaló con algo de duda una de las imágenes— Fíjese, viendo las fotos, me he acordado de este detalle. —El dedo índice lo colocó sobre la rejilla del radiador y repasó su contorno con delicadeza—. El brillo de esta pieza llamó mi atención, fue como un destello... Por su volumen pensé que era un 4*4, pero era como este. —Flora se fijó en las iniciales que había escritas en bolígrafo en la esquina superior de la fotografía «R.M.».

—Es un Cadillac Escalade, —dijo Laura—, es la segunda persona que lo reconoce en menos de veinticuatro horas. —La expresión ceñuda de Raúl generó un malestar a Laura, hablar demasiado era malo en su profesión y ella había revelado más de lo que Flora necesitaba saber—. ¿Por qué cambió el turno ese día?

—Me lo pidió mi compañera. Necesitaba ir a psicoterapia. —Flora sabía lo duro que era pedir ayuda, el miedo que da revelar lo que te pasa y dónde acudes cada quince días. Vivir señalada y etiquetada: «Es una persona mentalmente desequilibrada».

—Usted es una mujer de rutinas, no cambia los turnos, le da miedo conducir por la noche... ¿Por qué se lo cambió precisamente a ella y ese día? —Parecía buscar la culpabilidad o la desconfianza en la declaración de Flora. Laura usaba la manipulación emocional para minar la integridad psicológica.

—Fue el día que me pidió, no puedo añadir nada más... Si acudió o no al médico lo desconozco. —Flora tragó saliva. Se sentía culpable, insegura de su actuación, responsable de no pasar antes por la finca y atrapar al conductor de Cadillac. Se la estaba atacando y minando la confianza que tenía en su compañera y en ella misma—. Y sobre el miedo... es cierto, no me gusta conducir de noche porque no veo con nitidez y esa carretera es una vergüenza para este país, una zona de Ávila con Talavera y parece más la ruta rural a una aldea cerrada en los picos de los Pirineos.

—¿Alguna vez vio a alguien salir de esa finca?

—Siempre hay tractores de un lado a otro, furgonetas y coches con remolque llevando heno a las reses, pero no puedo asegurar si he visto coche o camión o tractor salir o entrar en esa finca. Nunca me he fijado con tanto detalle, creo que ahora no podré evitar mirar hacia dentro con suspicacia.

—No queremos molestarla más. Estaremos en contacto... —dejó Raúl dilatar la frase, esperando algún tipo de reacción nerviosa en Flora que se limpiaba el moqueo incesante con un pañuelo de papel retorcido—, por el coche, por supuesto.

—Pero si necesita cualquier cosa, no dude en llamarnos. —Laura añadió aquello con una alegría algo fuera de lugar, pero Flora lo dejó estar, quería volver a la cama.

Ya en la puerta, Laura se enfrenta a la mirada de Flora.

—Tengo algo que es suyo. —Del bolsillo de la chaqueta sacó una funda de gafas. *¡Mis gafas!*, pensó Flora mirando por el rabillo del ojo hacia el salón, donde unos cajones estaban mal cerrados y otros abiertos, tras su búsqueda infructuosa—. Las encontraron en el suelo de su coche.

—Muchas gracias, las estaba buscando. Pero... juraría que estuve leyendo el prospecto del medicamento para ver la dosis... —Flora se frotó la frente febril.

—Regrese a la cama, está algo aturdida. —*La forma de abuso más corrosiva es que te tomen por loco.* Ya había transitado por aquel sendero, otros antes que aquella agente intentó confundir su criterio y hacer que dudase de lo ocurrido. Una estrategia de manipulación efectiva.

Flora esperó a ver alejarse el vehículo para cerrar la puerta con llave, echó el cerrojo y enganchó la cadena que llevaba sin poner desde el día que la colocó el cerrajero, quién le iba a decir que usaría su sistema de seguridad para protegerse de dos guardias civiles.

Capítulo 4

8 de diciembre del 2019. Talavera de la Reina

Las emociones negativas de Flora no mejoraban, la vuelta al trabajo no aportó tranquilidad a una cabeza que no deja de imaginar escenas macabras. Que los medios de comunicación no mencionaran lo sucedido en Fresnedilla la llevó a conspiraciones políticas y asesinatos escondidos por las fuerzas del orden. Se estaba volviendo loca. No podía contar a nadie lo sucedido aquella noche, sólo relatar el accidente como un despiste suyo, sin mencionar la finca, El Cadillac ni la mujer, se lo había recalcado Raúl con esa mirada felina, la que tiene el gato antes de atrapar al ratón. El no poder desahogarse la desquiciaba por momentos. La tristeza, la frustración y el enojo se hacían fuertes. Las necesitaba expresar, canalizar para que dejaran de hacerle daño y liberarse. Salió del trabajo con precipitación, sin recoger papeles ni terminar las tareas, su compañera la vio alejarse y se compadeció de su estado abatido.

Flora condujo todo lo rápido que permitía aquella carretera. Al llegar a la Real vio un alboroto algo inusual, muchos coches de la guardia civil y policía nacional, gente en corrillos con caras preocupadas y asustadas. Asoció el estado sombrío del pueblo a la presencia de la guardia civil, se habían convertido en pájaros de mal agüero, como la urraca que canta en la ventana presagiando el desastre. Nadie la paró y siguió su camino sin mirar a los lados para que no se percatasen de su presencia y la detuviesen para un interrogatorio donde se tergiversara hasta la última de sus palabras.

Llegando al fatídico punto donde su vida se complicó por estar en el lugar equivocado, en el momento menos propicio, dos coches de la guardia civil la adelantaron seguidos por una ambulancia y una furgoneta del Anatómico Forense de Madrid. Resopló con alivio sin comprender por qué había aguantado la respiración al escuchar la sirena. Sobrepasó la finca, ahora solitaria y más aterradora, cuando en la última curva que la acercaba a los campos de Fresnedilla, las sirenas y las luces giratorias de los vehículos estacionados en el arcén la alertaron de que de nuevo su vida se complicaba un poco más, disminuyó la velocidad antes de que un agente salido de las sombras le diera el alto.

Aquellos parajes durante años solitarios, estaban siendo invadidos por una especie humana muy diferente, parecían normales, pero algo en todos ellos era siniestro, Flora vio salir de una verja a unos hombres vestido con monos blancos y grandes cajas de herramientas, decidió mirar hacia otro lado y evitar complicaciones. Intentaba ser como el avestruz cuando unos golpes en la ventanilla la demostraron que no se puede huir del torbellino cerrando los ojos.

—¿Qué casualidad más agradable? —dijo Laura con una amplia sonrisa. Justo detrás de ella aguardaba Raúl.

—Flora, que maravillosa casualidad. Estábamos hablando de usted hace escasos segundos. — Raúl abrió la puerta y la invitó a bajarse. Flora paró el motor y obedeció sumisa.

—¿No molestará el coche? —Raúl negó— El coche me lo han prestado.

—El suyo lo tendrá en muy poco tiempo. —Le tranquilizó Laura.

Flora con una actitud gregaria siguió a ambos agentes a un grupo que debatía a la entrada de una finca. *El conformismo es la vía fácil, negarse a obedecer traería consecuencias, seré una oveja*, ese fue su pensamiento antes de enfrentarse a una mujer y un hombre que sostenía irritados unos papeles quemados dentro de unas bolsitas de plástico. Los que iban vestidos con monos blancos parecían maniquís de un escaparate.

—Alejandra, le presento a Flora. Flora, Alejandra. —Alejandra se acercó y tendió la mano.

—¡Encantada Flora! Gracias Raúl por presentarnos por fin. —Raúl y Laura se alejaron unos metros dando privacidad—. ¿Cómo se encuentra? Me comunicaron que estaba enferma.

—Bien... —vaciló Flora. Nunca hubiera imaginado que su estado de salud fuera motivo de conversación para la Guardia Civil.

—Nos preocupamos por usted —añadió Alejandra. Flora no podía dejar de valor la situación. Los que iban cubiertos con los monos blancos se alejaron y empezaron a colocar en el maletero de uno de los vehículos aquellas cajas de herramientas. El hombre alto, que nadie tuvo a bien presentarle, era el que mantenía la distancia más corta con ellas—. Él es Daniel. —Empezaba a pensar que los pensamientos eran más audibles de lo que Flora creía—. Mis compañeros me han narrado el desafortunado encuentro que tuvo usted la otra noche, del que gracias a Dios salió ilesa. El vehículo en cuestión tiene una envergadura muy superior a su Toyota, me alegro mucho que no le sucediese nada. Me imagino que en ese escaso tiempo y salvando los días que ha estado en cama, no ha tenido la oportunidad de volver a verle por esta carretera o entrando en alguna otra finca, ¿verdad? —Flora negó—. Estaba pensando si conoce a Rogelio Martínez, es de Sotillo de la Adrada.

—No. —Habría con monosílabo para evitar confusiones, aunque pudiera interpretarse como una falta de interés o malestar.

—¿Cómo se llama el cuñado de Rogelio? —preguntó Alejandra a Daniel. Reconoció la maniobra, ella la usó cientos de veces con su marido para relajar un poco los ánimos.

—Julio Prieto. —La sorpresa se dibujó en el rostro demacrado de Flora, *que disgusto nuevo me proporcionará conocer a tal personaje*.

—Sí, le conozco, me vendió mi casa. —El único rasgo favorable de aquel sujeto era la pulcritud en la forma de vestir, el resto eran todo un cúmulo de rasgos desagradables que llevaban a la desconfianza. Flora aceptó tratos con él porque la casa era la que ella iba buscando, cerca del pueblo, pero con la distancia justa para no ser molestada por ningún vecino.

—El mundo es un pañuelo. No conoce a Rogelio, pero sí a su cuñado. Las vueltas que da la vida. ¿Qué puede contarnos de él? —Aquella mujer le ponía los pelos de punta.

—Fue una relación desagradable, no le voy a engañar. —Alejandra asintió agradecida por la sinceridad, aunque a esa mujer no se la engañaba fácilmente, lo presentía—. Tenía prisa por cerrar un trato, le daba igual todo. Una chabola te la vendía como una mansión y a tus «peros» siempre tenía un amigo que por cuatro céntimos te arreglaba esa gotera que no era nada o esa pared con grietas: «no son daños estructurales, ¡que yo entiendo!, son de la pintura», —Flora imitó la voz que se suponía era el tal Julio Prieto—, y sin mayor importancia, porque nada la tenía. Al señor Prieto se le veía venir, un estafador en toda regla..., estuve a punto de mandarle a hacer puñetas, pero entonces me ofreció una última casa.

—¿Conoce a Gonzalo Cifuentes? —Alejandra no tenía más interés en Julio Prieto y sus artimañas de venta.

—Todo el mundo conoce a Gonzalo en estos lares. Es fotógrafo y anda por el monte con su equipo, fotografiando piedras y arbustos, árboles y bichos. Es un muchacho muy alegre y

simpático, dudo que alguien no sepa quién es.

—¿Sabe dónde vive? ¿Si tiene familia?

—Vive en Piedralaves, si no recuerdo mal; por publicaciones que he leído de él. ¿Familia?... Su padre murió hace años, era también fotógrafo..., sinceramente no sé mucho más.

—No se preocupe. ¿De qué publicaciones me habla?

—Tiene un blog en internet donde cuelga las imágenes. También hubo una exposición de su obra en el Palacio Infante Don Luis en Arenas de San Pedro, realmente impresionante. Me encanta la fotografía y no me importa desplazarme a Madrid cada vez que la Fundación Mapfre tiene una exposición importante, como para no ir a Arenas por un artista joven con talento.

—Hay imágenes muy reveladoras. —Flora vio los ojos de Alejandra perdidos en sus pensamientos—. Ya para terminar, conoce a Ángel Monzón. Flora pensó unos segundos y negó—. Y el nombre de su notario, ¿lo recuerda?

—Sí. —Sonrió divertida—. Rufino Legado, me pareció curioso su nombre y más su apellido.

—La entiendo. —Alejandra se colocó las gafas y miró a Raúl—. No la robo más tiempo, estará deseando llegar a casa y descansar, le ruego que si recuerda cualquier cosa que crea interesante para nosotros, no dude en comunicárnoslo. Seguro que su gatita anda inquieta mirando por la ventana.

Flora se alejó de aquel grupo con la sensación de llevar unos ojos clavados a su espalda.

—El mismo notario que en la finca —apuntó Daniel.

—El mismo vendedor, igual notario, era predecible, aunque nunca me han gustado las coincidencias —dijo Alejandra mientras observaba alejarse el coche de Flora a toda velocidad.

Capítulo 5

9:00h. 10 de diciembre del 2019. Higuera de las Dueñas

Flora tenía el día libre cuando el sonido del timbre la sacó de sus planes mal establecidos, eran las doce de la mañana y se le antojaba tarde para cualquier cosa que no fuera preparar la comida, pero pasar el día libre de la semana observando por la ventana el juego de su gatita con la polilla era una deprimente idea.

Las caras familiares y sonrientes de Laura y Raúl ya no le podían inquietar más, el tintineo de las llaves de su Toyota aparcado justo detrás del coche de la guardia civil, era otra cosa, *¿a cuánta gente entregarán el coche en la puerta las fuerzas del orden?*

—Le han quitado todos los golpecitos y los rayones, lo han pintado de arriba abajo y me lo han limpiado por dentro. Parece nuevo. —Laura sonreía satisfecha—. ¡Muchas gracias! No sé qué más añadir. ¿Quieren tomar un café con un bollo que hago yo misma para desayunar?

—Sería un placer. Llevamos toda la noche trabajando y el desayuno que ingerimos a las seis de la mañana debe estar en los pies, como poco. —dijo Raúl—. ¿Quiere dar una vuelta? Esperaremos aquí, no tenemos prisa. —Flora vaciló un segundo, pero decidió que ya tendría tiempo.

—No. Tomemos café y luego ya daré esa vuelta.

Estuvieron en silencio un buen rato mientras daban buena cuenta del bollo, era cierto que Raúl tenía hambre, se le veía de buen comer. No dejó de agasajarla como cocinera ni un segundo.

—Les pregunté una vez e ignoraron mi pregunta. Sé que la prudencia me dice que no indague sobre eso, pero no puedo dejar de dar vueltas a todo lo sucedido. Me siento víctima, pero ustedes me tratan como culpable... y como no consigo dejar de pensar en todo lo sucedido, he decidido saber más sobre lo que está ocurriendo.

—Tenemos órdenes de contestar a sus inquietudes, si con ello le ayudamos de alguna forma a estar mejor. —Raúl se sentó cómodamente en el sofá.

—¿Quién era la mujer que apareció y qué le sucedió? —Laura sacó del bolsillo interior de la chaqueta una fotografía de 10*15 de una muchacha que sonreía a la cámara en algún mirador de una playa cualquiera.

Flora la tomó entre sus manos y la observó con interés. En ese preciso instante maldijo su curiosidad, ahora estaba metida en un buen lío, lo sabía sin confesarlo, sólo por reconocer a la muchacha que todos los miércoles de las semanas pares le pagaba en efectivo la habitación 215 con vistas al puente atirantado más importante de España.

—¿Sabe quién es? —preguntó Laura sorprendida, aquello no se lo esperaban ninguno de los dos.

—Sí. Todos los miércoles pares desde hace dos años más o menos reserva la habitación 215 y la paga en efectivo. Su nombre es Sofia, su apellido no me acuerdo, pero se llama Sofia, seguro. —El rostro de Flora se ensombreció, pensando que aquella joven risueña pudiera haber muerto.

—Sofía Piedrahita. Está viva, no tema nada malo. ¿Por qué se alojaba allí?

—Supongo que era su nidito de amor, no hay que ser muy listo para adivinarlo, aunque nunca la vi ni subir ni bajar con ningún hombre o mujer, hoy en día no se sabe. Lo que puedo decir es que quién fuera estaba casado, si no por qué tanto secretismo.

—¿Sabe en qué coche llegaba? —interrogó Raúl.

—No, desde mi lugar de trabajo no veo la entrada y mucho menos la calle. Tampoco hace falta reservar aparcamiento, estamos en el polígono industrial y hay sitios a patadas. —Ambos agentes movieron la cabeza, pensativos.

—Muchas gracias, de nuevo nos arroja luz en nuestra investigación. Seguiremos esa línea que nos ha marcado. —Salieron por la puerta cavilando sobre lo que tenían entre las manos—. Le debemos una —dijo Raúl con una sonrisa sincera.

Flora esperaba que aquel «le debemos una» fueran unas largas vacaciones sin verlos, pero al día siguiente estaban esperándola en el recibidor del hotel. De uno de los ascensores salieron aquellos hombres vestidos con el mono blanco, cargando las cajas de herramientas, y del otro Alejandra y Daniel.

—Sabía yo que nuestros caminos se iban a cruzar nuevamente —dijo Alejandra extendiendo la mano—. La vida da extraños compañeros de viaje y aquí estamos dos mujeres compartiendo un trecho. Gracias por su reveladora información. Estábamos algo perdidos con la vida de Sofía, pero ahora tenemos una visión de lo que intentaba ocultar a su familia y amigos —añadió acercándose a Flora—. Su trabajo es impecable, es usted meticulosa y ordenada. Nos hemos encontrado en algunas ocasiones con registros en hoteles que era un galimatías, no es su caso. La fortuna no nos ha sonreído al comprobar que no tenían sistema de seguridad por cámara y que jamás viera al acompañante misterioso con el que se veía en la habitación 215. Del registro que hemos efectuado esperamos encontrar algo que nos ayude a seguir tirando del hilo, aunque la habitación está impoluta.

—María limpia las habitaciones, si quiere la llamo, quizá ella pueda arrojar más luz.

—Hemos hablado con ella, su compañera fue muy amable al ayudarnos. —Por la expresión de esta, oculta tras recepción, estaba tan intimidada como ella las primeras horas de charla con aquellos guardias civiles—. Sinceramente, no nos ha dicho nada de valor, las habitaciones están todas iguales: desordenadas y llenas de preservativos usados, fuera de eso ninguna llama su atención más que otra.

—¿Han hablado con el guardia de seguridad?

—Sí, le enseñamos la imagen de Sofía y no recuerda verla por el garaje. —Raúl y Laura aprovecharon para mostrar la fotografía del Cadillac, un coche como ese sería fácil de recordar, pero el guardia tampoco lo había visto ni dentro ni por los alrededores del hotel. Alejandra no se atrevía a pensar que estuviera varada en la orilla, pero necesitaba algo más para poder continuar—. Bueno le voy a dejar que cumpla con sus funciones. Nos veremos pronto. —Salía por la puerta cuando Alejandra añade—. Usted es de Segovia y su marido de Galicia, ¿cómo terminó en Ávila?

—Tengo una ahijada, Violeta, que tenía una casa en Casillas y veníamos algunos veranos. Es una larga historia..., déjelo. —Alejandra volvió sobre sus pasos, añadió un «prosiga» con una sonrisa a la que empezaba a cogerle manía Flora—. Mi marido y yo éramos amigos de los padres de Violeta. El padre murió cuando era una niña y la madre de cáncer, hará diez años. Violeta, ya no tienen la casa en Casillas se separó hace dos años y lo vendieron todo, fue un divorcio muy complicado y con niños por medio, un horror. —La tristeza cubrió el semblante de Flora.

—Violeta, ¿qué más? —Quiso saber Daniel, que parecía ausente en la conversación, pero estaba claro que aquel hombre no era una simple estatua.

—Sanz. Es profesora de primaria en un colegio de Pozuelo de Alarcón. Vive en Móstoles. Su ex... —Alejandra levantó la mano.

—No es relevante. Preguntarle el apellido es defecto profesional. Muchas gracias por aclarar mi curiosidad y por relatarnos una parte tan íntima de su vida. Nos veremos pronto.

Ya en su coche y al amparo de los cristales tintados, Alejandra observó el rostro inquieto de Flora que la seguía con la mirada ahora perdida por la oscuridad de la ventanilla.

—Averiguad todo lo que podáis sobre la tal Violeta Sanz. Esta gente camina en extraños círculos y se mezclan una y otra vez los unos con los otros, no me creo que el único nexo de unión sea la zona donde viven.

Capítulo 6

22:00h. 10 de diciembre de 2019. Pozuelo de Alarcón

No le sorprendió la llamada de Violeta esa misma noche, empezaba a conocer a esos extraños agentes, implacables, que no dejaban para mañana lo que pudieran hacer ese mismo día. Los nervios de su ahijada describiendo a los dos guardias civiles que tan amablemente la habían abordado a la puerta del colegio y descolocado con sus preguntas, le recordaron a Flora una semana antes cuando la pesadilla comenzó. Atemorizaban con los gestos y miradas, pero la voz era amable, no se les podía acusar de rudos o agresivos, pero les tenía miedo.

—¿Has conocido a Raúl y Laura?

—No, se llamaban Tomás y Samuel: el primero era más veterano y dominaba la conversación; el segundo algo más...

—La palabra que buscas es «humano».

—Sí, eso... Tomás era amable, pero excesivamente frío, parecía que mi divorcio era el más cruel de los delitos, me hizo sentir malvada y vil, pero no entiendo por qué. ¿Todo esto es por tu accidente de tráfico?

—Sí.

—Me preguntaron todo tipo de detalles de mi vida en Casillas: dónde vivíamos, qué inmobiliario nos vendió la casa, a quién conocíamos... Me dijeron una serie de nombres, pero no recuerdo ninguno. Lo peor vino casi media hora después de estar hablando en el patio del colegio. Jorge se cayó y ni me di cuenta de que me llamaba...

—¿Qué te pasó?

—Me enseñaron una foto de ella..., tenían una foto de ella... Odio a esa mujer, me jodió la vida, me destrozó por dentro y por fuera. Su rostro risueño en el mirador de la playa me revolvió el estómago. —Violeta resopló intentando recuperar la calma, revivir los recuerdos era colocar ascuas en unas heridas que todavía, dos años después, seguían sangrando—. El tal Samuel corrió a socorrer a Jorge, no era nada, lo de siempre, Daniel le chincha y Jorge se enfada y terminan enzarzados en una pelea que pierde siempre el mismo, se saldó con una patada en la espinilla y un buen moratón.

—La mujer de la foto, la tal Sofía, ¿fue...?

—La furcia que se lió con mi marido, la misma, no sabía su nombre, pero esa cara no se me olvidará en la vida. Recuerdo cuando le puse la maleta en la puerta y el muy cabronazo la llamó para que viniera a buscarle, no le dejé que sacara el coche familiar del garaje, era de sus hijos y mío, no para pasear a esa guarra... —Se hizo un silencio prolongado—. Qué difícil es romper los lazos cuando no estás preparada para ello, yo no lo estaba, yo era feliz, mis hijos eran felices, mi vida era feliz...

—Lo sé mi vida, pero ahora tenemos problemas más graves. —Flora intuía que esa mujer iba a seguir destrozando la vida de su ahijada, no lo podía asegurar, pero era una corazonada de esas que de vez en cuando tenía y rara vez fallaban.

Cuando Tomás y Samuel comunicaron por teléfono el descubrimiento a Alejandra, ésta se frotó la frente nerviosa. Daniel la observaba apoyado en el gran ventanal del despacho de ella. Aquel gesto era una señal indiscutible de que su cerebro estaba trabajando sobre miles de posibilidades intentando descubrir cuál era la más certera en tal maraña de hebras.

—Si hace unas horas no te gustaban las casualidades, ahora, ¿qué opinas? —preguntó Daniel tras escucharla con atención, mientras removía con la cucharita de plástico un café recién sacado de la cafetera que Alejandra tenía en su despacho.

—Las casualidades no existen. Sofía Piedrahita es secuestrada en la puerta de su domicilio. Nos mandan un trocito de ella cada día y tres días después de su secuestro, sin pedir rescate, nos dan las coordenadas de donde la tienen recluida. Por escasos diez minutos no nos topamos con el mismísimo secuestrador, hay que tener agallas para arriesgarse tanto. —Se recostó en el sillón apoyando la cabeza y dejando que la melena cayese por encima del respaldo—. La finca la compró un hombre vestido de saldos y sin cultura con un coche americano, un Cadillac; esto me rechina los dientes... La finca la vende un chanchullero chapuzas llamado Julio Prieto, que lía a su cuñado cuando el notario mete las narices en un asunto poco claro. El notario, Rufino Legado, llama a un amigo para que mire la finca, Ángel Monzón, del catastro. Este sujeto habla con el verdadero dueño del Cadillac y me temo que el notario también habló con él, los dos están enterrados. El tal Julio Prieto ha desaparecido con su dinero, aquí tengo la duda, un hombre tan chapucero que todo el mundo le cala a la primera de cambio, es capaz de esconderse tan bien que ni nosotros lo encontramos, yo creo que tenemos que buscarle bajo tierra. Su cuñado, Rogelio Martínez, parece de todo inocente, es culpable de su situación y por ella se ve arrastrado por el marido de su hermana, que no sabe nada y desconoce todo, según ella. Rogelio nos ofrece una línea de investigación que nos lleva a dos muertos: el fotógrafo y su novia. Gonzalo Cifuentes está con sus drones fotografiando el cielo de Ávila y fotografía un día algo que no debe y nuestro hombre del Cadillac le quita del medio sin problemas, aunque esto último es de mi cosecha creativa, más que de una corazonada o una intuición. Luego tenemos a Flora Horcajo que se topa con el Cadillac justo después de arrojar a la mujer a la finca. Esta mujer compra su casa a Julio Prieto y su notario también es Rufino Legado, pero lo mejor de todo es que su ahijada es Violeta Sanz, cuyo exmarido estuvo liado con Sofía Piedrahita. Y todo esto nos deja en el mismo punto de partida, sin saber quién se llevó a Sofía de su piso una semana antes, el 26 de diciembre.

Un sonido de grillos saca a Alejandra de sus lucubraciones, mira con cierto enfado a Daniel, que observa su móvil.

—¿Cuándo vas a quitar ese tono de móvil ridículo? —Se incorpora recolocando su camisa.

—Mis politonos son personalizados, no como el tuyo que es el típico tic-tic. —Daniel se guarda el móvil en el bolsillo y termina la taza de café de un sorbo—. Están esperándonos en la sala de juntas.

—Pues vamos a ello. —Alejandra resopló cansada y el juego no había comenzado.

Sentados alrededor de una mesa ovalada, aguardaban Raúl, Laura, Tomás y Samuel enfrascados en una conversación algo tensa, observados por cuatro hombres que sin sus monos blancos eran irreconocibles. La entrada de Alejandra y Daniel sumió la sala en silencio.

—¡Buenas tardes! —dijo Alejandra, mirando su reloj de muñeca, marcaba las diez de la noche, meneó la cabeza con pesar—. Mejor... ¡Buenas noches! En este trabajo no hay horarios y menos cuando el tiempo corre en nuestra contra. Según hablamos las pistas se diluyen con el

aguacero que está cayendo. Cuanto más tiempo tardemos en acortar la distancia que nos separa de nuestro objetivo, nuestro depredador eliminará todas y cada una de las pruebas que nos lleve a atraparlo. —Daniel sentado a su lado paseaba la mirada por todos los presentes. Laura, Tomás y Raúl fueron los primeros que se unieron al grupo de Alejandra, desoyendo las voces de otros compañeros que aseguraban que era una mujer impredecible, con métodos muy poco ortodoxos y con bastantes secretos—. Tenemos que seguir deshilvanando la vida de Sofía, que ha resultado ser una mujer de relaciones amorosas poco lícitas.

—Mañana tenemos pensado interrogar al exmarido de Violeta Sanz, José Luis Canuto... — Raúl se vio interrumpido por la risa ensordecedora de Samuel.

—Nosotros seguiremos el rastro de los Cadillac que han entrado en España, ese modelo es el último de la marca y tenemos registrados diez en total... —Tomás frunció el ceño cuando se vio su línea de pensamiento cortada por su joven compañero.

—Por la tarde, sin más tardar, tendremos al culpable, no es complicado seguir la entrada de diez coches: tenemos sus nombres y direcciones... ¡Señores y señoras esto será coser y cantar!

—Samuel, ¿qué ve en esa pared? —Alejandra le señaló una pared blanca, sin cuadros, sin puertas ni ventanas, una pared sin nada que destacar, incluso el blanco era un blanco cal, nada de nada.

—Una pared blanca —contestó resuelto, pero por el rabillo del ojo la cara de Tomás mostró el hastío tan habitual en él cuando sus conclusiones eran precipitadas y sin tener en cuenta los detalles—. No tiene cuadros ni nada destacable que la difiera de cualquier otra pared blanca.

—Dejando de lado que ésta es nuestra pared blanca y ya la hace especial por ese simple detalle: tiene nuestros restos humanos como piel, pelos y alguna huella que aquí tus compañeros de la científica te sacarían con un simple trozo de celo. Esta pared está pintada de blanco sobre una fina capa de yeso, debajo tenemos un ladrillo sencillo, una cámara de aire a la que han metido aislante térmico y acústico, después viene otra capa de ladrillo, otra de yeso y una pintura blanca que corresponde al despacho de nuestro más alto cargo en el CIC. —Samuel se sentía desconcertado—. Si su investigación no araña la superficie, se nos escapará entre los dedos.

—Lo lamento —dijo Samuel.

—No acepto las disculpas. Una disculpa significa un trabajo mal hecho y eso acarrea alguna situación donde alguien padece nuestro error. —Samuel deseaba conseguir el elogio de aquella mujer fría y poco dada a palmadas en la espalda, complicada de complacer—. No le escogí para formar parte de mi grupo, pero su padre, que no llegó a entender qué interés tiene en que se críe bajo mi ala, me lo impuso por el simple hecho de ser el ministro de Asuntos Exteriores. Quiero decirle que, si sus progresos son tan insustanciales, donde revelarme el color de las cosas sea su mayor triunfo, como si yo tuviera algún tipo de problema ocular, le pondré de patitas en la calle y me importará muy poco la pataleta que se coja su padre. ¿Me he explicado con suficiente claridad? —Samuel asintió—. ¡Ojalá! Mañana ponga sobre mi mesa el nombre de nuestro sujeto, pero un hombre que se toma tanto interés en comprar una finca usando un muñeco de paja mal preparado, no me lo imagino dejando un rastro tan llamativo hasta para una mujer como Flora Horcajo. —Alejandra frotó su frente con energía—. Hablando de este sujeto, si no tenemos más trabajo de campo, dos de vosotros tiene que ponerse a buscar a nuestro amigo desaliñado y sin estudios en los sótanos de la morgue de alguno de los anatómicos forenses de este país. Con un retrato robot que seguro Rogelio Martínez nos proporcionará tendremos algo para comparar.

—Tenemos también su ADN. —dijo Félix, uno de los cuatro médicos forenses—. Los papeles de la comprar-venta tenían huellas de ambos hombres, de Julio Prieto y de él. También

encontramos salpicaduras de estornudos, aislamos y obtuvimos a nuestro sujeto. Es un ser muy sucio, había restos fecales.

—Todo lo que escucho de este individuo me pone en la mente la imagen de un vagabundo: la ropa de saldo, los escasos estudios, las manos sucias de excremento, los papeles llenos de huellas por el exceso de grasilla. Busquen a un «sin techo» por las morgues. Es lógico que lo matase después de cumplir con la tarea y a este tipo de gente nadie los reclama, ni los busca. Si ya está en la fosa común revisen bien el informe del forense y si éste les resulta poco revelador, exhumamos el cadáver: cueste lo que cueste.

—Iremos nosotros. —Félix habló señalando a su compañero. Los dos hombres entrados ya en la cincuentena palmearon la mesa con un redoble de tambores.

—Santiago y Feliz no podrían ser otros. —Alejandra tenía siempre un trato deferente que los dos forenses más mayores del grupo.

—Terminamos con el registro de la propiedad y todos los papeles requisados allí y en la inmobiliaria, también incluso los de la notaria. Ellos siguen liados con la casa de Fresnedilla y sus dos ocupantes. —Señaló a los otros dos miembros de los laboratorios: Pedro y Javier.

—Sobre ese tema quería deciros, sin prisa, ser meticulosos, repasar una y otra vez las pruebas, si no estáis del todo seguros de algo, no dejéis nada en el aire, volver una y otra vez; drenar el pozo por segunda vez o quitar los ladrillos uno a uno... Gonzalo Cifuentes fue un calentón, algo que se escapó de su planificación, en algún sitio tenemos una foto que nos revelará..., yo apuesto por una imagen de nuestro sujeto, solo o con su socio, si lo tiene.

—Estoy mirando por la red, una imagen no se puede borrar de todos los servidores, la gente la comparte, la copia en sus móviles y la reenvía...

—Marcos, sé que darás con ella. —Aquello era lo más parecido a un elogio que nadie había escuchado de los labios de su jefa—. Pues señores, cada cual a su cama que mañana tenemos que estar a primera hora haciendo lo único que sabemos hacer, cazar al demonio cuando se viste de depredador. ¡Buenas noches!

Capítulo 7

23:45h. 10 de diciembre de 2019. Boadilla del Monte

Daniel conducía dilatando los minutos con Alejandra.

—Te muestras fría y distante con la gente que trabaja contigo. —Alejandra iba a corregirle, cuando éste levantó la mano pidiendo un segundo de su tiempo—. Esa gente hace todo lo que tú pides y muchas de tus órdenes son favores personales que no dudan en cumplir: les robas horas de su vida privada, no obtienes ni un reproche ni un mal gesto; debes de corresponderles con igual gratitud, no digo que les llesves el café recién hecho a su mesa, basta con una palabra amable o una palmada en la espalda.

—Ellos esperan de mí que no cometa errores en mis decisiones, que me anteponga a las circunstancias para no enfrentarles al peligro, esperan mucho más que una estrellita dorada en la frente por su buen hacer en su horario laboral o fuera de él. Mi querido amigo, nuestro trabajo no entiende de horarios, yo no puedo decirle a una familia que ha perdido una hija, por muy casquivana que parezca, que el fin de semana voy a jugar a los bolos con mis compañeros para estrechar lazos y que todo va sobre ruedas. —No mostraba alteración en la voz, no estaba enfadada con Daniel, aunque sólo a él le permitía tamaña licencia, si algún otro miembro del grupo se le ocurriese cuestionar su actuación o sus decisiones, le pondría de patitas en el pasillo—. Soy como soy, y aunque esto no justifique lo que hago, si lo hiciera de otra forma conllevaría un cambio y los cambios son malos para alguien. Si decido ser más humana y menos lógica nos podemos encontrar que se me escapan los detalles porque me quedo observando el brillo dorado de esas bonitas estrellas. No puedo permitirme ver el blanco de la pared, por muy hermosa que sea... para hacer lo que hago necesito ser fría y distante, poco empática. No es fácil, pero es necesario para desempeñar una labor que salva vidas. Te agradezco siempre tus palabras, pero no voy a ceder en tu petición, mi gente tiene que hacer su trabajo sin esperar nada, como mucho la recompensa de atrapar al malo y librar a las calles de un demonio.

—Tenía que intentarlo. —Daniel sonrió.

—Contigo soy humana, ¿no cuenta? —El móvil de Alejandra sonó, la expresión de su rostro se endureció, la atmósfera en el coche se había enrarecido, Daniel perdió la oportunidad de reconducir la conversación a donde verdaderamente quería.

—¿Quién era? —Ella ignoró la pregunta y observó por la ventana a la gente que caminaba distraída por la acera— ¡Alejandra, contéstame!

—Mi padrino, le llamaré desde casa. ¿Qué importancia puede tener para ti quién me llame o deje de hacerlo? —Se frotó la frente nerviosa.

—Tú eres implacable en el desempeño de tus funciones y yo en las mías, tú vida está a mi cargo, no puedo permitir que se repita lo de hace diez años. —Los ojos de Alejandra se cerraron y no iba a dejarse llevar por sus recuerdos. Aquello fue un golpe bajo por parte de Daniel.

—Te prometí que nunca te iba a ocultar nada fuera de lo normal, que mi padrino llame es algo habitual. ¿Cuántas veces has hablado tú con él y no me has informado? —Arqueó una ceja y le

dedicó una mirada ladina.

—No es lo mismo. Me contrató él. —Ella disfrutaba observando como él se colocaba solo entre la espada y la pared, entre su lealtad hacia ella y su contrato con su padrino.

—Algún día me tienes que explicar cómo un teniente de las fuerzas especiales, uno de los más condecorados, con un futuro tan prometedor, aceptó un trato tan poco gratificante.

—Estoy muy bien pagado, en el ejército no hubiera obtenido un sueldo como el mío ni siendo general.

—Tú no aceptaste por dinero, te gusta la adrenalina corriendo por tu cuerpo, las misiones descabelladas y los resultados imposibles, lo cambiaste todo por la monotonía de un despacho junto al mío y el control de una vida aburrida y sin sobresaltos.

—Yo no controlo tu vida, soy un mero espectador, quizá dispongan de un palco para tener buenas vistas, pero soy un simple espectador. —En sus palabras había un resquemor difícil de ocultar y fácil de detectar para alguien como ella, acostumbrada a leer entre líneas.

—No estoy de acuerdo con la descripción de nuestra relación. Eres el ser humano más cercano que tengo, el único que conoce mi casa y ha comido en ella, sabes mi talla de ropa interior y mi color preferido. Eres lo más parecido a un «compromiso» de lo que jamás ningún otro hombre estará nunca.

—Supongo que en la vida de Alejandra Casado es cierto, soy lo más parecido a un «compromiso».

—Nadie tiene un contrato como el nuestro. «...para lo bueno y lo malo, en la salud y en la enfermedad... hasta que la muerte nos separe... » —recitó Alejandra.

—¡Olvídate de la muerte! —Ambos sonrieron—. Nadie me puso una pistola en la sien para que aceptara este trabajo. Tu padrino tiene buenos contactos y es persuasivo.

—Algún día me contarás con todo lujo de detalles que te hizo dejar Irak para convertirte en mi piel. —Daniel conocía las capacidades de Alejandra, por eso sabía que jugaba con él. Si fuera otra mujer pensaría en un juego de seducción, la ingenuidad no iba con ella.

—Tu padrino buscaba a alguien que fuera capaz de meter una bala por el ojo de una aguja. —Paró en un semáforo y aprovechó para mirarla a los ojos—. Tu misma lo has dicho, me gustan los desafíos, este lo era. Mi contrato tenía un matiz que no cumplí: «Al sujeto se le debe dar muerte sin vacilación ni duda».

—Llevas diez años...

—No tengo límite de tiempo. Además, dices que junto a ti no hay riesgo ni aventura, no estoy de acuerdo en eso. En estos años hemos apresado: a un anciano caníbal que arrastraba los miedos de la guerra civil...

—Padeció una hambruna infame en su infancia, oculto en los andenes del metro de Madrid... Antes o después los traumas nos alcanzan.

—Recuerdas a la doncella psicópata fanática que eliminaba a sus señoras porque las consideraba usurpadoras... —Alejandra le había enseñado la otra cara del ser humano, más terrorífica que la que él veía en la guerra—. Diez años contigo me han ayudado a ver a la raza humana como seres débiles de mente, somos quebradizos como el cristal, da igual lo resistente que parezca, tienen un punto que les hace endebles.

—Tú me has enseñado a disparar, defensa personal, a conducir como una loca y a cocinar una tortilla francesa. —Él meneó la cabeza con pesar.

—No llevas armas encima, no prestas atención al atacante porque te embobas intentando averiguar que le llevó a esa situación, sigues conduciendo de pena..., pero es cierto, haces muy

buenas tortillas, antes era un huevo revuelto sin gracia. —Alejandra rio—. Lástima que escondas al mundo esa bonita risa.

—No llevo armas porque no creo en ellas.

—No puedo dejar de pensar que un día no llegaré a tiempo.

—Será que llegó mi momento y te juro que estoy preparada. —Un escalofrío recorrió la espalda de Daniel—. Cuando alguien sufre una experiencia como la mía, ya tiene todo atado en la tierra.

—Ya antes de salir rezaba como si no fuera a volver. Nunca he dejado de rezar y sigo sin estar preparado para morir.

—Son vivencias diferentes. Yo estuve secuestrada casi un año... Fue un maestro.

—¡No vuelvas a llamarlo así! —Golpeó el volante con fuerza.

—Puedes enfadarte todo lo que quieras, pero me enseñó lo que no está escrito en los libros, me mostró la ciencia más exacta, tuve la escuela de la vida al alcance de mi mano, aprendí con la práctica más rigurosa... Soy lo que soy por él.

—¡Déjalo! —Daniel frenó en seco, aparcando el coche en la cuneta de acceso a la urbanización de Alejandra—. Muestras respeto por ese tipejo, no hay misericordia por alguien que te trató como un trozo de carne de cerdo. Yo no tendré piedad cuando nos enfrentemos y menos cuando suplique por su vida.

—No te pedirá piedad.

—Cuando hablas de esa forma, me planteas serias dudas sobre esas supuestas lagunas que tienes.

—No recuerdo nada de mi captor, pero es lo que haría yo en su lugar: no suplicar.

—No me ocultes nada nunca. —Parecía una amenaza, sonaba como tal y era tal.

—No te oculto nada. Pero... antes de que lo mates necesito que me conteste a una pregunta «¿Por qué yo?»».

Daniel pensaba dejarla cinco minutos a solas con él, después de esposarle de pies y manos, pero dudaba de ella, podría liberarle, y él, aprovechando la confusión de los primeros momentos terminar lo que diez años atrás dejó sin poner el punto y final.

—Cuando llegue el momento solucionaremos ese detalle. —Arrancó el coche. Las siguientes dos calles de la urbanización las circularon en silencio.

«A lo largo de todos estos años he tenido muchos enemigos y hay una cosa que he aprendido: nunca entres en la batalla cuando tienes todas las de perder. Sin embargo, jamás dejes que una persona que te ha insultado se salga con la suya. Espera tu momento y, cuando estés en una posición fuerte, devuelve el golpe, aunque ya no sea necesario hacerlo», Los hombres que no amaban a las mujeres de Stieg Larsson. Ese era el lema de Daniel.

Capítulo 8

10:00h .11 de diciembre del 2019. Hinojosa

El coche de la guardia civil llamaba demasiado la atención en un pueblo tranquilo como Hinojosa. Raúl aparcó en la plaza, aguardando que Laura terminase la larga conversación con su madre sobre los deberes y las cenas de sus hijos. Pensaba que una profesión como la suya no debía tener ataduras. Laura resopló agotada al guardar el móvil.

—¿Todo en orden? —pregunta retórica, sabía que nada en sus vidas estaba bien: no tenían horarios ni existencia fuera del trabajo.

—No, pero es más de lo mismo. A veces pienso en retirarme y ocupar un puesto de oficina en cualquier comisaria. El sueldo sería menor, pero tendría más tiempo para mis hijos. Luego me doy cuenta que me gusta mi trabajo y me digo «¡Tú puedes, venga!». Y gracias a que tengo a mis padres, si no, no sé cómo podría hacerlo.

—Sería una pena que lo dejases, eres buena en esta mierda, pero lo entendería, aunque creo que un día te lo echarías en cara. —Laura asintió. Raúl palmeó su rodilla—. Vamos al tema que nos ocupa está bonita mañana de invierno. Además, estamos creando mucha expectación.

—Quédate, voy a preguntar. Lo bueno de los pueblos es que todos se conocen y a alguien tan simpática como a mí, la van a contar muchos cotilleos, a alguien como tú, ni el número de la calle. —Le guiñó un ojo y abrió la puerta—. El número de la calle lo tenemos, lo malo es que el navegador no sabe para dónde tirar y este pueblo no tiene las calles señalizadas. Por cierto, te apuesto cincuenta euros que con ese uniforme no vas a sacar nada de nadie.

—Acepto tu apuesta, espera sentado aquí y aprende de una maestra del interrogatorio.

Se apeó del coche sonriendo a todos y saludando con la mano. Se acercó a un grupo de mujeres que estaban sentadas en un banco de piedra. Raúl observó las miradas cómplices de las mujeres, los codazos entre ellas y las sonrisas bobaliconas. Laura terminó sentada en una esquinita, conversando con las tres mujeres. A los treinta minutos regresó al coche con una sonrisa triunfal.

—¡Cuéntame!, ¡¿No?!

—Antes sueltas los cincuenta euros que me vienen de perlas para comprar calcetines a mis hijos.

—Ja, ja, ja... primero lo que has averiguado y luego hablamos. —Ella no retiró la mano extendida reclamando su dinero.

—El tal José Luis Canuto es un «canuto». Según las buenas mujeres, esta casa es de su abuelo. La puso a la venta según la heredó. Parece ser que ningún comprador se interesó por ella. Se buscó una inmobiliaria de Sotillo que conocía por la venta de su otra casa, en Casilla, creen las buenas mujeres, porque tampoco lo aseguraban. Recuerdan al vendedor porque era un «señoritingo» que no tenía dónde caerse muerto, dicen que intentó vender la casa a gente de aquí y les contaba maravillas de la ruinoso vivienda, como si ninguno conociese los años que llevaba cerrada y cayéndose a pedazos. Sería necesario un redoble de tambores... —Laura sujetó unas baquetas imaginarias y tocó con fuerza un tambor ficticio colocado sobre sus rodillas—. El

nombre del vendedor, dueño de la inmobiliaria era... Julio Prieto.

—Vaya, vaya... —Raúl, siguiendo las indicaciones de Laura, llegó a una casa con portón de madera carcomido y techo hundido.

Llamarón con fuerza y esperaron a escuchar voces o pasos por el camino de gravilla, pero el silencio impacientó a Raúl que no deseaba volver por la noche ni a la mañana siguiente. Golpeó con tanta fuerza que las bisagras de la puerta se balancearon a causa de los tornillos flojos y oxidados. Una voz sonó en el interior de la casa, tan lejana que ninguno alcanzó a entenderla.

—¡Ya va! ¡¿Quééé..?! —dijo un hombre malencarado al abrir la puerta.

—¿José Luis Canuto? — dijo Raúl. El hombre asintió, se apartó para dejarles paso. Llevaba la bata manchada de restos de comida y las zapatillas raídas. Laura y Raúl le siguieron al interior de una vivienda donde el desorden era un elemento decorativo. Les ofreció un café que ambos reusaron al ver el montón de platos acumulados en la pila y las tazas sucias alrededor de una cafetera llena de churretes.

—¿Conoce a Sofia Piedrahita? —La mirada furibunda de José Luis se clavó en Laura.

—Sí. —La taza que lavaba la depositó en la encimera de piedra con tanta fuerza que el asa se cayó al suelo, repiqueteando hasta que se rompió en tres trozos irregulares.

—Puede completar algo más —añadió Laura mientras quitaba los periódicos descoloridos que reposaban en lo alto del taburete.

—Fuimos amantes durante un año, más o menos. Mi mujer se enteró y me puso las maletas en la puerta. Cuando se dio cuenta que era totalmente libre... me dejó por mi mejor amigo. —La taza, ya sin asa, se la llevó a los labios para comprobar que no había vertido el líquido negro y frío que quedaba en una cafetera preparada a las cinco de la madrugada, tras una noche de insomnio, como tantas otras.

—¡Vaya putada! —Soltó Raúl—. ¡Qué hija de puta! Yo la hubiese matado.

—Ganas tenía y lo hubiese hecho..., pero el único culpable de mi situación era yo, quién me mandó dejarme enredar con Sofia. Me creí mi propia historia de amor, un tío mediocre con una mujer como esa... ¿La han conocido? —Ambos negaron—. Es un bellezón, elegante..., todo humo.

—¿Su amigo? —preguntó Laura.

—Un hijo de papa, heredó una fortuna a la muerte de este y no da palo al agua. Vive de sus rentas y quiere convertirse en un escritor de novela negra, pero hasta ahora lo que ha publicado, no vale ni para limpiarse el culo con el papel impreso. No lo digo porque tenga ganas de partirle la jeta, lo digo como lector empedernido y comprador adicto a la novela negra, pura mierda. —Bebió de un trago el líquido espeso y oscuro sin añadir azúcar.

—¿Nos puede proporcionar el nombre de ese amigo íntimo? —preguntó Raúl.

—Pelayo Peñalosa, vive en una finca cercana a Sotillo de la Adrada. —José Luis parecía darse cuenta de la situación del momento—. ¿Por qué les interesa tanto mis devaneos amorosos? ¿Le ha sucedido algo a Sofia?

—Alguien le dio su merecido —añadió secamente Raúl.

—¿No sospecharán de mí? Hace años de lo mío. El calentón del momento desapareció y aunque la guardo un odio tremendo por todo lo que me hizo y la indiferencia con la que me trató, no la deseo más mal que el verla en mi lugar algún día.

—Pues alguien no pensaba como usted y jugó con ella a un juego sádico y macabro. —José Luis iba decir algo cuando levantó Raúl la mano y le hizo callar— No sufra, sigue viva y podrá identificar a sus atacantes cuando despierte del coma inducido.

—Pregunten a Pelayo, se bebió casi su fortuna, eso dicen, y le abandonó por otro más rico, aunque algo más viejo..., eso tengo entendido, porque yo les retiré la palabra.

—Y usted sabe eso ¿por qué...? —José Luis observaba a Laura con miradas furtivas, se parecía a su exmujer, pero a ésta se la veía más equilibrada. Violeta le resultaba una extraña, las conversaciones telefónicas se zanjaban con insultos y la recogida de los niños eran unas peleas dialécticas agotadoras.

—Voy mucho a Sotillo. Tengo pleitos con Julio Prieto, dueño de una inmobiliaria que me cobró un riñón por venderme esta casa, que supuestamente iba a ver triplicado mis ganancias si firmaba un contrato de exclusividad con él y lo único que vi fue desaparecer el dinero de mi cartera. — Dudó unos segundos en echar la taza a la pila repleta de cacharos, al final piso el pedal de la basura y la dejó caer al interior del cubo repleto de residuos e insectos varios—. Cuando voy por allí, vaya dónde vaya y pregunte a quién pregunte, todos conocen a Pelayo y su vida estrafalaria, es un playboy a la española, un cutre que le llovió el dinero del cielo. Las peleas con Sofía fueron la comidilla de todo el mundo, los insultos en la gasolinera e incluso las bofetadas en el supermercado, dieron la vuelta a la comarca. Sofía es una mujer de mano larga y lengua suelta cuando se enfada, también de bragas caídas y coño caliente. Perdónenme por la descripción tan soez, pero es la mejor imagen que puedo ofrecerles de ella.

—¿Usted discutió con ella? —Sabía la respuesta por las mujeres del banco de piedra.

—¿Yo...? Yo tuve agarradas gordas los últimos días cuando veía que lo nuestro se iba por el retrete, me hervía la sangre, había perdido a mi mujer y mis hijos por ella... Yo la amaba o eso creía, y la muy golfa me dice que me deja porque ha perdido la emoción de lo infraganti, de lo prohibido. El día que se iba, estaba metiendo sus maletas en el coche y la supliqué que no lo hiciese, me dijo que esta casa era una cochambre, que nuestra vida juntos caminaba hacia la ruina. Supliqué: «Todo va a cambiar, Julio me asegura que para el verano la tendré vendida, junto con las tierras y por una buena cantidad. Buscaremos otra casa y la pondré a tu nombre», le daría hasta el último de los céntimos que poseyese... Entre risas me soltó que ya tenía dinero, que se acostaba con Pelayo desde hacía meses y que se había enamorado de él. En el fondo lo sabía, las visitas de mi amigo eran habituales, las miradas y risitas... La agarré del brazo y forcejeamos, se puso a gritar. La gente aquí se aburre y necesita este tipo de espectáculos para cobrar vida, en menos de dos segundos teníamos a veinte personas que me insultaban para que la dejase ir; la solté; se metió en el coche... Dejé que se alejase un metro antes de lanzarla el adoquín que está junto a la puerta y romper la luna trasera. Un espectáculo. Poco más puedo añadir. Volví a verla de lejos en casa de Pelayo cuando fui a pedirle explicaciones, no crucé ni una palabra.

—No queremos robarle más tiempo, le agradecemos su ayuda.

José Luis los vio desaparecer calle arriba camino de la carretera principal que iba a Sotillo de la Adrada. Sabía cuál era su siguiente parada: la casa de Pelayo.

Capítulo 9

11:00h. 11 de diciembre del 2019. Madrid

Daniel pasó por delante de la mesa vacía de la secretaria de Antonio Expósito, este le había llamado nada más llegar con Alejandra a la oficina, necesitaba hablar urgentemente con él.

—Pasa Daniel. —Señaló un sillón mientras continuaba leyendo con interés unos papeles—. Siéntate por favor.

—¿Algo grave? —preguntó Daniel tras el gesto contrariado de Antonio.

—Hace unos meses Francia nos advirtió de la entrada de unos sujetos fichados que venían de Bélgica. «Bienvenida al país de pandereta y castañuela». —Daniel abrió su chaqueta y se acomodó en un sillón que parecía más acogedor a la vista que para los huesos—. ¿Qué sentido tiene que no podamos echarlos? Hay que esperar, ¿a qué? —Antonio dejó los papeles dentro de una carpeta y la cerró fastidiado—. ¿Dónde está Alejandra?

—En la morgue, han terminado con la revisión de pruebas y estará corroborando que no se dejaron un cabo suelto o una partícula sin examinar. Falta por realizar la autopsia del fotógrafo y su novia. —Antonio animó a que continuase—. Encontraron en un pozo los cuerpos sin vida de Gonzalo Cifuentes y Julia Rodríguez.

—Siempre tan concienzuda. Sólo me fio de ti. —Daniel asintió agradecido—. ¿Sabes que todavía siguen los de narcóticos tocándome los cojones? A mi ahijada no le importó lo más mínimo saber quién trasportaba la droga, ella quería al malnacido que sembró las playas de la Coruña de cuerpos de mujeres brutalmente torturadas... —Meneó la cabeza tristemente... y cuando lo tuvo a tiro se lanzó a por él.

Daniel recordaba la tensión entre Alejandra y el grupo de narcóticos. Ella exponiéndose sin atender primero a sus órdenes y por último a sus ruegos; siempre en un continuo enfrenamiento con todos. Ella era como un perro de caza cuando tiene el rastro de la presa, corre sin mirar a su alrededor detrás de su objetivo y una vez que lo atrapa, vuelve a ser consciente del mundo que pisa.

—Les acusó de robar la droga requisada y que no iba a perder más tiempo averiguando algo que ellos sabían: la droga salía de los sótanos de la guardia civil e iba derecho a los colegios e institutos. —Daniel recordó el día en cuestión y cómo tuvo que estampar su puño en más de una cara cuando se les ocurrió que coger de la camisa a Alejandra y zarandearla llamándola «puta» era una buena idea para limpiar su honor, algo sucio.

—No andaba descaminada. Un dossier extenso y con tantas pruebas como para no dejar ningún cabo suelto, fue presentado de forma anónima a uno de los jueces más implacables de este. El capitán y diez agentes fueron detenidos y procesados.

—¿Cree que fue ella? —Antonio sonrió con cautela—. ¿Has conseguido que lleve pistola o chaleco antibalas?

—No cree en las armas, el chaleco la oprime y no la deja pensar. —Encogió los hombros.

—Tan cabezota como su madre... e igual de hermosa. —Daniel sin conocer la historia sabía

que Antonio estuvo enamorado de la madre de Alejandra, hasta el punto de no casarse jamás ni de tener una amante—. Cuando la miro a ella me recuerda tanto..., obstinada y concienzuda. Llegaba a desquiciarme, pero... Todavía me queda su hija y no puedo perderla. —Se puso en pie y apoyó las manos en la mesa de madera de nogal y clavó los ojos en los de Daniel—. No dudes jamás, dispara entre las cejas y luego pregunta.

—No tema. —Antonio caminó por el despacho durante unos segundos para ocultar a Daniel lo que verdaderamente escondía.

—¿Cómo va lo de la mujer de la finca? —preguntó Antonio.

—Sinceramente, es una tela de araña donde todos los sospechosos están relacionados.

—Alejandra tiene buen olfato, no desconfíes de su instinto. —Rebuscó entre sus papeles, sacando una carpeta y entregándosela a Daniel—. De las neveras que contenían los diez miembros amputados de Sofía Piedrahita, no han sacado nada, ni huella ni resto que nos diga quién o quiénes hicieron este acto macabro.

—Todo está orquestado para ella, es el tipo de caso que la absorbe, le emociona la caza del depredador, se mete en la piel del psicópata y...

—Te entiendo, parece uno de ellos, quién mejor que el lobo reconoce a otro lupo. —Se frotó nervioso las manos—. Muchas mañanas la observaba a través del cristal-espejo del hospital psiquiátrico; después de los primeros resultados, de los primeros diagnósticos, después de horas de ver su mirada ausente y su rostro sin vida, pensé que ese malnacido había aniquilado su espíritu tras meses de castigos despiadados. Y un buen día esbozó una sonrisa, era perturbadora porque estaba más cerca del ictus diabólico que de una expresión de felicidad, pero de las tinieblas de su mente regresó a nosotros. Aun hoy, cuando la veo frente a su presa después de meses de búsqueda, agradezco que esté de nuestro lado. —Cogió el marco que descansaba en la esquina de su mesa, una joven Alejandra vestida con el uniforme de la guardia civil sonreía feliz a la cámara el día de su graduación—. El primer paquete que dejaron en recepción iba sin destinatario, los otros nueve ya tenían: su despacho. Pensé lo mismo que tú ahora, está hecho a su medida, un rompecabezas, un puzle en 3D. Vuelve a tus quehaceres. Recuérдалa que este fin de semana hemos quedado para comer, por supuesto estás invitado.

—Lo tiene apuntado en la agenda. Será un placer asistir. —Iba a ir de todas las formas, pero era más reconfortante sentarse en la mesa que no esperar de pie ante la puerta.

Capítulo 10

13:00h. 11 de diciembre del 2019. Madrid

Daniel esperaba apoyado en la pared blanca que tanto traumatizó el día anterior al joven Samuel, la llegada de Alejandra que salía del ascensor, manteniendo una conversación mortecina con el agente designado para su custodia. Ella golpeaba con el dedo corazón la carpeta que apretaba contra el pecho, algún engranaje de su cerebro trabajaba a un ritmo desquiciante y liberaba la presión con un movimiento mecánico, él la conocía bien.

Alejandra esparció los papeles sobre la mesa y señaló puntos que parecían aleatorios, él se inclinó y miró por encima sin detenerse en detalles ni intentar entender los números y los tantos porcientos, así como los nombres extraños que figuraban en una larga lista.

—Tenemos pelos: largos, finos y sedosos, de color castaños. —Él la observó sorprendido, tener una prueba como aquella era una gran noticia, pero esta parecía contrariarla—. Son pelos de un Lebrél afgano. —Sacó el móvil y le mostró una imagen de un perro, parecía un galgo, pero con un precioso pelaje—. Un galgo que requiere muchos cuidados para que su pelo no se enrede y no pierda brillo, el perro que nos ocupa tiene un trato inmejorable.

—Buscamos a alguien con un Cadillac y dueño de un Lebrél afgano, no creo que nuestro hombre pase inadvertido.

—Me parece una chapuza... Tanto cuidado para comprar una finca y encontramos unos pelos de un perro nada común, perfectamente colocados entre las ropas de nuestros dos cadáveres: Gonzalo Cifuentes y la novia. —Daniel le tendió la carpeta de Antonio. Alejandra la ojeó con rapidez y chasqueó la lengua—. Esto demuestra lo que digo, ni una huella ni un residuo de ninguna clase en todo el paquete. El celo es común, el papel el habitual en correos y la nevera se compra en cualquier gran almacén. ¡Genial!

—Descartemos los pelos de galgo, ¿qué más tenemos?

—No descartamos nada, puede tener un significado que todavía no alcanzamos a ver. —Daniel observó el disgusto en la expresión de Alejandra—. Según los forenses conocían a su agresor. Mataron primero a Gonzalo, no se defendió, de frente, una puñalada en el corazón. Esto me hace pensar que quizá nuestro hombre le contrató para algún tipo de reportaje o fue a sus exposiciones, tienen un vínculo. Ella murió después, múltiples heridas de arma blanca: en pecho, cara, brazos...

—Odia a las mujeres.

—Puede ser... El agente con el que hablaba, me decía a un amigo le das una muerte rápida y sin dolor, con un enemigo te ensañas.

—¿Amigos? No me cuadra.

—A mí tampoco. Las heridas de Sofía son cuidadosas, muestran un conocimiento médico asombroso, así como las de Gonzalo. Los que tiene la novia son desiguales e irregulares.

—¿Dos hombres? —dijo Daniel.

—Doctor Jekyll y Mr. Hyde —aclaró Alejandra sin mucha convención—. Un trastorno de personalidad disociativo de la identidad, dos personalidades con sus respectivas estructuras,

pautas de conducta, criterios y formas de reacción que condicionan la forma de actuar. Suelen ser personalidades opuestas entre sí. Además de tener psicologías diferentes pueden pertenecer a grupos sociales distintos, nivel cultural desigual, incluso edad. Uno puede desconocer la existencia del otro.

—Eso explicaría el mendigo del que habla Rogelio Martínez.

—Aunque parece que este supuesto encaja como un guante, no podemos cerrar tanto el abanico. Todo esto puede ser sólo una cortina de humo para mantenernos lejos de la verdad. — Algo de todo aquello la molestaba sobremanera—. ¿Vamos a comer?

—Detrás de usted bella dama.

—¡Serás ganso! —dijo forzando una sonrisa—. A nuestro sujeto le gusta lo que hace, disfruta con ello, lleva años haciéndolo en las tinieblas y por alguna razón que desconocemos ha decidido exponer al mundo su obra, mostrar su poder y hasta que no le tengamos entre rejas irá alimentando su ego con cada uno de nuestros fracasos, con cada paso erróneo. Con cada pista falsa que sigamos, él se hará más y más fuerte y su sadismo aumentará en brutalidad y crueldad refinada. — En su cabeza seguía la señal de alarma encendida.

—Hemos dado orden a las comisarias que nos avisen de todas las denuncias de mujeres desaparecidas que tengan una imagen semejante a Sofia, suponiendo que siga un patrón de preferencias: rubias, ojos azules, mujer con un cuerpo de modelo. Una mujer «guau». — Alejandra le arqueó una ceja.

—La novia de Gonzalo era morena, con el pelo fosco.

—Por eso no recibió un trato delicado. —La frase de Daniel, una broma macabra, hizo a Alejandra pensar sobre ello.

Alejandra miró su móvil cuando éste vibró avisando de la entrada de un mensaje nuevo. Lo que leyó en la pantalla la sumió en un estado de trance.

—¡Alejandra! —insistió él.

—Parece ser que el ex de la tal Violeta, José Luis Canuto, estuvo liado con Sofia Piedrahita. El vendedor inmobiliario, Julio Prieto; conocía a Gonzalo y su obra. Sofia le dejó por su mejor amigo, Pelayo Peñalosa.

—¿Van a visitar al amigo? —Alejandra asintió distraída—. Te noto cansada, ¿cuántas horas dormiste anoche? —Meneó la cabeza ignorando la respuesta—. Cenemos en tu casa esta noche, quizá con una botella de vino consiga desatar esa lengua y me confieses qué te preocupa.

—Tú mandas. —dijo con una sonrisa vaga— No tengo comida.

—Déjame a mí. —Cerró la puerta de la sala de juntas.

La puerta del ascensor se abrió y la figura de Aurora, la secretaria de Antonio Expósito, le impidió entrar.

—El jefe te quiere en su despacho, ¡Ya! —dijo señalando con la cabeza a Daniel.

Daniel se giró y observó el pasillo vacío, ni un agente al que ordenar que custodiase la puerta del despacho de Alejandra.

—Tengo mucho trabajo, vuelvo al despacho y te espero. —dijo Alejandra—. Están comiendo, no puedes andar molestando a nadie, ¿no te fías de la seguridad de la guardia civil? Además, este edificio es el más seguro, tú lo controlas.

—No salgas por nada del mundo, aunque te llame alguien en mi nombre... Yo volveré. — Alejandra resopló.

—Veo exagerada este exceso de protección. Aquello pasó hace mucho tiempo. ¿Pensáis mi padrino y tú, qué no estaría muerta si él no lo desease?

—No sólo se trata de él, también de todos esos amigos que te has ido echando a la espalda con el paso del tiempo.

—¿Tú no tienes enemigos?

—Sí, los tuyos, y por eso no descanso, son demasiados —dijo guiñando un ojo.

—Vete antes de que te lance un zapato a la crisma. —Daniel entró en el ascensor donde aguardaba Aurora.

Alejandra dejó caer sobre el sofá la chaqueta y el bolso, se dirigió al armario y extrajo una enorme pizarra, buscó los rotuladores en una caja del estante y cerró con el pie la enorme puerta negra. Escribió los nombres de todos los implicados en el caso, trazó rectas de distintos colores según la relación. De su escritorio sacó una carpeta y de ella las fotos de los sospechosos y cadáveres, las fue colocando sobre el nombre y cuando hubo terminado se alejó para tener una mejor visión de su tela de araña.

—Siempre fuiste metódica y ordenada, un cerebro bien amueblado el tuyo. —Un hombre de barba blanca y porte elegante la observaba desde hacía unos minutos.

—¡Profesor, que alegría! No le oí llegar.

—Cuando tu mente trabaja se aísla del mundo. —Alejandra abrazó al hombre—. Me gusta cómo suena mi apodo en tus labios, hay alumnos que lo pronuncian y me laceran las entrañas. Tú lo declamas con respeto y admiración.

—El Profesor miró con interés la pizarra—. Veo que estás metida en algo entretenido. ¿Por qué has dejado un círculo en el medio?

—Tiene que existir una persona que sea común a todo ellos, un nexo de unión. —A pesar de tratarse de la persona más importante en su vida, junto con Antonio, era celosa con sus investigaciones—. ¿Qué has venido a hacer? No creo que sea una visita de placer.

—Tu padrino, mi viejo amigo de colegio, me ha llamado con urgencia y como sabe que su simple voz no me hace salir de mi despacho, dijo la palabra clave que mueve montañas. —Alejandra sonrió halagada. Siempre le gustó saber que ella era lo más importante en la vida de El Profesor.

—Llevan un tiempo algo paranoicos con el tema de la seguridad y la vigilancia. —El Profesor mira a su alrededor—. Está en su despacho.

—Entonces será importante, no menosprecies los esfuerzos de tu padrino para protegerte, te quiere como a una hija. —Alejandra besó la mejilla del hombre—. Me siento afortunado de tenerte. Eres la razón por la que me levanto cada mañana y mi último pensamiento antes de dormir.

—Aunque mi padre murió siendo una niña, siempre tuve una parte de él en vosotros.

—Menudo truhan tu padre, en el colegio ere el peor con diferencia... —Besó la frente de Alejandra—. Me voy pequeña. Vamos a escuchar al cansino de tu padrino y a darle la razón como al vejstorio que es.

Capítulo 11

13:00h. 11 de diciembre del 2019. Sotillos de la Adrada

La finca de Pelayo era conocida como «La Millonaria» y tal nombre hacía justicia a las cuatrocientas hectáreas de terrenos. El portón de la entrada daba paso a un terreno de cultivo donde se perdía la vista entre olivos, almendros y encinas, a un lado y otro del camino empedrado se distinguían frutales: perales, manzanos, nísperos y ciruelos. En las praderas, más alejadas, se veían las ovejas y los cerdos comiendo plantas del suelo.

Raúl y Laura entraron por el portón abierto. En el kilómetro recorrido no encontraron a nadie que pudiera orientarles. Llegaron a una especie de plaza de arena rodeada de setos recientemente podados, allí el camino se dividía en tres senderos. Raúl aparcó justo en medio, con la idea de que el coche se viera bien. Unos segundos después un hombre apareció vestido de jornalero con la piel curtida por el sol y las manos manchadas de tierra.

—¡Buenos días! Buscamos a Pelayo. —Estrechó la mano del buen hombre. Raúl sintió sus callosidades y la tierra entre sus pliegues oscuros, unas manos rudas y fuertes.

—¡¡Uff!! Marchó hace un rato a caballo y conociéndole puede que venga mañana. —Laura miró con fastidio a Raúl que parecía igual de contrariado que ella.

—En realidad no veníamos por él sino por su novia, Sofía Piedrahita. ¿La conoce? —preguntó Laura.

—La conozco, pero esa ya no es su novia, le dejó hace un tiempo.

—¿A una mujer como esa?! —exclamó Raúl sorprendido.

—Yo de eso no entiendo, podía parecer muy guapa y todo lo que ustedes quieran, pero mi señor la largó con viento fresco. Era una guarra, sólo quería su dinero, estar de fiesta todo el día. Esto le resultaba poco a la señoritinga, ella quería la capital para ir de saraos y luciendo palmito y mi señor no es que trabaje mucho en el campo, pero le gusta esta tierra y sus gentes, a ella le parecíamos muy paletos, por no decir salvajes. —Sofía sembraba pasiones por donde había pasado.

—¿Y regresó a Madrid?

—Pues no le puedo decir... —El hombre se frotó la barbilla, meditando—. No sé dónde vivía el otro tipo.

—¿Otro tipo? —preguntó Laura.

—Pelayo asistió a una cacería, de esas que duran todo el día, con comida y cena. Ofrecida por el alcalde, fueron políticos y gente importante de Madrid. Ese día empezó todo, creo... —Habla de ella con desprecio—..., allí debió conocer a otro con más recursos o con mejor posición, porque escapaba mucho a Madrid. Las discusiones aumentaron de tono y un día Pelayo la siguió y todo se terminó. Todo lo que tenía en la casa se lo mandó a través del capataz.

—¿Dónde podemos encontrar al capataz? —*Otro hilo conductor*, pensó Raúl.

—Andará en el monte recogiendo las vacas, por la tarde vendrá el veterinario a examinarlas y tienen que estar todas en el establo. Si esperan media hora podrán hablar con él. —Raúl asintió y

el hombre extendió el brazo señalando el primer camino—. Bajen todo recto, no tiene perdida. Si mientras, llega el señor, le haré bajar también.

Laura tenía en su cabeza un runrún molesto.

—¿Por qué vamos vestidos de guardia civiles y nos comportamos como espías o matones baratos? Hoy nos hemos salido de eses papel ridículo y creo que nos ha ido bien.

—Todo el mundo se siente más o menos intimidado por la fuerza del orden, pero son como de casa. La gente no sabe que es CIC, no se habla de nosotros en la prensa y no figuramos en los presupuestos del Estado, aunque nos mantengan, somos como la amante del Gobierno. —Raúl río de su gracias mientras Laura le miraba con los ojos en blanco—. No existimos para la gente de a pie.

—No comprendo nuestra postura, pertenecemos y nos vestimos como la guardia civil, pero Alejandra insiste en que somos un grupo aparte llamado CIC. No puedo dejar de pensar que vamos en contra de lo que nos enseñaron en la academia. Tampoco comprendo las órdenes de Alejandra: tenemos que demostrar una frialdad emocional.

—La idea es no crear vínculos. Tenemos que dar la apariencia de personas frías con escaso interés por lo que sucede a nuestro alrededor.

—Pero el trato con nosotros les resulta frustrante, complicado y estresante. Convertimos a las víctimas en sospechosos; nuestra función es protegerlas.

—Lo del interrogatorio amable pero frío y distante, es según Alejandra, un juego mental. Ni sí ni no, sino todo lo contrario.

—Se bueno y no te haré daño, parece nuestra postura. —Laura estaba fastidiada con aquella forma de actuar, no le gustaba esa amenaza tácita.

—No me mientas que lo sé todo y te joderé la vida. —rió Raúl—. ¿Dónde empezaste?

—En delitos cibernéticos, en pornografía infantil, luego me propusieron trabajar con Alejandra, mejor dicho: para ella.

—Eso es lo primero que se aprende, con ella sólo trabaja Daniel, el resto obedecemos sin cuestionar. Yo llevo más tiempo que tú y es una mujer que sabe por dónde se anda, escucha y valora tus opiniones, aunque no sabe demostrarlo. Busca soluciones y nunca culpables, y si los de arriba piden una cabeza de turco, siempre pone la suya. Es cierto que no podemos cometer más de dos errores, nos larga sin reparos, pero es de los mejores jefes que he tenido y llevo casi treinta años en el cuerpo.

—¿Y él? —preguntó Laura.

—Daniel... Es su sombra. Cuando hemos salido a tomar copas...

—¿Has ido de copas con él? ¿Yo dónde puñetas estaba? —Raúl descubrió un anhelo en aquella pregunta.

—Con tus hijos... —reprochó—. Es un tío divertido, coloquial, nada que ver cuando está ella, entonces es como un halcón.

—Avísame la próxima vez que salgáis de parranda, yo me apunto.

—No sabía que estabas interesada en él.

—Quién no se fija en un hombre como ese: alto, rubio, con esos ojos azules de infarto y un cuerpo de escándalo escondido bajo un traje oscuro hecho a medida. —Laura hizo un movimiento nervioso con su cadera y Raúl estalló en carcajadas sonoras—. Ahí está nuestro hombre.

Por un sendero oculto entre zarzas, surgía la figura de un anciano, llevaba un paso lento y arrastraba los pies al caminar, apoyando su cuerpo en un gran palo a modo de bastón. Esperaron a que la última vaca desapareciese en el establo y se aproximaron despacio. Saludaron desde la

distancia para llamar su atención, el hombre levantó el palo y tras cerrar la puerta se acercó cauteloso.

—¿Ha sucedido algo malo? —Raúl negó con la cabeza—. Sois pájaros de mal agüero y perdonad que os lo diga, a mi edad sólo viene la guardia civil para desgracias, porque mis delitos prescribieron hace años. —dijo entre risas.

—No se preocupe, venimos por intereses más cercanos a Pelayo que a usted. —El anciano frunció el ceño contrariado.

—¿A Pelayo? Pues no sé en qué puedo ayudar. —Aquello puso en guardia al anciano, disipando la cordialidad—. Anda en el monte con el caballo, pero no sé a qué hora vendrá, sale y se olvida de todo. —Señaló un punto en lo alto de la Sierra de Gredos.

—Venimos por Sofía Piedrahita. —La expresión de su cara cambió a repugnancia, el anciano escupió en el suelo y dio dos golpes secos con su largo palo en la arena con restos de excrementos de animal, levantando un ligero polvo que manchó los zapatos relucientes de Lucia.

—Muy mala mujer, pero el joven se dio cuenta y largo a la tipeja antes de que le robara hasta los calzoncillos. Sólo le quería por el dinero, tonteaba con unos y con otros y se revolcaba con cualquiera.

—¿Con cualquiera? —preguntó Laura.

—¡Hombre! Conmigo no, ni con el Eustaquio; era una señoritinga. Se dice que, con un concejal de Sotillo y un notario de mucho nombre de la comarca, también con algún político de la televisión...

—Un notario, ¿no recordará su nombre?

—Yo no, pero el joven lo sabe bien. Una mujer que pasa de mano en mano, no es trigo limpio..., pero era guapa la muchacha y tenía unos andares y un movimiento... —Las manos se las llevó a su pecho y las subió y bajo como el contoneo de dos senos. Raúl sonrió.

—¿El notario fue antes o después? —preguntó Laura. Hablar de Sofía había relajado la tensión, *¿qué te inquieta de Pelayo que tanto miedo te da revelar?*

—Antes, mucho antes... El joven se la quitó a su amigo y su amigo al notario o algo como eso..., tampoco me haga mucho caso.

—¿Recuerda dónde llevó sus cosas?

—Sí. A un piso del barrio de Salamanca, menuda casona. ¿Les doy las señas? —Sacó un papel usado y un lápiz mordisqueado y escribió en una letra redonda y clara una dirección.

De aquel portal había desaparecido Sofía Piedrahita unos meses más tarde.

Capítulo 12

18:00h. Jueves, 11 de diciembre del 2019. Madrid

Alejandra colgó el móvil y añadió en la pizarra un nombre más, el del ministro de Justicia. Las voces en el pasillo y el abrir y cerrar de puertas, hicieron que Alejandra tomara conciencia de que las horas de la tarde había pasado sin percatarse de ellas. Su estómago seguía vacío y Daniel continuaba reunido. En el primer cajón del escritorio, sobre los lápices y bolígrafos, encontró un paquete de galletas de cereales para matar el gusanillo, pero continuaba absorta en su pensamiento y no escuchó cerrarse la puerta de su despacho y el saludo de Daniel al tomar asiento.

—Ya has empezado sin mí. —Daniel observó la pizarra que muestra un patrón caótico y sin sentido, líneas de colores y grosores diferentes— Bueno, bueno si has apuntado a Juan Ruiz y en letras doradas... Mira que eres perversa.

—Le dije a mi padrino que no pondría su nombre si no era necesario, pero un testigo acaba de situar a nuestra víctima en su domicilio del barrio de Salamanca. —Encogió los hombros—. Se suponía que nadie sabía que vivía allí, pues hay alguien que lo asegura porque llevó todas sus pertenencias.

—Te viste obligada. Cuando el ministro llamó a tu padrino le pidió total discreción. No quería que los medios se enterasen. Colocando su nombre en la pizarra, ¿lo haces cómo víctima o sospechoso?

—Ni los muertos tienen el honor de ser víctimas hasta que no les elimino de la columna de sospechoso. —Daniel sonrió divertido, era tozuda—. Además, me conocéis, contra más me digan que no haga una cosa, más interés tengo en hacerla. ¿Por qué el ministro no quiere que le relacionen con Sofía si es un hombre soltero?

—No parece que la tal Sofía sea una mujer muy virtuosa.

—Al ministro se le relacionó con una cantante que estuvo casada con un futbolista y fue amante de un piloto de Fórmula 1, un actor, un bailarín, un arquitecto mundialmente conocido... y se pierde su lista en tantos nombres que las páginas amarillas se quedan pequeñas. ¿Me dices que ese mismo hombre ahora tiene reparos en una mujer que no llena portadas como la primera y su vida no está aireada a los cuatro vientos?

—Por aquello le criticaron y estuvo en un tris de abandonar la política y al partido. Otro bombazo como ese en las revistas sensacionalistas terminará con su carrera.

—Que se lo hubiera pensado dos veces antes de caer con una mujer de igual actividad sexual, pero yo no puedo mirar hacia otro lado ni dejar de investigar porque su carrera pueda irse al traste. ¿Qué sucede con la vida de Sofía?

—¿Piensas que lo que ha sucedido es por ella o por él?

—Las flechas van hacia ella una y otra vez, sólo una al ministro. Pero no descarto nada. No te voy a preguntar por la reunión porque será más de lo mismo.

—Sí señorita, el mundo gira a tu alrededor. ¿Vino a verte El Profesor? —No podía disimular la antipatía que le producía el solo hecho de mencionar el nombre.

—Sí, estuvo un segundo.

—El tiempo es oro. Salió disparado del despacho cuando terminamos, tenía mucho que hacer.
—La figura de aquel hombre le despertaba tanta curiosidad como reservas.

—¡Dispara de una vez! Te conozco y hay algo que te da vueltas en esa cabeza.

—Es una curiosidad. Lo que les mantiene unidos eres tú, pero ¿qué es lo que les distancia? —
Alejandra sopesó la respuesta.

—Mis padres murieron cuando yo era una niña, me crio mi padrino, pero El Profesor siempre guio mi vida académica. Era como tener dos padres divorciados. Lo que sea que les distancia no está dentro de mis recuerdos, siempre tuvieron la misma actitud fría pero colaboradora, cercana, pero a la vez guardando las distancias. —Cogió una foto de la estantería que tendió a Daniel. Eran sus padres el día de su boda. Junto a su madre, estaba su padrino, sonriente y feliz con la corbata desabrochada y el pelo revuelto; y El Profesor, junto a su padre, furibundo—. La espina que tienen clavada es de esa fecha, en las fotos que tengo anteriores, no muestran tal distanciamiento.

—Antes te dije que la vida gira a tu alrededor y eso no es cierto. —Le devolvió la foto—. Tu querido profesor está muy dolido en esa foto, las manos las tiene en un puño cerrado y no hace nada por disimular su disgusto. Tu madre está feliz agarrada al brazo de tu padrino, y aunque tu padre sonrío, las arrugas de su frente muestran un gran pesar.

—Es cierto, mi padre muestra tensión en todas las fotos.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—Mi padrino me contó, a colación de una carta que encontré entre los versos de Bécquer cuando tenía unos once años, que él era novio de mi madre hasta que ella se casó con mi padre. — Daniel no se sorprendió—. El Profesor me reveló que fue tan precipitado que nadie se lo esperaba. Me insinuó el valor del dinero en toda relación, pero no puede ser cierto. Mi padre proviene de una larga estirpe de empresarios, gente de posición y riqueza. Pero mi padrino es hijo de un industrial, adoptado, pero heredo hasta el último de los tornillos de la fábrica de tractores.

—Y El Profesor, ¿no era un buen candidato?

—Era hijo de un prestigioso psiquiatra alemán mundialmente conocido y en aquellos años no era tan sencillo como ahora destacar, el mundo estaba saliendo de una Guerra Mundial y España de una posguerra. Él ha heredado su cerebro, es un hombre increíble, un genio.

—Entiendo.

—Te sientes intimidado por él, a mí también me pasa.

—Perdona si mi cociente mental no está a vuestra grandiosa altura, pero a mí sólo me intimida una pistola en la sien y con el seguro quitado.

—No quería menospreciarte. Eres un hombre muy inteligente.

—Dame coba... Tu vida depende de mi puntería. —Se arrepintió nada más decirlo— ¡Lo siento!

—Tranquilo, entre tú y yo, no son necesarias las disculpas.

—Soy tu amigo. —matizó Daniel.

—Te une a mí un contrato que firmaste con mi padrino por un sueldo insultante, no por tu valía que es incuestionable. —Zarandé con suavidad a esa mujer de mirada escurridiza cuando se trataba de temas fuera de lo profesional.

—Me une a ti algo más que un papel. Podía haberme ido hace muchos años, pero en lugar de eso me quedé.

—Daniel... hemos hablado miles de veces sobre esto, nunca podré amar a nadie, jamás me tendrás entre tus brazos como tú deseas.

—Mira en mi interior, analízame como si fuera una rata de laboratorio...

—Si lo hiciera y encontrase algo, te tendrías que ir y entonces no estoy segura de mí misma... Tengo un lado devastador que cada día amanece con más resentimiento, con más odio... Está saciado cuando voy tras otro depredador que se cree mejor que yo. Viví hace tiempo un tormento que me llevó a la locura, quien piense que de aquello solo quedaron cicatrices visibles, es que no cuantifica los riesgos a mi lado y es un necio.

Capítulo 13

22:00h. Jueves, 11 de diciembre del 2019. Sotillo de la Adrada

Pelayo decidió regresar entrada la noche. José Luis Canuto le llamó con la intención de prevenirlo, pero en su tono irritado y en los continuos reproches, latía la venganza, el deseo de ponerle nervioso, de hacerle sentir culpable, pero Pelayo con el tiempo había llegado a la conclusión que le hizo un gran favor al librarle de una mujer como Sofia.

Al salir de las cuadras, distraído en una maraña de pensamientos, reparó en los dos guardias civiles que le observaban apoyados en el cercado. Le saludaron de lejos e incluso le mostraron algún tipo de placa o papel dentro de una cartera, pero a tal distancia y siendo miope como era, podían sacar la tarjeta del Leroy Merlín que lo daría como válida, tampoco sabía cómo era una placa verdadera.

—¡Buenas noches! Perdona las horas, pero es de vital importancia que hablemos con usted, como ya le habrá informado su amigo José Luis Canuto. —dijo Raúl cansado de mirar el monte durante cuatro largas horas.

—Discúlpenme. Me llamó José Luis y me pilló camino de Ávila, no dudé en regresar, pero se tarda bastante y más al anochecer. —Pelayo les señaló una casa de madera detrás del establo—. Tomemos un café para entrar en calor y hablemos de Sofia. ¿Es por eso por lo que han venido? Aunque no hay mucho que contar, fue una relación breve y tormentosa, que se reduce en tres actos: se la quité a un amigo, fue puro sexo los tres meses que duró y se marchó con un político que conoció en una cacería.

Entraron en una cabaña de unos veinte metros cuadrados con cocina americana, una salita con dos sofás y una chimenea. Una cafetera preparada aguardaba en la encimera. Raúl observaba los gestos de Pelayo mientras este servía el café en tres tazas, estaba tranquilo, relajado, como si en lugar de dos agentes fueran unos amigos de toda la vida que están de visita. Se sentó ante ellos, echó tres cucharadas colmadas de azúcar y removió despacio, mirando fijamente el remolino que se formaba en el centro. Un gesto de Laura casi imperceptible para Pelayo, que continuaba absorto en el movimiento rítmico del café, llamó la atención de Raúl. Ambos habían reparado en los ojos enrojecidos, las pupilas dilatadas del hombre y la sonrisa sin matizar.

Laura tosió y rompió la concentración de su anfitrión que los miró sin interés.

—¿Se sentía dolido con ella? —Laura esbozó una sonrisa cautivadora.

—Lo justo. «El que la hace, la paga», se me puede aplicar. Yo se la quité a mi amigo y un político con barriga, pero con buena posición, se la llevó a la cama. —Bebió un trago largo—. Tampoco me extrañó mucho, su lista de amantes era impresionante, terminaríamos antes diciendo quién no se la benefició.

—Nos han dicho que salió con un notario, ¿sabría su nombre? —Pelayo se rio.

—Mi amigo se la levantó a un notario conocido de por aquí, Rufino Legado. José Luis tenía una casa en Casillas y compró un terrenito para hacerse una piscina y plantarse cuatro frutales y una huerta ecológica para que Violeta dejase de dar la murga sobre la salud... Sofia andaba

siempre por el despacho, llevando y trayendo papeles. Es una mujer impresionante y cuando se marca una conquista... es deliciosa... Mi amigo que estaba sumido en un matrimonio monótono y rutinario, sin más actividades que las de los hijos y sin vida sexual, fue presa fácil.

—¡Ya! —Laura cerró los ojos y tragó la bilis que le subía a la garganta, antes de soltar las dos verdades sobre la vida monótona de un hombre sumido en un matrimonio aburrido con dos hijos —. Pero... ¿qué sacaba ella de tanto ir y venir de hombres?

—Sexo. —Ambos hombres miraron a Laura como si aquella pregunta sobrase.

—¿A qué se dedica su amigo José Luis?

—Es médico. ¿No sabe eso la Guardia Civil? —Laura movió la mano exigiendo algo más—. Médico de traumatología del Ramón y Cajal.

—¿Volvió a ver o hablar con Sofia? —preguntó Raúl, mirando su reloj de muñeca.

—La vi un par de veces más acompañando al ministro de Justicia, su nuevo amante. Una fue en una exposición de fotografía que organizó la fundación Mapfre, era de Gonzalo Cifuentes. La otra en una cena para reunir fondos en apoyo al cáncer infantil. —Su mirada era esquiva.

—¿Hablaron? —preguntó Laura. Pelayo frotó la barbilla con una sonrisa bobalicona.

—Sí, nos despedimos como amigos, ambos sabíamos que lo nuestro era pasajero. —Sus ojos no dejaban de mirar hacia la derecha, la parte creativa del cerebro—. Hablamos de trivialidades, con ella las conversaciones profundas se limitaban a qué zapatos ponerse o cuál de los dos vestidos le quedaba mejor. Ni siquiera un acto benéfico sacaba de ella un lado desinteresado y humanitario. Era demasiado frívola para pararse a sentir el dolor de los demás, por muy niños que fueran.

—Entiendo... —dijo Raúl. Estaba cansado de tanto dar vuelta sobre lo mismo, una mujer que sacaba partido de su físico, lo tenía entendido.

—¿Les descubrió el ministro en plena faena? —La pregunta fue soltada tan a bocajarro por Laura, que pilló a Raúl en maniobras de irse y a Pelayo sin una respuesta preparada.

—¿Cómo...? —Su voz quebrada y ese tiempo que intentaba ganar, molestó a Raúl que deseaba darse una ducha y meterse en la cama.

—Conteste deprisa, deseo llegar a casa antes de que suene mi despertador. —Sonó más brusco de lo esperado.

—No lo puedo asegurar, nos vio incorporarnos a la fiesta juntos. —Pelayo se dio cuenta que sus devaneos amorosos despertaban mucho interés en los agentes— ¿Qué le ha sucedido a Sofia?

—¿Me está insinuando que tuvo relaciones amorosas con Sofia en esos dos eventos y a escasos dos metros de su nuevo amante? —Raúl no daba crédito a la desfachatez, pero tampoco entendía de que se sorprendía.

—Sí..., pero no fui el único, la vi hablando muy acaramelada a un vejstorio.

—¿Le conocía? —interrogó Laura.

—No, lo he visto en varias ocasiones, pero ni sé su nombre ni nada. Pelo blanco, con barba cuidada, gafas de esas con pequeños cuadrados en la parte baja del cristal... Es refinado en las formas y cultivado. Me llamó la atención las largas conversaciones que tenía con Sofia, esta mujer no es tonta, pero sólo pierde su tiempo con hombres que halaguen su belleza o babeen por ella y aquel hombre no hacía ni una cosa ni otra.

—Gracias por su tiempo. —Raúl se puso en pie, seguido por Laura que refunfuñó por la brusquedad de la despedida, casi precipitada—. Cualquier nuevo detalle que se le ocurra no dude en comunicárnoslo.

Se incorporaron a la M 501 en silencio. Laura apuntaba en su libreta las dos pistas a seguir,

pero sobre todo una de ellas, averiguar la identidad del hombre que hablaba con Sofia.

Capítulo 14

23:00h. Jueves, 11 de diciembre del 2019. Boadilla del Monte

El olor que se extendía por la casa, dulce, fragante y aromático, permitió a Alejandra degustar el plato antes de probarlo. Daniel nunca le dejaría de sorprender. Se colocó unos pantalones desgastados de chándal y una camiseta de los años universitarios y salió de su habitación recogiendo el pelo en una cola de caballo.

—En la encimera tienes una copa de vino. —Alejandra la tomó en la mano y la movió con cuidado, mojó los labios. Un vino suave, fino y refinado, escogido con esmero—. Espero que te guste el Risotto.

—Solo con el aroma, ya tengo hambre. —El sollozo de un perro al otro lado de la puerta del jardín desconcertó a Alejandra que miró a través de la ventana—. ¿Quién te enseñó a cocinar? —preguntó.

—Mi madre era una mujer que tenía que hacer milagros en la cocina, éramos más pobres que las ratas. Mi padre murió cuando tenía un año y ella nos tuvo que mantener a todos con el sueldo miserable que le daban por limpiar la casa de otros. A pesar de todas nuestras miserias, era una mujer feliz. Me ponía sobre un taburete y me enseñaba a pelar patatas... Mi dieta era patata con algo: costillas, chorizo, pescado; el algo lo cogía o se lo daban en esas casas. Sobre aquel taburete la escuchaba cantar o contarme viejas historias de cuando ella era una niña y su madre la enseñaba los secretos de la buena cocina: dedicación y amor.

—Pensé que lo sabía todo de ti. Leí en tu informe que eras huérfano y di por hecho...

—Hasta los siete años tuve una madre y tres hermanos, —Daniel sufrió una durísima orfandad y seguía sin estar preparado para ahondar en ella—, pero cuando ella enfermó, muriendo a los seis meses, nos recogieron los servicios sociales y nos separaron. —Daniel se sirvió un vaso de zumo, que se bebió en dos tragos—. Esa es mi historia. Podía añadir que con el tiempo me interesaron los deportes, las competiciones, de ahí di el salto al ejército, a las fuerzas especiales y a ser uno de los mejores tiradores..., pero eso ya lo sabes. ¿Podría ilustrarme sobre la suya?

—No hay mucho que contar y mi expediente estuvo durante meses en tu mesilla... —Las pisadas de un perro correteando por el pasillo distrajo la atención de Alejandra.

—¿Sucede algo? —Daniel mira el fondo del pasillo vacío y en penumbra.

—Me pareció escuchar un ruido. —Un olor rancio invade la cocina: a grasa pasada, a herramientas oxidadas y a viejo—. Fui una niña que no supe lo que era la tristeza hasta que mis padres se mataron en un accidente de coche. —Vacío la copa de vino mientras seguía escuchando pisadas y arañazos tras la puerta cerrada de la despensa—... todo se acabó... —Abrió de golpe la puerta y tras ella estantes repletos de comida, pero ni señales de un perro o gato.

—¿Sucede algo? —preguntó Daniel al ver el desconcierto en la cara de Alejandra.

—¿No escuchas a ese perro? —Daniel agudizó el oído y negó. El caso de Sofía la estaba desequilibrando, el pasado regresaba para atormentarla—... Mi padrino era mi tutor legal. Es como un padre...—Bebió ligeramente. Regresan los ladridos tras la puerta del jardín. No es capaz

de hilvanar los recuerdos—... El profesor, al que miras con tanta suspicacia, estuvo siempre pendiente de mí, aunque más que interesarle mis necesidades afectivas, él enriqueció mi mente, mi curiosidad por saber más de todo, de no conformarme con lo obvio y buscar lo imprevisible, dar explicación a lo ilógico. Cuestionarlo todo para buscar la respuesta exacta. Seguí el sendero que me trazó y no me arrepiento... tuvimos nuestras palabras cuando entré en la academia de la guardia civil. No le gustó lo más mínimo, él deseaba que fuera una eminencia en la investigación neurológica, que desvelase al mundo el funcionamiento del ordenador orgánico más perfecto: la mente y sus recovecos. Descubrir las causas del alzhéimer, o, por qué no, diagnosticar un psicópata antes de su nacimiento... Pero yo quería... ser un súper agente... —Rio nerviosa—... a los pocos meses de licenciarme con honores... me secuestran a la salida del cuartel. El resto lo conoces y lo que no te desvelo es porque lo tengo olvidado en lo más profundo de mi cabeza.

—Algún día lo cogeré, es una promesa.

—... nuestra relación fue intensa, concienzuda y meticulosa...

—Sé lo que crees y estás equivocada.

—¿Qué quieres decir?

—Una mañana te suelta... sin más. Tal y como ha sucedido con Sofia. —Alejandra no deja de pensar en ese detalle, pero no encaja del todo en el perfil—. Te sientes su criatura, durante todo ese tiempo te preparó para lo que eres ahora, una mujer tenaz y concienzuda, con una visión de la realidad perturbadora pero exacta ante criminales, implacable ante la caza.

—¿Crees que es de mi entorno?

—Lo investigué, pero no encontré nada en contra de nadie. —Sirvió el Risotto en dos platos hondos—. Miro con lupa a todo el que se acerca a ti, desde la señora de la limpieza, hasta el tío que te echa la gasolina... No dejo de darle vueltas a que te observa.

—Tiene que ser alguien con un cociente intelectual elevado, destacará entre la muchedumbre, un hombre brillante en su carrera, sea cual sea. No se conformará nunca con el segundo puesto, ni vivirá a la sombra de nadie, ni dejará que otros ensombrezcan sus logros, buscará el reconociendo de aquellos que considere superiores a él y si estos no responden como espera, será colérico y buscará la venganza.

—Eres buena, muy buena. —Señaló con su tenedor trinchado de setas a Alejandra que jugueteaba con el arroz.

—Me observa porque teme que pueda superarle y si eso sucede, no dudará en eliminarme.

—No lo permitiré. —Alejandra sonríe—. Es un psicópata narcisista. —dijo Daniel— ¿Qué ronda esa hermosa sesera?

—La aparición de Sofia en la finca de Fresnedilla, ha despertado algo dentro de mí, intento alcanzarlo, pero desaparece tan pronto como lo tengo.

—En algún momento de tu cautiverio, llegaste a verle. —Se limpió los labios con la servilleta—. Por mi experiencia sé que nos volvemos descuidados cuando retenemos a alguien. En algunas misiones en Afganistán cogimos rehenes. Los teníamos cautivos durante un tiempo. Entrábamos en la sala con la cara cubierta, los expertos dicen que cuando no pones rostro a tu agresor te infunde más miedo, reconocer las facciones de un sujeto cualquiera te hace ver que es un hombre, como tú, con sus puntos débiles. Un rostro tapado puede ser cualquiera de nuestros demonios, nos encargamos de que proyecten sobre nosotros sus miedos, luego todo es más sencillo, el prisionero se vuelve colaborador.

—¿Me estás diciendo que sufro el síndrome de Estocolmo? —Daniel se encogió de hombros—. Estuve retenida en contra de mi voluntad, desarrollé una relación de complicidad y afectividad

con mi secuestrador, mi sustento dependía de él, mi colaboración y gratitud me proporcionaban alimento y la posibilidad de salir ilesa de toda aquella situación incontrolable para mí. Muchas veces me sorprende con sentimientos positivos hacia él, soy mejor en lo que hago por sus enseñanzas, tuve un maestro de la psicología criminal inigualable, un psicópata con voluntad de maestro.

—¿Por qué querías dejar la Guardia Civil?

—Los primeros días tuve la esperanza de que me encontrasen, pero cuando los días fueron semanas y estos meses, me sentí aislada, amenazada, abandonada y olvidada por el cuerpo al que juré respetar. Y la esperanza dio paso a la ira. —Daniel, tras aquella decisión de ella, sospeché de alguien de la Benemérita—. Nunca me he aprovechado de mi situación, jamás pedí favor alguno a mi padrino, ni usé mi dinero para nada que no fuera pagar mis estudios, comprarme ropa, un piso o un coche. Pero mientras estaba en el psiquiátrico siendo desmembrada por aquellos médicos inútiles, dos días después de mi rescate, forjé lo que hoy somos. Pagué sobornos y me aproveché de los favores que la gente debía a mi padre. No me arrepiento de nada, somos un centro de investigación que se ha ganado su reputación con esfuerzo y con méritos. Estoy orgullosa de la gente con la que trabajo y de lo que hago, y creo que los medios justificaron el fin. CIC pertenece a la Guardia Civil, como SEPRONA, GAR..., pero con mis normas.

Daniel se recostó en su silla, siempre creyó que Antonio Expósito era el director de orquesta, pero ahora veía quién manejaba los hilos en la sombra.

Capítulo 15

9:00h. Viernes. 12 de octubre del 2019. Madrid

Ante la imposibilidad de concentrarse por las voces procedentes de la sala de juntas, Antonio Expósito salió al pasillo justo a tiempo de ver llegar a Daniel arrastrando la inconfundible pizarra de Alejandra.

—¿Qué coño escribió ahí? —Daniel no necesitaba mirar para saber que se refería al ministro de Justicia—. ¡Borra ese nombre!

Alejandra salió de su despacho con una abultada carpeta bajo el brazo y arqueó una ceja cuando escuchó la voz irritada de su padrino.

—Dame una buena razón, una que no se base en un favor personal. —La actitud altiva de ella irrita aún más a Antonio.

—No la tengo y tú lo sabes. —Alejandra esboza un mohín de pena—. Para sobrevivir hay que jugar a un juego que se llama «política», hoy por ti mañana por mí.

—A mí eso no me interesa. —Da un paso, pero Antonio se antepone en su camino.

—Debería interesarte. No muerdas la mano de la gente que nos da de comer. No digo que le taches del informe, ni que dejes de investigarle, te pido que tengas tacto y que no expongas su nombre a miradas indiscretas. En todos los sitios hay ojos y oídos.

—¡Muy bien!, lo borro, pero a cambio podré interrogarle. —En esos momentos Antonio tiene la certeza de que ha caído en una trampa, que picó el señuelo haciendo una concesión mayor—. Su nombre ha salido a colación dos veces y si tiro de la manta, saldrán otras tantas. Quizá estés encubriendo a un asesino, ¿no te preocupa?

—¿Ha muerto Sofia? —Ella negó—. Confío en mi amigo, pero si obtienes una sola prueba irrefutable, yo mismo le colocaré las esposas. Hablaré con él, dime qué quieres que le pregunte y te traeré las respuestas.

—Cualquiera puede pensar que vas a prevenir a tu amigo. Le privas de la emoción más fuerte y a la vez la más inesperada: la sorpresa de hablar conmigo. Y ¿se las harás en el hoyo quince o en le veinte? —*La tensión entre ellos no es la excepción de la regla, sino la regla misma*, pensó Daniel—. Voy a jugar con tus reglas, pero no dejaré de ser implacable porque sea tu amigo.

—Yo no te pido eso. Si es inocente, nos deberá una durante muchos años y nunca se sabe cuándo podemos necesitar un favor. —Antonio borra el nombre de Juan Ruíz con la palma de la mano—. Gracias.

—No me las des. Si sale su nombre a colación una vez más, llamaré a la puerta de su despacho en el ministerio de Justicia y acudiré con todos mis hombres debidamente uniformados. —dijo Alejandra—. Te daré mi lista de preguntas, si me engaña, lo sabré; si oculta algo, lo averiguaré; y no soy persona de amenazas infundadas.

Antonio cerró la puerta de su despacho con un portazo. Un muro de madera con su nombre grabado en letras inglesas sobre una placa dorada, brillante y pulcra, se interpuso entre ellos. Alejandra no tenía remordimiento por el trato dado a su padrino, por encima de sentimentalismos

estaba una mujer brutalmente tratada, que, si sobrevivía a las heridas, desearía morir, y daba la impresión que ella era la única que pensaba en Sofía.

Samuel y Raúl se agarraban por el cuello de la camisa zarandeándose y propinándose golpes contra la pared. Alejandra dejó caer la carpeta sobre la mesa y se sentó tranquila. Ambos hombres se soltaron, colocaron sus ropas y bajaron la vista al suelo ante la severa mirada de Daniel.

—Discrepábamos en un punto —dijo Tomás.

—En dos —puntualizó Raúl.

—¿Y ahora nos vamos a dar de puñetazos cada vez que no opinemos lo mismo? Pues sinceramente, fresca voy..., mi postura es contraria a la vuestra en la mayoría de los casos. —Abrió su carpeta sin dirigirles la mirada—. Quiero que solucionéis vuestras diferencias como gente civilizada y dejéis lo puñetazos para el gimnasio. La próxima vez os saco del equipo. ¿Cuál era el motivo de la disputa?

—Todo ha sido por un comentario que he realizado... —Félix sacó de su carpeta una hoja que tendió a Alejandra—. La investigación de los diez Cadillac: cinco de ellos fueron comprados por una empresa de negocios americana cuya sede está en Azca, nada que los vincule a nuestro caso. Y los restantes son el motivo de la disputa. Uno de ellos es del ministro de Justicia, Juan Ruiz; el otro pertenece al padre de Samuel, el ministro de Asuntos Exteriores; los otros dos pertenecen a amigos influyentes de los dos anteriores y las casualidades del destino, hace un mes Pelayo Peñalosa adquirió este vehículo a Julio Blázquez.

—Muy interesante pero no explica por qué se intentaban abrir la sesera a golpes. —Alejandra miró a Samuel y Raúl.

—«¿No sabes la marca del coche de tu padre?» he preguntado a Samuel, quizá con un poco de mala hostia por mi parte, y él me echó en cara que ayer no hice bien mi trabajo, ya que estuvimos con Pelayo y no averigüé la marca de su vehículo. Según Samuel, podíamos haber registrado la finca de Pelayo sin una orden judicial. Yo le increpé «Así actúan los hijos de papa, porque luego alguien le cubre el culo». —Samuel se movió incómodo. Miró a Samuel irritado—. Averiguamos que en los dos eventos donde volvió a ver a Sofía, otro vejestorio ocupaba su atención.

—¿Vejestorio? Curiosa expresión, falta de tacto, pero sobre todo de concreción. Para un niño de cinco años otro de diez es un adulto, para uno de veinte uno de treinta es una «antigualla» y para uno de setenta uno de noventa es una «reliquia». Podemos redactar los informes con estos términos tan literarios. —Su ironía era peor que los gritos o insultos de otros superiores.

—Lo siento, unos sesenta años, más o menos. —Se apresuró a contestar Laura.

—Vamos a introducir un nombre más en mi pizarra. —Se levantó y añadió la palabra «vejestorio». —No le vamos a llamar «sujeto A» en honor a Raúl, además lo único que sabemos de este misterioso hombre es que es algo mayor de los aquí presentes y que pudiese ser el siguiente objetivo de nuestra desafortunada Sofía. —Alejandra sacó una fotografía de un perro de la carpeta—. Conocido como galgo afgano o Lebrél afgano. Quiero averiguar quién tiene uno como este. Me temo que esta última pista intenta desviarnos de nuestro objetivo, pero no podemos descartar nada. Incluso si el sujeto colocó los pelos sobre la ropa para despistarnos, significa algo para él y eso es importante.

—Sobre las fotos de Gonzalo por la red... he obtenido unas cuantas, pero ninguna muy reveladora: de paisajes, de bichos, de piedras y árboles... —Rebuscó en su carpeta y sacó unas diez fotos que entregó en mano a Alejandra—. Estas quizá sean la más interesantes, son dos eventos diferentes. En el primero tenemos una cacería: nos muestra a todos los participantes con

los rifles al hombro, los pobres animales yacen tirados a sus pies, —Hizo un mohín de repugnancia—, en la esquina derecha vemos la silueta de una mujer algo difuminada, pero luego encontré esta donde se ve mejor de quien se trata, Sofía Piedrahita. Habla con alguien que queda fuera de plano. También vemos a Pelayo y Juan Ruiz charlando amigablemente.

Alejandra fue pasando una a una cada fotografía, memorizando los detalles: cada gesto y mirada, quién hablaba con quién, dónde estaba cada uno posicionado en la imagen. Su mirada se quedó fija en la foto de grupo.

—«Que pequeño es el mundo» —dijo Alejandra con una media sonrisa—. La presencia de los tres amantes de nuestra víctima en la misma cacería es algo inquietante. Un círculo muy reducido.

—Seguro que ahí anda el «vejestorio» —añadió Samuel—. Pero vamos, está complicado porque son todos más o menos de la misma quinta...

—Quizá ya tuviese trazado un plan. —interrumpió—. Me preguntaba, ¿qué sacaba Sofía de todo esto? ¿Sexo? —Laura arqueó una ceja mostrando su incredulidad—. Las relaciones duran escasos meses y la pasión podemos decir que se deshinch... pongamos en un año. ¿Por qué esa diferencia de edades, profesiones...? No sigue ningún patrón: rubios, morenos, altos, bajos... es como si le diera igual, cualquier hombre es bueno. ¿Qué llama su atención? —La risilla de Samuel sumió a Laura en el silencio.

—Hace unos días, hablé con usted sobre quedarse mirando la pared blanca. —Samuel tensó los músculos—. Su risita me hace pensar que mis palabras cayeron en saco roto. ¿Qué le hace tanta gracia? Puede compartirlo con nosotros.

—Cuando salgo de marcha y quiero pillar cacho, me la trae floja cómo sea la cara de la tía, lo que busco es que tenga unas buenas tetas y un gran culo. —Daniel esbozó una sonrisa.

—Es usted tan obtuso que me da miedo ayudarle, podría ocasionarle un derrame cerebral o algo peor. Pero su padre que tan amablemente nos obligó a tenerle hoy aquí sentado, nos mostró un currículum que me hace dudar de su veracidad. Señor mío, a usted le importa poco la cara de la pobre mujer que tiene que soportar sus envistes mal ejecutados y breves, porque ese patrón al que se refiere Laura usted lo tiene fijo en las tetas y el culo. La pregunta que tan inteligentemente ha realizado nuestra compañera es: ¿qué busca Sofía en ellos?

—¿Qué datos tenemos de sus cuentas? —preguntó Daniel a Marcos—. Quizá sea dinero lo que busca de ellos.

—Ingresaba el primer día de mes 1200 euros en efectivo. Gastos: una hipoteca, la letra de un coche, de ropa...

—¿Cómo puede tener un préstamo alguien que no tiene una nómina fija? —preguntó Tomás—. ¿De dónde saca esos 1200 euros mensuales?

—¿De qué banco es el préstamo? —preguntó Laura.

—Bankia —contestó Marcos.

—¿Quién se encarga de Bankia? —dijo Daniel.

—Iremos nosotros. —Tomás levantó la mano.

Daniel observó la rapidez con la que circulan sobre la mesa las fotografías de la cacería, hasta que llegan a las manos de Laura, quien se detuvo y las observó con el mismo detenimiento que había mostrado Alejandra. Un carraspeo nervioso y unos golpecitos secos sobre la imagen, mostraron su inquietud.

—¡Díganos Laura!, ¿qué la inquieta? —Alejandra habló sin levantar la vista de una de las imágenes.

—Esta sombra muestra a otro hombre, otro cazador, se ve la culata del rifle, en un principio estaba colocado para la fotografía, se aprecia el espacio vacío..., cambio de idea, no vio con buenos ojos estar allí. —Alejandra asintió lentamente.

—A esa misma conclusión he llegado yo. Pregunten a Pelayo quién era ese otro cazador escurridizo. —Colocó las imágenes y se las pasó a Daniel—.

—Este grupo de fotos es de la exposición de Gonzalo Cifuentes, en la fundación de Mapfre que está cerca de la plaza de Colón, en Madrid —contestó Marcos.

—Conozco las salas, he ido en varias ocasiones con mi padrino. —Se recostó en el asiento—. Espero que examinen con más cuidado cada imagen. ¡Vaya, vaya! Tenemos a Flora Horcajo con su ahijada Violeta Sanz; a Pelayo Peñalosa con su amigo José Luis Canuto; incluso se ve a nuestro Rogelio Martínez con su famoso cuñado desaparecido, Julio Prieto, y la esposa de éste, Encarna, creo recordar de los informes.

—Aquí está el notario. —Señaló Raúl a un hombre con medio rostro oculto tras un programa de la exposición. Alejandra asintió.

—Marcos, ¿dónde están las fotos de la inauguración, ¿dónde están esos exquisitos canapés y esas brillantes copas de champán que llenan los pasillos de gente adinerada, de la cultura y la farándula? —Una risilla picarona delata a Marcos—. ¿Poniéndome a prueba?

—Ni mucho menos, que mal pensada eres. Esas fotografías que tenéis en las manos son del primer día de puertas abiertas. —Le tendió otras diez imágenes—. Eran como cien, todas mostraban más o menos lo mismo, cogí las que se ven con más claridad o muestran algo curioso —dijo a modo de confidencia a Alejandra—. Estas corresponden al día de la inauguración y la presentación oficial para la gente *chip*.

Alejandra las examinó con cuidado y supo a qué se refería Marcos, lo que no esperaba era la figura de su padrino entre el gentío de famosos y sospechosos. Eran los mismos rostros de la cacería. Gente del mundo del arte y la cultura que se dejaba caer por esos eventos para salir en la portada de las revistas y demostrar que seguían estando en el candelero. La imagen de su padrino sosteniendo una copa de vino y charlando tranquilamente con Rufino Legado era lo que alteró su quebradiza paz interior. Sin decir nada se levantó con la imagen en la mano y salió de la sala en busca de respuestas.

Capítulo 16

11:00h. 12 de diciembre del 2019. Madrid

La repentina ausencia de gritos y golpes presagió a Daniel que la reunión de Antonio y su ahijada había terminado. Alejandra salió colérica sosteniendo en su mano crispada la fotografía arrugada. Sin mirar, cruzó en dos zancadas la distancia que la separaba de su despacho.

—No sé cómo tomarme lo que mi padrino me ha contado. Dudo en añadir su nombre a esa pizarra junto al del ministro de justicia. —Daniel sabía que era momento de guardar silencio. Alejandra era una mujer enérgica, proactiva e independiente, confiaba en su propio criterio y no le importaba enfrentarse a los demás—. En los dos eventos estuvo mi padrino. «Son amigos y nos invitamos constantemente». Mi padrino conocía a Sofía porque han cenado juntos cientos de veces. No se acostó nunca con ella y tampoco tonteó jamás. Si habló con el tal Rufino Legado no lo recuerda, «...en este tipo de fiestas se conoce a mucha gente». Le suena la cara de Pelayo, pero como la de mi conserje o alguno de mis vecinos. «Algo juerguista». Que Sofía fuera novia de uno y de otro, lo desconoce porque no le interesa la vida privada de nadie y menos los temas de alcoba de sus amigos. —Frunció el ceño—. Antonio asegura que no tiene más interés que el estrictamente profesional, que no se ha vinculado para evitar por mi parte suspicacias, pero que ve que lo mío es colocar la soga y después preguntar. Y eso no es cierto. —Mira a Daniel exigiendo una respuesta, pero él prefiere callar—. Creo que nuestro asesino está en esas fotos y el botarate de mi padrino lo conoce.

Alejandra se acercó a la pizarra y escribió el nombre de «ANTONIO EXPOSITO» en mayúsculas y letras bien visibles, después de unos segundos de reflexión, lo borró con la palma de la mano y puso solo las iniciales; trazó las correspondientes flechas que le relacionaban con el notario, el fotógrafo y el ministro de justicia que recuperó su posición privilegiada en la pizarra.

—La sombra de la cacería no es nuestro «vejestorio», es él. Y dice que le encontraré en miles de imágenes, porque su cargo, lo quiera reconocer o no, es sobre todo político y debe lamer el culo a más de uno para seguir estando donde nos encontramos y recibir cada año nuestro presupuesto del Estado para seguir siendo «independientes», entre comillas. —Agotada se dejó caer en el sillón—. Sé que tiene razón. No quiero dudar, pero no puedo dejar que mis sentimientos nublen mi juicio.

—¿Te ha pedido que dejes de hacer lo que haces? Sin contar con la discreción que ha solicitado con Juan Ruiz. —Ella negó—. Sabe que una negativa para ti es el pistoletazo de salida para meter las narices más profundamente en el agujero. Investiga. Todos son culpables hasta que Alejandra demuestra su inocencia, pues hazlo.

—Me duele pensar que algo de él no sea íntegro. —Cogió la foto de la boda de sus padres entre sus manos y la acarició con delicadeza—. Le quiero como a un padre, es lo más parecido que he tenido desde la muerte del mío. —Devolvió el marco a su lugar de una forma descuidada y este cayó del borde de la mesa, pero antes de que tocara el suelo Daniel lo tenía en su mano.

—Sigo sin entender esta foto —dijo Daniel.

—¿Qué sentido puede tener la foto de una boda, más que inmortalizar el momento?

—«Tu madre era la novia de tu padrino, hasta el día de su boda» recito tus palabras.

—Eso me dijo Antonio.

—Pero tu padrino, está feliz, animado, incluso añadiría que borracho. Tu madre sonrío contenta. Tu padre parece culpable por ser feliz o estar contento, comprensible si pensamos que levantó la novia a su mejor amigo. Y mi desconcierto llega con El Profesor.

—He asistido a boda más patéticas que está. Quizá discutieron con alguien segundos antes... No lo sé.

—¿Por qué tienes esta foto y no una donde estén tus padres solos?

—Era la que mi padre tenía en su despacho.

—¿Quién más fue a la boda?

—Lo desconozco. No veo el interés repentino que tienes en mi familia y más en un día tan remoto.

—Quizá sea el hecho de que no tengo la mía propia.

—Ponte a investigar dónde están tus hermanas, tienes los medios y mi autorización.

—Ya lo hice. Una murió en el orfanato, la otra es una drogadicta con una larga lista de delitos menores y la mayor está felizmente casada, con dos hijos. —Se puso en pie—. Voy a por café, ¿quieres uno?

—Lo siento. Sí gracias, necesito cafeína en vena. —Apreciaba a Daniel, pero odiaba su carácter flemático.

Daniel intentaba mantenerse sereno y tranquilo cuando ella se volvía hiriente, quería llegar a Alejandra y perseveraba en la meta, pero usar la racionalidad era descubrir bajo sus ojos verdes a una depredadora. Entró en el despacho de Marcos, los ordenadores mostraban números, imágenes, informes y entre todo ese caos informático estaba sentado él con la vista clavada en la pantalla y tecleando sin descanso, ajeno a todo. Daniel carraspeó.

—¿Tú me dirás qué te trae por la mazmorra? —preguntó sin levantar la vista.

—Necesito un favor y sin que se entere la Reina del castillo. —Aquello sí que era interesante, Marcos levantó la cabeza y achinó los ojos.

—¿Vamos a hacer algo a sus espaldas? —Resopló mientras se balanceaba en su silla—. ¿Me buscarás trabajo cuando me dé la patada en el culo?

—Sí. —Sonrió Daniel—. Ella no debe enterarse, lo que averigües me lo comunicas a mí y fuera del trabajo. No hables con nadie de esto, pero cuando digo nadie es nadie.

—Mucho misterio pones al tema. ¿Qué es? —Se frotó las manos.

—Busca todas las imágenes que tengamos de los padres de Alejandra, los recortes en prensa, videos..., incluso documentos de archivo. Todo.

—¿Tienes contactos en el extranjero? —Marcos meneó la cabeza negando—. Esto es hurgar en su vida, si lo descubre me marginará en mi propio país. ¿Qué estás buscando? ¿Está relacionado con el caso que tenemos?

—Sí, tengo contactos en el extranjero: Iraq, Irán, Afganistán... —Marcos puso un mohín de disgusto—. No sé lo que busco, pero algo me quema por dentro. No está relacionado con nuestra investigación. No puedo darte más explicaciones.

—Prefiero no saberlo, pero si no sé lo que busco... daré palos de ciego. —Marcos sacó de una bolsa raída un portátil y lo encendió—. Este no está registrado y está blindado. Lo tendrás mañana como muy tarde.

—¡Gracias, te debo una!

—Pero no una cualquiera. —Marcos le guiñó un ojo. Daniel salió camino de la máquina de café. Quizá no fuese una buena idea, pero ya estaba hecho.

Capítulo 17

16:00h. 13 de diciembre del 2019. Madrid

Los golpes en la puerta salvaron a Alejandra de dejarse sucumbir por el sueño. La comida copiosa y el sol que entraba por la ventana fueron los detonantes para que el agotamiento de una noche en vela se adueñara del cuerpo. Revisar las fotos de sus padres y entender una historia que apenas conocía, le había llevado más tiempo de lo esperado. Su muerte, prematura y absurda, la privaron de una parte de su niñez, se la robaron. Antonio no era hombre de narrativa y esquivaba las preguntas que le invadían de niña con regalos y pasteles, con el paso del tiempo perdió el interés por sus orígenes que los creyó anodinos; pero ahora Daniel había sembrado la curiosidad.

—¡Buenos días! —saludó Daniel sin dejar de observar las ojeras marcadas de Alejandra.

Alejandra apretaba contra el pecho dos álbumes viejos, eran el resultado de la infructuosa búsqueda: uno con tapas oscuras y otro de un marrón algo descolorido. Había memorizado cada imagen: el primero tenía diez fotografías del día de la boda de sus padres y el segundos imágenes de los años de juventud en el internado de caballeros.

—Te vi está mañana a primera hora hablar con Marcos y luego has desaparecido de la faz de la tierra, ni un saludo ni un café... —Amonestó Alejandra.

—Pensé que me echabas de menos y lo que te gusta es mi servilismo. ¡Qué desilusión más grande! —Se sentó frente a ella y le tendió un café que escondía a su espalda—. ¡Voilà! Te conozco más de lo que te imaginas. Tenía que arreglar un asunto y me ausenté un momento.

—¿Algo grave?

—Nada es grave si no hay sangre de por medio, no era de vida o muerte, pero sólo podía hacerlo yo.

Marcos había cumplido con el trabajo, como siempre, concienzudo y meticuloso, una caja de cartón: imágenes, DVD, CD con entrevistas de radio, periódicos con artículos sobre las empresas del padre de Alejandra e incluso los numerosos reportajes que hablaban del accidente mortal de un hombre con un futuro brillante, un Rey Midas para unos, un genio de los negocios para otros. Un rico material que requería horas de análisis y esa mañana sólo había ojeado, muy por encima, las fotografías.

—¿Qué es eso? —Daniel señaló los álbumes.

—Me pasé la noche buscando en el desván los arcones donde metí los papeles de mis padres. Bueno en realidad, yo los subí allí arriba cuando empecé la Universidad, no recuerdo quién eliminó todos los recuerdos que tenía por la casa.

—¿Qué te pasó en la Universidad?

—Te estás volviendo un hombre muy observador... —Daniel le guiñó un ojo—. Tuve una crisis... El Profesor era estricto: controlaba mis asignaturas, los deportes no eran necesarios, salir con las amigas una pérdida de tiempo, tener un posible ligue un lastre en mi carrera... Necesitaba que alguien fuera el centro de mi ira, la figura de mis padres se reveló como los culpables, como no podía insultarles ni gritarles ni desobedecerles, los desterré al desván.

—¡Vaya, vaya...! —dijo Daniel sin levantar los ojos de las fotografías de los álbumes que le había entregado Alejandra.

—¿Qué te sorprende: las fotos o mi relato?

—Ambas cosas. Curiosa la personalidad de tu profesor. Podemos describirle como un hombre que ama su trabajo por encima de cualquier cosa, no deja que nadie lo haga porque según él «no tienen sus capacidades mentales», es inflexivo, se preocupa en exceso por las reglas y las normas, la puntualidad y carece de afecto.

—En eso último discrepo, me quiere.

—Cierto. Un abrazo sostenido por un solo brazo y que dura menos de tres segundos. Reglas, orden y control.

—Estás describiendo a una persona con trastorno de personalidad obsesiva compulsiva.

—Eso lo dices tú, yo sintetizo y resumo lo que veo y lo que escucho.

—No te cae bien y me lo has demostrado desde siempre...

—Una persona que piensa que no te das cuenta cuando te está llamando lerda a la cara, no suelo incluirla en mi lista de Navidad. —Era cierto, El Profesor menospreciaba a todos los que consideraba por debajo de su nivel y era la mayoría de la raza humana—. Interesante. —Cerró los álbumes. Los iba a dejar sobre la mesa cuando reparó en las letras doradas de la contraportada con el nombre y dirección del fotógrafo.

—¿Qué sucede? —dijo Alejandra—. ¡¡No puedo creérmelo!! No creo en las casualidades. «Estudio Fotográfico Cifuentes. Piedralaves».

Capítulo 18

17:30h. 13 de diciembre del 2019. Madrid

Cuando Alejandra tomaba una decisión, su ímpetu cruzaba una línea fina, de ser algo positivo a negativo, todo ese furor, ardor, entusiasmo, se volvía colérico, violento e iracundo. Entró sin avisar en el despacho de Tomás y Samuel. La actitud de Samuel despreocupada tirado sobre el sofá hojeando las revistas pornográficas fue peor que una bofetada o un insulto, un desaire hacía una mujer que se debatía entre la vida y la muerte en el hospital. El calor la invadió, como una oleada desde la boca del estómago, no quería dejarse llevar por sus impulsos, provocando una situación conflictiva o creando más antipatía hacia el hijo del ministro de Exteriores. Se dirigió a Tomás ignorando a Samuel, si era capaz de no sentirse ofendida por aquel despojo de vagancia, controlar la ira.

—Investígame con rapidez si el padre de Gonzalo Cifuentes tuvo en esta dirección un estudio fotográfico, también dónde está su archivo... Quiero saber todo de él. —Le entregó un papel con la dirección.

—¿Dejo aparcado el tema de la localización de los Cadillac? —preguntó Tomás.

—No, tienes sobre el sofá a esa lumbrera que dijo que era «coser y cantar». Pues que se aprenda *La traviata* porque mañana quiero los resultados sobre mi mesa. —Salió sin mirar a Samuel que se estiraba la ropa y adecentaba la imagen.

—¡Es una bruja! Cuando llegue a los cuarenta y empiece a arrugarse como una pasa...

—Le quedan seis años para eso. Tu problema es que no escuchas, hace una hora te dije que cotejases las matrículas con los bastidores y todavía estás holgazaneando. Te juegas mucho y tu padre no podrá salvarte de la quema como no espabiles.

—Parece más vieja... Será el carácter amargado y arisco... —dijo Samuel.

—Ponte con esto que yo tengo otro trabajo que desempeñar y parece urgente. —Tomó asiento en la silla de Samuel y observó la mesa llena de revistas de lencería y chicas en bikini—. Tú tienes un serio problema de hormonas.

—¿Qué hacías a mi edad? —dijo malhumorado.

—Yo no tenía un papaíto que me solucionara la vida —contestó Tomás.

—Siempre con la misma monserga, parece que tenéis envidia y es un peñazo, nadie reconoce mis logros... —Tomás estalló en una sonora carcajada.

—Cuando tengas alguno los valoraremos y te juro que yo seré el primero que se postre a tus pies y te bese los zapatos.

—Me lo apunto. —Sacó la libreta arrugada del bolsillo trasero de su pantalón y estrenó su primera hoja—. Mira ahora encuentro la utilidad de estos papelotes.

Una hora más tarde Tomás entró en el despacho de Alejandra con la información, Alejandra miraba fijamente la pizarra frotándose la frente con fuerza.

—Lo que me pidió. Se llamaba Celedonio Cifuentes. —Alejandra tomó en la mano la carpeta

que le tendía—. El padre de Gonzalo Cifuentes tenía un estudio en la dirección que me dio. Según relatan los periódicos de la época el local ardió en extrañas circunstancias. El incendio se produjo en la sala de archivos y no se extendió por ninguna otra habitación. Se sospechó que fue provocado, pero no encontraron prueba alguna que señalase al culpable.

—¿Recuerdas la fecha? —Tomás rebuscó entre los papeles y sacó una hoja impresa de la noticia en un periódico local—. Seis días después de la boda de mis padres.

—Se perdieron todos los archivos y material fotográfico, aquello por poco le arruina, pero la suerte de aquel tipo cambio. —Tomás tenía ciertas reservas—. Una serie de reportajes a gente importante de Ávila le convirtieron en el fotógrafo de moda de bodas, bautizos y demás celebraciones. Dos años después, su fama llegó a Madrid y retrató a ministros, clérigos..., famosos de todo tipo. Y cuando al hombre le iba todo viento en popa de nuevo, se mata en un accidente de tráfico por la carretera de los pantanos, el coche carbonizado y los restos irreconocibles. Dejó una mujer y un hijo de corta edad, nuestro Gonzalo Cifuentes.

Alejandra se dirigió a la estantería y empezó a abrir y cerrar cajones, tirando al suelo los papeles que contenían hasta que dio con lo que buscaba. Una pequeña cartera de piel con un enorme lazo rojo; deshizo el lazo y sacó las fotografías. Pasó las imágenes con rapidez y luego miró el reverso de cada una de ellas. Daniel entró en el despacho en el preciso instante en el que el rostro de Alejandra mostraba el triunfo del hallazgo.

—Una semana después de mi bautizo murió en un accidente de coche — dijo Alejandra a Daniel que estaba aturrido ante el desorden y el estado de ánimo anormal de ella—. El fotógrafo que hizo este reportaje fue el padre de Gonzalo Cifuentes. —Le tiende la cartera con el lazo rojo—. El mismo que el de la boda de mis padres. Murió siete días más tarde.

—No te precipites.

—Seis días más tarde de la boda de mis padres su estudio sufrió un incendio y sólo se quemó el archivo —dijo Alejandra sin dejar de frotarse la frente con sus dedos largos y temblorosos—. No creo que me precipite en las conclusiones.

—¿Qué conclusiones? Son coincidencias —alegó Daniel mientras Tomás intentaba descubrir el alcance de su información—. Tomás, ¿podrías dejarnos solos? —Agradeció salir del despacho, la situación era incómoda, no quitaba que reflexionara sobre lo que acababa de suceder para dar sentido a tanta agitación—. ¿Por qué iba nadie a matar al fotógrafo de tu bautizo, es algo paranoico?

—No son delirios, aquí tienes las fechas, para mí es suficiente, veo cierto patrón. —Entregó la carpeta de Tomás a Daniel que la ojeó sin darle importancia.

—No veo ningún patrón.

—¿Cómo llamas al hecho de que estemos investigando la muerte de un fotógrafo y su novia?, ¿y qué el padre de este, se relacione con dos eventos de mi vida? —«Casualidad» dijo él—. No creo en ellas. —El móvil de Daniel sonó, momento de distracción que aprovechó Alejandra para ir al despacho de Antonio Expósito.

—Dime, Pedro. —contestó Daniel—. Le diré a la jefa que habéis terminado con Gonzalo y la novia. Ahora no podemos bajar, estamos en mitad del ojo del huracán.

Capítulo 19

18:00h. 13 de diciembre del 2019. Madrid

—Podemos continuar sentados el uno frente al otro durante días, puedes realizarme la misma pregunta de mil formas distintas, pero llegaremos a la misma respuesta: no tengo ni idea de quién contrató a ese fotógrafo, podría decirte que fue tu madre y te esté engañando, o tu padre o yo mismo, aunque esto último lo dudo. No lo sé Alejandra, no lo sé. —Antonio se dejó caer en su sillón. Era agotadora, implacable y siempre desconfiada, todo el mundo era culpable, sin piedad ni benevolencia—. Aquellos días fueron duros para mí. No voy a relatarte una parte de la vida de tu madre que pertenece a ambos, porque sin pretenderlo podía ofender su memoria y no lo deseo. Sólo voy a decirte que la amé y todavía hoy la amo. Verla del brazo de otro hombre fue duro, pero fue necesario desprenderme de ella por el amor que tenía a tu padre. Todos guardamos nuestros secretos bajo llave, yo tengo muchos motivos para hacerlo: tus padres, tú y yo mismo.

—¡Bobadas! Es también mi vida. ¿Qué familiares y amigos fueron? ¿Quién es esa señora mayor de la imagen? —Una mujer de unos setenta años que miraba con timidez a la cámara y se agarraba al brazo del padre de Alejandra.

—Esa mujer no es relevante. Era el ama de llaves del párroco donde se casaron. A la ceremonia fuimos El Profesor y yo como testigos, también hice de padrino, como madrina se ofreció muy amablemente esta señora. Doloroso pero cierto. —Antonio cerró los ojos—. Fue precipitado. Tu padre iba a perder la herencia si no sentaba la cabeza, tu abuelo estaba «muriéndose», un engaño más de aquel despreciable hombre, y amenazó con dejárselo todo a... la iglesia. —Hubo vacilación, *¿a quién quería dejar todos sus bienes?* No quiso interrumpir, era la primera vez que contaba algo de aquellos años—. «Antes de morir quiero saber cómo serán mis nietos» decía aquel diablo a todas horas.

—¿Yo nací dos años más tarde?

—Murió un mes antes de tu nacimiento. —Nada le cuadraba a Alejandra. *La verdad es una daga mortal que si no mata te lleva a agonizar el resto de la vida*, pensaba Antonio viendo el desconcierto en la cara de ella.

—¿No tengo más familia?

—No, tu abuela materna murió cuando tu padre era un niño. De tu madre... no sabemos mucho. Fue salvada de los campos de exterminio nazi... era un bebé de pocos días. Criada por una buena familia, él ostentaba una gran distinción ya olvidada: «Caballero cubierto ante el Rey». —Alejandra no comprendió—. Esta prerrogativa se la otorgó el mismo rey y podía llevar sombrero delante de él, era un «Grande de España». No tenía más familia que una hermana en silla de ruedas. Los dos hermanos eran solteros y vivían juntos en una casona del centro de Madrid. La acogieron y criaron como a una hija, aunque ella nunca se refirió ellos como padres, sino como padrinos. Ninguno de los dos se preocupó por el futuro; presumo que dieron por hecho que a su muerte todo lo heredaría ella, pero no fue así. Un primo lejano, tanto que vino de América y nadie sabía quién era, se quedó con todo y tu madre se fue a la calle con dos objetos: un reloj de muñeca

de su madrina y un caballo de bronce de su padrino. —El reloj lo tenía puesto Alejandra y el caballo estaba en la mesa del comedor de su casa—. Entró a trabajar al internado de caballeros como doncella de la familia del director y allí nos conocimos. Fue fácil enamorarse de ella y olvidarla imposible.

—¡Dolerá hablar de todo esto! ¡Lo siento! —Alejandra sentía algo parecido a la culpabilidad.

—Duele, pero llevo años esperando esta conversación. Con el tiempo... bueno... pensé que nunca la tendríamos y que sería más sencillo contra más mayor fueras, pero hay heridas que no cicatrizan y estas menos. —Se golpeó el pecho allí donde estaba el corazón— No pienses en tramas oscuras, ni venganzas siniestras.

—¡Lo siento! Sé que una disculpa no es suficiente. Lo has dado todo por mí y me comporto con tan poca gratitud. ¡Perdóname! —Alejandra se acercó a su padrino y le abrazó con fuerza.

—Eres mi hija, te querré hasta el último día de mi vida.

Daniel aguardaba apoyado en el quicio de la puerta, esperando la salida de Alejandra.

—Tan fría para unas cosas y tan temperamental para otras. ¿Has encontrado lo que buscabas? —Le pasó una nota con las dos llamadas que había recibido durante la larga conversación: una de la morgue y la otra de Tomás.

—Si te digo que sí te miento. Ahora tengo el moscardón detrás de la oreja, antes era el zumbido de su aleteo lo que me molestaba, ahora es el propio bicho: negro y peludo. —Miró los papeles—. Vamos a la morgue y dile a Tomás que en una hora estoy con él y que me disculpe. —Daniel sacó el móvil y mandó un breve WhatsApp.

Pedro deambulaba por la morgue con los cascos puestos fingiendo tocar una guitarra eléctrica, mientras que Javier observaba el último tatuaje que se había hecho en su antebrazo, los dos miembros más estrambóticos del grupo, se podía añadir que siniestros con todos aquellos piercing y tatuajes de calaveras.

—Ya no esperábamos tan grata visita —dijo Pedro mientras se quitaba los cascos y apagaba su mp4.

—Lo siento, estaba reunida con el jefe. —Pedro puso los ojos en blanco—. ¿Con qué me vais a sorprender?

—¡¡Uff!! No hay mucho, pero lo poco que hay es curioso. —dijo Javier que se cubrió el tatuaje con una gasa y luego retiró la sábana del cuerpo de Julia Rodríguez.

—A la novia de Gonzalo la torturaron antes de lanzarse a una orgía de desenfreno macabro al más estilo gore —dijo Pedro. Ambos hombres se iban quitando la palabra el uno al otro. Era una costumbre que Alejandra había criticado sin ningún éxito.

—O hubo dos sujetos en tal fiesta o tenemos a un individuo con dos estilos diferentes de diversión —añadió Javier.

—Esto cuadraría con nuestra idea de Mister Hyde —apuntó Daniel mirando a Alejandra, pero esta ni confirmó ni negó.

—¿Qué sabemos de la búsqueda del cadáver de un mendigo? —Alejandra caía en la cuenta que aquel tema no se había resuelto.

—Te dejó Félix la carpeta en tu despacho tras la reunión —dijo Pedro. Ella meneó la cabeza con disgusto, estaba siendo descuidada con su trabajo, preocupada por su pasado.

—Mi atención se desvió, por la culpa de alguien, en un asunto menos relevante. —Daniel encogió los hombros, como si aquel tono irritado no fuera con él.

—Mendigos hay y en todas las morgues, pero ninguno responde al retrato robot que nos facilitó Rogelio Martínez —añadió Javier.

—Que no hayamos encontrado al mendigo no significa que no exista. No descartemos nada por ahora. ¿Abusos sexuales? —Alejandra cubrió el cadáver de Julia con la sábana, había visto suficiente.

—No, pero...—Redoble de tambores de ambos hombres—... encontramos semen en la tierra del cobertizo donde la mataron antes de arrojarla al pozo. También tenemos en los gemelos, en el pecho y en los muslos. — Pedro se frotó las manos, nervioso—. No tiene espermatozoides. Se conoce como «azoospermia». A=sin, zoo= ser vivo, sperm= semilla.

—¡Vaya putada! ¿Qué significa eso? —preguntó Daniel.

—Pues que no puede tener descendencia...

—Eso lo intuyo, ¿pero...? —sacudió el hombro de Javier que se carcajeaba.

—Nuestro hombre tuvo algún tipo problema en su desarrollo, falta o deficiencia hormonal; no hubo descenso de los testículos; inflamación de estos o extracción tras un cáncer.

—¿Nuestro sujeto eyaculó varias veces mientras golpeaba a la víctima? —preguntó Daniel. Pedro entregó una hoja donde relataba al detalle todos los abusos que había sufrido antes de morir y postmortem, donde decía que siguió infringiéndole daños una vez muerta.

—Fue obligada a arrastrarse desnuda por el campo, inmovilizada con una soga que se encontró dentro del pozo, se la pegó, golpeó, y azotó de distintas maneras, se la mordió los pechos; hemos sacado un molde de los dientes y restos de saliva, ahora volveré sobre este punto, tiene desgarró vaginal con algún objeto y por último se la estranguló hasta morir, después la mutilaron. —Daniel se limpió el sudor de la frente, escuchar a Javier relatar todo aquello era nauseabundo.

—Me describes a un sádico. —Alejandra se movió pensativa por la sala—. Un hombre aparentemente normal con una personalidad sádica o dos hombres y uno de ellos un sádico.

—¿Crees que su problemita le ha llevado a ser un loco? —dijo Daniel.

—Sí, podría ser una idea. Pero estaba pensando que si son dos sujetos puede que haya algún tipo de parentesco en ellos, padre e hijo, incluso hermanos. ¿Qué pasa con el ADN?

—Tenemos una muestra que en cuanto podamos cotejarla le podrás poner la soga al cuello. Nuestro hombre misterioso es diabético y obeso.

—Un mendigo diabético no podría vivir mucho tiempo sin cuidados médicos. Llama a Félix y que investigue esto —ordenó Alejandra a Daniel—. Un trabajo impecable. ¿Y qué me dices de Gonzalo?

—Dos puñaladas certeras y al otro barrio, no hay más que añadir —dijo Pedro.

Capítulo 20

22:00h. 13 de diciembre del 2019. Madrid

Las últimas averiguaciones de Tomás añadieron más carga emocional sobre Alejandra. Celedonio Cifuentes, padre de Gonzalo, jugó con la política durante un tiempo, se le veía en diversas imágenes que Tomás encontró en archivos de la época, un grupo de jóvenes militantes del partido obrero español en mítines y manifestaciones. Las copias de aquellas instantáneas sacadas de los periódicos mostraban a Celedonio abrazado por el hombro con Juan Ruiz y no muy lejos la figura descolocada de Antonio Expósito. Su padrino acababa de decirle que no conocía a Celedonio Cifuentes y allí les tenía a los tres mirando a la cámara.

—¿Nos vamos a casa? —le preguntó Daniel—. Concéntrate en lo importante, en resolver el caso de Sofía —dijo exasperado. Alejandra estaba irritada, *¿no veía la relación entre Sofía y ella?*—. Hoy no te puedo llevar.

—¿No me digas que tienes una cita? —Sonrió Alejandra con picardía.

—Si te dijese que sí, ¿te pondrías celosa? —Alejandra negó—. Pues entonces paso de engañarte. Es cansancio.

Daniel tenía que examinar concienzudamente la caja que Marcos le había entregado. Iba a ser una noche larga, pues detrás de la fotografía de la boda de los padres de Alejandra había algo más y estaba dispuesto a encontrarlo.

A las tres de la madrugada Daniel tenía una idea algo más clara de la realidad y llamó a Antonio Expósito sin ser consciente de la hora hasta que la voz soñolienta de este le hizo mirar el reloj.

—Dime que el mundo se viene abajo... —dijo Antonio.

—Lo siento, no he mirado la hora... ¿Dormías? —pregunta retórica, su voz pastosa y sus intentos de parecer coherente eran prueba suficiente.

—Los malos hábitos de mi ahijada se pegan como la sarna y la lepra. Cualquiera hora de la noche es buena para llamarme, ¡qué se desvela a las dos de la madrugada!, ¡cómo si son las tres o las cuatro!, entonces se acuerda de responder a mis llamadas perdidas. —Daniel le escuchó beber para aclarar la garganta.

—Necesito verte, quiero que me aclares algo de la vida de Alejandra que está relacionado con vosotros, con su escasa familia. —Esta vez no era agua lo que tragó Antonio, sino saliva—. Podría engañarte diciendo que puede esperar, pero creo que Alejandra...

—Te espero. —Se escuchó la línea vacía, había colgado.

Daniel ni se había desvestido, cogió la cazadora y las llaves del coche y salió corriendo. Una hora después, sentado en la cocina de Antonio, tomaba el primer café recién del día.

—Dices que Alejandra... —Su voz disminuyó hasta ser inaudible.

—Desde que apareció Sofía, algo en ella está cambiando. —Hizo una pausa para aclarar las

ideas—. Lo primero que observé es que mira con más interés las fotos de sus padres. También yo con mis comentarios he suscitado cierto recelo. ¿Qué le pasó al profesor que perdió su humanidad?, si alguna vez la tuvo.

—Su padre, mi gran amigo Alejandro, adoraba a Alejandra. Un buen hombre con mala suerte —dijo Antonio con la mirada ausente—. Nadie vio más allá de su fortuna. —Se recompuso tras una pausa—. Era un padre perfecto, supongo que aprendió de las imperfecciones del suyo. —Sonrió con tristeza—. Haz las preguntas que desees y te contestaré a todas sin ocultarte nada. Pero antes dime por qué es importante sacar los trapos sucios o remover tiempos pasados para el futuro de Alejandra.

—Quiero averiguar lo que se esconde tras las caras forzadas y la alegría fingida. Las mismas sensaciones que capta ella. Alejandra no se deja querer, no abre su corazón. No voy a descubrirte que la amo, ni a ti ni a ella, no he ocultado mis intenciones en estos años, no me rindo, pero llevo tiempo esperando y creo que debo forzar la situación. —Antonio conocía de los sentimientos de Daniel, no podía asegurar si su ahijada era ajena a ellos o no, pero era una mujer despierta para leer entre líneas y dudaba que aquello se le hubiera pasado por alto.

—No olvides lo que sucedió hace diez años, algo como eso es difícil de borrar. Confiar de nuevo en el ser humano, opino que es imposible, y lo que tú la pides es un acto de fe tan grande como una caída libre sin paracaídas y esperar a que yo te salve.

—Al principio era fría y distante, no me permitía tocarla, ahora no. Confía en mí.

—No es lo mismo confiar que amar, es un salto inmenso. —Daniel negó, no se dejaría convencer, estaba dispuesto a intentarlo—. Es cierto que a tu lado ha cambiado ligeramente y sólo por eso te doy un voto de confianza y te digo... dispara, pero que la preguntas sean certeras, no me limitaré al monosílabo, pero no voy a facilitarte las respuestas en bandeja.

—Para eso ella es buena, yo ni siquiera llego a aprendiz. —Sacó un papel arrugado del bolsillo lleno de lo que parecían garabatos para Antonio—. He repasado cada imagen de vosotros tres: El Profesor, Alejandro y de ti, nada como ser unos niños ricos para que la sociedad os muestre como la juventud prometedora de un país que renace de una posguerra... —Antonio arqueó una ceja, mal iba si se trataba de insultar los orígenes cómodos de todos ellos... las primeras son de vuestros años de internado, se os ve felices y con buena camarería, luego seguís durante mucho tiempo con la misma actitud, incluso en los años de universidad, a pesar de vuestro distanciamiento académico, pero todo cambia cuando llega ella, la madre de Alejandra. Entendería el enfado y la mirada furibunda en ti, pero no del profesor, su cambio de actitud, su seriedad casi ofensiva, sin disimulo, mostrando que está resentido hasta lo más hondo. Me llevó a pesar que estuvo también enamorado de ella, que los tres luchasteis por la misma mujer; perdió, es un hombre que lleva mal el fracaso, un hombre que se cree perfecto no podía entender que le rechazaran, pero ¿por qué tú te distancias en las imágenes del profesor y no de Alejandro? «El enemigo de mi enemigo es mi amigo». —Antonio guarda silencio—. Luego nace Alejandra y el desapego del profesor es mayor. ¿Celos?, la hija que hubiese podido ser suya y no lo es. Esa foto de grupo en el hospital, ves el rostro feliz de una madre que abraza a su bebé y un padre que sostiene por el hombro a su esposa, es lo normal, pero nuevamente el conflicto de la imagen llega en vosotros. Tú muestras la alegría desmesurada, el orgullo exagerado y él es el hastío de la felicidad forzada, de estar dónde no se desea, de la posición obligada. Pero ¿por qué si tanto le molesta no desaparece de sus vidas? Y los años pasan, pero en las escasas fotos que hay de Alejandra con vosotros, veo la evolución del rencor, que hasta yo simple mortal distingo las señales de odio en los ojos y en la comisura de la boca del profesor. Desear el mal a alguien. No

es un daño físico, es un daño psicológico, mostrando el rostro agrio y desconforme en la cercanía. Pero entonces me di cuenta de mi error, ¿a quién realmente deseaba hacer daño El Profesor con semejante actitud? y ¿por qué nunca el padre de Alejandra lo eliminó por el bien de toda su familia? Soportar continuo castigo no tenía sentido. —Daniel fue deshojando la complicada vida amorosa de tres hombres y una mujer, no se desvió ni un centímetro de la verdad, la sorpresa de Antonio no fue mayor que la de él cuando hubo terminado y la cabeza de un hombre hecho y deshecho cayó entre las manos y rompió en alaridos de dolor, pero también de alivio al descargar un peso que cargaba desde hacía décadas.

Daniel salió de la casa de Antonio más abatido de lo esperado, no hizo falta que lo confirmara, verle derramar lágrimas sin ocultar el dolor era la respuesta a todas las preguntas. Lo difícil sería ocultar tal historia a una mujer tan sagaz.

Capítulo 21

9:00h. 14 de diciembre del 2019. Madrid

El impulso irrefrenable de informar a Alejandra de los avances de la investigación, llevó a Tomás a precipitarse en el interior del ascensor sin reparar en las personas que aguardaban dentro para salir. Recibió un empujón por parte de Daniel que le miró desafiante. Tomás se sintió irritado ante aquel arranque, en ocasiones no comprendía la actitud de Daniel, su conducta no cooperativa cuando alguien se acercaba en exceso a Alejandra, veía en sus ojos hostilidad, desafío e irritabilidad, era como si cruzando ese límite todos fueran potencialmente peligrosos y no los conociera.

—Llevo llamándote desde hace una hora. Nos han informado desde el hospital: han perdido las pruebas que se recogieron de Sofía el día que ingresó por urgencias —dijo Samuel que aguardaba en la puerta del despacho de Alejandra, le repateaba que la tutease. Ella le saludó con un ligero movimiento de cabeza y les hizo pasar dentro. Daniel y Tomás continuaban con aquella actitud del «oso cavernario» que Alejandra odiaba. Sacó su móvil del bolso.

—No he recibido ninguna llamada. Este móvil cada vez está peor, le dura menos la batería y tiene app que no instalé. —Daniel le arrebató el móvil de la mano y se dirigió al despacho de Marcos—... ¿Quién era el encargado de recoger esas pruebas?

—Los primeros días hemos estado todos... —dijo Tomás.

—Tomás, las excusas son las respuestas de los inútiles y yo no me rodeo de mequetrefes. —Se sentó detrás de su mesa y se frotó la frente nerviosa.

—¡Lo siento! Javier hizo todo lo posible por entrar a quirófano con Sofía y recoger él mismo las pruebas, pero se lo impidieron. Nos dijeron que se encargarían ellos, que lo harían con sumo cuidado. Juran que así se hizo, pero...

—Unos por otros, la casa sin barrer —añadió—. Significa...

—Lo sé: ninguno asume su trabajo y achaca su cumplimiento a otro, una cosa queda sin hacer porque uno pensó que lo hacía otro o no era de su incumbencia —dijo Alejandra.

—Poco más —dijo Tomás desviando la atención hacia él—. La caja nadie sabe dónde fue a parar, en algún rincón del hospital Puerta de Hierro.

—¿Por qué la ingresaron allí? —preguntó Alejandra.

—Por orden de Antonio Expósito, alegó que estaba cerca del CIC y mantener la vigilancia sería más sencillo, dijo algo como: «cerca pero lejos de las miradas de Madrid». —Tomás encogió los hombros, aunque Alejandra sabía que se refería al ministro de Justicia que podía ir a visitarla, como le constaba que lo hacía, sin despertar la atención de la prensa—. Pero no termina todo aquí. Cuando nos acercamos a primera hora de la madrugada a por la caja y descubrimos que no estaba, empezamos a investigar. —Alejandra se incorporó sobre la mesa acortando la distancia entre ella y Tomás—. La exmujer de Rogelio fue la enfermera jefa la noche que ingresaron a Sofía, ella supervisó los primeros cuidados antes de entrar en quirófano. Es fija del turno de mañana, pero ese día una compañera le pidió un cambio precipitado, la noche anterior destrozaron su

coche. La ex de Rogelio vive justo frente al hospital.

—¡Vaya, vaya! —Alejandra se dejó caer en su asiento—. ¿Cómo se llama?

—Asunción Tomelloso —apuntó tímidamente Samuel.

—Esto cada vez me gusta menos. Allí donde vamos nos encontramos un amigo o pariente de uno de ellos —dijo Alejandra irritada.

—Bueno por lo menos el médico que la atendió no fue el José Luis Canuto, eso ya sería la bomba. Pero hemos descubierto que en estos días todos han ido al hospital por una cosa u otra —dijo Samuel divertido—. Rogelio estuvo el viernes por la mañana, una enfermera lo recuerda por el vocerío en medio del pasillo de urgencia; quería llevarse el fin de semana a los niños y ella no estaba por la labor. Violeta y Flora estuvieron el jueves por la tarde; uno de sus hijos se rompió una pierna en un partido de fútbol amistoso. Tres de seis, no está nada mal, y seguro que si seguimos estuvo el mendigo que no sabe escribir su apellido.

—¡Sencillamente esto no se paga con dinero! —Las palabras de Alejandra distaban mucho de ser un cumplido, pero en los oídos de Samuel sonaron como tal.

—Seguiré trabajando con ahincó. ¡Gracias! —Miró orgulloso a Tomás que le observaba perplejo.

—Averigüen quién más estuvo en Puerta de Hierro. Busquen la caja de cartón. —Tomás y Samuel salieron del despacho. Daniel llegó a tiempo de escuchar a Samuel y sonreía divertido cuando Alejandra reparó en él—. Ni me lo menciones...

—Es la juventud, el entusiasmo, el afán de complacer y la voluntad inquebrantable lo que hay que valorar en él.

—Pues fresco va si sólo cuenta con eso para convertirse en uno de los mejores investigadores de mi equipo.

—Dale tiempo.

—No lo tengo y tú lo sabes, todo corre en nuestra contra. —Marcos entró sin llamar.

—Tenía un dispositivo de rastreo, por eso te duraba tan poco la batería, consumen mucho. También te instalaron una aplicación de spyware o tú misma la instalaste aceptando un mensaje o un correo electrónico que dijera algo como «¡Oye prueba esta app!» —dijo Marcos—. Sobre el dispositivo puedo decirte que, en abril de este año, en Peguera, detuvieron a un nazi alemán. Fabricaba bombas y aparatos de espionaje. Un hombre paseaba a su perro y encontró en el suelo un objeto cilíndrico que le dio mala espina. La policía antiterrorista inició la investigación. Fue detenido un joven de veintiocho años vinculado a la ultraderecha. Tenía decenas como este. — Enseñó una placa diminuta de color plateada. Entregó el aparato a Daniel que lo observó con detenimiento.

—¿Cuándo te has separado de él? —preguntó Daniel.

Alejandra negó, no recordaba, casi nunca le prestaba atención, lo olvidaba en cualquier sitio. Daniel comenzó a hablar de la seguridad, momento que ella aprovechó para dirigirse a la pizarra, tenía que añadir a Asunción Tomelloso. Los rotuladores de colores unieron el nombre a Rogelio Martínez con el que sería necesario volver a hablar de tan dichosa coincidencia. Trazó una flecha más fina al nombre de Sofía y frunció la frente haciendo un esfuerzo por entender tan compleja tela de araña.

Capítulo 22

12:00h. 14 de diciembre del 2019. Cebreros

Rogelio salía del registro eufórico cuando vio a Tomás y Samuel apostados en la entrada con los radiantes uniformes de la guardia civil, pulcramente planchados y limpios, como recién estrenados. Supo que el día se tronaba oscuro. Dudó en escabullirse por la puerta lateral, pero de poco iba a servirle tan pueril maniobra, aquellos dos estarían sentados en el escalón de su casa antes de que él llegase.

—¡Felicidades! —dijo Tomás extendiendo la mano—. El juez ha dictado custodia compartida, fuera pasar pensiones y se acabaron las llamadas...

—... y las visitas en el hospital para suplicar —añadió Samuel en un tono colega que asustó aún más a Rogelio.

—Cierto, cierto... y las visitas para suplicar un fin de semana con los hijos —dijo Tomás. Samuel también le tendió la mano—. ¡Hombre de poca fe! ¡Y usted dudando de nuestro sistema judicial, de su imparcialidad!

Rogelio estaba atemorizado con aquella visita. Acababa de recibir la llamada de su abogado, escasos minutos después de que el juez se pronunciara a su favor, y allí estaban los dos guardias civiles sabiendo tanto o más que él. Pero lo que más le desconcertaba era que supieran sobre las conversaciones que mantenía jugando al mus, donde había puesto al juez de corrupto y vertido pestes sobre el poder judicial: «... en estos casos la imparcialidad se la pasan por los cojones, la mujer con cuatro lágrimas se mete al juez en el bolsillo. ¡Y hay padres y padres!... Igual que mujeres y mujeres, que la mía será muy buena madre, pero es una arpía de cuidado... ».

—Sabe lo que nos pasó el otro día, no se lo puede ni imaginar, vamos que no dimos crédito a lo que averiguamos —dijo Samuel en un tono cordial—. Fuimos al hospital Puerta de Hierro... —Rogelio palideció, le sudaban las manos y la espalda—... y nos presentaron a la enfermera jefa que lleva un asuntillo con nosotros, Asunción Tomelloso. ¡Vamos la casualidad!

—Es mi exmujer —dijo Rogelio en un tono vacilante. Ambos guardias civiles sonrieron.

—¡Vamos, vamos! No hay hospitales ni enfermeras en todo Madrid y damos con su exmujer —continuó Samuel—. Y nos enteramos que usted estuvo por allí discutiendo... Pero eso ya se ha terminado, ahora custodia compartida en igualdad de condiciones. ¡Felicidades!

—Cada vez me gustan menos estas casualidades... —dijo el pobre hombre en un tono lastimero y apenado.

—A nuestra jefa, Alejandra, ¿la recuerda? —dijo Tomás. Rogelio asintió despacio—. Tampoco le gustan nada. —El tono fraternal y la postura cordial habían dado paso a una seriedad sepulcral y esa amenaza sutil que desprendía todas sus conversaciones—. No tema, sabemos que es un buen hombre. —Tomás y Samuel se despidieron, dejando a Rogelio descolocado ante tan corta e intensa visita—. ¿Saben algo de su cuñado?

—No, ni llamada ni carta ni nada... Les avisaré si sabemos algo.

—No dudo que nos llamará, sabemos de su buena voluntad con nosotros. Pero vamos, con la

casualidad de encontrarnos a su mujer en nuestra trayectoria de tiro... bueno quien dice tiro, dice investigación. Cúidese Rogelio, que parece no tener sangre en las venas. —dijo Samuel antes de entrar en el coche. Tomás sacó la libreta de apuntes y tachó el nombre de Rogelio. La siguiente visita era para Asunción, enfermera jefa del hospital Puerta de Hierro.

Samuel dio un par de vueltas por la calle y al comprobar que no tenía donde estacionar, lo dejó sobre un paso de peatones con las luces de emergencia girando.

—¡Mola ser guardia civil! —dijo con el entusiasmo de un niño.

—Si tanto mola, por qué no le dices a papito que te haga un hueco en la comisaria más cerquita de casa para no darte el madrugón. —El tono socarrón de Tomás hizo reír a Samuel.

—Me gusta lo que hacemos y tocarte los huevos. —Tomás se carcajeó y sacudió con fuerza la espalda del joven.

—Aprende a callar, a escuchar y te irán mejor las cosas.

Diez minutos después estaban sentados en la cocina de Asunción observando cómo preparaba dos cafés en una moderna cafetera de cápsulas. El manejo no parecía complicado, pero ella apretaba los botones sin mucha seguridad y la máquina no dejaba de emitir un pitido molesto, marcando un error en la pantalla digital.

—¡Maldito trasto del demonio! ¿No prefieren un té de microondas? —Ambos hombres negaron. Poner al sujeto nervioso facilitaba su trabajo. Samuel se acercó, apartó a Asunción. *Si las miradas matasen Samuel estaría criando malvas*, pensó Tomás al ver la expresión colérica de la mujer.

—Deje al muchacho, es un genio de la tecnología doméstica. —Un dedo corazón discretamente elevado le hizo saber a Tomás lo que Samuel opinaba de su halago.

—Se lo agradezco, ¡voy a tirarla por la ventana un día de estos! —Asunción se sentó junto a Tomás. Era una reducida cocina con una pequeña mesa en un rincón y tres raquíticas sillas—. ¿Venís por la caja? No sé dónde está, se la entregué a la enfermera del otro turno cuando me iba a casa, alega que la dejó sobre la mesa de la habitación de Sofía.

—¿Qué sabe de la paciente? —preguntó distraído Samuel que ya había hecho el primer café.

—Es un milagro que esté viva, que sobreviva está por ver, es una mujer muy dura. —Su mirada se perdió en algún recuerdo lejano—. Los hombres son malas «bestias» y me disculpo ante las bestias.

—¿La conocía de antes? —preguntó Tomás. Samuel ya tenía el segundo café listo.

—No puedo decirle, no sé cómo se llama y su cara está desfigurada. —Tomás le mostró la foto de Sofía en una playa cualquiera—; ¡Dios del amor hermoso!! Era una criatura preciosa. No creo que se recupere jamás de lo que le ha sucedido y, sinceramente, opino que lo mejor sería morir. La han mutilado miembros, no tiene una oreja ni un parpado, le faltan los dedos de la mano derecha y un pie...

—¿Puede dejarlo?! —Samuel la miró horrorizado.

—Perdóneme, creía que ustedes lo sabían. —Ambos negaron—. Esa pobre criatura tiene tantos huesos rotos que tardarán meses en soldar y luego otros tantos en aprender... ¡Dejémoslo! —Tomás observó de nuevo la ausencia en la mirada, qué ocultaba, no de Sofía, pero sí de algo que ella consideraba relevante—. No olvidaría una muchacha como esta, es guapa... generan envidia, atraen las miradas de los hombres y son las reinas de las comparaciones odiosas. No, no olvidaría una cara como la suya. Ahora tampoco me la quito de la cabeza, pero por diferente motivo,

impotencia, rabia, frustración... Se está convirtiendo en una penosa moda matar mujeres. Busquen al novio o marido si lo tiene o a algún amante dolido.

—¿Mantiene relación con Julio Prieto, el marido de su excuñada? —El giro de la conversación no la sorprendió lo más mínimo ni la alteró el pulso, mostró repugnancia al escuchar aquel nombre.

—Sé quién es ese cabrón. Hablo con Encarna, que como yo es una desgraciada que eligió a un gilipollas como marido y se dio cuenta demasiado tarde, claro que elegir a un hombre bueno es como pedir que lluevan billetes de quinientos euros. —La expresión lejana de los guardias civiles la interpretó como desconocimiento sobre a quién se refería, más que una amenaza táctica. *¡Hombres!*, pensó, *pertenecen al eslabón más bajo de la escala evolutiva*—. Julio Prieto ha desaparecido, aunque yo no me lo creo, se está puliendo el dinero con furcias en algún hotelazo, fingiendo ser lo que no es, como lleva haciendo toda su vida, pero sin dinero en el bolsillo. Yo porque tengo mi independencia económica y le mandé a tomar por culo, pero Encarna dejó todo por cuidar a los hijos y ahí la tienen esclava de las malas decisiones. Y si derrama lágrimas no es porque sienta la ausencia en la cama, que eso es un alivio, es porque los acreedores se amontonan en la puerta y su hermano Rogelio, mi ex..., no sirve ni para tacos de escopeta, ni él ni ninguno. Ya me lo decía mi madre: «El mejor de los hombres, colgado de los huevos».

En el coche camino del CIC, Tomás colgó el teléfono tras informar a Alejandra del carácter amable de la exmujer de Rogelio.

—Dice la jefa que esa mujer sufre de «misandria». —Samuel abre la boca, pero Tomás le señala la carretera, está cansado de memeces y necesita silencio—. ¡¡Pobre Rogelio!! Me cae bien el desgraciado, pero cada vez pinta peor para él.

Capítulo 23

11:00h. 14 de diciembre del 2019. Sotillos de la Adrada

Pelayo y José Luis salían de la finca cuando descubren aparcado en un lateral del camino un vehículo de la guardia civil, a pocos metros, bajo la sombra de un olivo esperan Raúl y Laura.

—¿Qué cojones querrán ahora? —dijo Pelayo molesto.

—Los hemos visto llegar tan ensimismados en su conversación, que nos hemos dicho: «Vamos a dejar que limen asperezas». Lo maravillosa que es la providencia, teníamos que visitar después al señor Canuto, y aquí están, juntos y no sé si revueltos. —dijo Raúl, saludando a ambos con un fuerte apretón de manos.

—«Las desgracias hacen a los hombres, hermanos», Benito Pérez Galdós —añadió Laura.

—¡Estos hombres no están en ninguna desgracia! Sí es cierto, que hay confusión a su alrededor, pero ya lo aclararemos y verás cómo no es infortunio lo que el futuro les depara.

—En qué podemos ayudarles —dijo Pelayo sin disimular su enfado.

—¿Tiene un Cadillac...? Se me olvidó el modelo... un coche grande con una rejilla enorme en la parte frontal y que parece un tanque más que un vehículo...

—Tengo un Escalade —contestó Pelayo.

—Yo un coche de tercera mano que me ha dejado tirado en Sotillo, un Ibiza versión Jurásico. —José Luis Canuto destilaba envidia.

—El Ibiza no nos incumbe, de usted nos interesa que nos aclare cuándo fue al hospital de Puerta de Hierro y por qué, pero antes el Cadillac. ¿A quién se lo compró? —Por unos segundos Raúl vio horror en el rostro de Pelayo.

—Tendría que hacer una llamada, revelar de dónde he sacado el coche puedo poner en aprieto a otras personas y no me gustaría.

—El dónde no nos interesa, queremos saber el quién —puntualizó Raúl—. Sobre la llamada, no lo veo buena idea... ¿está avisando de algo a alguien? Puedo malinterpretar una buena obra y eso le perjudica a usted. Reflexione, su culo o el de su amigo. —José Luis se debatía entre la alegría de ver el aprieto de Pelayo y el miedo de que lo marcasen como sospechoso por encontrarle en la finca.

—Fue un regalo por una generosa aportación que hice a los fondos de la última campaña a la presidencia. Mis amistades se lo merecen, la aportación que hacen a este país no tiene límites y quise corresponder debidamente. Ellos a su vez, cuando ganaron las elecciones y pasado un tiempo conveniente para no... bueno ustedes me entienden, me obsequiaron con ese coche. Siempre manifesté mi deseo de poseer uno y en el monte es un fuera de serie. —Ninguno de los dos guardias civiles se esperaba tal respuesta. Aquello iba a ser duro de masticar para Alejandra que tenía atravesada la política y ahora caían de lleno sobre el ojo del huracán.

—Ahora sí que me interesa el dónde se lo dieron. Ya que figura el nombre de un tal Blázquez como vendedor.

—Desconozco el nombre que figura en los papeles, no reparo en tales minucias —dijo Pelayo

—. Fue en una fiesta de cacería organizada por algunos miembros del gobierno.

—¿Quiénes estaban? —preguntó Raúl.

—El ministro de Justicia, el de Exteriores, Economía... —Fue relatando a tantos miembros del congreso y senado que Raúl dejó de apuntar para terminar escribiendo: «Todos»—. El presidente no fue, se encontraba fuera de España.

—Menos mal... —dijo José Luis que no entendía el alcance del problema, pero por la expresión de los guardias civiles iba a ser motivo de portada en todos los periódicos.

—Creo recordar que entregaron cuatro coches, luego había motos, y muchos más objetos... De los coches...: un empresario de unos grandes almacenes, un famoso industrial, otro a mí y el cuarto se lo quedó el ministro de Justicia, su dueño real, rehusó.

—¡Vaya el único decente de toda la cacería! —Resopló con fastidio José Luis—. Ya podían invitarme a los saldos que montan con el dinero del contribuyente.

—¿Seguro que no fueron cinco? —preguntó Raúl. Pelayo meneó la cabeza negativamente. Recordaba cómo los miró y los remiró, todos tan iguales, tan nuevos, tan bonitos... cuatro sin ninguna duda—. Gracias. ¿Tiene un galgo entre sus perros de caza?

—No, podencos.

—Yo no tengo ni gato... sí ratones —apuntó José Luis.

—Ya que tiene tantas ganas por colaborar, conteste a mi anterior pregunta.

—Fui al hospital Puerta de Hierro, el jueves, porque mi hijo se rompió una pierna. Coincidió con mi mujer y su madrina. ¿Por qué?

—Y ¿usted? —preguntó Laura, que hasta ese momento mantuvo una conversación telefónica con Alejandra.

—Yo no fui. Ni siquiera sabía que se había roto una pierna y tampoco me presentaría para tal cosa. —José Luis miró con asco a Pelayo.

—Pues señores les dejamos. ¡Un placer inigualable!

—Una última pregunta. José Luis, ¿sabe quién fue el amante de Sofía antes del notario? —preguntó Laura.

—No, en ese tema Sofía era discreta, no pregonaba con quién se iba a la cama ni fanfarroneaba de sus amantes y seguro sería un tema escabroso en la prensa. —Pelayo se movió incómodo, pero Laura no le dio importancia, todo ellos formaban un elenco de hombres curiosos para sentarse en un programa de cotilleos.

Un coche grande y negro con los cristales tintados hizo una entrada aparatosa por la puerta principal de la finca. Paró a escasos cincuenta centímetros de ellos. Pedro y Javier tenían orden de no hablar, entregar una orden judicial para incautar el Cadillac y salir sin pérdida de tiempo de allí. Una operación simultánea se realizaba en el garaje del ministro de Justicia, donde Félix y Santi tenían igual papeleta.

—Se me olvidaba, ¡qué cabeza! Se llevan el coche. Si le indicará dónde está —añadió Laura. La cara de perplejidad de Pelayo era todo un poema de éxito para José Luis—. No sufrirá ningún daño y se lo traerán a la mayor brevedad. ¡Nos vemos!

Capítulo 24

9:00h. 15 de diciembre del 2019. Madrid

—Sobre eso no hay nada más que añadir. Falta un coche de los diez que entraron. —Tomás cerró la carpeta y se la entregó a Alejandra que la depositó con las otras.

—En el registro de los vehículos incautados, no hemos hallado nada de nada. Hay restos de Sofía, como es lógico, pelos y fluidos corporales. Ambos propietarios nos han confirmado que tenían prácticas sexuales en el asiento trasero, también gotas de sangre, pero poco significativas, nada que nos indique que trasladaron el cuerpo semiinconsciente de Sofía en ellos. ¡No tenemos nada! —añadió Félix, aunque se guardaba un último detalle—. Curioso o no, podemos señalar, que bajo la tapicería de los asientos de copilotos hallamos pelos de Lebrél afgano. Desconocen la procedencia, ninguno tiene tal perro.

—Juega con nosotros, vayamos donde vayamos nos encontramos a los mismos sujetos. —dijo Alejandra. Samuel carraspeó nervioso y ella le cedió la palabra, mientras Tomás cerraba los ojos y suspiraba profundamente temiendo otra salida de tono de su compañero.

—Me recuerda a la película: *Asesinato en el Orient Express*. En ella los personajes que parecen no tener ninguna relación cometen entre todos, un brutal crimen...

—Conocemos la novela de Agatha Christie, pero no veo la similitud. Aquí los personajes se conocen, son amigos, familia o vecinos... —Samuel se levantó de golpe, se disculpó con alguna palabra que nadie entendió y salió de la sala a la carrera—. Veamos con que nos deleita el hijo del ministro en esta mañana infructuosa. Espero por su bien que no se presente con el DVD de la película para argumentar alguna majadería.

Cinco minutos más tarde, Samuel entró con una cartulina rosa y un diagrama en varios colores con destellos fluorescentes y brillantina. La pegó con celo en la blanca pared. Alejandra palideció de ira, pero mantuvo la compostura al sentirse observada por todos, pero sobre todo por la mirada divertida de Daniel que la retaba a soportar estoicamente aquel reflejo infantil de un muchacho descerebrado.

—He pensado durante dos días sobre nuestros personajes. —Samuel cogió un bolígrafo a modo de puntero—. ¡Siento la presentación!, mi novia es profesora de preescolar y en casa sólo teníamos cartulinas de colores y rotuladores fluorescentes y con cositas de mucho brillo y color. —Alejandra movió la mano para que continuara—. Pensé en todos ellos, y bueno, los agrupé por edades: el ministro de Justicia y el notario; luego, José Luis y Pelayo... sinceramente, a las mujeres las veo como peones y no quiero enfadarla...

—Después de la cartulina, los rotuladores y de cómo ha destrozado la pared blanca, nada me ofende tanto. —Samuel sabía que iba por mal camino.

—¡Espere! —Ella asiente. Lo vio tan sencillo en casa mientras se lo mostraba a su novia—. Rogelio y el resto de personajes tampoco tienen mucho más que aportar.

—Pues los descartamos, no sufra por eso —dijo Alejandra en tono irónico, eliminando la seguridad de Samuel de un plumazo.

—Puede continuar un poco más deprisa —dijo Daniel. Alejandra sintió la recriminación implícita en sus palabras hacia ella.

—Gonzalo Cifuentes el fotógrafo, está muerto y no podemos asegurar si existía relación o no fuera de la visita a las exposiciones, pero es de la misma edad que José Luis y Pelayo. Su padre, Celedonio Cifuentes, sería de la quinta del ministro de Justicia y del notario. Quiero decir con esto que nos movemos en dos edades concretas: la de los sesenta y muchos, la de los treinta y tantos. —Samuel se limpió el sudor de la frente y continuó—. También he averiguado que los dos primeros estudiaron derecho en la misma facultad, la Complutense de Madrid, y en la misma promoción, incluso realizaron un curso en la Universidad de Harvard. Pelayo y José Luis se conocieron en la facultad de medicina de la Universidad de Alcalá de Henares, pero el primero lo dejó al tercer año, arrastrando asignaturas de primero y segundo. Pertenecieron a la tuna y son famosas sus juergas. Luego, con la ausencia de Pelayo, José Luis se centró en los estudios. No encuentro relación entre ellos y el fotógrafo. Pero Pelayo siempre poseyó la finca, no podemos olvidar que eran juerguistas y seguro coincidieron, en más de una ocasión, en las fiestas de los pueblos de Ávila.

La falta de comentario mordaz por parte de Alejandra, la mano derecha rascándose nerviosa la frente enrojecida, eran clara señal que Samuel había puesto en marcha los engranajes de la cabeza de su jefa. Sin dejar de mirar la cartulina rosa y los rotuladores de colores brillantes, Alejandra vio un patrón en el tiempo con un mismo nexo, Sofía y ella misma.

—Desapruebo cómo nos lo ha expuesto, parece un trabajo para un jardín de infancia. La próxima vez solicite un material más adecuado. ¡Lamentable! —Alejandra ordenó sentarse a Samuel—. Pero he de reconocer que me gusta el hilo de investigación. Estoy de acuerdo: son dos edades muy claras. Celedonio tuvo sus escauceos con la política, por imágenes que tengo de ellos, y que no aporté por un motivo personal, pero que... en cuanto llegue a mi despacho las añadiré al ordenador y podrán verlas todos ustedes. No va mal encaminado. Gonzalo estaba unido a Pelayo y José Luis... no niegan que lo conocen, pero ocultan más de lo que nos cuentan. ¿Por qué?

Marcos entró en la reunión y soltó sobre la mesa una carpeta que Alejandra abrió sin preguntar.

—Estuvo en el hospital los días que desapareció la caja. No hay ningún paciente registrado con el nombre de Julio Blázquez. No se ve la matrícula, está manipulada para que sea imposible de fotografiar, spray de laca o algo parecido... —dijo Marcos. Alejandra había tenido un pálpito por la noche y no dudó en llamarle para que lo primero que hiciera al llegar fuera comprobar las grabaciones de las cámaras de seguridad del hospital—. El garaje es de una empresa privada y guarda las cintas para posibles reclamaciones de aseguradoras por golpes y accidentes entre vehículos, pero nuestro sujeto no aparece más que en esta secuencia. Se cubre el rostro con la gorra, pero sin duda es él.

—¿¡Nuestro mendigo estuvo allí?! Enseñaremos el retrato robot que nos proporcionó Rogelio a médicos y enfermeras... No creo que pasase inadvertido —sugirió Raúl.

—Me temo que fue a recuperar las pruebas incriminatorias —dijo Alejandra. Dudó unos segundos, sentía los ojos de Daniel clavados en la nuca y se giró para mirar a Samuel que quitaba de la pared la cartulina—. Un buen trabajo, continúe así, pero depure el método.

La palmada que Daniel le dio en la espalda y el abrazo que recibió de Tomás, fueron la inyección de ánimo que necesitaba Samuel para no arrojar la toalla y sentirse dentro del equipo.

Capítulo 25

9:00h. 16 de diciembre del 2019. Madrid

Alejandra se sobresaltó con los fuertes golpes en la puerta, llevaba un rato mirando fijamente la pizarra y dando vueltas sobre el círculo vacío que ocupaba el centro neurálgico de toda la tela de araña, de donde salían todos los puntos que unían a los sospechosos. «¡Adelante!» gritó.

—Siento molestarla. —dijo Laura—. No hemos encontrado a nadie en el hospital que conozca a nuestro mendigo —añadió cerrando la puerta y tomando asiento.

Alejandra sabía que aquella visita no era para divagar sobre Julio Blázquez apodado «el mendigo». Laura paseó disimuladamente la mirada por el despacho, no había ni rastro de Daniel. El silencio se prolongó más de lo que Alejandra consideraba estrictamente necesario, cada segundo contaba y no mirar la pizarra para encontrar la solución se le antojaba un tiempo desperdiciado en bagatelas.

—¿Por qué fue a por la caja y no a eliminar a Sofía? ¿Dejó una prueba incriminatoria? —dijo al fin Laura.

—Nuestro sujeto es muy inteligente y cuestiona nuestra profesionalidad, le gusta ir por delante y demostrarnos que nos tiene a su merced. Nos quita la caja en nuestras narices, se pasea delante de la puerta de Sofía donde están apostados dos agentes, día y noche, y lo hace sin levantar sospechas. —Ella no deja de dar vueltas a lo mismo—. En esa caja no hay nada de interés, pero nos hace creer que sí, para socavar aún más nuestra autoestima, que nos planteemos cuán cerca tuvimos de atraparlo, preguntándonos qué había dentro. También nos muestra que pudo matar a Sofía y no lo hizo, ella ya está muerta. La soltó porque quería, no porque estuviese presionado o asustado. Comenzó un juego secuestrando a Sofía.

—¿El mendigo es otro disfraz?

—Barajamos esa idea Daniel y yo, pero incluso un sujeto con doble personalidad no modifica su altura, aunque hay expertos que aseguran lo contrario. Rogelio descubrió al joven del catastro hablando con el dueño del Cadillac y era un hombre alto, mucho más que el mendigo, hablamos de palmos, no de centímetros, y Rogelio trató a Julio Blázquez, estoy segura que notó las diferencias.

—La enfermera que cuidaba esta mañana a Sofía fue la misma que lavó su cuerpo la noche que ingresó. Me ha comentado que las uñas de la mano que no la mutilaron estaban llenas de tierra. También los pies tenían tierra. —Alejandra observó sus uñas pulcramente limpias y recortadas y sintió un ligero vahído, al abrir los ojos para evitar el desvanecimiento vio sus manos manchadas de tierra y sangre, las cerró en dos puños y miró a Laura asustada.

—Estuve secuestrada y en los momentos donde las fuerzas me sostenían, intenté escapar. Excavaba en la tierra, hasta que se me partían las uñas y me sangraban las manos... —Las palabras se atragantaron, la mirada se centró en la pizarra y en dos nombres unidos con una flecha fina: el notario y el joven del catastro—... Eso era lo que no cuadraba, le llamó la atención y pidió un peritaje. Algo delató a Julio Blázquez y nuestro notario unió cabos... vio la similitud con algo... o quizá recordó el terreno... —Laura era incapaz de entender lo que Alejandra estaba

diciendo, pero el hombre que entró sin ser visto entendía la similitud de la historia.

—¿Reúno al grupo? —preguntó Daniel. Alejandra asintió y Daniel escribió un breve mensaje. El móvil de las dos mujeres sonó. «En cinco minutos en la puerta». Laura se levantó y salió sin despedirse, no comprendía lo que había sucedido, pero ahora entendía mejor la relación de Daniel y Alejandra.

—Estuvo enterrada en la finca, todo lo que nos hemos estado planteando es falso..., se arrastró, se escapó... Él fue a cerrar la trampa de acceso, no a dejarla allí. Nos dio las coordenadas con el fin de encontrar una finca vacía y reírse de nosotros, como hizo contigo y mi padrino hace diez años..., pero algo salió mal y ella logró escapar. ¿Te das cuenta lo que esto significa? Él que hizo esto a Sofía es mi mentor... Quiere que le dé caza.

—¡¡No lo llames de esa forma, nunca más!! —gritó Daniel.

Diez años antes cuando el cerco se acortó y descubrieron donde tenía secuestrada a Alejandra, se enfrentaron a un campo de trigo sin caseta ni choza ni cobertizo donde tenerla retenida. Pensaron que les habían engañado y se marcharon de allí. Pero una y otra vez las pruebas les empujaban hacía aquel campo. Entonces Daniel lo comprendió.

Daniel llamó a Antonio para informarle del regreso del «mentor», lo hizo con la voz más pausada y sosegada de la que fue capaz. *¿Por qué después de tanto tiempo aparecía en escena? ¿Qué buscaba provocando a Alejandra?*, se preguntó Antonio al colgar el teléfono. Llamó al profesor, más por respeto a Alejandra que por deseo propio. Como siempre este y su gran elocuencia llenaban de sabiduría y conocimiento la conversación, dejando de lado la figura de Alejandra y centrando la atención en un sujeto con todo tipo de dones y privilegios paranormales, Antonio estaba asqueado de escucharle. El Profesor habló del efecto Lucifer donde un hombre normal, bueno e integrado en la sociedad podía cometer actos atroces. Aburrido de toda aquella cháchara de psiquiatra decidió contestar con monosílabas, quizá con aquella falta de interés comprendiera que le daba igual sus conjeturas.

Capítulo 26

11:00h. 16 de diciembre del 2019. Fresnedilla

El ensordecedor sonido de las sirenas y el destello de las luces, despejaron el camino, pero no acortaron la distancia. Una espesa columna de humo negro se veía por el horizonte. La radio oficial avisó de un incendio en el monte de Fresnedilla media hora antes de ellos llegar. Los camiones de bomberos que desde San Martín de Valdeiglesias se desplazaron, intentaban sofocar un incendio que se había originado en la finca donde se encontró el cuerpo de Sofía.

Alejandra se colocó junto a su vehículo y observó el trasiego de unos y otros. La gente del pueblo se había acercado con hachas y tractores y trazaban sobre el campo un amplio cortafuegos. Estaba segura, sabía dónde tenía que buscar y ningún incendio iba a detenerla. *¿No se escondería su presa entre todo aquel gentío?* pensó Alejandra, *No, no necesita quedarse a observar.*

Dos horas después, la gente se retiraba a sus casas satisfecha y recibía la enhorabuena de unos bomberos exhaustos. Alejandra esperó unos minutos antes de acercarse para que los hombres se limpiaran la cara manchada de negro y bebieran suficiente agua. El jefe de bomberos, con los tirantes de los pantalones colgando y la camiseta levantada enseñando una cicatriz cerca del ombligo, le salió al paso.

—Me preguntaba cuándo se acercaría. —Le tendió una mano que retiró al momento al verla manchada de ceniza. Alejandra extendió la suya y esperó a que el hombre se limpiara la palma en un pantalón más sucio todavía. Él arqueó una ceja divertido y ella le sonrió—. ¡Gajes del oficio!

—Ha sido un buen trabajo. Rápido y eficaz, ninguna otra finca se ha visto afectada.

—No es mérito nuestro. —Señaló con la cabeza a la gente que bajaba por la carretera sacudiéndose el cansancio del cuerpo—. El incendio fue provocado por un experto, un pirómano profesional. —dijo el jefe de bomberos pensativo—. Quién sea sólo quería quemar esta finca.

Se habían aproximaron al centro de la finca. Alejandra miraba a un lado y otro. El terreno era como un gran barrizal de ceniza y tierra. Un olor a carne quemada, inconfundible entre todos los demás, captó la nariz de ella, incluso el jefe de bomberos lo notó, era sutil pero agudo. Daniel se volvió para llamar a sus hombres, que vestidos de blanco revisaban una zona retirada de ellos.

—¡No siga, señora! Este olor pútrido es de algún animalillo que no pudo salir de la madriguera: zorrillo, topo... —Un bombero joven trajo una pala, que le tendió.

Clavó la pala en un punto cualquiera y quitó la tierra tirándola lejos, cuando iba a hundirla de nuevo, Alejandra le obligó a parar y le indicó otro lugar. No cuestionó la orden. Tres paladas más y saltaron las alarmas. Un golpe metálico sobresaltó al bombero, pero no a Alejandra que lo esperaba. Recordó el sonido sordo de la pala de Daniel excavando sobre su cabeza y por fin escuchó el metal rozar contra metal, a los pocos segundos la luz entró a raudales y vio el primer rostro amable en muchos meses, con profundos ojos azules, «¡Ya estás a salvo, te encontré!».

—Señora, no se acerque —dijo el bombero de forma paternal. Alejandra dio un paso al frente y colocó su mano sobre el hombro del hombre.

—No es un animal... —Este la miró aterrorizado—. Yo estoy aquí por él. —Y señaló hacia la

trampilla metálica que asomaba bajo el barrillo de tierra y ceniza—. Aléjese unos metros que mis hombres tienen que hacer su trabajo.

Los cuatro forenses con unos monos no tan blancos, despejaron los últimos restos de arena, ramas y hojas. Una trampilla oculta de metro y medio por dos metros sujeta con una gran argolla a una cadena que se ocultaba bajo piedras, asomó tras media hora de trabajo. Félix tiró de la cadena con fuerza y la trampilla se elevó cinco centímetros, por la rendija se escapó un hedor insoportable. Santiago trajo una radial y cortó la cadena, liberando la apertura, el olor nauseabundo se intensificó. Uno de los bomberos no pudo evitar las arcadas y vomitó tres metros más allá de la figura impasible de Alejandra, que seguía con la mirada fija los trabajos de los forenses, sentía como aquel agujero la engullía.

Pedro y Javier fueron los primeros en bajar por la escalera metálica que había sujeta al marco de la trampilla. Daniel se acercó a Alejandra que estaba a un metro por donde desaparecían Félix y Santiago, observó la similitud del lugar, igual trampilla y escalera, incluso la argolla con la cadena, la única diferencia es que ella estuvo sepultada en un campo de trigo y aquel era una finca de olivos y almendros.

Las últimas horas que Alejandra vivió en un agujero oscuro y húmedo como aquel, se colaron por las grietas de su cerebro y abrieron los recuerdos latentes. Sintió el roce de una mano fría, la angustia, el corte preciso del bisturí sobre su pierna atada sobre la camilla, la pesadilla real de la que no se puede escapar, y gritó con fuerza, pero ya no había mordaza, la voz sonó alta entre los árboles de la finca y los últimos pájaros que no huyeron con el humo emprendieron el vuelo hacia las nubes. Daniel colocó sus manos sobre las mejillas húmedas de ella y la sostuvo hasta que la mirada perdida regresó.

La voz de Félix anunciando que habían encontrado un cuerpo atado a una silla, con signos claros de tortura, no pareció relevante ante la expresión de tormento del rostro de Alejandra.

—¿Quién será la mujer? —preguntó Samuel para romper el silencio incómodo.

—No es una mujer, es Julio Prieto —contestó Alejandra—. Terminen ustedes de procesar el entorno.

Alejandra se alejó con la mirada baja y la mente perdida, rodeada por los brazos de Daniel. Para el equipo carecía de valor saber cómo estaba tan convencida, les interesaba más averiguar qué acababa de suceder.

Daniel se subió al coche después de tumbar a Alejandra en el asiento trasero, antes de arrancar palpó el arma que tenía en el costado, en la espalda y el cuchillo que ataba al gemelo derecho. El juego se complicaba por minutos y algo le decía que la presa dejaría de ser conejo para transformarse en lobo.

Capítulo 27

13:00h. 16 de diciembre del 2019. Madrid

Daniel condujo en silencio por la M501, miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor y la imagen que este le devolvía de Alejandra era devastadora. Una mujer diferente, con menos dominio de sí misma, un movimiento continuo de las piernas y las manos golpeando la cabeza. Había visto cientos de veces lo mismo en compañeros que sufrían estrés postraumático, los recuerdos se agolpaban: recurrentes, involuntarios y angustiosos, revivir los hechos traumáticos como si estuvieran sucediendo de nuevo.

—¿Vamos a casa? — sugirió Daniel.

—¡No! Quiero ir al hospital y ver a Sofia. —Hizo una pausa prolongada—. Desde que apareció, he intentado mantener las distancias, veía las similitudes, pero me negaba a admitirlas. Después he quedado a comer con El Profesor. Te libero de venir.

—¿Qué quieres descubrir en el cuerpo de Sofia? —Alejandra se acarició el muslo derecho, como si bajo el pantalón la piel quemase.

—... el frío, la humedad de la tierra, el olor rancio de la habitación mal ventilada, el hedor de mi cuerpo sucio y sanguinolento... todas estas percepciones que tuve en décimas de segundo... me recordaron a mis días con el «mentor»... —Un golpe seco en la ventanilla del vehículo sobresaltó a Alejandra.

—¡No vuelvas a llamarle «mentor»! Sujeto A, sujeto B, sádico, psicópata, maniático... me da lo mismo, ¡ofreces respeto a una persona que se merece una muerte lenta y agónica! —gritó Daniel.

—Me desperté en una habitación oscura, que olía a desechos de todo tipo, náuseas, fue lo primero que sentí. —Alejandra seguía ausente, a miles de kilómetros de allí—. Intenté incorporarme, pero no podía. La cabeza sujeta por la frente con una gran cincha, igual que las muñecas y los tobillos, a una camilla metálica. Forcejeé, sin mucho éxito, y entonces la puerta se abrió, sin añadir luz, seguía sumida en la oscuridad. Escuché unos pasos, una respiración excitada, un olor a perfume afrutado pero varonil. Fueron los segundos más largos de toda mi vida. —La mirada de Alejandra se clavó en la de Daniel que la observaba por el espejo retrovisor—. Entonces encendió una lámpara de quirófano sobre mi cabeza. Durante unos segundos angustiosos quedé cegada, escuchando el chirriar de un carrito oxidado y el tintineo de unas piezas metálicas que se golpeaban unas con otras por culpa de un suelo poco nivelado. Recuperé la visión para desear quedarme ciega; por el rabllo del ojo visualicé una bandeja con diferentes herramientas, eran tan dispares: un bisturí, una sierra, un destornillador, un sacacorchos, una grapadora, unos fórceps... Quería despertar. —Daniel frotó su pelo rubio con fuerza, tenía los labios fruncidos y la postura rígida—. Se presentó como «mi mentor» y me dijo que juntos íbamos a avanzar en el campo de la ciencia como nunca antes se hizo, pero lo primero era marcarme como a su sujeto número decimo, me cubrió la boca y sobre mi muslo trazó con un bisturí el número romano «X».

¿Qué le llevó a soltarla?, no lo sabía, pero creía que la verdad se desvelaría muy pronto, lo

que no aseguraba era que estuviera preparada para aceptarla.

—Averigua quién es el médico que está hoy con Sofía y busca algo de su vida que pueda usar si se pone cabezota. No llevamos orden judicial ni la quiero pedir, llamar la atención no me interesa. No voy a convertir a Sofía en un divertimento mediático, aunque me imagino que de esto se ocupará el ministro de Justicia.

—No pienso marcharme sin ver a Sofía, no voy a pedir ninguna orden judicial porque no la necesito. —La voz de Alejandra sonaba relajada, aunque se notaba que contenía la ira mientras discutía con un médico alto y despeinado con un doble turno sobre la espalda—. No voy a tocarla, ni a despertarla para preguntar si recuerda al malnacido que la dejó postrada en esa cama. Quiero comprobar que tiene sobre unos de los muslos un número romano, hecho con bisturí, una vez que lo vea me iré por donde he venido.

—Todo eso lo tiene en el informe de entrada —dijo el médico.

—Le repito que la caja fue sustraída delante de sus narices.

—No voy a dejar que entre, ahora es una marca y mañana será otra cosa y un día la estará interrogando sin mi consentimiento. Mi deber es con mi paciente, cuidar de su bienestar y protegerla de todos aquellos que no miren por su seguridad.

—Yo soy la seguridad de Sofía, debo coger al que la torturó antes de que decida regresar y terminar el trabajo —dijo Alejandra.

—¡No! —Se giró para irse cuando Daniel le retuvo por el brazo.

—La negativa es una respuesta que no me vale. Me obliga a recordarle que la subvención que recibirá como ayuda para cuidar de su hermano esquizofrénico, en esa preciosa casa de reposo entre montañas, se va por la taza del váter... Si eso sucede tendrá que buscar una residencia más económica, una como esa de la que se escapó tres veces y si no recuerdo mal, la policía acudió a su domicilio por las llamadas histéricas de su mujer. Lo malo es que, con la crisis y los sobres de tanto político corrupto, estos lugares están saturados, mal cuidados y no quedan camas para un paciente que tiene un hermano con un nivel económico tan alto... —La mirada de horror y el temblor de las manos del médico marcaron un tanto a favor de Alejandra.

—Veo que no tengo escapatoria. —El médico desapareció pasillo adelante.

Treinta minutos después Alejandra bajaba las escaleras mecánicas seguida de Daniel.

—¿Y bien? —preguntó Daniel.

—XXI —contestó Alejandra. La mirada de él mostró el horror al descubrir que diez mujeres más fueron torturadas bajo la mano de una bestia despiadada. Alejandra sacó el móvil y marcó un teléfono que con el primer tono ya obtenía respuesta—. ¿Encontraste sobre uno de los muslos de la novia de Gonzalo un número romano hecho con un bisturí? No recuerdo nada al respecto. Gracias Pedro, un error lo tiene cualquiera.

Ya subida en el coche desveló a Daniel quién era el número XXII.

—Un psicópata asesino en serie. —Él no entendía la jerga de la psiquiatría, pero en las películas aquel tipo de pautas eran denominadas así. Alejandra le miró con una sonrisa dulce en los labios.

—Es más complejo de lo que parece, con cada paso se nos dibuja una psicopatía diferente, claramente definida. Es un sujeto con un encanto muy especial que lo usa para seducir a las

víctimas, posee una autoestima exagerada y justifica su conducta. Es una persona inteligente, los demás no detectan su psicopatía. No siente remordimientos por lo que hace. Carece de sentimientos cariñosos con otra gente, aunque puede simularlos si se encuentra en el caso. —Hizo una pausa para frotar su frente—. Son personas que necesitan un continuo estímulo para no padecer de aburrimiento.

—Si metemos todo lo que tenemos hasta ahora en una coctelera y agitamos, ¿qué resulta? — Daniel imitó el movimiento.

—El manual del buen psicópata —añadió ella sin mucho entusiasmo.

Capítulo 28

15:00h. 16 de diciembre del 2019. Madrid

El Profesor leía la carta sin ansiedad ni impaciencia, no sabía nada de Alejandra y llegaba tarde una hora, pero todo aquel retraso era como si ya estuviera previsto. Levantó la mirada de los complicados nombres que recibían los platos, para observar la última mirada fría que Daniel le dedicaba antes de abandonar el local. Alejandra se acercó y le dio un fugaz abrazo que El Profesor correspondió sin dejar de vigilar la figura de Daniel que se perdía caminando por la acera, al otro lado del gran ventanal.

—Curioso tu perrito faldero. —Ella puso los ojos en blanco—. No hagas ese gesto como si fueras una adolescente.

—¡No empecemos!, Daniel es un hombre formidable, que cuida de mí sin escatimar tiempo ni recursos.

—Sólo por eso le debo gratitud. No sé qué haría si te sucede algo. —Alejandra extendió su mano por encima del mantel y apretó la de él con fuerza.

—Nada malo me va a suceder, no te dejes enredar por las paranoias de mi padrino.

—Otro que tal baila. Dios los cría y ellos se juntan. —El Profesor abrió la carta y releó los títulos retóricos de cada plato—. Esta carta está escrita por un mequetrefe, estos nombres pomposos muestran una personalidad falta de ingenio. Un buen cocinero no necesita enmascarar su arte con literatura barata. ¿Por qué hemos venido a este lugar alejado del buen gusto?

—¡Bueno! —Antonio Expósito se lo aconsejó «¡Su comida casera es una delicia»—. Mi padrino...

—No me digas más, ese vejestorio no tiene sutileza y su cerebro sin contenido necesita de tales adornos para comprender la belleza y la elegancia de lo sencillo.

—Hace años que no tenemos una cena en familia. —dijo Alejandra, cerrando la carta y depositándola en el lateral de la mesa.

—¡¡Líbrame de tal castigo!! No soporto lo mediocre y durante muchos años fingí por ti. Ahora ya estás al tanto de nuestras diferencias en todos los aspectos de la vida y no debo andar con disimulos y digo «debo» por mi amor a mí mismo y por mi respeto a lo que tú representas.

—¿Por qué esa acritud con él? Sois amigos desde la infancia y durante años se os veía felices juntos... ¿Qué sucedió? —La mirada de él era difícil de catalogar para Alejandra.

—¿Y ese repentino interés por el pasado? Jamás has cuestionado... Interesante. —El Profesor se recostó en la silla y observó detenidamente a Alejandra que jugueteaba con unas migas del mantel—. Nunca fui amigo de tu padrino, lo fui de tu padre. —Cuando hablaba de Alejandro, que eran pocas las ocasiones, en su rostro veía ella contradicción—. Amigos de los que no hay muchos por el mundo, sin secretos y todo lo hacíamos juntos. Donde iba él, iba yo, y viceversa. Tu padrino revoloteaba a nuestro alrededor como una polilla atraída por la luz del sol. Tu padre era un ser único, excepcional, brillante, pero tenía un carácter débil, se sentía fascinado por personas sin aportación ninguna a la sociedad, más que su alegría y hacer de toda una fiesta. —Bebió un

largo trago de agua—. Tu padrino no se centraba en los estudios y requería de la continua ayuda de tu padre, si todo el ingenio que demostró para organizar una timba ilegal en el internado: con alcohol y chicas que invitaba de otros colegios, lo hubiese dedicado a los libros, sería un genio.

—Pero de niños, ¿tampoco fuisteis amigos?

—Tu padrino, como todos los niños sin cociente destacado, se dedicó a los deportes. Estábamos en mundos separados, pero tu padre siempre atraído por lo incorrecto, se dejó seducir. —Una sonrisa quebrada se dibujó en sus labios tensos—. No formó parte de mi grupo de amigos porque mantener con él una conversación era tan infructuoso como hoy en día, se pierde en sentimentalismos y en detalles que distorsionan la realidad. Se emboba con la pared blanca y no ve más allá.

—¿Por qué esa actitud fría en la boda de mis padres?

—No pretendía ser frío, estaba irritado, molesto y no tenía que disimular mi disgusto. Tu madre era una mujer hermosa, pero era eso, una mujer hermosa. —Se calló y miró el plato que acababan de colocar sobre el mantel. La sopa de cocido humeaba—. Cuando alguien pregunta, debe estar preparada para la respuesta.

—Lo estoy —dijo contundente.

—Era hermosa, muy hermosa, pero falta de agudeza. Adecuada para un botarate descerebrado como tu padrino, pero no para un hombre de la valía personal de tu padre. Él necesitaba algo más que un florero a su lado, necesitaba alguien dotado de inteligencia. — Sorbió la primera cucharada de sopa y no pudo emitir ningún juicio despectivo sobre la comida, era exquisita—. No comprendí cómo Alejandro se dejó embaucar por ella, como Antonio se prestó y continuó arrastrándose tras ella. Yo no tuve otra que aceptar la situación impuesta, de la que no me pidieron ni opinión ni consejo. Fui delegado a un tercer puesto cuando corría a la cabeza.

—¿Mi madre se casó por dinero? Mi padrino es rico.

—Antonio se pulía su fortuna en juergas y mujeres. Alejandro trasformaba en oro todo lo que tocaba. Era el soltero de oro, las mujeres se le servían en bandeja... —La risa que salió por su garganta era un triunfo personal, como si conociera un secreto que nadie más pudiese alcanzar—. Nada tenían que hacer con él... hasta que llegó tu madre y las artes de tu padrino.

—¿Mi padrino? Fue una víctima de una mujer calculadora. —La imagen que El Profesor tenía de su madre no correspondía a los escasos recuerdos que ella atesoraba.

—Culpo a Antonio por poner una mujer como esa en el camino de Alejandro, por no defender como hombre su honor y permitir sin gallardía que otro no sólo le quitase la novia, sino que se casase con ella y le animase a ser el padrino. ¡Pusilánime!

—¿Qué sucedió cuando yo nací? —El Profesor la miró.

—Más de lo mismo. Tu padre cambió. Dejó de valorar las cosas que eran importantes por centrar todas las energías en alzar a tu alrededor un mundo perfecto, como si tal cosa fuera posible. Todo era poco para su princesa, ningún esfuerzo ni sacrificio eran suficientes, por tu bien y tu futuro sin tachaduras ni manchas oscuras. Sin estigmas que pesaran en tu vida como las lacras que él supuestamente portaba a su espalda.

—¿Me odiaste como a mi madre por ser hija de ella?

—El odio requiere de un sentimiento negativo y no responde a la razón; soy hombre de razón y no de corazón; mi cerebro rige mi mundo y mi comportamiento. Eres lo único que me quedó de tu padre y centré mi vida en la tuya. Por ti me levanto cada mañana y mi último pensamiento antes de dormir te lo dedico.

—¡Gracias! —añadió Alejandra.

—No me las des. Cuando tu padre murió deseé irme con él, pero entonces te vi y supe que tenía un motivo para seguir adelante: ¡Tú!

Capítulo 29

18:00h. 16 de diciembre del 2019. Madrid

Antonio miraba por la ventana del despacho de Alejandra, absorto en sus pensamientos y ajeno a los ojos fatigados que tras él le observaban. Un delicado carraspeo de Alejandra le sacó de aquel estado de abatimiento que parecía cubrirlo todo, incluso a ella. Se dejó caer en el sillón y se quitó los zapatos de tacón para frotar sus pies doloridos. Evitaba el cruce de miradas con su padrino, no deseaba hablar de nada con nadie, y menos con Antonio. Ansiaba estar sola y entender por qué el mundo se desplomaba a su alrededor.

—¿Qué ha sucedido en la comida? ¿De qué habéis hablado El Profesor y tú? —Llevaba horas esperando su regreso, desde que Daniel le comunicó la comida que tenían. Había tenido el corazón en un hilo, El Profesor no dudaría en contarle la verdad, su verdad, y esta distaba mucho de la realidad.

—Hemos hablado de... —La vacilación que mostraba aumentaba la angustia de Antonio que veía el final de una historia muy próxima—... Sigo sin comprender el porqué de tanto odio hacia mi madre. —Antonio se dejó caer en el sillón contiguo—. ¿No era lo suficientemente buena para mi padre? ¿Él deslumbraba y ella era una sombra que entorpecía su existencia?

—Tu madre era una mujer excepcional. Preocupada por todos los que tuvimos el placer de conocerla y compartir su vida. Ni una mala palabra, ni un mal gesto se le puede echar en cara, siempre dispuesta por muy difícil que fuera la empresa y todo sacrificio era poco, si con él se salvaba la vida de alguien. —Se quitó el sudor con un pañuelo que sacó de su pantalón—. Tu padre no fue indiferente a su gran magnetismo, ni él ni nadie, incluso tu profesor, que hoy injuria su recuerdo, se postró ante sus pies suplicando.

—Siempre tenía un rostro colérico...

—El Profesor era un hombre atormentado, que no encontró su lugar en una familia que luchaba por sobrevivir. Todos intentamos seguir nuestra vida con dignidad, pero él se reveló contra los que menos lo merecíamos. —Cerró los ojos—. Yo la amé... y la sigo amando.

—¿Crees que yo...? —Antonio abrió los ojos desmesuradamente y sujeto con fuerza la mano de Alejandra.

—Tú fuiste la alegría de todos nosotros. Eres la viva imagen de ella. Tenerte cerca es continuar viéndola —dijo Antonio con cariño—. El Profesor estaba destrozado, incapaz de superar la boda de tu padre, de verle feliz con una mujer que nunca dejaba de sonreír ante las adversidades. El Profesor deseaba una realidad que por entonces era impensable.

—Ya... quería continuar con la camarería sin compartir a mi padre con nadie.

—Se podía resumir así. —La cabeza la movió pesaroso—. Tu nacimiento... como lo explicaría yo... Alejandro deseaba pasar todo el tiempo del mundo contigo, no separarse jamás de su princesa, cubrir todas tus necesidades con todo el afecto del que él careció. Tus deseos eran órdenes para un hombre que descubrió el valor de una sonrisa, el brillo de una mirada y el abrazo gratuito. Siempre estuvo rodeado de gente que le quería por lo que tenía: dinero, posición,

contactos.

—Y El Profesor pasó a segundo plano...

—Se marginó él solo. —Alejandra estaba agotada de tanto pensar.

—¿Para qué has venido? —Se levantó y se quitó la chaqueta dejándola caer en el respaldo de su sillón y se sentó frente a su padrino.

—Tengo las respuestas de Juan Ruiz a tu largo cuestionario. —Señaló una carpeta amarilla colocada junto al teléfono—. Abreviando te diré que no conoce la identidad del «vejestorio». Acude a demasiadas fiestas, cacerías y programas, como para recordar las caras de todos con los que comparte un momento fugaz ante una cámara. Y tampoco se le ve, no podemos acusarle de que nos oculte algo. Sobre el coche, fue una donación al partido, intentará buscar la documentación, pero creo que obtendremos lo mismo, un nombre sobre el papel sin paradero ni documentación. Este tipo de donaciones, por no llamarlos sobornos, no constan en ningún balance. —Antonio se soltó el nudo de la garganta—. Su relación con Sofía, un intercambio de favores, él obtenía una acompañante hermosa y entretenida para todos esos aburridos compromisos que tiene su cargo, ella un sueldo. Le pregunté por el sexo y... sí, lo tenían y frecuente.

—¿El ministro pagaba a Sofía por su compañía?

—Eso me dijo... 1200 euros en efectivo. —Alejandra buscó en una carpeta la ficha de sospechosos y marcó el primer número de teléfono.

—¡Buenas tarde, señor José Luis Canuto! No me conoce, soy Alejandra Casado, teniente de la Guardia Civil, llevo el caso de Sofía Piedrahita. Le llamo porque deseo saber si pagaba a Sofía por su compañía. —Escuchó pacientemente la respuesta y se despidió dándole las gracias y marcó el segundo número—. ¡Buenas tardes señor Pelayo Peñalosa! No me conoce soy Alejandra Casado, teniente de la Guardia Civil, y llevo la investigación de Sofía Piedrahita, deseo saber qué cantidad pagaba por la compañía de ella. —Nuevamente escuchó la respuesta—. El oficio más viejo del mundo.

Capítulo 30

10:00h. 17 de diciembre del 2019. Casillas

Samuel tenía sobre la mesa de la biblioteca los anuarios comprendidos desde el año 1945 hasta el año 1965, abiertos todos por distintas páginas. Tomás hablaba en un rincón de la gran sala con el director del Internado para Caballeros, hoy conocido como el internado de Las Rocas en la localidad cercana a Casillas.

—¿Qué es lo que busca su compañero? Si fuera más preciso, podría ayudarle... —Le inquietaba que unos guardias civiles viniesen a husmear en los anuarios, la reputación de la institución se basaba en la discreción. Bajo su techo estaban los hijos de gente poderosa que no dudarían en arruinarle si la prensa mencionase cualquier tema ilícito.

—Samuel tiene un cerebro desordenado y ni él tiene claro qué intenta descubrir en esos extensos volúmenes. —Páginas y páginas de muchachos sonrientes, de grupos presumiendo de medallas y copas, y de certámenes científicos con otros colegios—. En los años que revisa, ¿quién era el director?

—Mi padre. Si desean hablar con él, será un placer llevarlos a su habitación, pero me temo que no les será de gran ayuda, el alzhéimer hace que los recuerdos se enmarañen o se olviden. — Señaló una gran pintura colgada sobre la puerta. Un hombre, del que Tomás destacaría un bigote que apenas cubría el labio superior, una fina línea oscura, con un semblante serio y mirada fría.

—Hombre recto su padre —dijo Tomás. El nuevo director afirmó con un temblor en su ojo derecho—. Necesitaremos hablar con él. Entiendo lo que está pasando, mi madre murió hace dos años y viví el mismo infierno. Sus cambios de humor, el ir y venir de los recuerdos...

—Es muy duro. Mi padre era un hombre con una memoria prodigiosa que ahora camina por una habitación vacía. Los escasos minutos que tiene de lucidez son un martirio, peor que vivir la realidad de hace cincuenta años. Recuerda mejor el pasado que lo que hizo hace dos horas.

Samuel se acercó a Tomás y le tendió tres anuarios. «Mira» le dijo. Bajo la fotografía de unos adolescentes de la promoción de 1962, a pie de página, fue leyendo los nombres de cada uno de ellos. El director miró por encima del hombro, se fijó en la fecha y en alguna de las caras que hoy continuaba viendo en los telediarios.

—Fue una promoción de lo más fructífera, hay grandes políticos, comisarios, científicos y otras personalidades ilustres que fallecieron a temprana edad como Alejandro Casado. —Tomás y Samuel observaron el rostro serio del padre de Alejandra.

—¿Hay algo que recuerde de esta generación de «caballeros»? —preguntó Samuel.

—No mucho, yo iba tres cursos por debajo. Llevo encerrado en estas paredes toda mi vida y puedo decir que no hubo nunca grupo tan singular como aquel. Durante años nos compararon con ellos y fueron el modelo de inspiración para muchos, tanto en lo bueno como en lo malo. Mi padre siempre me decía que eran jóvenes brillantes, despiertos y sagaces, lo que España necesitaba para salir de la miseria e igualarse a Europa. —Cogió el anuario y miró uno a uno los rostros—. Se volcó en ellos demasiadas esperanzas, muchas expectativas que fueron frustrándose con el paso de

los años.

—¿Sabe por qué? —insistió Samuel.

—No.... Si me acompañan podemos ir a ver a mi padre. —El director salió delante de ellos. Subieron escaleras y giraron esquinas, abrieron puertas y avanzaron por largos pasillos, aquel lugar era un laberinto de puertas y pasillos. Y al final del todo, del último edificio, de la última planta, de una escalera interminable y de un pasillo eterno, se encontraba la habitación del antiguo director, que en su silla de ruedas miraba distraído por la ventana los árboles del bosque movidos por el viento—. ¡Padre! Estos guardias civiles vienen para informarse sobre la promoción del 62.

Las palabras de su hijo no alcanzaban al anciano que sonreía como un niño. Cogieron tres sillas que estaban alrededor de una mesa de madera y se sentaron junto a la ventana.

—¡Buenas tardes! Estamos interesados en saber todo lo que pueda contarnos sobre los jóvenes del 62, hoy grandes hombres de nuestra sociedad. —El anciano seguía con la mirada perdida—. Conocemos el nombre de muchos de ellos como: Juan Ruiz, Celedonio Cifuentes, Alejandro Casado, Rufino Legado... —El anciano giró la cabeza y miró fijamente a Tomás.

—Un gran muchacho Alejandro Casado, lástima que la sombra tuviera tan largos tentáculos, era imposible protegerle de tanta maldad y mucho menos salvarle. —dicho aquello volvió a mirar por la ventana.

—¿Alguien quería hacer daño a Alejandro Casado? —preguntó Tomás— Antonio Expósito, quizá.

—Antonio... —dijo el anciano. Una sonrisa tierna se dibujó en su rostro—. Un muchacho indomable, daba igual el castigo impuesto, al día siguiente realizaba una trastada mayor que la anterior. Él intentó ayudarle, pero le arrancaron el corazón. El mal tiene la mejor baza en el juego de cartas.

—¿Celedonio Cifuentes estaba con ellos? —preguntó Samuel.

—Aquel muchacho era un oportunista, estuvo un par de años y luego su padre no pudo pagar las facturas y se lo llevó. Buscaba la amistad por el interés, Alejandro se apiadaba de él, pero dudo mucho que sus amigos le considerasen uno más dentro del grupo. Alejandro tenía palabras amables y gestos caballerosos, pero nunca Celedonio asistió a sus fiestas, jamás se lo hubiera permitido.

—¿Quién no se lo hubiese permitido? —inquirió Samuel—. ¿Antonio?

—Ese era un cero a la izquierda. —El anciano tomó un vaso de agua que le tendió su hijo. Una tos persistente le impedía hablar con soltura—. Era un muchacho oscuro y frío, sin corazón, un demonio que caminaba por los pasillos y asaltaba por la noche las almas dormidas. Su dedo largo y huesudo te señalaba y yacías muerto al alba. Un ejecutor, servicial y fiel, que no enjuiciaba lo ordenado y aquello lo hacía más peligroso todavía. Alejandro le mantenía sujeto, sacrificándolo todo. Pero una noche aquellos ojos rojos de fuego se alzaron sobre las camas de nosotros y escuchamos los gritos lejanos de horror... Murió sin consuelo, solo, en la oscuridad... Lo encerraron para que no viera la luz del sol, que no tuviera contacto humano al que pudiese dañar, encadenado como a una bestia sin más alimento que las sobras, pero él no era demonio, su hermano cubrió con sombras sus huellas y en la oscuridad siguió acechando a todo el que osase contradecirle. Ahora está suelto y busca venganza, hará daño a todos los que pusimos en entredichos sus actos. —El anciano convulsionó violentamente en la silla de ruedas, el hijo llamó a la enfermera que apareció de una habitación contigua, les aconsejó marcharse. Los tres hombres desanduvieron el camino intentando averiguar qué había querido decir el anciano.

—¿Quién murió? Sabemos que Alejandro Casado, no —dijo Tomás.

—Nadie murió. Ni siquiera hubo un accidente que podamos calificar de preocupante. Tampoco se encerró a nadie en una mazmorra. Delira... —dijo el director.

—¿Qué piensa? —Tomás veía la duda en los ojos del director.

—Murió el sacerdote en un accidente de coche. ¿Pero...? —Samuel le animó a continuar con un movimiento de mano—. Escuché a mi padre decir que su cuerpo estaba... desollado, lleno de arañazos y golpes. Supongo que por el accidente... Nunca más se habló o yo no oí nada. —Samuel buscó el nombre del sacerdote en la primera página donde estaban las fotos de todos los docentes y entre ellos la imagen de un sacerdote joven.

—¿Podemos llevarnos los anuarios? —preguntó Samuel. El director titubeó mirando los tomos—. Se los devolveremos cuando hayamos terminado. —Al fin consintió con desgana, sabía que los tomos saldrían de allí con o sin su consentimiento.

Capítulo 31

9:00h. 18 de diciembre del 2019. Madrid

El trabajo en equipo a esas alturas de la partida era estresante, las tirantezas entre unos y otros, los conflictos por las opiniones encontradas y no haber resuelto el caso, aumentaba la frustración y disminuía la autoestima del grupo. Se pisaban las frases, no dejaban acabar las conjeturas de ninguno, pasaban de una idea a otra sin enlazar pensamientos. Era imposible mantener la calma, todos hablaban no sólo a la vez, sino a gritos. Las horas de sueño pasaban factura.

Aquel comportamiento en otro momento acarrearía algún tipo de amonestación, pero Alejandra también deseaba gritar y golpear la mesa con la mano abierta para descargar la tensión de las últimas horas. Para el buen comportamiento del equipo habría que tener en cuenta a cada uno de ellos como individuos, pero en esos momentos ni sus expectativas ni sus necesidades particulares importaban.

—¡Muchachos! —gritó Daniel por encima de todo el alboroto—. Después nos vamos al bar más cercano y a la primera ronda invito yo, pero ahora comportémonos como gente civilizada y no como una jauría de lobos.

—El agotamiento hace mella en nosotros, pero estamos más cerca que hace unos días. Entre todos le daremos caza y después podremos festejarlo a lo grande. —Alejandra no estaba dispuesta a realizar concesiones antes de conseguir la meta—. En todo este vocerío que estabais montando, he cogido un par de cosas que me interesan. La muerte de un sacerdote llamado Teodoro es la primera de ellas. Samuel ilústranos en un tono sosegado, por favor.

—Creo que nos desviamos del tema. —dijo Tomás. El hilo de investigación que llevó a Samuel a los registros de Ávila por el fallecimiento del sacerdote no contó con el apoyo de su compañero.

—¿Hemos invertido los papeles? —dijo Alejandra irritada. Tomás iba a contestar, pero la mirada disuasoria de Daniel le detuvo.

—Me desplazé a Ávila sin mucho entusiasmo, han pasado casi cuatro décadas y dudaba que se llevara un archivo muy detallado de tales cosas...

—¿Vamos a narrar una historia de misterio o vamos al grano? Encontró algo, ¿sí o no? Si la burocracia era mala o peor por los años 60, me importa bien poco o nada —dijo Alejandra que mantenía una postura aburrida y distante.

—Tuve que ir a la Diócesis y allí sí que encontré lo que buscaba. —le tendió unos papeles fotocopiados—. Como puede leer, relata un accidente casi normal: al coche le fallan los frenos, se sale de la carretera cayendo por la ladera de una montaña y termina empotrado en un árbol, ni vueltas de campana ni nada a destacar... —tragó saliva al ver la mueca de disgusto de su jefa— ... Se rompe la luna frontal por el impacto de la cabeza...—Alejandra leyó rápidamente asintiendo cada una de sus observaciones—. Lo curioso es que, en el margen derecho, alguien hace unas anotaciones: «Su cuerpo presenta signos de violencia, arañazos y magulladuras, no sólo en cara, sino también en tórax y espalda. Presenta cortes en el muslo con cuchillo o algo parecido

y una cruz incrustada en los maxilares. Heridas que no corresponden con el accidente». Pregunté quién redactó el informe, me imaginaba que estaría muerto, pero no. Es un cura, postrado en la cama día y noche por una larga enfermedad, tiene un pie más al otro lado que en este, pero su cabeza está mejor amueblada que la mía. —Samuel iba a señalar algo, pero se calló ante la expresión de fastidio de Alejandra—. Recordaba perfectamente el accidente. Por aquel entonces, él era el asistente del Obispo de Ávila y le acompañó. «Eran tiempos algo revueltos», leo las palabras textuales, «La moral estaba en entredicho en muchos sitios y las malas lenguas no dejaban de inventar rumores. Entre las paredes del internado había mucha gente de bien, pero otros eran herejes que durante la guerra civil destruyeron Iglesias, con grandes obras de arte; quemaron las bibliotecas de monasterios, con valiosísimos escritos; violaron a monjas; torearon curas, les sacaron los ojos y les cortaron la lengua y los testículos; y ahora se escondían fingiendo ser gente decente. El Obispo al ver el cadáver se le reveló toda la verdad. Había sido torturado por aquellos infieles. A pesar de conocer la verdad, lo ocultaron para no dar triunfo a la mezquindad y para no seguir agitando las aguas. Pero al archivar los papeles, mi juventud rebelde no pudo evitar escribir en el margen la evidencia de un cuerpo que fue enterrado sin justicia. Un ojo experto, sabría interpretar mis escasas palabras y con la ayuda de Dios, Teodoro, encontraría el descanso merecido. Han sido muchos los años de espera, pero mis plegarias han encontrado...».

—Ya es suficiente. —La frente enrojecida de Alejandra y su postura recta sobre la silla daban un nuevo triunfo a Samuel, su hilo de investigación despertaba su interés.

—«Entre todos lo mataron...» —añadió Samuel.

—Déjeme ver los anuarios — dijo Alejandra.

Unos folios en blanco marcaban las páginas que Samuel había señalado como claves. Miró cada uno de los rostros sonrientes de aquellas jóvenes promesas. Samuel señaló al ministro de Justicia, Juan Ruiz; al notario, Rufino Legado; al padre de Alejandra, Alejandro Casado; al padrino de Alejandra, Antonio Expósito; al fotógrafo, Celedonio Cifuentes. Pero ella podía señalar a uno más, El Profesor, Albert Levitt, casi irreconocible si no fuera por su altanería. Ver a su familia entre los volúmenes de unos anuarios que escondían a un asesino en serie no era nada grato, se sentía engañada.

—Nuestro asesino en serie descubrió lo placentero que era torturar y matar, —Alejandra no levantó la vista de la fotografía de la promoción del 62—, el poder que le ofrecía tener a la víctima bajo su dominio, creerse un dios. Nuestro hombre tuvo una infancia complicada, algún tipo de humillación o abusos por parte de sus progenitores o alguien que ejerciera un fuerte control sobre él. Suelen mostrar un patrón, nuestro sujeto tortura indistintamente a hombres y mujeres... —Las ideas fluían a gran velocidad por su cabeza; sus dedos nerviosos golpeaban la mesa rítmicamente—. No me gusta especular, pero los padres de este individuo fueron el detonante para la personalidad psicopática que presenta. —Alejandra empujó el anuario al centro de la mesa, en la página abierta se mostraba la fotografía de un grupo de veinte chicos, entre ellos su padre, su padrino y El Profesor—. ¿Por qué el sacerdote y no otro compañero?

—Quizá los hubo, pero no se atrevieron a denunciarle —dijo Samuel. Alejandra levantó la vista, ella sabía a quién preguntar.

Capítulo 32

17:00h. 18 de diciembre del 2019. Madrid

—Espero no pillarte en mal momento. —La voz de Alejandra no sonaba lo suficientemente segura a través de la línea telefónica. Los resquicios que dejaba la duda delataban su estado inestable, la inseguridad ante el miedo.

—Es buen momento. Mi paciente de las 17h se retrasa como en él es habitual. Es un hombre con escasa seguridad, lleno de temores causados por la baja autoestima y los múltiples complejos.

—El Profesor se recostó en su sillón y se colocó mejor el auricular—. ¿Todo va bien, Alejandra?

—Supongo que no. Te llamo porque en mi investigación no dejáis de aparecer una y otra vez: mi padre, mi padrino y tú. Acudir a Antonio es desesperante, no recuerda nada o se limita a decirme que fue un accidente irrelevante, a pesar de las pruebas que le muestro.

—¿Qué podemos esperar de ese trozo de carne? Entiendo tu agitación. Pero pregúntame, estaré encantado de aclarar cualquier duda.

—Hubo un asesinato en el internado, el sacerdote Teodoro. Antonio tampoco le recuerda muy bien... algo desgarrado, siempre con la Biblia en la mano, amenazando a todos con arder en el infierno por sus pecados de lujuria... y poco más.

—Tu padrino es un espécimen de estudio para la ciencia, una cabeza tan prominente sin masa gris. En fin. No llamas para escuchar lo que me has oído recitar desde hace años. —Carraspeó suavemente—. Era un hombre muy peculiar el sacerdote, veía el pecado de los demás, pero no los suyos. Nos acusaba de lujuriosos, promiscuos y de un montón de memeces más. Es cierto que con aquellas palabras amedrentaba a más de uno y los convencía para arrodillarse durante horas delante del altar de la capilla y espiar unos pecados que dudo que alguno de esos muchachos cometieran. Veía en todos nosotros la perdición de nuestra alma. Nos encaminábamos hacia la depravación sexual, pilló a más de uno masturbándose en la soledad de su cama o en las duchas del gimnasio, pero a lo largo de todos estos siglos, el descubrimiento de la sexualidad nace con la exploración de nuestro cuerpo. Ahora yo me pregunto, igual que lo hice en aquellos tiempos, ¿qué hacía él espiando en las habitaciones a altas horas y en las duchas de los gimnasios?

—¿Era un pederasta?

—¡No, pobre desgraciado! Era un puritano, con una gran rigurosidad moral, intachable, cualquier mal pensamiento lo eliminaba con su látigo en su cuarto. La flagelación purificaba su alma atormentada.

—Su cuerpo mostraba heridas que no correspondían al accidente. ¿Se flagelaba...?

—Estábamos rodeados de gente mediocre, que no entendía el mundo en toda su amplitud. Los ojos de aquel sacerdote no veían más allá del cristal de las gafas. ¿Por qué un hombre santo como don Teodoro podía autoinfligirse un castigo tan despiadado cada noche? ¿Su mente no era tan pura como él deseaba? Sus pensamientos le carcomían en la oscuridad de la celda. Aquel Obispo pomposo con todo su séquito de lame culos decidió ocultar la evidencia por no destapar que el ser humano es imperfecto aun vistiendo sotana. Todo es pecado, nacemos con pecado, con esto se

define más de lo deseado.

—No puedo exhumar su cuerpo, porque fue llevado a una fosa común hace diez años cuando el campo santo se inundó y los cuerpos aparecieron veinte kilómetros río abajo. —Alejandra sacudió suavemente la cabeza—. Creía que se cerraba el círculo.

—En eso no puedo ayudarte, lo mío no es la geometría. —La voz de El Profesor sonó algo acelerada, tenía que terminar la conversación. Su secretaria le había pasado un papel: «El paciente espera».

—Gracias por tu tiempo y tu ayuda.

—Estoy a tu servicio. Te dejo. —La comunicación se cortó, emitiendo un sonido monótono y cansino. Alejandra colgó y se recostó en su sillón mirando la gran pizarra.

Daniel aguardaba frente a ella y vio cómo su expresión pasó del nerviosismo contenido al alivio eufórico.

—Cuando El Profesor te dice algo no te cuestionas nada. Te ha dicho lo mismo que tu padrino y le has creído —dijo Daniel algo molesto.

—El Profesor me lo razona con coherencia, mi padrino espera que crea en su palabra por ser suya.

—Supongo que eso esperas de la gente que amas.

—No me siento mal por ser como soy. Necesito algo más que un «confía» para lanzarme de la azotea y pensar que no me voy a matar.

—¡Ya... pues tú misma! —Se levantó, cogió la chaqueta y se la colocó sobre el hombro—. Me voy.

—¿Dónde vas? —Alejandra miró su reloj de muñeca.

—Voy a hacer tu trabajo. Me llevo a esas personas que confían diariamente en tu criterio, a tomar unas copas, a relajar los ánimos y a darles la palmada en la espalda que necesitan para seguir.

—Yo no voy —añadió con un reto en los ojos.

—Tú no necesitas a nadie más que a ti para seguir adelante. Un agente te llevará a casa. Disfruta de tu cena. —Salió dando un portazo.

Alejandra no comprendía por qué estaba tan enfadado, que les distanciaba. Deseaba llorar la frustración que sentía en su interior, no podía vivir sin su comprensión, sin su forma de ver la vida y le perdía cada día un poco más. Ella tenía una meta y esperaba que no fuera tarde para recuperar una vida que le fue arrebatada hacía diez años, deseaba que Daniel estuviese esperándola al otro lado, cuando diese carpetazo a una etapa que estaba en paréntesis.

Capítulo 33

9:00h. 19 de diciembre del 2019. Madrid

Laura emitía unos ruiditos guturales al escribir sobre el teclado del ordenador que desconcentraban a Raúl. Apartó los anuarios que miraba y observó la cara de disgusto de ella y la negativa dibujada en su rostro.

—¿Qué te sucede? —preguntó Raúl.

—Estoy leyendo las últimas anotaciones de nuestra jefa sobre el tema del sacerdote. En resumen... tenía grandes remordimientos de conciencia por sus pensamientos impuros y cada noche se flagelaba. Como no podemos hacer la autopsia no podemos determinar si las heridas que tenía en su cuerpo eran por su propia mano o por la de otro, y aunque nos aconseja no olvidar el tema, nos recomienda buscar por otros caminos.

—Es muy sencillo, nos quedamos con tres sospechosos: el ministro, el profesor y nuestro súper jefe... —dijo Raúl en tono burlón—. Muchas personas giran alrededor de Sofía y ¿todo se resume en un hecho de hace cincuenta años? No lo creo. Fue Pelayo o el Canuto o ambos.

—Yo no dejo de pensar en las relaciones de Sofía. —Laura se reclinó en su silla colocando los pies sobre la mesa con la vista fija en el techo—. ¿Por qué la pagan? El ministro asegura que era una acompañante de lujo, pero José Luis Canuto no necesita a una mujer hermosa para exhibir en las fiestas...

—Pueden llamarlo como les dé la gana, era una prostituta de lujo y la pagaban por un buen polvo...

—No se anuncia en ningún sitio, no tiene una madame... ¿Cómo conocían de sus servicios? No es la típica prostituta que encuentras en los bares o en las esquinas de los polígonos industriales...

—Ellos mismos nos han contado que se la fueron quitando los unos a los otros... —dijo Raúl.

—Pero no la pagaban más, ¿por qué cambiaba de hombre por el mismo dinero? Si yo tuviera un paganini para qué buscarme otro, ¿qué es lo que me ofrece de más si no es dinero? Incluso sabemos que estuvo con José Luis Canuto cuando éste no tenía dinero —añadió Laura.

—La monotonía, el polvo sería mejor... ¿yo qué sé? No veo a dónde quieres llegar.

—Voy a por un café. Necesité despejar la cabeza. ¿Quieres uno? —Raúl le pidió uno bien cargado con mucha azúcar.

Laura se dirigía hacia la cocina cuando vio la figura de Alejandra desaparecer por la puerta de emergencia y sin ser consciente de los actos, la siguió. Los pasos precipitados de su jefa se perdían escalera arriba, Laura miró por el hueco, la sombra de Alejandra se desvaneció por el acceso a la azotea. Dudó unos segundos, pero su pie derecho se colocó lentamente sobre el escalón, una fuerza tiraba de ella hacia lo alto, un deseo de saber qué era lo que buscaba en el tejado del edificio. Quizá fuera a reunirse con Daniel, sabía que la feliz pareja estaba pasando un mal momento. La noche anterior en el bar de copas, él no la mencionó ni una sola vez, ni la disculpó a pesar de ser la gran ausente, incluso Antonio se acercó unos minutos para brindar con

ellos por un trabajo inmejorable y una tenacidad inigualable. Laura intentó aprovecharse del momento, pero Daniel no sucumbió a ninguna de sus insinuaciones. Esperaba, ahora que el alcohol había desaparecido de sus venas, que nada de todo aquello empañara su buena relación con él y siguiera viéndola como una profesional.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Alejandra acercándose a su padrino—. Venía a disculparme. Siempre cuestiono todo lo que dices... —Antonio necesitaba pensar en todo lo que estaba sucediendo y la figura de ella dificultaba la toma de decisiones que afectaban a ambos... siempre tengo la sensación de que me engañas, de que me ocultas algo. Cuando te pregunté por el sacerdote, tus ojos miraban hacia la derecha y tu postura era defensiva. ¡Este caso me está volviendo loca! Cada paso que doy me lleva a vosotros tres... Me alegro de que mi padre esté muerto, si no fuera así, encabezaría mi lista de sospechosos. —Rio amargamente—. Quería ser sarcástica. Ahora ya sé que el sacerdote se flagelaba y no hay conjuras oscuras.

—¿Cómo sabes que se flagelaba? Ni yo sabía eso... —Antes de acabar la frase Antonio intuyó la respuesta—. Ya... Siempre estaba enterado de las cosas más turbias del internado, conocía los pecados de todos nosotros, leía la mente como libro abierto, no podías ocultarle nada ni esconderte de él... Desquiciaba. Ni la distancia te salvaba cuando posaba sobre ti esos ojos color hielo, sin vida, sin sentimiento. No conocía la piedad ni el perdón.

—¿Hablas del sacerdote? —Dudó por la pasión que ponía en cada palabra, en la pronunciación, escupiendo el odio sin disimulo.

—Hablo de tu amado profesor. —Antonio se sentó sobre las tuberías del aire acondicionado—. Tu madre le temía, veía lo tóxico que era para tu padre y ella fue la única que se atrevió a plantarle cara, pero fue demasiado tarde... el daño ya estaba hecho. Los demás vivimos soportando su presencia por el cariño que teníamos a Alejandro.

—No comprendo lo que intentáis decirme, ambos me habláis entre líneas y sólo capto el odio que os tenéis... —Se sentó junta a él—. Aunque creo que en el fondo no quiero saberlo. No me interesa.

—La verdad es dolorosa, Alejandra, y cuando empiezas a comprender, ya no hay vuelta atrás. —Se incorporó soltando un suspiro profundo—. Te quiero y siempre buscaré tu bienestar, aunque eso suponga un sacrificio tan grande como callar lo que me quema en las entrañas. Si buscas las respuestas a todas tus preguntas, las tienes en la casa de tus padres. Sus diarios y los informes que tan celosamente Alejandro supo conservar. Desconozco el motivo de tan riguroso detalle de su vida, no leí más que una dedicatoria destinada a una niña de dos años que preguntaba sin cesar el «por qué» de las cosas. Supongo que deseaba contártelo todo, que vieras la bondad de la vida en su cara más amarga... Nunca lo sabremos.

Antonio salió de la azotea sin esperar que ella le acompañase, un minuto más a su lado y le revelaría la verdad de un pasado del que cambiaría cada segundo vivido. Laura aguardaba en la oscuridad del rellano, escondida tras los motores del ascensor que no dejaban de chirriar. Observó por la rendija de la puerta la conversación sin escuchar nada de lo que se hablaba, pero la actitud abatida de Antonio y la postura frágil de ella le aconsejaron ocultar su presencia. Aquel caso afectaba de una forma muy personal a sus dos jefes, esto cuestionaba la objetividad de Alejandra.

—¿Espionando? —La voz de Daniel la sobresalto. Buscó una excusa razonable, pero no la encontró—. No hace falta que digas nada. Vuelve a tu despacho y será nuestro secreto.

—En realidad venía a plantearla una duda, pero... —Se intentó justificar mientras bajaba los

primeros peldaños.

—¿Qué duda? —Laura le contó a Daniel lo que tanto le inquietaba. Él asintió conforme—. Yo se lo plantearé. Pero no vuelvas a escuchar detrás de las puertas...

—No he oído nada. —Señaló los motores del ascensor.

Capítulo 34

10:00h. 19 de diciembre del 2019. Madrid

Alejandra se inclinó peligrosamente por el borde de la azotea hacia el exterior buscando la sensación del abandono del cuerpo, el miedo a la caída, pero no sintió temor, libertad fue lo que invadió su cuerpo al pensar en la poca distancia que la separaba de la acera mugrienta. Desmadejada sobre los adoquines, liberar el lastre que llevaba sobre la espalda desde hacía tanto tiempo que llegó a olvidar lo mucho que pesaba, ahora con Sofía, era consciente de que nunca escapó de la habitación excavada bajo tierra.

—Avísame si vas a saltar. —La voz de Daniel no la sobresaltó, escuchó segundos antes su paso fuerte y seguro acercándose a ella, su respiración acelerada, sus ojos azules clavados en la nuca y sus extremidades tensas para saltar y evitar el desenlace final de una vida de cautiverio.

—Cavilaba... —*En saltar y acabar con todo*, pensó mientras se alejaba del borde y cogía con fuerza la mano extendida de Daniel. Habían pasado diez años y continuaba siendo su salvavidas —. Me disculpé con mi padrino. Siempre tienes razón.

—Me alegra escucharlo. —Se sentaron en los tubos del aire acondicionado. Ella dibujaba con la punta del zapato figuras geométricas en la arena. Aquel polígono industrial parecía estar azotado por un viento que al caer el sol recorría las calles vacías, cubriendo el silencio que dejaban las grúas y camiones por un polvo blanco traído de una cementera que estaba a dos kilómetros.

—¿Me buscabas? —preguntó Alejandra. Una sensación de abatimiento rodeó la azotea, jamás había sentido tanto deseo de tirar la toalla, ni siquiera cuando los meses de cautiverio pasaban y nadie la rescataba, ni cuando «el mentor» la explicó que las lecciones acariciaban el límite del conocimiento, que su piel era un lienzo cubierto de heridas sin espacio para nada más, que el final estaba cerca y con él un desenlace incierto para ella.

—Era Laura la que te necesitaba. Se preguntaba ¿qué buscaba Sofía en esos hombres? —explicó Daniel.

—Seguimos sin saber con quién se reunía en el hotel. Ese hombre orquestó esta maravillosa puesta en escena. —Alejandra se frotó la frente con las uñas.

—¿Qué te ronda?

—No logro concentrarme en Sofía, mi mente se escapa del control, me centra en detalles absurdos, una y otra vez... Me paso horas reconduciendo mi pensamiento.

—¿En qué detalles?

—Este sujeto al que perseguimos, pone a mi familia en el punto de mira. No es gratuita la figura del ministro en esta historia, la relación con mi padrino es un foco preocupante y que la figura de mi padre salte al escenario, me pone en aviso de algo que sé, pero no termina de encajar. Tengo un bloqueo mental y esta limitación de mí misma me está volviendo loca. —Los ojos de Alejandra se cubrieron de lágrimas y con la palma de la mano enjugó las dos gotas que se deslizaban por la mejilla.

—¿Qué necesitas? —Daniel la cogió la mano con fuerza, pero ella se levantó bruscamente. Intentó alejarse, pero él la retuvo por los hombros—. No voy a irme.

—No quiero que te vayas, pero debes entender que dentro de mí se está librando una batalla. Necesito saber qué relación tiene ese malnacido con mi familia, cazarle y eliminarle de mis sombras. Antes temía a un hombre al que sigo sin poner rostro, ahora me asusta descubrir que la única familia que tengo sea causante de... —Daniel colocó un dedo sobre los labios de Alejandra. En los tres últimos días la había tratado con dureza pensando que estaba alejándose de su humanidad para convertirse en una depredadora obsesiva, pero ahora reconocía que era esa humanidad la que la volvía vulnerable como al resto de los mortales.

—Camino entre tus sombras y mientras me quede un aliento de vida lo haré. Jamás dejaré que te vuelvan a hacer daño. —Alejandra se abrazó con fuerza a Daniel.

—Para salvar a Sofía necesito regresar al origen de todo esto. —La decisión era compleja, diez años había sido el tiempo que Alejandra necesitó para asimilar que debía de regresar al zulo que la tuvo presa—. Hace diez años rescataste mi cuerpo, pero mi alma se quedó encerrada bajo tierra. Necesito comprender y para eso sólo hay una forma de hacerlo.

—Vamos. —Daniel sentía bajo sus brazos el cuerpo de Alejandra temblar, había olvidado lo frágil que era bajo aquella coraza de hierro.

—No digas a nadie donde vamos. A partir de ahora seremos tú y yo. —Él asintió.

Capítulo 35

13:00h. 19 de diciembre del 2019. La Velilla. Segovia

Alejandra conocía vagamente la ubicación, desde que salió de aquel agujero frío y húmedo no quiso regresar jamás. Los árboles, los pueblos, las carreteras mal asfaltadas y polvorientas, no traían ningún recuerdo escabroso a la mente, no así a Daniel que recordaba las veces que circuló a gran velocidad por cada una de las curvas. La finca de la Velilla, situada a escasos kilómetros de Pedraza, era un maravilloso enclave que se tornó detestable para ellos. Los terrenos vallados por un muro de piedra y maya metálica, limitaban un campo de cultivo que presentaba un aspecto abandonado y selvático.

—¿De quién es ahora este terreno? —preguntó ella al ver el mal estado en el que se encontraba.

—La compró tu padrino. No quiere que nadie toque el zulo; guarda la esperanza que avance la ciencia tanto que nos permita un día con una brizna de polvo sacar el DNI de tu captor. —Una sonrisa entre incrédula y de gratitud cubrió los labios de Alejandra.

—Soy injusta con él... Le quiero..., pero encuentro cierto placer en hacerle sufrir... No comprendo el motivo que me lleva a querer castigarlo —confesó Alejandra.

Alejandra se apeó del coche mirando a su alrededor, nada le era familiar, todavía se sentía entera y firme. Daniel marcó el camino sin errar un paso, a pesar de las malas hierbas que crecían y lo cubrían todo, supo perfectamente donde estaba la trampilla cubierta de tierra y plantas secas. Con las manos desnudas y las botas de militar, eliminó las últimas raíces enganchadas en la argolla y tiró de la tapa hacía arriba. Un olor rancio mezclado con podredumbre salió de la apertura. Ese olor sí le resultó familiar, la invadió una sensación de angustia que aprisionó su pecho. Daniel le tendió una linterna y encabezó el descenso por la escalera oxidada, ella le observó desaparecer inquieta desde lo alto. Escuchó las botas de él raspar el suelo arenoso y luego el *clic* de la linterna que iluminó la apertura.

—¡Esto huele peor de lo que recordaba! —La voz de Daniel se perdía en el fondo del zulo—. ¡Espera!

Se escuchó un golpe, luego otro y uno más antes de un chirrido metálico. El viejo generador que estaba detrás de la escalera no arrancaba. Daniel le propinó una patada en el motor y el aparato soltó un sonido sibilante parecido a un quejido. Ante el éxito de la fuerza bruta le propinó una segunda y la vieja maquinaria respondió con una explosión y se puso en funcionamiento. Las luces de la estancia parpadearon, hasta que un brillo débil surgió de las bombillas polvorientas, con el paso de los minutos se fue intensificando. Satisfecho con la iluminación se acercó de nuevo a la apertura y llamó a Alejandra.

—¿Estás bien?! —preguntó Daniel impaciente al no escuchar ni la voz ni los pasos de ella descendiendo.

—Voy —dijo al fin. Alejandra bajo lentamente los escalones, en su rostro se dibujaba la duda,

aquel plan era insensato, podía perderse en los recuerdos de su mente.

—Si estás preocupada por esta absurda idea de regresión al pasado para solucionar el presente, ¡Nos vamos! —Daniel sujetó con fuerza los hombros de Alejandra.

—Estoy bien. Necesito hacerlo. No puedo seguir viviendo con puertas cerradas en mi cabeza, sabiendo que quien me hizo esto, está feliz en algún lugar y me observa como un experimento. ¡Se acabó! Está jugando conmigo como lo hizo entonces, rompiendo la única cuerda que me mantiene lúcida, mis padres, mi padrino y El Profesor. Disfruta sembrando la duda. —Alejandra miró con determinación a Daniel—. Tú no dejes que me pierda.

—Estaré a tu lado. —Un abrazo fugaz selló el pacto y Alejandra se dejó llevar por las sensaciones que sus sentidos recibían.

El zulo constaba de dos habitaciones excavadas en la tierra. Aquella primera tenía unas dimensiones de cuatro por cuatro, no había mobiliario alguno: el final de la escalera y el generador. Alejandra pasó la yema de los dedos por la pared y aspiró con profundidad los aromas rancios de la estancia. Los primeros largos minutos que la llevó rodear el espacio lo hizo con los ojos cerrados. «A veces para poder ver, hay que cerrar los ojos y abrir la mente» le dijo a Daniel. El cerebro revela lo que importa, lo que no es falso, lo que se rellena para evitar el dolor. Tocó una puerta metálica y su respiración se entrecortó, separó los dedos con rapidez y esperó a que el sobresalto, entre miedo y excitación, desapareciese.

—¿Qué hay tras esta puerta? —preguntó Alejandra. Las pausas que separaban cada palabra eran largas. Sabía la respuesta, pero necesitaba ganar tiempo, su memoria era la amenaza.

Empujó con fuerza la puerta, esta negaba a abrirse, y por la rendija se escapó el mismo olor a rancio, a habitación sin ventilación, a humedad y a descompuesto orgánico.

—Huele a miseria —sentenció ella.

—Bueno... —Daniel tragó saliva.

Sabía de dónde procedía el olor, pero explicárselo era complicado para él. El suceso y todos los detalles estaban almacenados en la cabeza de Alejandra, tenía miedo por ella, que todo aquello se escapase de control y la sumiera en un estado catatónico como había visto en decenas de soldados incapaces de superar las barbaries de la guerra. Hombres preparados para soportar la presión en momentos bélicos, habían sucumbido, ahora cualquier sonido, imagen, incluso palabra desencadenaban recuerdos insoportables y vivían a base de pastillas, encerrados entre cuatro paredes acolchadas. No deseaba aquello para ella. La mente de Alejandra ocultó los recuerdos en lo más profundo del cerebro, creó lagunas mentales, no parecía tan malo, un mecanismo de defensa ante el dolor sufrido durante meses. La única secuela que tenía era la imposibilidad de dormir o de relajarse, otro mecanismo, evitar quedar expuesto o vulnerable, la mente se sentía en peligro y no podía defenderse cuando se dejaba mecer por el sueño. Su personalidad cambió, así se lo hizo saber Antonio a Daniel, ella necesitaba el control absoluto de todo y se mantenía en una alerta constante, lo que llevaba a que la furia y la violencia verbal formara parte de su nuevo *yo*.

Aquella habitación era un poco mayor que la anterior, cinco metros por cinco. Alejandra miró con detalle los tres elementos que decoraban la estancia: a la derecha un camastro, en medio de la sala un carrito metálico, junto a este una mesa camilla y sobre ella una lámpara de quirófano que casi no alumbraba. A la izquierda una tela amarillenta limitaba un espacio reducido.

—Tiene que haber algún tipo de letrina. —Daniel la escuchaba, pero seguía con la mirada perdida en sus propios recuerdos—. Podré con esto.

—El que no está preparado soy yo. —Alejandra agradeció aquellas palabras—. Hace diez años aquella tele amarilla era una sábana blanca, cuando nosotros la retiramos, tenía restos humanos de todo tipo...

—¿Todos míos? —Daniel asintió—. Supongo que heces, sangre...

—... pelos del cuero cabelludo arrancados con raíz, vómitos y...

—¿Y? —Daniel cerró los ojos durante unos segundos—. ¿Restos de menstruación? No sabía que eras tan remilgado. —Alejandra ríe nerviosa—. ¿Semen? Pero no sufrí agresión sexual... ¿o me engañasteis? —Él negó.

—No sufriste agresión sexual. —Tenía que soltarlo de golpe—. Eran pequeñas gotas, los científicos no comprendían... Masa gris.

—¿Mi masa cerebral? ¿Cómo iba a estar en una cortina...? —Alejandra se acercó a la sábana—. ¿Qué me hizo?

—No tienen ni idea. El escáner reveló dos pequeños orificios, uno en el paladar y otro por las fosas nasales... No saben para qué. —Alejandra bajó la mirada a la arena y jugueteó con la punta del zapato—. Era una letrina lo que ocultaba la tela y en su día había un contenedor de desperdicios... Se recogió la mayoría para analizar. Supimos que pasaste por varias fases: en unas te alimentaba bien y en otras dejaste de ingerir alimento. Periodos donde te proporcionó medicinas y en otros te privó de ellas. —Se frotó el pelo nervioso—. Todo se cubrió con tierra y cal. Supongo que los movimientos de tierra, las lluvias, han abierto grietas y se escapa este olor pestilente.

—Entiendo —añadió pensativa. Había vivido en aquella habitación, planeado cada día mientras tuvo esperanzas, en escapar. Su mentor eliminó hasta el último arrojito de su persona y se acostumbró a vivir en cautiverio como el canario en la jaula, sin saber cuál fue su pecado.

Recordó la camilla metálica, cubierta con una sábana que ya no estaba, una tela áspera sin olor a nada. El carrito de las herramientas y el material quirúrgico, que habían desaparecido seguro que embolsadas y guardadas en cualquier sala de pruebas. El camastro vacío, sin aquel jergón a rayas relleno de paja seca que lo cubría, incómodo y mal oliente, pero llegó un momento que regresar allí era un alivio, una paz, algo añorado y querido, un lugar suyo, sin dolor, sin miedo. Tumbada allí sabía que había terminado por el momento y aunque al día siguiente sería lo mismo, tenía por delante unas horas de tranquilidad y descanso. Lo recordaba. Con cada recuerdo que la alcanzaba una sensación extraña recorría su cuerpo, un cosquilleo en la nuca, un aliento húmedo sobre su piel.

Un profundo suspiro salió de su pecho y se dejó caer de rodillas en la arena, hundió los dedos en la tierra, cogió un puñado y se lo llevó a la nariz aspirando todo el aroma. Y entonces la mente se abrió, retrocedió diez años en el tiempo y escuchó las pisadas en la otra habitación. Daniel ya no estaba con ella, la luz brillaba con más fuerza, la sábana blanca descansaba sobre la camilla y vio las herramientas oxidadas y el equipo quirúrgico pulcramente limpio en la bandeja. Miró sus manos, las uñas sucias y ensangrentadas, luego sus piernas amoratadas y cubiertas de heridas, algunas sangrantes y otras con un color verdoso preocupante. Gritó con fuerza, gritó llamando a Daniel, pero él tardaría un mes en llegar.

Capítulo 36

8:00h. 19 de noviembre del 2008. La Velilla. Segovia

Arrodillada escuchó las pisadas cada vez más cercanas. Sobre la cama aguardaba la bolsa de tela negra que debía cubrir su cabeza, se levantó vacilante y la cogió con la mano temblorosa. «Soy fuerte, soy luchadora», se repetía mientras se colocaba la bolsa, de rodillas, de espaldas a la puerta y sumisa. Ya no desobedecía, ni se enfrentaba a él, había aprendido a ser disciplinada porque si le contradecía vendría el otro, un ser pestilente, que gruñía, la miraba desnuda y gemía entre sonidos guturales incomprensibles mientras la tocaba.

Estiró las dos cuerdas que apretaban el cierre sobre su cuello. Cruzó sus manos sobre los muslos y esperó, deseaba perder la conciencia como en otras ocasiones, pero sabía que no iba a suceder, cada vez resistía más el dolor.

Habían pasado tres días desde la última visita, sin comida, sola en el aquel agujero, con la única compañía de unos documentos que trataban de experimentos macabros realizados a otros seres humanos. Ocasionar quemaduras a sujetos con bombas incendiarias, viendo el alcance y la posible curación; envenenar los alimentos con diversas sustancias y observar la reacción, posteriormente la autopsia para ver los órganos afectados y en qué magnitud dependiendo de la cantidad ingerida afectaba; privar al sujeto de estudio de agua dulce y suministrarle agua marina para ver si el cuerpo se adaptaba o moría; y muchos más que ella intentaba olvidar por miedo a que fueran su final. Alejandra no dejaba de repasar todos los informes que durante los últimos días había estado estudiando, estaba horrorizada, no podía creer que aquello se hubiese realizado, pero viendo su situación, tenía claro que ella formaría parte de una de esas carpetas que se entregaría a otro desgraciado encerrado durante meses en otro lugar o en aquel mismo, cuando ella desapareciese. Empezaba el miedo psicológico.

La puerta se abrió y sintió el roce de una pierna en su brazo desnudo, no hubo saludo, eso era una mala señal. Su mentor, como le obligaba a llamarle, era hombre meticuloso y rígido en su comportamiento, faltar de sentimientos y empatía. Aseguraba vivir rodeado de mediocridad, por eso el estudio que realizaba era tan importante para la raza humana.

Entraba solo, en parte era un alivio. Al otro sujeto le unía un lazo familiar, suponía que eran hermanos, pero su mentor le aborrecía, era un residuo que estaba en este mundo para ejecutar sus deseos, pero no dudaría en eliminarlo si fuera necesario. Le escuchó andar de un lado a otro comprobando el utensilio que aguardaba sobre el carrito.

Se distrajo por unos segundos pensando en el otro ser, agudizó el oído por si aguardaba en la sala de al lado. Ese sujeto sucio que olía a tabaco, a alcohol y a sudor, curaba y limpiaba sus heridas cuando ella quedaba exhausta tras una «lección práctica». Al recuperar la conciencia observaba las manchas de semen en el suelo y en sus piernas desnudas, y las náuseas eran tan fuertes que nunca llegaba al baño, vomitando en el suelo junto al catre, después se arrastraba hasta la cortina y se limpiaba los labios. ¿Por qué le sucedía todo aquello? ¿Quién la odiaba tanto? Buscaba en su cabeza a posibles enemigos del cuerpo, pero no llevaba el tiempo suficiente, no

encontraba a nadie que la odiase tanto.

Las piernas le dolían y empezaban a dormirse. Entonces los canturreos felices del otro sujeto le llegaron de detrás de la puerta, eran palabras sueltas, no era francés ni tampoco inglés, menos aún italiano, alemán quizá, estaba asustada y no era capaz de centrarse. El hecho de que su mentor no la hubiese saludado señalaba una mañana dolorosa para ella, estaba contrariado e irritado.

La contrariedad que sentía su mentor en ese momento era ajena a ella, algo del mundo exterior le descolocaba, algún plan malogrado, por desgracia ella sufriría las consecuencias de la frustración.

—Al ser humano nunca hay que subestimarle, hasta la mente más baja en la escala evolutiva tiene una idea brillante que cambia la evolución de una especie. Tenemos la primera impresión de una rueda hace 3500 a.C. Un invento que revolucionó el mundo, el primer paso al progreso. —Su voz distorsionada sonaba distinta. Afilaba las herramientas con una piedra de mango de madera. Aquel objeto solía lanzarlo por los aires al otro sujeto cuando este se ponía violento. También la utilizaba golpeando con ella la cabeza del ser pestilente cuando hablaba o pronunciaba su nombre, siempre que esto sucedía ella se encontraba tan débil que olvidaba lo sucedido antes de sumergirse en la inconsciencia—. Las grandes pirámides de Egipto con una antigüedad alrededor de 2600 a. C., una maravilla de la arquitectura, con cálculos matemáticos precisos y un conocimiento del cosmos exacto. ¿Hasta qué punto nos podemos considerar los genios actuales, superiores a esos hombres anónimos? Los subestimamos y entonces nos damos cuenta que somos incapaces de reconocer nuestra inferioridad y creamos absurdas teorías de extraterrestres que visitan la Tierra... ¡¡Memeces!! —Guardó silencio. Alejandra no comprendía dónde quería llegar con toda esa charla—. Eso me ha sucedido hoy a mí. Antonio Expósito me ha sorprendido con un hilo de investigación tan acertado que pone en riesgo continuar compartiendo mis estudios contigo. —Escuchar el nombre de su padrino la hizo recuperar la esperanza, no la había dejado de buscar—. Por eso pienso que yo no he errado en mi conocimiento sobre tu padrino, ¡no, no! Ese sujeto, ese joven de mirada felina y de mente sagaz, es el que está alterando mis planes. Daniel, Daniel... va a acelerar mis enseñanzas. —Era la primera vez que escuchaba aquel nombre, no era nadie que conociese del entorno de su padrino—. Lo malo Alejandra es que no sé si serás lo suficientemente fuerte de soportar lo que nos queda, tenemos que sintetizarlo todo, dar las cosas a medias no es mi estilo, opto por seguir con el plan, pero sin descanso.

Las lágrimas cayeron en silencio de los ojos de Alejandra, mojando el paño negro que cubría su cara. ¿Qué macabro plan deparaba su mentor para ella? ¿Cuánto más resistiría su mente al dolor? Su cuerpo empezó a temblar, incapaz de controlarse, se abrazó con la esperanza de que no la viese sucumbir ante el terror, aquello le enfurecía, él deseaba ver una mujer fuerte ante las adversidades, pero aquello no era un contratiempo pasajero, aquello era dolor, mucho dolor.

—Tiemblas igual que el día que tuviste que eliminar a tu perrita. —Rio entre dientes. Alejandra ahuyentó aquel recuerdo con facilidad—. Eres un ser débil, tan parecido a tu madre que cada mañana tengo que reprimir las ganas de estrangularte. ¡Ponte en pie y tumbate en la camilla!

Obedeció al instante. Las primeras cinchas que apretó fueron las de las extremidades, dejando para el final la frente, pero ya no cabeceaba, mantenía la cara mirando al techo tras el paño negro. Escuchó quitar el cierre de la camilla, después la incorporó hasta dejarla en posición vertical, sabía lo que vendría a continuación, «Sesión de cine», miles de imágenes dramáticas pasaban en décimas de segundo, un bombardeo al cerebro. Los párpados pegados con cinta aislante permanecían abiertos sin escapatoria y, cada pocos minutos, unas gotas de suero para hidratar

unos ojos que se los arrancaría con placer. La luz se apagó y él le quitó la bolsa de tela negra de la cabeza, respiró nerviosa y la pantalla se iluminó. Las primera imágenes eran tiernas, los primeros días del cautiverio con aquella perrita recién nacida, pero eran tan dolorosas como las que siguieron, ella torturando al animal y el animal cada mañana viniendo a reclamar su atención, sus cuidados y sus mimos. Y gritó, gritó, gritó hasta que le dolió la garganta, hasta que la voz se apagó, gritó hasta que sintió la sangre en su boca.

Unas manos fuertes zarandeaban su cuerpo inerte, escuchó la voz desesperada de Daniel pronunciando su nombre, su aliento acarició su cuello mientras la sostenía en los brazos y entonces abrió los ojos y le miró.

—¡¡Ayúdame a escapar de aquí!! —Las mismas palabras suplicantes que pronunció el día que la encontró.

—Estás a salvo Alejandra. —Su cuerpo se elevó del suelo envuelto en los brazos de él y abandonó la habitación con la firme decisión de no volver jamás.

Capítulo 37

17:00h. 19 de diciembre del 2019. Madrid

Durante el largo trayecto de regreso a Madrid, ninguno de los dos rompió el silencio. Daniel apretaba con fuerza el volante y maldecía entre dientes. Alejandra le escuchaba en la lejanía de sus pensamientos. Tocar la pared con la yema de los dedos había despertado de forma enérgica y emotiva cientos de recuerdos de su pasado.

—Lo siento, has dicho algo y no te he oído. —Daniel interrumpió su retahíla de insultos.

—No he dicho nada. —No estaba segura si los últimos pensamientos habían salido por su boca como una amenaza—. No regresaremos a esa finca, no hay nada que nos revele quién es. —Hizo una pausa—. Me observa, es lo que yo haría si fuera él. Voy a representar el papel de mi vida, estaré abatida y esquiva, asustadiza si cabe. Bajaré la guarda, eso le haré creer, le irritará mi aptitud, pensará que su experimento de crear un ser insensible al dolor y de frío pensamiento ha fracasado.

—¡Intentará eliminarte!

—¡Qué lo pretenda, estaremos esperándole! —Su voz sonó con determinación, su rostro no mostraba el desfallecimiento de los últimos minutos de encierro, sus ojos contenían una audacia que nunca antes Daniel había visto—. Lo primero será conocer a todos y cada uno de los implicados e ir descartándoles. Hay que buscar la relación que tienen entre ellos y, sobre todo, conmigo. Ninguno de ellos fue elegido al azar. Ahora que sabemos quién retuvo a Sofía, veo un cuadro mucho más pequeño y más nítido.

—¿Recuerdas todo? —Se acarició el mentón, la mandíbula le dolía de apretar los labios.

—No. Van llegando lentamente, no los reprimo, dejo que entren despacio como visionando una película a cámara lenta. Me coloco como un espectador, desmenuzo la imagen y visualizo cada detalle. —Entraban a gran velocidad por la Nacional I, Daniel para evitar el atasco que se formaba antes de llegar a Guadalix, puso en marcha la sirena y apretó el acelerador.

—No quiero ir a mi casa. ¿Me invitas a conocer tu pisito? —El motor del coche protestó cuando Daniel hizo mal un cambio de marcha.

—Será un placer que después de diez años aceptes mi invitación a cenar. Tengo una buena botella de vino y algo en el congelador. —Ella sonrió—. Esto compensa todo lo sucedido hoy.

—Mañana tendré una reunión personal con el equipo, tenemos que poner las cartas sobre la mesa y confiar en todos ellos. Los elegí yo... quitando a Samuel, pero confío en él —dijo Alejandra—. Me desquicia, me incomoda su juventud alocada y su falta de responsabilidad, pero me sorprendió el otro día y no me refiero a la cartulina rosa y los rotuladores fluorescentes, miró más allá de la pared de color blanco. Pondría mi mano en el fuego por todos ellos y le incluyo a él.

—Yo lo haría. Cuando hablas de reunión personal...

—Hablo de contarles mi secuestro. Este caso está orquestado para mí y sin relatarles toda la historia es complicado visualizar la imagen del puzle. —Alejandra cogió el móvil de Daniel y

buscó el WhatsApp del grupo—. ¿Cómo has podido llamar al grupo «Los Mamelucos»?

—Somos una milicia privilegiada, nadie daba un duro por nuestro equipo y hemos llegado a ser los reyes del mambo.

—Esto me sucede por preguntar... supongo que el nombre surgió después de vaciar la reserva de alcohol de un bar.

—No andas descaminada. —Alejandra rio. Daniel la miró de reojo, tenía una risa contagiosa y dos preciosos hoyuelos cuando lo hacía—. Se breve, no es una epístola.

—Te parece: «Reunión a las 7.30h».

—Lacónico, muy tuyo.

La conversación hasta el piso de Daniel en el Barrio del Pilar fue banal, Alejandra continuó pendiente de la pantalla del móvil que se iluminaba cada vez que un miembro del equipo entraba en el grupo y ponía una mano o una carita triste o incluso un demonio enfadado como fue el caso de Samuel.

—Al llegar necesito que me dejes un ordenador. —Alejandra guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta cuando todos contestaron y tomó el cuaderno de notas del bolso—. Mañana quiero empezar la reunión desde el presente y no relatar lo que sucedió hace diez años. —Se rascó la frente nerviosa—. Escribiré un breve resumen y enviaré un email a cada uno de ellos. Nuestro depredador los conoce a todos, tiene una relación directa con ellos, pero lo pasan por alto, por cotidiano o por vergonzoso, y no lo sabemos ver... conoce nuestros puntos débiles, las miserias y se aprovecha de ellas para montar esta locura.

—Mis miserias sólo las conocen mis amigos y hemos hablado de que este sujeto no tiene «don de gentes».

—Donde estuve retenida, ¿buscasteis cuerpos enterrados?

—Sí y no había nada. —Daniel tamborileó el volante con los dedos para descargar la tensión—. Después de encontrar el cuerpo de Julio Prieto, también buscamos en la finca de Fresnedilla y no encontramos nada.

—Eso significa que tiene otras tierras, otros zulos, otras víctimas sepultadas sin identificar. —Subrayó algo en el block—. Tenemos que descubrir que le une a la Velilla y a Fresnedilla.

—Cuando investigamos la propiedad de la Velilla nos llevó a un callejón sin salida. Pertenecían a un hombre que tenía ciertos problemas mentales, en su cabeza escuchaba voces, según él de los moradores de los Cielos y los Infiernos. Nos contó miles de historias inverosímiles: hombres que surgían de las entrañas de las tierras, los gritos de los mártires torturados por sus pecados y no sé cuántas locuras sin sentido. Murió unos días antes de tu rescate, se cayó del tractor y se abrió la crisma. Cuando descubrimos el zulo y tú estabas a salvo, entendimos por qué se quitaron de encima a aquel pobre diablo. Antonio, más tarde, compró las tierras a una anciana que heredó todo lo del loco, una prima lejana.

—¿Recuerdas el nombre del abogado? —Daniel negó—. Estará en el informe, lo miraré mañana. Quizá en la Velilla recuerden a Julio Blázquez, aunque después de diez años es complicado, mandaremos a alguien con el retrato robot.

—En el pueblo no recordaban a ningún extraño —dijo Daniel—. Las tierras están muy apartadas, nadie vio nada ni escuchó nada.

—Solo el pobre diablo al que ignorasteis —añadió Alejandra. Daniel protestó con un gruñido—. Escuchaba voces, los dos hermanos discutían a todas horas, lo hacían a gritos y se arrojaban cualquier objeto que tuvieran a mano. «Salían del Infierno», para una mente desequilibrada

aquello era sobrenatural, imagínate en la oscuridad de la noche una luz brillante saliendo de las entrañas de la tierra, ¿qué significado darías tú si estuvieses perturbado? Escuchaba los gritos de las almas condenadas... —Daniel ya se había torturado con aquello muchas veces, si hubiese prestado más atención, Alejandra hubiera sido rescatada un mes antes—... mis gritos, mis ruegos, mis suplicas, mis lloros.

Capítulo 38

9:00h. 20 de diciembre del 2019. Madrid

—¡Borrad esos rostros de compasión, no los necesito! No llegaremos a ningún sitio, ni aliviaremos el dolor ni el sufrimiento padecido. El único remedio es evitar que vuelva a hacerlo.

—Alejandra tomó asiento—. Dedicaré solo quince minutos a contestar vuestras dudas.

—¿Por qué sabes que son hermanos? —preguntó Raúl.

—Una intuición que se basa en pequeños detalles. Cuando permanecían de pie observándome, juntaban los talones separando ligeramente la parte delantera dibujando una *V*. Podíamos pensar que son hombres de carrera militar, pero uno de ellos tiene un retraso mental evidente. Se limitaba a tareas muy mecánicas y no controlaba los arranques de ira, muchos de ellos infantiles, cuando le prohibía jugar con un martillo o un estilete. El sujeto B, vamos a llamarle así por no estar constantemente con descalificativos, conversaba muy poco, usaba muchos monosílabos y frases cortas, podía ser extranjero, es una opción que barajé a lo largo de la noche, pero descarté; el sujeto A le hubiese hablado en su lengua... —Guardó silencio y tragó saliva—. El sujeto A, seudónimo «el mentor», es extremadamente inteligente y no soporta la mediocridad, si no tuviese algún lazo familiar con él, lo habría eliminado hace mucho tiempo.

—El sujeto B, aseguras que es un sádico, ¿Puedes...? —dijo Tomás incómodo.

—Teníamos la duda de si eran dos o uno: ¡Señores son dos! A uno le encanta experimentar y el otro disfruta haciendo daño, se excita viendo el sufrimiento e infringiendo dolor. —Alejandra se remangó las mangas de la camisa mostrando dos brazos llenos de cortes y quemaduras—. El sujeto A, es un científico o por lo menos es como se considera. El sujeto B, gozaba cortándome con cuchillos, tijeras o clavándome cualquier objeto puntiagudo, quemándome con cigarrillos, mecheros, incluso sopletes de cocina. Se excitaba. Se le dilataban las pupilas, comenzaba a sudar tanto que el instrumento le resbalaba de la mano pequeña con dedos gordos, le aumentaban las pulsaciones. Yo era capaz de escuchar su corazón y sentir su aliento en mi cara, observando mi rostro de dolor y yo el suyo de triunfo. —Daniel apretó la mandíbula—. Como en el caso de Sofía, me despertaba con semen por las piernas, un rastro nauseabundo. Han pasado diez años y quizá con el tiempo ha conseguido controlar los arranques de ira, los malos modos o los infernales hábitos de higiene, más bien su ausencia... Julio Blázquez es nuestro sujeto B.

—Su apariencia de vagabundo apuntan a cierto desequilibrio mental, incluso Rogelio señaló su embarullamiento con los papeles, las fechas y el apellido —dijo Félix.

—Hay un punto como poco anecdótico que nadie señala. ¿Qué probabilidad hay de que las personas relacionadas en un caso mueran todas en accidente de coche? —dijo Samuel. Se miraron los unos a los otros—. El notario murió en accidente de coche, el hombre del catastro, el padre del fotógrafo... El sacerdote del internado de caballeros y sumemos... —Miró a Alejandra—... los padres de nuestra jefa.

—Recuerdo que Rogelio señaló que Julio Blázquez tenía algún conocimiento de mecánica y las manos eran las típicas de un hombre que anda entre motores —añadió Raúl.

—El sujeto B, olía a sudor, tabaco y alcohol, pero también a gasolina y aceite. Cuando se estropeaba el generador o fallaba cualquier aparato de los muchos que usaban para experimentar, él acudía a solucionar el problema. — dijo Alejandra recostándose en la silla.

—Buscamos a dos hermanos, muy dispares el uno del otro. —Raúl leyó las notas tomadas.

—Yo si fuera un genio y buscase el halago del mundo, no llevaría a mi hermano medio gilipollas colgado de la chepa. Que pudiesen relacionarme con él sería un insulto —interrumpió Samuel.

—Estoy de acuerdo —dijo Alejandra. Samuel se irguió en la silla y sacó pecho—. Otro punto: ¿Qué aporta Sofia a esa transacción económica? Llevó horas dando vueltas a esta pregunta. He llamado al hospital y no me dejan hacerle una radiografía ni resonancia ni nada de nada.

—¿Qué buscas? —interrogó Laura.

—Viejas heridas, roturas de huesos...

—Te pillo... —Laura palmeó la mesa, ella había llegado a esa misma conclusión—. Encajarían las piezas.

—¿Y si proyectáis luz sobre los otros invidentes? —Samuel nunca había prestado interés sobre la vida secreta de Sofia, para él todo quedaba resumido en que era una fulana bien pagada.

—Sofia es una prostituta sadomasoquista —contestó Laura—. El notario, el ministro de Justicia, José Luis Canuto y Pelayo, son o dominantes o sumisos.

—Son dominantes, ella la sumisa. Quiero conocer a todos y cada uno de los interesados en esta partida y vamos a ir al grano, el tiempo se nos acaba. —Alejandra miró a Marcos que permanecía callado observando unos folios—. ¿Qué resultados tenemos del seguimiento?

—Ninguno. Los localizadores que colocamos en las gafas de Flora, en las de Rogelio, en el coche de José Luis Canuto y en el móvil de Pelayo, no nos ha llevado a ningún sitio. Se cruzan los caminos, pero en distintos momentos y días.

—Ejemplo —animó Alejandra—. Todos han estado la semana pasada por los alrededores del Retiro, uno el lunes, otro el martes... Han paseado uno por dentro, otro por los alrededores y otro dando vueltas con el coche, supongo que buscando aparcamiento. La semana anterior, tuvieron semana cultural, uno fue al Prado, otro al Museo Lázaro Galdiano, Museo Arqueológico...

—¿Qué probabilidad hay de que cuatro sospechosos coincidan de esta forma? —preguntó Alejandra—. Yo diría que ninguno. ¿Por qué fueron a estos lugares? Para mí es un patrón claro. Voy a empezar conociendo a José Luis Canuto, también a su exmujer y luego pasaré a Pelayo, dejaré para lo último al ministro. Señores estamos rozando el final de nuestra historia. Cuando marchemos de esta sala, nada de lo dicho saldrá de estas paredes, ni siquiera a Antonio Expósito.

Todos se miraron con extrañeza, pero ninguno se atrevió a preguntar.

—¿Sigues dudando de tu padrino? —preguntó molesto Daniel.

—No, protejo a mi familia. —Daniel alcanzó a ver los ojos de ella antes de cubrirlos con las gafas de sol: despiadados, fríos y calculadores, los de un depredador.

Capítulo 39

16:00h. 20 de diciembre del 2019. La Florida

—Coge esas dos cajas de cartón y aquella de allí —dijo Alejandra mientras guardaba los pocos papeles del escritorio de su padre, aquellos que su padrino no metió en las cajas que Daniel transportaba—. ¿Has encontrado algo parecido a un diario?

—Estoy revisando la última caja, en las dos anteriores no había ningún diario, papeles de los negocios de tu padre, cartas de amor y fotos sueltas de amigos.

—¿Cartas de amor? —levantó la cabeza interesada.

—Bueno, no lo puedo asegurar, pero están atadas con un lazo rojo. —Daniel encogió los hombros.

Daniel releía una y otra vez unas hojas encontradas dentro de una libreta.

—¿Qué tienes en las manos que tanto te intriga? —preguntó Alejandra.

—No entiendo esta jerga médica, pero hay algo que me escama. —Daniel se retiró el flequillo de la cara—. Verás, a tu padre le practicaron una intervención, que no sé qué es, tenía... espera que lo busque y te digo las palabras exactas: «Se somete al paciente a una terapia electroconvulsiva. Una terapia de aversión dentro de los parámetros conductistas. Se practica sin anestesia para que sea más eficaz el método aplicado. Se informa a los parientes de los posibles dolores de cabeza y confusión que puede llegar a sufrir, así como de las fracturas óseas y dentales por los movimientos involuntarios del paciente. El tratamiento será tres veces por semana durante dos meses». Después son hojas donde van señalando las horas de las sesiones y los resultados cada fin de ciclo. Pone: «El paciente rechaza las imágenes entre lágrimas». En otra hoja relatan que han cambiado de estrategia: «Ante la duda que surge en el padre del paciente de la sanación de su único hijo, hemos decidido probar otro método. Se someterá al paciente a la visualización de imágenes al azar en las que se irán intercalando escenas entre homosexuales, con cada una de estas fotografías el paciente recibirá una descarga con la asociación por parte del cerebro de acto intrínsecamente desordenados con dolor físico».

—¿Seguro que habla de mi padre? —Tenía miedo de la respuesta.

—El nombre del paciente es Alejandro Casado, el pariente que le ingresa en este centro alemán, es tu abuelo. —El silencio se rompió por el profundo suspiro de ella—. ¿Arroja luz sobre todo esto?

—Mi padre, por lo que estás leyendo... era gay. En aquella época un amaneramiento era suficiente para que tacharan a alguien de lo que quizá no fuese, pero incluso partiendo de la base de que lo fuera, los métodos aplicados para corregir lo que ellos consideraban una enfermedad, eran inhumanos. Se colocaban unos electrodos en las sienas y recibían descargas eléctricas intermitentes, donde se aumentaba la potencia y el tiempo de sufrimiento. Se buscaba como un reseteo del cerebro, una amnesia del paciente, olvidando sus inclinaciones sexuales para que pudiese llevar una vida... sana.

—¡Joder! ¡Vaya mierda! ¿Y le ingresó su padre? —Era una pregunta retórica que no necesitaba

respuesta, pues estaba viendo la fecha de su primer ingreso—... tenía catorce años.

—Mi padre sufría de fuertes dolores de cabeza, se encerraba en su habitación en la más absoluta oscuridad y permanecía horas, incluso días. Yo le escuchaba llorar y suplicar a través de la puerta... suplicaba para que finalizase el tormento. —Alejandra dejó la mente vagar por aquellos años donde ella esperaba sentada tras la puerta a que su padre saliera a jugar con ella, siempre fue su padrino quien acudía.

—¿Crees que era gay? —preguntó Daniel.

Alejandra se levantó como un resorte, acababa de ver una serie de fotografías amarillentas escondidas entre las páginas de un libro. Cogió el libro y de su interior extrajo un sobre blanco que amarilleaba por los bordes, se sentó junto a Daniel. Le tendió el sobre que abrió con delicadeza. Varias imágenes se deslizaron del interior. En ellas se veía a su padre y al profesor sonriendo felices a la cámara, cogidos por los hombros y con una actitud desinhibida, tendrían poco menos de catorce años.

—Siempre pensé que el dolor de El Profesor, la irá que destila a mi padrino, era porque él había roto una amistad profunda de dos almas afines. Que de alguna forma aquella exclusividad que tenían para todo, desapareció con la figura de mi madre. Ahora entiendo la realidad de la relación. Eran amantes. —Daniel guardó las fotografías—. Mi padrino me lo llegó a decir, pero no supe interpretarlo: «Para salvar a tu padre...». El matrimonio con mi madre fue necesario para disipar las dudas, que nadie pensase que no estaba curado, se había librado de la enfermedad que le aquejaba, era un heterosexual pleno y feliz, que se casaba y tenía una hija como prueba de ello. Mientras, El Profesor se quedó solo, vacío y pasó del amor al odio.

—Pero pasaron muchos años. Tu padre era un hombre hecho y derecho, ¿qué razones tenía para esa pantomima? Ya tenía edad para enfrentarse a tu abuelo. ¿Piensas que nunca se amaron tus padres?

—No lo sé. Recuerdo verlos juntos, riendo, hablando, celebrando la Navidad, mi cumpleaños, pero mi padrino siempre estaba presente, también la figura severa de El Profesor recriminando a mi padre sus excesivos cuidados para conmigo. Momentos de abrazos y caricias, pero no de besos en los labios; miradas de gratitud y palabras de agradecimientos más propios de amigos que de pareja. —Se apoyó en el hombro de Daniel y se puso en pie, el cuerpo pesaba y el agotamiento era evidente, no el físico, sino aquel que solo la paz calma—. Cuando fui lo suficientemente mayor para comprender lo que era una relación amorosa, advertí que mis padres no se amaban... se querían, como se quieren dos buenos amigos.

—Quizá se casaron precipitadamente, pensaron que estaban enamorados y fue un calentón. Naciste tú y... —Ni el propio Daniel se creía sus palabras.

—Sabiendo esto, entiendo algo mejor a El Profesor y a mi padrino, incluso a mí misma. —El silencio se adueñó de nuevo de la sala mientras ella deshilvanaba sus recuerdos infantiles—. Me gustaba esconderme y dar un susto a la gente, detrás de la puerta, tras el sofá o bajo la mesa. Mi madre se enfadaba muchísimo, porque más de una vez la pillé en una actitud cariñosa con mi padrino. También en aquellos largos momentos de espera, aguardando a mi presa, me daba igual quién fuera con tal que se llevase un buen susto, escuché las peleas de mi padre con El Profesor. Creo que interpreté que todas aquellas disputas eran por culpa de Antonio y su zalamería, por eso siempre he disfrutado molestándole y contradiciéndole. Necesito saber si el que creo que es mi padre lo es en realidad. Quiero que Félix realice...

—¿Qué más da eso? —La mirada escurridiza de Daniel la alertó.

—¿Qué sabes que no me cuentas? —Le cogió por el hombro y se encaró a él—. No puedes callarte nada, es mi vida, no se puede existir entre mentiras y menos después de lo que he sufrido, necesito saber por qué, necesito conocer la verdad por dolorosa que sea.

—Mandé a Marcos...

—Ahora comprendo, Marcos lleva unos días que no me sostiene la mirada. ¿Qué le pediste?

—Que investigara a tu familia, que me proporcionara todas las fotos que hubiera de ellos. El Profesor destilaba demasiada ira para ser un amigo dado de lado. Fui con mi hipótesis a hablar con Antonio. —Daniel cerró la caja que tenía sobre las piernas y la colocó sobre el escritorio—. Unos días después boda, El Profesor pilló a tu padrino y a tu madre en actitud cariñosa, les insultó, incluso pegó un puñetazo a Antonio y tachó a tu madre de puta. Tu padrino no dejó nunca de amar a tu madre y no podía vivir sin ella, continuó visitándola. Tu padre viajaba mucho por negocios y lo uno llevó a lo otro, él la deseaba y se aprovechó de la situación. Fueron siempre cuidadosos, lo importante era evitar que les pillasen y aquel amor prohibido alimentó más la pasión y el deseo. La noticia de tu llegada fue una sorpresa, aunque ellos dos sabían que Alejandro no era en realidad tu...

—Que sandez. Mi madre deja a Antonio por mi padre y unos días después del enlace, ella sucumbe de nuevo, entonces se queda embarazada de mí y se lo ocultan a Alejandro. Te tomó el pelo como quiso, pero... —Alejandra se arañó la frente con las uñas de la mano derecha—... lo único que creo de todo lo que me has dicho, es que mi verdadero padre es Antonio Expósito —dijo Alejandra indignada.

Nadie podía juzgar los verdaderos motivos que tuvo Antonio para ocultar la realidad a Alejandra. Ella imaginaba que en todos estos años tendría un argumento más o menos ensayada cuando llegara la pregunta «¿Eres mi verdadero padre?», lo que no tenía tan claro es que tuviera una respuesta para su reacción. En ese momento tenía sentimientos contradictorios para unos y otros, pero el que más destacaba era el odio. Ahora no quería preguntar ni saber, no deseaba distracciones. El problema es que Antonio había perdido toda credibilidad, demasiados años de mentiras, ¿qué necesidad había si su madre y aquel que creyó siempre su padre estaba muertos? ¿Respetar la memoria de los muertos? ¿Y la de los vivos?

Capítulo 40

9:00h. 21 de diciembre del 2019. Madrid

—José Luis Canuto te espera en la sala —dijo Laura que aguardaba en el ascensor la llegada de Alejandra. Esta levantó la mano como dándose por enterada y entró en su despacho para dejar su abrigo y su bolso. Daniel la esperaba dentro.

—¡Buenos días! —dijo él ofreciéndole un café—. La respuesta a esa pregunta que deseas hacerme es: «No encontré ningún diario ni nada parecido a una carta dedicada a ti». He mirado las cuatro cajas concienzudamente y no hay nada de eso.

—Mi padrino me habló de una especie de diario con una dedicatoria que él mismo guardó en esas cajas.

—Pues alguien la sacó de allí.

—No hay que ser un lince para saber quién fue. —Alejandra dio un largo sorbo—. El Profesor.

—¿Se lo vas a pedir? —Ella negó mientras se terminaba el café y tiraba la taza de papel a la basura.

—Hoy no, ni mañana. Se lo pediré cuando zanje lo de Sofia y con la cabeza fría pueda sentarme a leer de puño y letra lo que mi padre sentía por mí. —Asió el pomo de la puerta—. ¿Estás preparado para salir de caza?

—Tengo mi rifle siempre listo aguardando tu señal —añadió Daniel—. Hago de poli bueno, se me da mejor que a ti.

—Voy a mirarle a la cara y preguntarle si lo hizo él. —El tono socarrón llamó la atención de Daniel.

—¿Por qué les interrogas si sabes que no fue ninguno de ellos?

—Porque ellos conocen al depredador, pero no son conscientes de ello. Tengo que encontrar el enlace que los tiene a todos unidos. —Algo en aquella frase reveló a Daniel que ella sabía quién era, solo quería corroborarlo.

Daniel observó el sutil maquillaje que se había puesto esa mañana, el cambio de vestuario, el traje de chaqueta negro quedó en el fondo del armario, un vestido estampado con algo de escote que realzaba su figura era la elección para un día de interrogatorio. No era el atuendo más adecuado para esa labor, pero con ella nunca se sabía que tenía en mente. Estaba realmente hermosa. Ella cruzó el pasillo con un contoneo seductor y entró decidida en la sala.

José Luis Canuto esperaba nervioso en la esquina más alejada a la puerta, con la espalda a pocos milímetros de la pared y la vista perdida a través del ventanal. Se sobresaltó al escuchar la puerta. Lo primero en lo que se fijó fue en la figura imponente de un hombre bien parecido vestido de riguroso negro. Detrás de él surgió la figura de Alejandra, una mujer preciosa, no pudo evitar desnudarla con la mirada, era un mujeriego reconocido y a pesar de la delicada situación dejó vagar la imaginación por temas más eróticos, olvidando donde estaba. Ella le miró con una sonrisa seductora.

—¡Encantada de conocerle, señor Canuto! —dijo ella.

—Llámeme José Luis, por favor. —Sujetó con delicadeza la mano que ella le extendió.

—Será un placer. Soy Alejandra y él es mi compañero Daniel. —Se estrecharon la mano y se sentaron—. Le han explicado qué hace aquí.

—No. Un coche patrulla me recogió a las puertas del hospital y me trajo aquí sin más explicación —dijo inquieto José Luis—. Pero me imagino que será por Sofia.

—Correcto. Llevo la investigación, nuestras pesquisas no nos llevan hacia buen puerto, nada que nos indique quién hizo tal atrocidad con ella. Por eso está usted aquí, para ayudarme a encontrarle.

—Ya dije todo lo que sabía, conté mi historia y poco más. Yo no la hice daño. —Sus ojos esquivaron la mirada de Alejandra y se perdieron en puntos lejanos de la sala.

—Sé que usted no lo hizo, pero también sé que no nos dice todo. —Él iba a negar cuando ella levantó la mano para hacerle callar—. Todos tenemos nuestros secretos, el problema está, cuando estos secretos salen a la luz y nos avergonzamos de ellos, porque sabemos que no son bien vistos por la sociedad. —Los ojos de José Luis se movían inquietos—. Para que vea que no le juzgo, le contaré que conocemos su secreto con Sofia y no nos importa, no es un delito ciertas prácticas sexuales, cataloguémosla como poco ortodoxas, siempre y cuando ambas partes estén de acuerdo..., no veo el problema.

—Yo nunca hice nada a Sofia que ella no quisiera. Explorábamos los límites, tanto los suyos como los míos y nos gustaba probar cosas nuevas..., pero se volvió rutinario, monótono, eso me echaba en cara y se fue con Pelayo. —Aquel hombre amaba a Sofia, se frotaba las manos y tenía la mirada perdida en sus rodillas, evitando el dolor que producía su ausencia—. Yo pensaba que era feliz conmigo en la casa del pueblo, pero un día tras una de sus muchas escapadas... algo en ella cambió. Dejó de gustarle... bueno... no quería que la tocara, aunque cuando me creía dormido me acariciaba la cabeza.

—¿Cómo conoció a Sofia?

—En la notaria que llevó el tema de la casa de Casillas. Andaba por allí con papeles y carpetas y la invité a café. Nos caímos bien desde el principio, es tremendamente divertida y muy sexy. —Daniel depositó unos vasos de agua sobre la mesa, José Luis bebió ligeramente y sostuvo el vaso nervioso entre las manos—. Fui no sé cuántas veces más, ni falta hacía, pero deseaba tanto verla que no me preocupaba en absoluto lo que pudieran decir o pensar de mí en aquella oficina. Salíamos a tomar café; la invité en una ocasión a comer y un día a cenar. Aquella noche descubrí mis verdaderos gustos en la cama. Yo he sido hombre tradicional, las posturas de toda la vida y sin ninguna floritura ni adorno. Es cierto que me gustaba darle zurras cariñosas a mi exmujer en el trasero..., pero ella se revolvió. Aquella noche con Sofia fue increíble. —Una sonrisa bobalicona se dibujó en el rostro de José Luis—. Sinceramente, me quedé a cuadros cuando sacó un látigo de fino cuero y me lo tendió, me explicó cómo usarlo... bueno, fue el mejor orgasmo de mi vida.

Al terminar José Luis fue consciente de que había hablado en alto de su vida más íntima ante dos desconocidos que le miraban sin expresión en el rostro. Carraspeó y se encogió en la silla.

—Cuando la conoció ¿a qué se dedicaba? —preguntó Daniel.

—¡Si está insinuando que era una fulana, no se lo consiento! —Se puso en pie y con el dedo índice amenazó a Daniel.

—¿Por qué ingresaba 1200 euros en su cuenta? —pregunto Alejandra.

—Era el sueldo que cobrara en la notaria. Sofia tenía una relación con el notario, le iba a abandonar por estar conmigo, seguro que la despedía. —José Luis se limpió el sudor de las manos

en el pantalón—. Yo la quería, estaba dispuesto a dejar a mi familia para irme con ella, no podía esperar, la necesitaba día y noche. Pero ella tenía siempre un «pero» en la boca, facturas que pagar, pasar un dinero a su madre... necesitaba el sueldo... llegamos a un acuerdo, yo le daba el dinero y ella dejaba al notario.

—¿Conoció a su madre? —Alejandra sabía que no había familia en la vida de la muchacha.

—No. Iba todos los miércoles a visitarla, nunca me dijo que la acompañase y nunca me ofreció a ello.

—¿Le habló de las otras relaciones? —interrogó Daniel.

—Fruslerías sin importancia. —Rio maliciosamente—. Al notario le gustaba vestirla de colegiala y castigarla colocándola pinzas en los pezones.

—¿Alguna vez le habló de algún amante algo más agresivo? —pregunto Alejandra.

—No. Pero sé que en su vida había alguien que la aterrorizaba, algunos miércoles regresaba de ver a su madre y se tiraba horas en la ducha frotando su cuerpo con estropajo, tenía marcas de latigazos en la espalda. Le pregunté si era su madre la que la castigaba de esa forma, pero me dijo que lo dejase pasar y como amenazó con marcharse si no respetaba su silencio, lo dejé pasar.

—¿Volvió a verla tras la ruptura? —preguntó Alejandra.

—Sí, en una fiesta que organizó Pelayo con viejos amigos. Estaba feliz, hablamos unos segundos y luego me marché.

—¿Conoció a Gonzalo Cifuentes? —Hubo un tic nervioso al escuchar el nombre, un destello fugaz de algo que le inquietaba—. Antes o después descubriremos la verdad, alguien se adelantará a contarnos tal cosilla que tanto le avergüenza y eso no nos causaría muy buena impresión de usted.

—Era amigo de Pelayo y si no era amigo, si un conocido. —Se mordió el labio con tanta fuerza que un hilillo de sangre cayó por la comisura de su boca—. Cuando Pelayo dejó a Sofía o esta le abandonó por el ministro, me llamó a su casa para limar asperezas. En un principio lo consiguió, éramos amigos de muchos años y me llegó a convencer que, si ella me dejó por él, es que no me quería lo suficiente. En el fondo era la pura verdad, pero tienes que culpar a alguien de toda la mierda que arrastras y Pelayo es el tipo perfecto. —Hizo una pausa y bebió el vaso de agua de un sorbo—. Estábamos vaciando la sexta botella de vino cuando saca una caja metálica y me la tiende entre risas, me dijo «Vas disfrutar de lo lindo». Creo que la cogorza que tenía se me disipó al instante. Eran fotografías de Sofía y él en una habitación oscura, las paredes estaban cubiertas de objetos de todo tipo, látigos, esposas, cuerdas... muchos de ellos no sé ni cómo se llaman. Eran diversas instantáneas de ellos dos realizando el acto sexual en diversas posiciones y usando alguno de aquellos juguetitos que tanto gustaban a Sofía, como el látigo o las esposas. Cuando le pregunté, me confesó que el tal Gonzalo les hacía los reportajes en un estudio que tenía en su casa de campo.

—¿Gonzalo participaba en estas reuniones? —José Luis asintió con lágrimas en los ojos.

—Yo la quería y aunque sabía sus gustos en la cama, no me la imaginaba... —Empezó a golpearse la cabeza con ambas manos y a maldecir su falta de arrojo—. Tenía que haberla reconquistado, parecía feliz, pero no creo que lo fuera después de ver aquella imagen de ella complaciendo a dos hombres, no me creo que aquello le gustase.

—José Luis, voy a dar por terminada nuestra reunión, tranquilícese y no se altere. —Alejandra dio unas ligeras palmaditas en su espalda—. Cuando se encuentre mejor, le acompañarán donde usted les indique. Gracias por su colaboración.

Fuera de la sala esperaban Laura y Raúl, ordenó que le acompañasen a su domicilio y que no le dejaran solo hasta que estuviera centrado y tranquilo. Daniel y ella se dirigieron al ascensor.

—Y ahora que venga Pelayo. Esto va mejor de lo que yo esperaba —dijo ella ahuecándose el pelo con la mano.

—Te espera en tu despacho Violeta, la mujer de José Luis Canuto —informó Daniel.

—No creo que me aporte nada tan sustancial como su exmarido, pero vamos a por ella. —
Salió decidida a su siguiente interrogatorio.

Capítulo 41

12:00h. 21 del diciembre del 2019. Madrid

—Siento haberla hecho esperar, pero estaba interrogando a su exmarido. —La tendió la mano—. Siéntese por favor. Mi nombre es Alejandra Casado, y él es mi compañero Daniel. ¿Sabe por qué está aquí?

—Supongo que por la zo... la mujer que me quitó a mi marido. No creo que piense que yo le hice algo, cierto es que la quería matar los primeros meses. Luego, casi al año, me sentí reconfortada cuando la muy zorra le dejó tirado en el peor momento. —Su postura tensa delataba que no había cerrado heridas—. Sinceramente no sé qué puede querer de mí. No la conocí, jamás hablé con ella por teléfono, me quedé con las ganas de decirle todo lo que pensaba. Dicho esto, pregunte lo que quiera porque no puedo aportar nada.

—Antes de que su marido la dejase por Sofía, sus relaciones sexuales dieron un giro imprevisto, ¿me puede contar cómo se sintió? —Los ojos de Violeta dejaron de parpadear, aquel giro no se lo esperaba Daniel que observó perplejo la vuelta del interrogatorio.

—¿Le ha hablado de nuestra vida conyugal?, mejor dicho, ¿de nuestras relaciones matrimoniales? —El rostro inexpresivo de Alejandra y el silencio, era una invitación para que continuara sin esperar respuestas—. Sí. Un buen día me dio una zorra con la mano como si fuera una niña, me colocó sobre sus rodillas y me puso el trasero rojo. Estaba excitado, no supe cómo reaccionar, durante unos días le dejé de hablar. Me di cuenta que algo estaba cambiando en él. Si me negaba a participar en sus nuevos vicios, le sentía lejano... yo le amaba y no quería perderle. Decidí acceder en sus peticiones, le permití que me atase a la cama con una corbata, que me tapara los ojos con un fular y me golpeará los muslos con un látigo que no puedo decir dónde compró. Consentí en muchas cosas y cuando me dejó... no creo que se pueda hacer una idea de cómo me sentí.

—Créame si le digo que me hago una ligera idea. —Asintió Alejandra mientras jugueteaba con un bolígrafo.

—Es el día de hoy y no lo he superado. El amor que sentía por él se transformó en repugnancia y lo único que deseaba era su destrucción.

—Lo hemos investigado, acudió a un abogado y le quitó... —Alejandra se vio interrumpida por una colérica Violeta.

—Le quité todo. Ahora me siento culpable, por mis hijos que los usé como instrumento... — Violeta creyó que el silencio de Alejandra, mujer como ella, era una crítica—. Se olvida de lo que me hizo él antes, se merecía eso y mucho más, por todo lo que me obligó a hacer, me humilló y luego me arrojó de su vida como una basura, un despojo.

—Superar estas cosas es muy complicado, yo tuve que acudir a profesionales para que me ayudasen a comprender que lo que sucedió no fue por mi culpa. Le puedo dar el número de mi psiquiatra... no quiero que se lo tome a mal. —El tono de voz de Alejandra era el de una amiga.

—No se moleste. Muchas gracias por su comprensión. Tuve que acudir a un médico. No tenía

ganas de comer ni podía dormir y todo aquello me condujo a un estado de irritación constante que descargaba en mis hijos. —Sacó de su bolsillo un pañuelo de papel y se limpió las dos lágrimas que asomaban por sus ojos—. Me lo recomendó Flora Horcajo, mi madrina.

—He tenido el gusto de conocerla, encantadora. —Violeta estaba más relajada.

—Es un apoyo constante en mi vida, sin ella no sé qué sería de mí. —Alejandra iba asintiendo, pero ya su mente estaba en otro sitio.

—¿Va Flora también a ese médico? —preguntó Daniel.

—Sí. Con la muerte de su esposo quedó desolada, intentó suicidarse, estuvo ingresada en un hospital privado por la Dehesa de la Villa, no recuerdo cómo se llamaba... bueno, no tiene importancia para su investigación. —Daniel iba a preguntar algo más cuando Alejandra se puso en pie y dio por terminada la conversación.

—No quiero robarle más tiempo, me imagino que está preocupada por sus hijos. Muchas gracias por venir. En la puerta la esperan Tomás y Samuel que la llevarán donde usted les diga.

—Curioso interrogatorio. ¿No quieres saber quién es el psiquiatra, está claro que es el nexo de unión? Y ahora ¿qué?

—Me vas a invitar a comer en tu casa, necesito seguir mirando en los papeles de mi padre y luego vendremos a interrogar a Pelayo. No creo que nos diga nada sustancial, pero hasta que no le tenga delante no sabré de qué pie cojea. Aunque en realidad solo me interesa su relación con Gonzalo, quiero saber dónde está la mazmorra del sexo... —Cogió el móvil y marcó un número, estaban sonando los últimos tonos cuando Félix descolgó—. Necesito que volváis a la casa de campo de Gonzalo, la de Fresnedilla y quiero que busquéis una habitación secreta... sí me has oído bien... no es coña. —Colgó—. ¡Vamos a comer!

Capítulo 42

16:00h. 21 de diciembre del 2019. Madrid

La sirena les abría paso en el tráfico de la hora punta. Pelayo aguardaba en la sala de la segunda planta, donde horas antes su amigo José Luis Canuto reveló sus gustos de alcoba. Se les había hecho tarde. Alejandra golpeaba el cristal con los nudillos de la mano derecha mientras que la izquierda arañaba la frente. Terminaba de leer las cartas de amor y guardado el paquete en su bolso, el lazo rojo ya no tenía su lazada meticulosa, ahora era un doble nudo y los dos extremos remetidos por un lateral de las cartas apretadas.

—¿Quieres hablar? A veces es bueno desahogarnos — aconsejó Daniel sin mucho entusiasmo, la conocía y sabía lo hermética que era.

—Las cartas son de El Profesor dirigidas a mi padre. Le pide perdón por todo lo sucedido, le ruega que no piense que él ha tenido algo que ver, que le quiere, que le adora y que nunca lo hubiese permitido, que fue engañado. —Dejó de golpear el cristal para mirar a Daniel—. Mi abuelo y el padre de El Profesor eran amigos. Llevaron con engaños a mi padre a la clínica, pensaba que iba de vacaciones y El Profesor fue el perfecto señuelo.

—Contra más sé de todo, menos me gusta.

—Las cartas comprenden casi toda su relación, empiezan en la adolescencia y terminan unos meses antes de que mi padre muriera. —Alejandra abrazó el bolso donde guardó las cartas—. En una de ellas, El Profesor habla de mi padrino y su loco plan, le regaña por dejarse embaucar por alguien con el mismo cociente de una estrella de mar. —Miró a Daniel—. La estrella de mar no tiene cerebro. —Daniel sonrió divertido.

—El Profesor tenía humor, no me lo puedo creer.

—Por lo que deduzco de la lectura, mis padres fueron novios durante varios años, real o no. — Por ahora Alejandra no estaba dispuesta a transitar ese camino—. Este engaño lo montó Antonio haciendo creer a todo el mundo que Alejandro tenía novia y el tratamiento funcionó. Supongo que lo creyeron, pero en algún momento toda relación debe pasar de nivel. Se prometieron con la idea de no cumplir con el compromiso, fue una gran fiesta y asistió mucha gente. El Profesor se extralimitó y puso en evidencia a mi madre, mi padre lo echó o algo por el estilo, vuelve a disculparse y comprende que no puede hacer otra cosa, pero ruega que Alejandro entienda su dolor. Hay varias cartas donde regresamos a las palabras de amor, cuentan los minutos para reunirse en la casa del lago... Yo fui de niña... es una casona de madera en Santander, pertenecía al padre de El Profesor. —Daniel detecta que algo de aquella casa la inquieta—. Pasa el tiempo y vuelven los insultos. Mi padre decide casarse con mi madre para heredar la fortuna de mi abuelo. Llevan un par de años con el compromiso a cuestas y mi abuelo se teme que todo es una mentira.

—¿Por qué no plantó cara a tu abuelo? Tan importante era el dinero.

—Mi padre era un hombre sin carácter, no alzaba la voz y era incapaz de sostener una discusión, aunque llevase él la razón. Mi abuelo era un hombre colérico, dominante y nada

afectivo. —Entraban por el garaje de CIC—. Por cierto, cuando mi padre se hizo cargo de los negocios familiares estos estaban al borde de la ruina. Mi abuelo financió la campaña militar de Hitler, contra más sé, más horrorizada estoy, —Suspiró profundamente—, y era socio de la clínica del padre de El Profesor. Después de la guerra estuvo mandando mucho dinero a Argentina. Ambos nos hacemos una idea de lo que eso supone. —Daniel asintió—. Podemos decir que mi padre levantó de nuevo el imperio. Cuando mi abuelo le amenazó con dejarle sin nada, me imagino la angustia, le quitaba lo que era suyo por trabajo y ¿por qué no?, por derecho.

—¿Piensas mucho en el trasfondo que tiene esto? —Ella negó con la cabeza—. Supongo que no llevaste las cajas a tu casa por si El Profesor o tu padrino se pasan.

—Ninguno tiene la llave de mi piso. Cuando me mudé no les di copia alguna. —Daniel frunció el ceño—. Me sentía dolida y defraudada. Fueron muchos meses de cautiverio en los que me consideré abandonada y olvidada.

—¿Por qué crees que se llevó el diario y no las cartas? —Salieron del ascensor camino de la sala donde esperaba Pelayo.

—No vio las cartas, conocía la existencia del diario por mi padrino, es tan poco discreto, si las hubiese visto se las hubiera llevado también. —Alejandra empujó la puerta—. No puedo pensar en la farsa de mi vida porque perdería de vista lo que importa de todo esto, pillarlo.

En aquel «pillarlo» Daniel veía la certeza de que Alejandra sabía quién era el depredador. Pelayo sentado en la mesa se hurgaba las uñas con un clic que encontró en el centro de esta. Alzó la vista para ver entrar a una mujer impresionante, vestida con un traje de corte clásico, elegante, sin dejar de lado un toque seductor. Ella le dedicó una sonrisa picarona y le tendió la mano.

—Gracias por venir de una forma tan precipitada. Soy Alejandra Casado y él es mi compañero Daniel. Llevamos la investigación de Sofia y le hemos hecho llamar para aclarar algunos puntos que recientemente han salido a la luz. —Pelayo no dejaba de desnudar con la mirada a Alejandra.

—Encantado de poder ayudar a las fuerzas del orden.

—Pensé que iba a decir «a Sofia». —Daniel fue frío y cortante, Alejandra carraspeó con suavidad.

—Bueno eso también, yo creo que se sobreentiende que deseo lo mejor para ella y que se detenga al malnacido que la intentó matar. —Dedicó una sonrisa amplia mostrando una perfecta dentadura.

—¿Cómo se enteró de lo sucedido? —Alejandra jugueteó con un mechón de su pelo.

—Me lo dijo José Luis que a su vez se lo dijo su ex y a ella su madrina o amiga o no sé quién. —Ella asintió y le animó a seguir—. No puedo añadir mucho más. Se la quité a mi amigo y luego me la quitaron a mí.

—¿Qué me puede decir de los jueguecitos que se traían entre manos con látigos y esposas? —Lejos de asustarse, se relamió los labios y sonrió.

—Como ella, no hay otra. Cuando José Luis me contó lo suyo con Sofia, no en plan fanfarrón sino en plan duda moral, yo no pude evitar tener interés. En la Universidad tuve una novia que le molaba que la estrangulases, entiéndame... —Alejandra sonrió—... le gustaba que la apretases el cuello mientras la montabas... y aquello me excitaba, pero luego fue complicado encontrar a alguien que disfrutase con esas cosillas.

—Comprendo. ¿Desde cuándo tiene la afición de maltratar animales? —Daniel se movió incómodo, Pelayo miró con los ojos desorbitados a la mujer de ojos verdes que tenía enfrente.

—¿Cómo dice? —Se frotó con nerviosismo las manos y se clavó las uñas en el antebrazo.

Aquella figura de hombre seductor que domina la situación y va dos pasos por delante del resto de la gente quedó reducida a cenizas. Alejandra guardó silencio—. Fue hace muchos años, yo era un niño. Me trataron y corregí...

—Su padre le maltrataba a usted y a su madre, creció entre violencia. Es un niño que pasó su infancia aislado del resto, no tiene muchos amigos, conserva la amistad de José Luis porque es un ser débil, es sencillo hacerle daño, como quitarle a la mujer de la que se enamoró o no prestarle dinero cuando su situación es desesperada. Dejó la medicina porque era complicado controlar sus delirios en la mesa de observación. Tiene un fuerte autocontrol. —Pelayo se puso en pie y cogió la gabardina—. ¡Siéntese! —Fue un tono tajante y severo que no dudó en obedecer y volvió a su asiento con la gabardina sobre las piernas ocultando las manos—. En la Universidad no tuvo ninguna novia, usted descubrió lo placentero que era llevar a alguien al límite, ver cómo el color desaparece de su rostro y los ojos muestran el miedo a la muerte. Sofia supuso un doble placer: por un lado, hacía daño a su único amigo y por otro encontraba a alguien que no le denunciaba por loco.

—¿Cómo se atreve a decir eso? —gritó Pelayo.

—Me limito a los hechos. Cuando mis hombres mantuvieron una conversación con un miembro de su personal, les confesó que Sofia por poco le lleva a la ruina, pero usted la pagaba los 1200 euros que ella necesitaba para esa supuesta madre. Pensé, pensé y ahora al tenerle ante mí, lo he visto. Estaba siendo extorsionado por todas sus novias. —Pelayo tragó saliva exageradamente—. Mis hombres me dijeron que llegó tarde de su paseo por el monte, que tenía los ojos dilatados y los reflejos algo mermados. ¿Qué hizo en el monte?

—Nada de su interés.

—Un amigo le llama y le pone en aviso de nuestra inesperada visita y en vez de regresar deprisa a la finca, se demora en pleno monte haciendo algo que no puede esperar... No eran drogas como pensaron mis compañeros, no es tan necio de llegar colocado ante dos agentes.

—Era un puto perro viejo que ya no servía para la caza, estorbaba más que ayudaba y lo eliminé. Sí, lo hice y por eso no soy mala persona. —Sus ojos desorbitados y la saliva que escupía con cada palabra, inquietaron a Daniel que observaba la tranquilidad de Alejandra.

—¿Qué relación tenía con Gonzalo? —Cambió de tema.

—Ninguna... —La mirada severa de Alejandra le disuadió de seguir engañándola—. Hacía fotos para mí. Nos reuníamos...

—No perdamos el tiempo en cosas que sé. —Alejandra parecía conocer el alma de Pelayo. Empezaba a eliminar toda su seguridad, la posición de dominador se tambaleaba, volvía a ser el niño pequeño que veía al padre acercarse con el cinturón en la mano.

—Hacía fotos por el monte, siempre con su cámara al hombro fotografiando todo lo que veía, un día me encontró matando una vaca a golpes con un tronco que encontré en el suelo. Se limitó a fotografiarme y cuando terminé se acercó y me tendió su tarjeta y me dijo: «Para cualquier trabajo estoy dispuesto, te haré llegar las fotos». Cuando recibí las imágenes, se me ocurrió la idea.

—Entiendo, empezó una relación profesional. Gonzalo era un sádico. —Los ojos de Alejandra se perdieron a través de la ventana.

—Él y su novia, un equipo perfecto. Menuda habitación tenía montada. Al principio se escondía en el pajar de mi casa, yo llevaba a mi chica y él nos fotografiaba, luego me propuso lo de la habitación y no lo dudé.

—Dejó a Sofia porque era complaciente, en sus ojos no había miedo, ella disfrutaba con lo que le hacía y eso no es lo que usted busca de sus parejas. —Pelayo asintió—. ¿Cómo supo que el

ministro era de su club?

—Ni idea. Un miércoles llegó de ver a su madre y me dijo que se iba con el ministro que conocimos en una cacería. Para mí fue un alivio, estaba harto, fingimos todo aquello por el deseo de ella, tampoco sé muy bien por qué.

—Una cortina de humo. Una puesta en escena perfecta. —Alejandra tamborileó la mesa con los dedos—. Muchas gracias por su ayuda. —Se puso en pie—. Le voy a dar un consejo: ¡Busque ayuda urgentemente!

Alejandra salió de la sala seguida de Daniel, no cruzó ni dos palabras con Tomás y Samuel que esperaban en la puerta para llevarse de vuelta a Pelayo, cogió la escalera de incendios y bajó los dos pisos a la carrera.

Capítulo 43

18:00h .21 de diciembre del 2019. Madrid

Laura y Raúl esperaban en mitad del pasillo, Alejandra iba a sortearles cuando Raúl la detuvo.

—Asunción Tomelloso está en tu despacho, la exmujer de Rogelio. Marcos nos avisó cuando regresábamos de dejar a José Luis Canuto de que tiene tres billetes de avión, para ella y sus hijos, destino París, mañana a primera hora. Está de un carácter de perros, la hemos sacado de su casa casi a punta de pistola. —La cara de hastío de Alejandra mostró el disgusto de ese improvisado interrogatorio.

—¿Si quiere la interrogamos nosotros? —añadió Laura.

—¡Imposible, lo tengo que hacer yo! —No estaba irritada por la inesperada presencia de Asunción, sino porque Pelayo se escapaba a su control—. Ese tipejo de Pelayo es un futuro asesino en serie, me da rabia saberlo y no poder hacer nada. No puedo detenerle ni encerrarle en una mazmorra por lo que hará en un futuro. No acudirá a un especialista, ni puedo obligarle a ello. Tengo que sentarme y esperar a que mate a su primera víctima para lazarme sobre él. ¡Tengo ganas de gritar, de romper algo! —Frustración. Daniel cogió un jarrón que decoraba una esquina oscura del pasillo y se lo tendió—. Esto es una chiquillada.

—¡Prueba! —Alejandra lo cogió entre las manos y lo lanzó contra la pared emitiendo a la vez un grito de rabia.

—No me siento mejor, pero tampoco peor. —De los despachos contiguos salieron unos cuantos agentes—. Compraremos alguno más por si necesito romper otro.

—Eso está hecho. —Le giñó un ojo.

—¿Pelayo es nuestro hombre? —preguntó Raúl algo perdido.

—Hoy no lo es, pero se cruzará en nuestro camino y no descarto que sea en poco tiempo. —Alejandra se alisó una ficticia arruga y respiró profundamente—. No os alejéis, esto va a terminar en un segundo, no tengo ganas de mucho más.

Asunción observaba distraída la pared del fondo donde estaban expuestas las medallas y condecoraciones que Alejandra había obtenido a lo largo de su carrera. El agente que la vigilaba salió en cuanto Daniel se lo ordenó.

—¡Buenos tardes, Asunción!

A lo largo de la vida se conoce a miles de personas, algunas dejan huellas profundas y otras pasan de puntillas sin marca alguna. Asunción se volvió lentamente y cuando vio el rostro de Alejandra ambas mujeres sintieron una corriente eléctrica a través de la columna vertebral. Alejandra no lograba situar el rostro en su memoria, pero la conocía. Asunción, por el contrario, tardó un segundo en saber quién era. Hay encuentros que son complicados, porque fueron un punto de inflexión.

Asunción se llevó la mano derecha al pecho mientras con la izquierda sofocaba un grito. Un

dolor desgarrador la inundó. Durante años, enterró en lo más profundo el sufrimiento emocional que había padecido, lo «disimuló», lo que le hizo aún más daño, cambiando su carácter y su forma de ver el mundo. Daniel, Raúl y Laura se miraban sin comprender qué estaba sucediendo. Alejandra sorteaba sus numerosas lagunas para encontrar esa cara entre los recuerdos.

—¡Dios del amor hermoso! —dijo Asunción—. ¡Perdóname por ser débil! Te creí muerta. Pobre criatura tan hermosa. ¡Mi pobre niña!

Aquellas palabras fueron el destello de luz que Alejandra necesitaba para regresar al pasado. Una secuencia de imágenes de aquellos días traumáticos tras el rescate se mostró en su mente. Se vio a sí misma sentada en una silla de metal, fría y blanca, como las paredes y los suelos de la habitación donde llevaba menos de veinticuatro horas enclaustrada, sometida a decenas de revisiones y pruebas. A sus pies estaba Asunción intentando quitar la mugre entre sus uñas, una mezcla de tierra y sangre, raspando con cepillo de cerda dura y sin dejar de repetir: «¡Mi pobre niña!».

Las piernas de Alejandra temblaron y Daniel la sostuvo por los hombros. Asunción levantó el rostro y la observó incrédula, *Sin ninguna duda es ella*. Corrió hacia sus brazos, Daniel quiso impedirselo, pero Alejandra levantó la mano para que la permitiera acercarse. Aquel abrazo envuelto en el aroma a rosas de la colonia de Asunción trajo nuevos recuerdos a su cabeza, evocó de forma clara y emotiva la felicidad que le embargaba la presencia de aquella enfermera. Ella simbolizó el fin del cautiverio, de algún modo cuando fue quitando los viejos harapos que la cubrieron durante meses, la suciedad que formaba parte de su piel, supo que la libertad era real y no un espejismo, volvió a ser una persona.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Alejandra en un hilo de voz.

—Me despidieron y me sentí aliviada, lo siento —dijo Asunción con la mirada gacha—. Tú supusiste un gran cambio en mi vida. Nunca más volví a ver a los hombres con los mismos ojos. —Alejandra tomó de las manos a Asunción y la guio al sofá—. Eras una muerta viviente. Perdida en tu cabeza, ajena al mundo exterior y cómo no iba a ser así, loca, después de todo lo que te habían hecho.

—¿Por qué te despidieron?

—Una noche haciendo mi guardia, me pareció escuchar algo, unos pasos, un abrir y cerrar de puertas. Hice la ronda con esa sensación de tener unos ojos clavados en la nuca, pero no encontré nada, sólo un pestilente olor a cloaca que se perdía por el largo pasillo que llevaba a tu habitación. Entré y estabas dormida, pero aquel olor era más intenso. No había donde esconderse por lo tanto todo era producto de mi imaginación, entonces tu respiración se volvió dificultosa y me olvidé de mis majaderías. Dejaste de respirar y te practiqué un masaje, si no hubiera estado allí habrías muerto. A la mañana siguiente, cuando regresé al trabajo, me despidieron sin más explicaciones. Pregunté por ti, mas nadie fue capaz de darme una respuesta. Pensé que habías muerto. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Cuando llegó Sofía, todos esos días que estuve a tu lado y que durante años he bloquearon se soltaron.

Alejandra se perdió en sus recuerdos mezclados con los que tendría Sofía si lograba escapar del coma, aunque no estaba segura que aquella fuera una buena opción.

—Necesito un favor —pidió Alejandra. Asunción le apretó las manos en señal de asentimiento—. Tenemos que matar a Sofía para el mundo entero y sólo lo sabremos los que nos encontramos en esta habitación.

—No soy médico y necesitamos a uno que certifique el fallecimiento.

—Tengo cuatro forenses que harán un buen papel. ¿Qué hora es la de mayor confusión?

—Los cambios de turno... los que se van pasan y los que entran están perezosos. —Alejandra se puso en pie.

—Decirle a Marcos que altere el cuadrante de enfermeras para que Asunción entre a trabajar en el turno de noche, seguidamente montaremos este espectáculo para salvar la vida de Sofía, nos quedan pocas horas, todos a sus puestos. Avisad a la prensa y darles la jugosa historia en bandeja. —Alejandra dio un beso a Asunción y salió de su despacho camino del garaje.

—¿Por qué va a intentar matarla si no lo hizo cuando se llevó la caja? Nada le inculpa y Sofía no puede señalarle —preguntó Daniel.

—No estamos siendo dignos rivales, vamos por detrás, está frustrado porque se imaginaba que plantearíamos un buen juego y la partida es lenta. Matar a Sofía pondrá sobre el tablero más tensión, será más difícil de esconder este detalle a la prensa; las enfermeras hablarán, igual que los médicos: «La mataron delante de las narices de la Guardia Civil». Se demostrará que soy un fraude.

—«Si el alumno no supera al maestro, ni es bueno el alumno, ni es bueno el maestro» —citó Daniel un proverbio chino.

—¿Y si solo quiso hacerme pagar lo que otros le hicieron? —dijo Alejandra.

Capítulo 44

9:00h. 22 de diciembre del 2019. Madrid

—Anoche murió Sofía —dijo Antonio, tras un saludo al entrar en el ascensor que no obtuvo respuesta. Alejandra parecía perdida en sus pensamientos—. Me avisaron, pero cuando me acerqué tus hombres se la traían para realizarle la autopsia.

—No tenía ni idea. Bajaré luego. —Antonio miró extrañado a su ahijada, el espíritu de supervivencia de Alejandra le hacía mantener la situación bajo control, pero ella llegaba mucho más lejos, controlaba cada decisión estuviera o no presente, no se daba un solo paso sin que lo supiera. Las puertas del ascensor se abrieron y Alejandra dio un traspies con la moqueta al salir del ascensor.

—¿Estás bien? —preguntó Antonio.

—Sí, claro —dijo Alejandra sin mucha convicción. Daniel aguardaba en la puerta del despacho de Alejandra y saludó con la mano a Antonio.

—Eres muy buena. —Ella le dedicó una sonrisa triste.

—Dejar de ser controladora no se me da nada bien, se supone que cuando te liberas de esta carga no sientes presión. Estoy más irritable. —Daniel rio—. ¿Ha llegado Rogelio? —Daniel asintió—. Pues dejo mi bolso y mi abrigo. Veamos qué sacamos de esta entrevista. Hasta ahora la cosa va sobre ruedas.

—Seguimos sin tener pruebas ni el paradero...

—Sabemos dónde está uno de ellos y no necesitamos pruebas, nos las proporcionará él mismo —interrumpió Alejandra—. Necesito que Samuel se revise todos los anuarios, desde el primer día de colegio de nuestros sospechosos hasta el último, que miré las fotos y busque rasgos que delaten cierto parentesco: primos, hermanos.

—¿Dónde está? —posó la mano sobre su hombro, deteniéndola el paso.

—Muy cerca y vigilándonos. —Sentenció ella abriendo la puerta donde se encontraba Rogelio sentado y esperando—. Rogelio encantada de volver a verle, ¿se acuerda usted de mi compañero Daniel? —Le tendió la mano—. Tenemos unas preguntas de última hora, sin mucha importancia, pero que me dan vueltas en la cabeza como un moscardón. ¿Por qué acude al psiquiatra?

—¿Cómo lo sabe? —Ella arqueó una ceja avispada y Rogelio resopló resignado—. El divorcio me dejó muy tocado, no es que mi matrimonio fuera bien, siempre caminé hacia la ruptura. Jamás me debí de casar, pero llevábamos siendo novios toda la vida, me parecía lo más normal incluso cuando ella dejó de ser ella y se convirtió en un ser huraño y hosco.

—Entiendo. ¿Fue su mujer al psiquiatra?

—No. Trabajé durante unos años en un centro psiquiátrico de ricos, en la Dehesa de la Villa y no confiaba en ellos. Los tilda de majaras.

—No le he dado el pésame por lo de su cuñado. Lo lamento mucho. ¿Qué tal su hermana? —Alejandra cambió de tono y de postura. Daniel admiraba aquella forma de indagar sin ser descubierta.

—Mi hermana liberada. Nos dijo Tomás que el dinero apareció, lo necesitan mucho. —La voz de Rogelio era un ruego y una súplica. El dinero se quemó a los pies del cuñado, pero Alejandra dio orden de que aquello no trascendiera.

—En cuanto podamos se lo devolveremos. —Daniel la miró incrédulo.

—¡Gracias! He leído el periódico digital mientras venía, sus hombres no hablan mucho. La chica de la finca de Fresnedilla... me siento tan mal. Allí es donde murió mi cuñado... ¿Por qué cree que lo mataron?

—Porque conocía al asesino, porque este le subestimó hasta que se dio cuenta que era un cabo suelto peligroso. Todos me han hablado de su cuñado como un ser falto de luces, preocupado por aparentar lo que no es y viviendo por encima de sus posibilidades. Pero todo el que lleva esa vida de picaresca tiene un sexto sentido para conocer al perfecto primo, creo que Julio Prieto caló el juego de su tocayo, Julio Blázquez, y quiso sacar tajada sin saber la envergadura de la partida. Por eso le dieron más dinero que a usted, por eso les pagaron tan bien un trabajo de tan poca monta. ¿Recuerda si su cuñado le habló de alguna otra finca por la que mostrase interés Julio Blázquez?

—Visitaron muchas entre Cenicientos y La Adrada, pero mostraba interés por aquellas donde se hubiese librado alguna batalla en la guerra civil.

—Ávila prácticamente carecía de fuerza militar, pero por el contrario fue zona belicosa, sobre todo al principio de la contienda cuando se formó una zona ambigua donde deambulaban las columnas sublevadas que se dirigían a Madrid para intentar evitar el avance de los rebeldes. — Pensó Alejandra en alto, *¿qué relevancia tendría eso para elegir terreno?*

—Cierto, era tiempos de saqueos y de gente de mal vivir que se aprovechaba de las circunstancias para sembrar el mal, ya me entiende —dijo Rogelio—. Por eso muchos construyeron bajo tierra un refugio al amparo de tanta violencia.

—¿Existe un registro de tales zulos? —preguntó Alejandra.

—Que yo conozca no, aunque el padre de Gonzalo Cifuentes hizo un reportaje sobre las secuelas de la guerra en nuestra provincia y destapó muchos de ellos. Estará entre las pertenencias de su hijo —dijo Rogelio mientras Alejandra movió la cabeza negativamente.

—No encontramos nada en ninguna de sus dos casas —apuntó Daniel.

—¿Han mirado en casa de la novia? —Alejandra asintió contrariada—. No servirá de mucho, pero mi cuñado pernoctó en Pedro Bernardo en varias ocasiones, no recuerdo el nombre de la posada. A él no le importaba hacer kilómetros, es más, le gustaba conducir, si durmió allí es porque alguien le retuvo y no fue una mujer, diga lo que diga mi exmujer mi cuñado no tenía líos de faldas.

—Mandaré investigar la zona. —Alejandra se puso en pie y le extendió la mano—. Le agradezco su ayuda.

—No ha sido de mucha — dijo él pesaroso.

—No crea. —Salió de la sala seguida por Daniel—. Que vaya alguien con el retrato robot por el pueblo Pedro Bernardo, el sujeto B se esconde allí. No quiero ahuyentar al pajarillo, así que discreción, por ahora no sabemos si hay o no otra mujer secuestrada. Y ahora a por el ministro, pero antes de dar el salto, tenemos que tener todo bien atado, en cuanto pongamos un pie en su casa, nuestro depredador sabrá que voy siguiéndole los pasos.

Capítulo 45

22:00h. 22 de diciembre del 2019. Madrid

—Siento que esta reunión sea tan tarde y precipitada. Estamos agotados de todo un día de interrogatorios y de seguir las nuevas pistas, pero nos queda muy poco para darle caza y hay miles de ojos que nos vigilan —dijo Alejandra. Esperó a que todos se acomodasen en sus sitios antes de proseguir—. La noticia de la muerte de Sofia saltó a los medios de comunicación y tuvo el efecto deseado, ha sido una bomba política. Quieren que en menos de veinticuatro horas tengamos al asesino entre rejas.

—Pues como no suceda un milagro —dijo Samuel, cuyo análisis de los anuarios no dio fruto alguno.

—No hace falta un milagro. Necesitamos coordinar esfuerzos para atraparlo. Lo primero es investigar sobre los médicos que trabajan en la clínica de la Dehesa de la Villa. —Entregó una hoja a cada uno de ellos—. De mis entrevistas con los sospechosos, he averiguado lo que os entrego en esa hoja.

—¡Madre mía! Este es el nexo de unión que buscábamos —dijo Laura al leer por encima—. Pelayo estuvo de niño ingresado por una psicopatía infantil...

—Un padre maltratador. Él desarrolló un placer enfermizo en el maltrato animal, está a punto de dar el salto, pero este es otro tema que abordaremos no tardando mucho —añadió Alejandra.

—Flora Horcajo fue ingresada por intento de suicidio y su ahijada Violeta Sanz fue tratada allí. —Leyó Laura en alto.

—Violeta fue una paciente externa por su alto stress. Sin olvidar que Asunción Tomelloso trabajó en este lugar y yo hace diez años estuve ingresada allí, ella fue mi enfermera. —El silencio cayó plomizo—. Hay que decir las cosas como son. Rogelio es una víctima del maltrato. Este tipo de casos apenas tiene visibilidad y sometió a Rogelio a replegarse en sí mismo, cayendo en un pozo profundo y oscuro. Nadie les cree, no se puede acudir a ningún sitio buscando ayuda; vergüenza, esa hombría queda reducida a la nada si dices que tu mujer te pega... —Tomás meneó la cabeza con pesar.

—¿Asunción fue la enfermera que te trató? —preguntó Raúl—. ¡Da miedo pensarlo! Son años de planificación.

—Nos da una imagen del hombre al que nos enfrentamos. Tenemos que saber qué médicos están en nómina y cuántos colaboran esporádicamente, antes y ahora.

—Pidamos una orden judicial y asaltemos sus ordenadores. —dijo Samuel. Ella negó.

—Ese es el problema, no podemos pedir ninguna orden, nada de lo que sabemos puede salir de aquí. Nuestro sujeto tiene ojos y oídos en todos los rincones. Una orden es un cartel luminoso que le ahuyentaría.

—Yo podría introducirme en sus ordenadores —añadió Marcos—. Pero nada de lo que obtengamos valdrá ante un juez y saldrá de rositas.

—¿Sabes quién es el depredador? —preguntó Félix mirándola a los ojos.

—Sí —dijo dejándose caer en el sillón, Daniel se incorporó y la miró fijamente.

—¿Qué te detiene? —preguntó Daniel.

—Tener razón. —Alejandra sacó unas cuantas fotos de la carpeta que descansaba sobre la mesa. Dio una a cada uno de ellos—. Todos conocéis a El Profesor, amigo de mi padre y durante años persona de confianza de mi padrino y mía, guio mi educación hasta convertirme en lo que hoy soy.

—¿Desde cuándo lo sospechas? —preguntó Daniel indignado.

—Desde siempre, en el fondo siempre lo presentí. —Con la mirada perdida continuó hablando—. No lo supe de una forma consciente, pero este caso siempre me intranquilizó, el recuerdo de mi familia revoloteaba sobre mi cabeza como pájaro de mal agüero. El Profesor tiene una consulta en el barrio Salamanca y una de las terapias es entrevistarse con los sujetos en lugares muy pintorescos con el fin de verlos relajados y analizar mejor los problemas. Cuando me contasteis que tuvieron una semana cultural y otra en el Retiro, uní cabos. Todo lo demás vino rodado. Cuando sabes lo que buscas no necesitas más respuestas.

—¡No doy crédito a lo que escucho! ¿El Profesor sacó a todos nuestros sospechosos de su consulta? —Daniel estaba estupefacto—. Nunca me cayó bien, tanta superioridad, esa prepotencia... ¡Dios! —Golpeó la mesa con el puño cerrado.

—Estamos muy cerca y no podemos dejarnos llevar por nuestras emociones. ¿Cómo crees que me siento? —preguntó Alejandra—. ¿Has entendido el alcance real de todo esto? —Nadie asintió—. No me compadezcáis, no os lo permitiré a ninguno. Tengo que ponerle las esposas y decirle «Jaque—mate». Quiero que vayáis con su foto y la del retrato robot por Pedro Bernardo, averiguar qué finca compró. Mostrad interés por aquellas que pudieron tener alguna cueva donde se refugiasen en la guerra civil; habrá comprado más de una para despistar.

—¡¡Mierda!! —grito Samuel y se puso en pie de un salto. Cogió una mochila que descansaba en una esquina y sacó dos grandes volúmenes. Los abrió sobre la mesa—. Estudié los anuarios del internado de caballeros, pero no hice mucho hincapié en su padre, ni en su padrino ni El Profesor... ¡Lo siento! El supuesto de inocencia se lo apliqué por su grado de parentesco.

—Te advertí que mirases más allá del color blanco de la pared. —No había enfado en el tono de voz de Alejandra.

—El Profesor es alemán, Alberth Levitt, resulta raro llamarle por su nombre, —Samuel estaba nervioso, no quería meter la pata de nuevo—, y hay otro niño, cinco años más pequeño también alemán, pero con otros apellidos.

—No tiene hermanos, será una casualidad.

—Ya lo sé, pero me llamó la atención la barbilla... —Buscaba las fotos tan rápido que ninguno podía centrar la vista, hasta que se paró y mostró dos imágenes—. Físicamente son muy parecidos: rubios, ojos azules y ese hoyuelo en la barbilla que leí en internet es muy raro.

—Conocido como barbilla partida, se trata de una fisura en forma de Y, una fusión incompleta de las dos mitades durante el desarrollo embrionario o fetal, es un rasgo hereditario — dijo Alejandra mirando con interés las fotos—. Son hermanos, sin duda, sus rasgos óseos son semejantes.

—Sin duda son hermanos —dijeron los cuatro forenses al unísono.

—Estuvo escasos dos años, luego desaparece.

—No sé cuál es el segundo apellido de El Profesor. Puede ser que su hermano llevase el apellido de la madre —añadió Alejandra.

—¿Por qué no le detenemos sin más y le obligamos a confesar? —Raúl soltó colérico.

—No nos diría dónde está su nueva víctima... —apuntó Daniel.

—Tampoco sabemos si la tiene —insistió Raúl.

—¿Estás dispuesto a cargar con ese peso? Yo ya tengo suficientes muertos a mi espalda, no quiero ninguno más —respondió Daniel molesto.

—El otro niño alemán se llama Rudolph, de apellido Brost. —Leyó Samuel cuando encontró el nombre en la larga lista de alumnos.

—Ese es el apellido de mi madre —dijo Alejandra arrebatando de las manos de Samuel el anuario. *¿Qué probabilidad existe de que un niño alemán parecido a El Profesor tuviese el mismo apellido que el de mi madre? Ninguna.*

Capítulo 46

9:00h. 23 de diciembre del 2019. Madrid

—Félix, ¿cómo marcha nuestro huésped? —preguntó Alejandra que había comenzado la jornada bajando a la morgue.

—Saldrá de esta contra todo pronóstico, es una mujer dura. —Félix sentado frente a un cadáver comía un croissant, les ofreció uno a Daniel y a Alejandra que rechazaron—. ¡Mira que sois... están muertos y les da igual todo!

—Se me revuelve el estómago de comer con semejante olor en las narices —añadió Daniel.

—Uno se acostumbra. No suelo poner en entre dicho tus decisiones, pero lo de traer a Sofía aquí, fue la más insensata —apuntó Félix señalando con el dedo índice a su alrededor.

—Este es el sitio más seguro que conozco, ¿Cuántas visitas recibes al día? —Félix rio.

Marcos entró por la puerta seguido por Samuel y Tomás.

—Creo que lo de las visitas a partir de ahora va a cambiar —dijo Félix.

—Es lo más repugnante que he visto en mi vida, ¡joder tío! Un poco de respeto, está muerto, no comas delante de sus narices. —Samuel hizo un gesto nauseabundo.

—Yo le ofrezco, pero rehúsa. —Félix rio con ganas.

—Volví al internado de caballeros y pregunté por Rudolph Brost. No me reuní con el nuevo director porque estaba de excursión, hablé con el padre y por poco me lo cargo —dijo Samuel. Alejandra respiró profundamente y esbozó una sonrisa amigable que quedó lejos de serlo, pero Samuel estaba ensimismado en su relato y no fue consciente de lo poco que le gustaban a su jefa las florituras literarias—. Se puso a emitir alaridos y a convulsionar.

—Está claro que es nuestro sujeto B —puntualizó Tomás.

—Yo traigo algo curioso. El apellido Brost es de origen judío —informó Marcos pasando unos folios a Alejandra.

—Mi madre era judía, fue salvada de los campos de exterminio. —Era inconfundible saber cuándo la maquinaria de su cerebro se ponía en marcha, Alejandra se rascaba la frente clavándose las uñas y haciéndose sangre—. Una mujer la abandonó en un convento y de allí la trajeron a España a la casa de sus padrinos, donde fue criada.

—¿Sois parientes? Eso significaría que sois..., algo así como primos segundos —aclaró Samuel.

—Que nuestros apellidos coincidan no quiere decir que seamos parientes.

—Significaría que tu abuela y su madre eran hermanas —dijo Daniel—. ¡Joder! ¡Qué rebuscado, la hostia!

—¿Por qué ese interés en tu padre? Y perdona por la pregunta, fueron muchos los niños abandonados. ¿Casualidad? —preguntó Marcos.

—No creo en las casualidades. Alguien tenía mucho interés en que estuviera a salvo. —Alejandra dio vueltas a esa idea—. Mi abuela fue llevada a un campo de exterminio embarazada de mi madre, si yo estuviera en su pellejo, buscaría a mi hermana que está casada con un prestigioso psiquiatra amigo del partido nazi. —El abatimiento era general, cada paso que daban era más inquietante que el anterior—. Ella promete ayudarla, se lleva a la niña cuando nace y la deja en un lugar seguro, se encarga de que la lleven hasta España, quizá fuesen amigos. —Se rascó

con fuerza la frente—. La madre de El Profesor murió siendo ellos jóvenes, apenas habla de ella. Pero ¿cómo un nazi iba a casarse con una judía?

—Quizá no le revelase sus orígenes. No sabremos nunca los motivos, pero será una historia espeluznante. —Samuel recibió un codazo de Tomás—. ¡Lo siento!

—No te disculpes, pienso exactamente lo mismo —dijo Alejandra—. No quiero saber la verdad, pero la última jugada de El Profesor será confesar hasta el último de sus pecados, porque cada pecado es un clavo sobre mi ataúd.

La reunión se dio por terminada y cada uno de ellos regresó a sus tareas. Alejandra dilató el tiempo en el pasillo silencioso de la morgue.

—¿Crees que Sofía es paciente de él? —preguntó Daniel.

—Sí y esas visitas de los miércoles a casa de su ficticia madre, son el control quincenal. Cuando las cosas no salían como El Profesor quería dejaba que Rudolph se entretuviese, la azotaba y... por eso ella no dejaba de lavarse, para quitar ese hedor que se pega y traspasa...

—... han encontrado la habitación del pánico, dicen que es más parecido a una sala de La Inquisición que a un cuarto de sexo. —Cortó Daniel, pues veía el miedo en los profundos ojos verdes de Alejandra.

—El Profesor conoce los pecados de sus amigos, de los compañeros de internado y de los pacientes, tiene al alcance a todas las marionetas que quiere. —Alejandra veía el alcance de sus pensamientos más allá de este caso, veía cientos de ellos.

Alejandra resopló profundamente y tras una inhalación honda como si el aire no llegase a los pulmones rompió a llorar. Daniel la abrazó, no encontraba palabras de aliento para una mujer que veía desmoronarse su vida por unos pilares mal cimentados. Toda su existencia era una mentira, todo ese amor que creía tener era una tela de araña tejida a su alrededor para darle caza de la forma más dolorosa y despiadada.

—No puedo con todo esto. —Sollozó en los brazos de él.

—Lo haremos juntos, yo estoy aquí y no te dejaré jamás. —La besó la melena negra mientras sentía su cuerpo temblar bajo sus brazos.

—No puedo creer....

—¡Sssss! —Daniel cubrió con su dedo los labios de ella—. No te castigues más. Tu debilidad es la de Sofía, busca esa luchadora que hay en ti y salgamos a cazarle. —Alejandra asintió y se limpió las lágrimas con la palma de la mano.

Capítulo 46

9:00h. 23 de diciembre del 2019. Madrid

—Félix, ¿cómo marcha nuestro huésped? —preguntó Alejandra que había comenzado la jornada bajando a la morgue.

—Saldrá de esta contra todo pronóstico, es una mujer dura. —Félix sentado frente a un cadáver comía un croissant, les ofreció uno a Daniel y a Alejandra que rechazaron—. ¡Mira que sois... están muertos y les da igual todo!

—Se me revuelve el estómago de comer con semejante olor en las narices —añadió Daniel.

—Uno se acostumbra. No suelo poner en entre dicho tus decisiones, pero lo de traer a Sofia aquí, fue la más insensata —apuntó Félix señalando con el dedo índice a su alrededor.

—Este es el sitio más seguro que conozco, ¿Cuántas visitas recibes al día? —Félix rio.

Marcos entró por la puerta seguido por Samuel y Tomás.

—Creo que lo de las visitas a partir de ahora va a cambiar —dijo Félix.

—Es lo más repugnante que he visto en mi vida, ¡joder tío! Un poco de respeto está muerto no comas delante de sus narices. —Samuel hizo un gesto nauseabundo.

—Yo le ofrezco, pero rehúsa. —Félix rio con ganas.

—Volví al internado de caballeros y pregunté por Rudolph Brost. No me reuní con el nuevo director porque estaba de excursión, hablé con el padre y por poco me lo cargo —dijo Samuel. Alejandra respiró profundamente y esbozó una sonrisa amigable que quedó lejos de serlo, pero Samuel estaba ensimismado en su relato y no fue consciente de lo poco que le gustaban a su jefa las florituras literarias—. Se puso a emitir alaridos y a convulsionar.

—Está claro que es nuestro sujeto B —puntualizó Tomás.

—Yo traigo algo curioso. El apellido Brost es de origen judío —informó Marcos pasando unos folios a Alejandra.

—Mi madre era judía, fue salvada de los campos de exterminio. —Era inconfundible saber cuándo la maquinaria de su cerebro se ponía en marcha, Alejandra se rascaba la frente clavándose las uñas y haciéndose sangre—. Una mujer la abandonó en un convento y de allí la trajeron a España a la casa de sus padrinos, donde fue criada.

—¿Sois parientes? Eso significaría que sois..., algo así como primos segundos —aclaró Samuel.

—Que nuestros apellidos coincidan no quiere decir que seamos parientes.

—Significaría que tu abuela y su madre eran hermanas —dijo Daniel—. ¡Joder! ¡Qué rebuscado, la hostia!

—¿Por qué ese interés en tu padre? Y perdona por la pregunta, fueron muchos los niños abandonados. ¿Casualidad? —preguntó Marcos.

—No creo en las casualidades. Alguien tenía mucho interés en que estuviera a salvo. —Alejandra dio vueltas a esa idea—. Mi abuela fue llevada a un campo de exterminio embarazada de mi madre, si yo estuviera en su pellejo, buscaría a mi hermana que está casada con un

prestigioso psiquiatra amigo del partido nazi. —El abatimiento era general, cada paso que daban era más inquietante que el anterior—. Ella promete ayudarla, se lleva a la niña cuando nace y la deja en un lugar seguro, se encarga de que la lleven hasta España, quizá fuesen amigos. —Se rascó con fuerza la frente—. La madre de El Profesor murió siendo ellos jóvenes, apenas habla de ella. Pero ¿cómo un nazi iba a casarse con una judía?

—Quizá no le revelase sus orígenes. No sabremos nunca los motivos, pero será una historia espeluznante. —Samuel recibió un codazo de Tomás—. ¡Lo siento!

—No te disculpes, pienso exactamente lo mismo —dijo Alejandra—. No quiero saber la verdad, pero la última jugada de El Profesor será confesar hasta el último de sus pecados, porque cada pecado es un clavo sobre mi ataúd.

La reunión se dio por terminada y cada uno de ellos regresó a sus tareas. Alejandra dilató el tiempo en el pasillo silencioso de la morgue.

—¿Crees que Sofia es paciente de él? —preguntó Daniel.

—Sí y esas visitas de los miércoles a casa de su ficticia madre, son el control quincenal. Cuando las cosas no salían como El Profesor quería dejaba que Rudolph se entretuviese, la azotaba y... por eso ella no dejaba de lavarse, para quitar ese hedor que se pega y traspasa...

—... han encontrado la habitación del pánico, dicen que es más parecido a una sala de la Inquisición que a un cuarto de sexo. —Cortó Daniel, pues veía el miedo en los profundos ojos verdes de Alejandra.

—El Profesor conoce los pecados de sus amigos, de los compañeros de internado y de los pacientes, tiene al alcance a todas las marionetas que quiere. —Alejandra veía el alcance de sus pensamientos más allá de este caso, veía cientos de ellos.

Alejandra resopló profundamente y tras una inhalación honda como si el aire no llegase a los pulmones rompió a llorar. Daniel la abrazó, no encontraba palabras de aliento para una mujer que veía desmoronarse su vida por unos pilares mal cimentados. Toda su existencia era una mentira, todo ese amor que creía tener era una tela de araña tejida a su alrededor para darle caza de la forma más dolorosa y despiadada.

—No puedo con todo esto. —Sollozaba en los brazos de él.

—Lo haremos juntos, yo estoy aquí y no te dejaré jamás. —La besó la melena negra mientras sentía su cuerpo temblar bajo sus brazos.

—No puedo creer....

—¡Sssss! —Daniel cubrió con su dedo los labios de ella—. No te castigues más. Tu debilidad es la de Sofia, busca esa luchadora que hay en ti y salgamos a cazarle. —Alejandra asintió y se limpió las lágrimas con la palma de la mano.

Capítulo 47

19:00h. 23 de diciembre del 2019. Madrid

—¡Lo tenemos! —gritó Samuel con la respiración entrecortada.

—¡Vamos! —dijo Daniel contagiado por la misma euforia, pero Alejandra continuó con la mirada ausente fija en la pantalla de su móvil.

—Preparaos para detener a El Profesor. Cuando tengamos la finca controlado y a la víctima a salvo —dijo Alejandra. Samuel puso un gesto de disgusto, estaba deseando un poco de acción y este se quedaba para detener a un «vejstorio», pensó algo indignado—. Dejadme sola unos minutos.

—Voy a supervisar al equipo y subo en unos cinco minutos —añadió Daniel. Aunque no era lo que él quería, debía respetar los límites personales de Alejandra. Sabía que necesitaba un tiempo para asumir que todo lo que ella creyó real no lo era. La cercanía que él tenía no le daba poder para vulnerar el momento de intimidad que necesitaba.

Alejandra observó el móvil y marcó un número. La voz de El Profesor sonaba lejana y mecánica, dudó en dejarle un mensaje de voz, pero el pitido la hizo hablar precipitadamente sin apenas pensar.

—No podemos comer juntos. Estoy en la oficina tratando un tema que no puede esperar. —Intentó que su voz sonara entre enigmática y preocupada—. Sé que para ti la Navidad nunca ha sido relevante, por eso no me preocupa, podemos quedar en otra ocasión. —Colgó y marcó el número de Antonio—. Padrino, siento molestarte... necesito que estés listo en quince minutos... pasaremos Daniel y yo a recogerte... ¿qué estás en la oficina? Voy, no llames a nadie ni hables con nadie.

Aquellos días de celebración eran para Alejandra insufribles. Un martirio constante difícil de obviar, las calles estaban llenas de adornos, allí donde mirases, y los escaparates eran un constante reclamo de felicidad y armonía. Llevaba diez años sin festejarla y seis prohibiendo a su equipo cualquier elemento decorativo, por insignificante que pareciese. Por eso aquella planta carecía de la alegría del resto del edificio.

Su padrino aguardaba sentado con las manos sobre la mesa revisando papeles amontonados en una destartada bandeja.

—Es El Profesor —dijo Alejandra nada más entrar. Antonio se recostó en la silla y se quitó las gafas de lectura—. ¿No parece sorprendido?

—Estoy contando hasta cien para no coger mi pistola del primer cajón, cargarla con las balas que están en el último y salir en su busca para meterle una de ellas entre ceja y ceja. —Antonio cogió el teléfono y lo tiró contra la puerta—. Cuando estoy con él los pelos de la nuca se me erizan, un escalofrío me recorre la espalda, un sudor helado me cubre el cuerpo, me recuerda que no baje la guardia ni le dé la espalda. Llevo años sospechándolo, pero me convencía que eran los

celos que me invadían cada vez que te veía con él, idolatrabas su persona, estabas cegada por sus conocimientos y por todo lo que intelectualmente te ofrecía. Tú eres tan brillante y yo tengo tan poco que aportarte. —Alejandra le abrazó con fuerza.

—Necesito tener la mente fría. —Le cogió por los hombros y le zarandeó delicadamente—. Cuando todo esto termine, nos sentaremos a hablar. Te debo muchas disculpas y muchas palabras que no pueden quedarse sin decir. Siempre te portaste como un padre, eres mi padre y ahora que lo sé... —Calló y agachó la cabeza, tragó saliva y espantó con la mano los sentimientos que la alteraban—. No es el momento.

—Lo entiendo. —Antonio la abrazó fugazmente y la besó en la frente—. ¿Quién va a detenerle?

—Le dejé un mensaje en el contestador, habíamos quedado para comer y creo que no podré acudir. Voy a detener a su hermano, Rudolph, y liberar a la víctima, si la hay. Se presentará aquí para controlar la situación; saber los últimos avances de la investigación...

—Yo... ¡Maldita sea! Me llamaba casi a diario fingiendo estar preocupado por ti y le he ido diciendo...

—Tranquilo, no tenía muy claro si su fuente eras tú o el ministro.

—Seguro que ambos, es inteligente como él solo. —Antonio pareció caer en la cuenta de lo que Alejandra le acababa de decir escasos segundos—. ¿Cómo que vas a detener a Rudolph? Si no recuerdo mal murió. Éramos unos niños cuando un fin de semana llegó su padre con la noticia, aunque creo que nadie lloró su pérdida, era un desquiciado: violento, agresivo y destructivo.

—¿Sabes que se apellidaba Brost?

—No puede ser, es el segundo apellido de tu madre. —Alejandra arqueó una ceja—. ¡Dios! ¿Eran primos? Ahora comprendo, siempre creía que la odiaba por su ascendencia judía y en realidad era porque delataba que ellos no eran esa raza pura que idolatraban. Tu madre debía de saberlo... lo que no sé es cómo lo averiguó.

—Quizá Alejandro se lo contó, él era amante de Alberth, tendría que saber muchos secretos. —Antonio asintió.

—No he dejado de amar a tu madre ni un solo día. Fuiste una niña deseada. —Antonio quería que Alejandra supiera la verdad, ya no había motivos para ocultarla más tiempo—. Hicimos todo aquello por Alejandro, pero no por los motivos que tú crees. Descubrió que su padre no se fiaba de él, «un homosexual era una deshonra», si no formaba una familia y tenía un hijo en un tiempo razonable todo lo heredaría Alberth Levitt. No parecía tan grave, pero Alejandro descubrió que seguía financiando a partidos ultraderechistas. Yo me imaginaba que los neonazis estarían sin capacidad de actuar y bien vigilados, pero aparecieron cinco cadáveres con un tiro en la cabeza. Cinco judíos, un nuevo crimen xenófobo, luego fue un policía al que pagó Alejandro para obtener información y posteriormente una serie de robos en bancos donde El Profesor tenía contactos. Nos convenció, más a tu madre que a mí. —Las lágrimas cayeron por el rostro de Antonio—. Todo iba según lo planeado, firmarían el divorcio dos semanas después del accidente de coche..., podríamos vivir como la familia que éramos.

—No necesito que sigas justificante, hicisteis lo que creías mejor...

—Luego no fui capaz de destrozarme la imagen que tenías de Alejandro. Que todos aquellos recuerdos que creías de él, perdieran su valor. A los pocos días descubrí que tú como hija de Alejandro eras dueña de todo, pero si revelaba la verdad, el testamento quedaba impugnado y en su lugar prevalecía el de tu abuelo y pasaría todo a Alberth Levitt. Callé. Me conformaba con verte crecer a mí lado llamándote ahijada, a saber, que toda esa fortuna se malgasta en unos fines

terribles...

—No sigas, por favor. —Alejandra sostenía las manos de su padrino entre las suyas—. Samuel y Tomás se quedan contigo. Ten el privilegio de ponerle las esposas.

—Eso no me consuela. —Se puso en pie y cogió la pistola, la cargó y la guardó bajo los papeles acumulados de la mesa—. Ten mucho cuidado, su hermano era como un perro rabioso.

—No le escuches y si lo haces que no alcance tu alma —dijo Alejandra.

Capítulo 48

21:00h. 23 de diciembre del 2019. Pedro Bernardo

Los inviernos eran largos, fríos y nubosos en la provincia de Ávila, pero aquella noche el termómetro del coche marcó -6°, el cielo estaba más nublado de lo acostumbrado y el aspecto de aquella finca, que según el GPS era su destino, un lugar maldito. Los lugareños contaban que la finca llevaba años abandonada, había pasado de mano en mano, pero nadie logró que aquellos campos yermos dieran alguna cosecha. En un rincón se veían los restos de una construcción de la que solo quedaba constancia dos muros y una ventana desvencijada, el resto se lo tragó la tierra como a los árboles y las piedras que decoraban el paisaje colindante. Tenía su propia leyenda negra, los jóvenes habían escuchado voces desde las profundidades de la tierra y algún agricultor al regresar a casa por la noche había visto luces salir del centro del campo. Todas aquellas historias ahuyentaron a mirones, pero no a Alejandra y su equipo que esperaban la orden para asaltar la finca.

—Nadie reconoció las fotografías de los sospechosos —explicó Laura—. Ninguna inmobiliaria los había visto, sí a Julio Prieto, que vino preguntando por los mismos sujetos que nosotros. Quería saber si habían estado, qué finca compraron y que le avisaran si se presentaban.

—La avaricia mató al gato. Por eso acabaron con él —dijo Alejandra—. ¿Cómo diste con este sitio?

—Me acordé que en el informe escribiste que aquel hombre decía que escuchaba voces y veía luces, pregunté por hechos insólitos, misteriosos, algo paranormal...

—Le dije que ese tipo de información la saben los adolescentes. Y aunque todos aseguraban que estaban borrachos cuando escucharon las voces y vieron las luces, nos arriesgamos —interrumpió Raúl.

—Al llegar preguntamos a dos agricultores que bajaban en un tractor. Ven a un grupo de jóvenes que cruzan por el cortafuegos del monte, «Entran por la finca maldita y no sé por dónde saldrán que no les vuelves a ver, hasta la mañana siguiente que hacen lo mismo». Hemos realizado el trayecto, vienen desde Lanzahíta a 5 km y entran aquí —dijo Laura.

—Hace una hora escuchamos una disputa, las voces vinieron más o menos del centro del terreno. —Señaló Raúl.

—¡Joder que frío! —dijeron los cuatro forenses al llegar a la altura de Alejandra, que aguardaba a que Daniel inspeccionara el terreno con otros seis agentes de la Unidad Especial de Intervención.

—¿Vosotros qué hacéis aquí? —preguntó Raúl incrédulo.

—¿Qué pasa? ¡Somos el refuerzo! —contestó Félix con un tono jocoso.

—¡Frescos vamos! —añadió Raúl.

Daniel apareció con dos de los agentes de UEI. Llevaban un mono de color verde con el escudo de la unidad en el brazo derecho, en el izquierdo la bandera de España, un pasamontaña de color negro, chaleco antibalas y sobre este el chaleco táctico, casco con visera, protección de

codos, rodillas y espinillas y por último las botas y guantes.

—Daniel, con todo eso no puedes tener frío —dijo Santiago tiritando. Daniel sonrió.

—El objetivo está en el centro del campo. Asalto y detención —dijo Daniel a Alejandra.

—Dicho así parece sencillo —apuntó Pedro.

—Entraremos primeros nosotros...

—¿Por nosotros te refieres a...? —pregunto Javier acobardado.

—Los agentes de la UEI y yo. —Daniel le golpeó el hombro—. Cuando todo esté controlado entráis vosotros a llenar bolsas y probetas.

—¿Y nosotros? —aquello no le gustó nada a Raúl.

—Este es nuestro trabajo, lo hacemos todos los días y en situaciones extremas...

—Es un hombre con una panda de críos y es retrasado... ¡Joder! —golpeó una piedra con la punta de la bota.

—¡No discutáis! —ordenó Daniel. Feliz levantó las manos en señal de estar de acuerdo con esperar hasta que todo estuviese controlado— Este sujeto estuvo encerrado durante mucho tiempo, tiene más de salvaje que de civilizado. El director del internado le tenía un miedo atroz y en aquel tiempo era un niño. —Hizo una pausa profunda—. He visto gente sometida a sus miedos romperse los dedos de la mano y continuar haciendo un agujero en la tierra para escapar; cuando el cerebro nos inhibe del dolor podemos seguir luchando para liberarnos de nuestro tormento. Ese hombre ha tenido un padre y un hermano que no han dudado en encerrarle y atarle cual bestia, sabe Dios qué han podido hacerle. Recordad que El Profesor experimenta con la mente, busca la inhibición del dolor y de los sentimientos, el soldado perfecto; luchar hasta morir sin desfallecer, sin remordimientos y sin juicios morales; ni bien ni mal se ejecuta cueste lo que cueste, la orden dada se cumple.

Raúl asintió y se alejó unos pasos con Laura y los cuatro forenses.

—Ten mucho cuidado —le susurró Alejandra.

—Descuida, sé lo que hago y no me voy a dejar matar, tengo un par de cosas en mi lista de «pendientes antes de morir». —Daniel sacó de su bolsillo un auricular que colocó dentro del oído de Alejandra, con el que estaría al tanto de la operación y una pegatina circular que colocó sobre la garganta—. Con esto podré escuchar todo lo que me digas, pero solo habla lo imprescindible.

Al encenderlo las voces se entrecruzaban en una serie de insultos y maldiciones. Intentaron comprender lo que sucedía, pero era imposible porque hablaban todos a la vez.

—¡Silencio! —enfaticó la palabra con tanta fuerza que cada sílaba intensificó su sonido por el pinganillo haciéndolo molesto—. ¿Qué pasa?

—La telemetría nos dice que hay dos habitaciones: en unos siete sujetos, más o menos, y dos en otra, uno de ellos sentado en una silla —dijo un agente de UEI.

—¿No puedes concretar el número? —preguntó Daniel.

—No, están muy juntos. —Daniel asintió contrariado.

—Hay trampas en el perímetro, cepos y sensores de movimientos rudimentarios... ¿buscamos un animalito y lo soltamos? —añadió otro agente UEI.

—¿Cuánto tardas en cazar un conejo? —Quiso saber Daniel, al otro lado se escuchó una risa.

—Dos minutos y habrá sido un fracaso.

—Hazlo en un minuto —ordenó Daniel.

—¿Un conejo? ¿Dónde están las bombas de humo? —preguntó Javier sorprendido.

—Es una distracción, sacarles sin que sospechen. Según los datos de Raúl, son jóvenes, no un ejército armado y preparado —contestó Daniel

—¿Jefa? —Llamó Félix—. José Luis estuvo en el Retiro dando vueltas y en el museo, pero él no iba al psiquiatra, ¿qué hacía allí?

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó Alejandra.

—Estoy nervioso y la cabeza se va donde no debe. —Ella le sonrió y le agarró la mano.

—Acompañó a su exmujer. Daba vueltas en el Retiro por no pagar el ojo de la cara que cuesta estacionar, lo mismo en el museo.

—¡Ya comprendo!

Por el pinganillo se oía la voz de Daniel dando órdenes, ya tenían el conejo y estaban en una cuenta atrás para soltarlo. Alguien dijo «¡ya!» y seguidamente una sirena sonó bajo tierra. Laura y Raúl se aproximaron a la valla con la pistola en alto. Se escuchó en la lejanía un sonido sordo de una trampilla al caer sobre la tierra. Una voz que gritaba palabras incompresibles salió de la apertura tenuemente iluminada. El pinganillo se mantuvo en silencio hasta que se oyó: «Diez». *Diez qué*, pensó Alejandra. Una cabeza asomó de las entrañas de la tierra, resbaló dos veces en el último escalón, actuaba como si estuviese borracho o drogado, caminó en zigzag, con un balanceo exagerado de los brazos y arrastrando los pies, cayó al suelo emitiendo un grito de dolor y luego soltó una serie de gruñidos. «Sujeto B» se escuchó la voz de Daniel. Saltó una segunda alarma en el extremo más alejado la finca y el individuo cambió la dirección cual zombi. A Alejandra le resultó algo extraño, muy forzado cada movimiento. De la apertura fueron saliendo individuos que permanecieron durante unos segundos observando a su alrededor, entonces cada uno emprendió una carrera desenfrenada hacia un punto de la finca. Nada tenía sentido, por qué abandonar a la «dama» con un solo hombre, nadie había atacado, los agentes aguardaban en su puesto, pero huían despavoridos como si esperasen la visita.

«¡Atrapadlos!» gritó Daniel. Él salió detrás del sujeto B que el frío pareció despejarle porque toda esa descoordinación de movimientos que mostró al salir se había evaporado, saltó la valla y corría monte arriba sin la torpeza que mostraba segundos antes. Fueron minutos de barullo, carreras de unos y otros, disparos en la distancia y lucha cuerpo a cuerpo en mitad de un campo oscuro. Laura se perdió en la espesura del bosque tras la persecución de uno de ellos que pasó a escasos metros de Alejandra y los forenses.

—¿De qué iba vestido? —preguntó Santiago calándose más el gorro de lana.

—Creo que con el uniforme de las juventudes hitlerianas —dijo Pedro.

—Tenemos que soltar a la «dama» —dijo Alejandra arrastrándose hacia la valla.

—Mis piernas no me responden, soy un cobarde, yo no nací para el trabajo de campo, quiero estar en la morgue con mis cadáveres... —gimoteó Santiago.

—¡Quédate! —añadió Alejandra.

—Iré contigo. —Se ofreció Félix cuando vio que era el único que quedaba.

—Yo también, pero de poco vamos a servir. —Pedro cogió una rama de un árbol y siguió a Félix que se arrastraba junto a Alejandra.

—Yo me quedé con Santi —añadió Javier.

Los tres pasaron rectando por debajo de la valla camino de la apertura. Alejandra a medida que se acercaba sentía que su cabeza regresaba al cautiverio del que nunca fue libre, los forenses escuchaban los disparos al aire como advertencia y los gritos de unos y otros, temían que en aquel

desconcierto y oscuridad les confundieran con los tipos del agujero. Un miedo creado por ellos les impedía avanzar, un obstáculo que ralentizaba los movimientos y dilataba el tiempo. *¿Y si vencían los malos?*, se preguntaba Félix, *¿qué posibilidades había de salir bien parados?* Alejandra por el contrario tenía que ahuyentar el fantasma de su cabeza, visualizar el objetivo la «dama». El miedo es natural, ella lo sabía, un mecanismo para estar alerta, pero no podía prestarle más atención que la justa, no podía dejarse dominar.

Alejandra palpaba la fría tapa metálica tan familiar, *¿Y ahora qué?* se preguntó, qué fácil era todo cuando Daniel estaba cerca. Sin pensarlo mucho y dominados por una locura que no se ajustaba a la razón lógica, los tres se asomaron sin precaución por la apertura.

—Nosotros inmovilizamos al tipo —dijo Félix tal y como oyó a Daniel—, y tú corres a socorrer a la chica. —Pero le faltaba convicción.

—Un plan descabellado y suicida —apuntó Pedro.

—Pues ya me dirás como lo hacemos...

—Entramos a la vez, quizá el desconcierto nos ayude —dijo Alejandra.

—Un milagro, solo un milagro nos salvará de no llevarnos una pieza de plomo de recuerdo. — Félix se santiguó.

—Firmo por llevarme una pieza de plomo y no morir ahí abajo. —Pedro hizo lo mismo y se prepararon para saltar.

Se pusieron los tres de pie sin dejar de mirar a su alrededor, todo estaba más o menos en silencio, se escucharon voces por la espesura del monte y Laura y Raúl esposaban a un sujeto que no dejaba de lanzar patadas al aire y revolverse como una serpiente al otro lado de la valla.

Contaron hasta tres y se lanzaron dentro de aquel agujero mal iluminado. La caída les desorientó, no se habían repuesto de los nervios de la decisión mal planificada y peor ejecutada cuando los dos forenses recibieron sendas patadas en la espalda arrojándoles contra la pared. Alejandra se levantó con dificultad y vio a un hombre inmenso lanzarse contra sus dos amigos. Buscó a su alrededor algo con lo que golpearlo, pero no vio más que sillas de madera y tazas vacías. Cogió la silla más cercana y la estrelló con todas sus fuerzas en la espalda de aquel hombre. Las patas salieron, por un lado, el asiento por otro y ella quedó congelada en mitad de la sala agarrando con fuerza el respaldo de la silla, pero el hombre no pareció inmutarse, continuaba zarandeando a los dos forenses como si fueran marionetas de trapo. En un rincón había un par de botellas vacías, rompió una de ellas en la pared, la asió con fuerza y corrió con el vidrio en la mano en dirección a la cabeza. En el último segundo vaciló ante tal agresividad, qué la estaba sucediendo, clavó la botella en la espalda dejándola allí adherida, pero el sujeto continuó pegando a sus amigos sin mostrar ningún dolor. Tomó la pata de la silla desvencijada y golpeó con fuerza la cabeza, ya no tenía tiempo de delicadezas ni remordimientos, aquel hombre tenía a Félix asido del cuello y parecía estar dispuesto a arrancarle la nuez, Pedro inconsciente debajo de la escalera metálica. Solo quedaba ella.

La sangre manó por la cabeza del hombre cayendo por el cuello, soltó a Félix que se arrastró donde Pedro. Alejandra cogió otra silla y la descargó sobre la espalda hundiendo un poco más la botella que seguía allí clavada. El hombre se tambaleó unos metros y se desplomó en el suelo inconsciente, Félix saltó sobre él empuñando un trozo de madera de la silla, «Ve» dijo a Alejandra con un hilo de voz.

Ella dudó unos segundos, pero tenía que soltar a la «dama». Empujó la puerta despacio, oscuridad, escuchó una respiración acelerada y un hedor nauseabundo, familiar e inconfundible. Pero no se paró a pensar, tenía que liberarla.

Capítulo 48

21:30h. 23 de diciembre del 2019. Pedro Bernardo

Alejandra se acercó vacilante al bulto que aguardaba sentado en el centro de la sala, la poca luz que entraba por la puerta no era suficiente para saber si estaba consciente o no, pero sí se apreciaba su enorme envergadura. Su mente le advertía, se imponía paralizando los movimientos, pero el corazón le obligaba a avanzar, se veía a sí misma hace un año esperando a que aquella puerta se abriese y alguien la liberara de la tortura. Así que ante aquel conflicto de mente y corazón se posicionó a favor de la «dama».

El olor era insoportable, no quería dejarse llevar por él, porque cuando lo hacía los recuerdos le asaltaban. Al salir del hospital psiquiátrico, El Profesor, la recibió en la consulta para bajar todas aquellas barreras y poder liberar la mente de Alejandra, pero fue un fracaso en todas y cada unas de las sesiones. Los recuerdos no se almacenan todos en el mismo cajón desastre y si lo hacen no se abren con la misma llave y hay que averiguar la combinación. Los sentidos son la clave que activan nuestro cerebro almacenando en él los detalles más relevantes de nuestra vida, el ser humano no accede a todos y tampoco los utiliza, los estímulos pueden no volver a repetirse en el resto de nuestra existencia. Pero aquel olor nauseabundo abrió la mente de Alejandra, el olor era la llave y la mezcla de orines, sudor y sangre la combinación.

Era tarde cuando se dio cuenta del error, reuló lo más deprisa que pudo, pero el miedo paralizaba los músculos, ralentizada por los nervios que se negaban a reaccionar ante la sombra que se aproximaba a ella. Inconfundible en el hedor, pero sobre todo en el volumen; un cuerpo obeso y torpe con grandes brazos la atraparon antes de que ella pudiese pedir auxilio. La mandíbula se descolgó para gritar, pero la garganta profirió un gemido suave al sentir la presión de los dedos sobre la tráquea. La risa de aquel hombre la atrapó en una riada de recuerdos repugnantes, se retorció para librarse del agarré, en un vano esfuerzo le lanzó una patada a la espinilla que no tuvo el efecto deseado. El hombre bajó la mirada allí donde ella había clavado la punta de su zapato y como respuesta la dio una bofetada que la hizo caer sobre el costado derecho, golpeando la cabeza contra el suelo y perdiendo el pinganillo. Alejandra sintió como el mundo giraba violentamente, como su oído retumbaba y un dolor afilado penetraba por él hasta el cerebro.

Escuchó como alguien pronunciaba su nombre, pensó en Daniel y su espíritu encontró consuelo con la imagen de su rostro, pero vio los labios gruesos de aquel hombre moverse y entendió que quien la llamaba no era la salvación sino el castigo. Articulando cada sílaba de su nombre con una mueca divertida al ver la angustia de ella, la saliva le caía por la boca entre abierta mostrando unos dientes putrefactos y mellados.

Alejandra no iba a dejarse vencer, no estaba dispuesta a dejarse arrastrar por el pasado, habían transcurrido diez años y ella ya no era la misma mujer. Necesitaba ganar tiempo, Daniel notaría su ausencia, y acudiría en su ayuda como hizo la vez primera. Hoy no iba a morir, quedaban muchas cosas por zanjar y otras tantas por hacer. Sintió la mano de su agresor sobre la cazadora buscando su pecho agitado, seguía llamándola entre gemidos y risas, entre la desesperación y el anhelo, ella se zafó de aquel cuerpo sudoroso y le lazó con sus escasas fuerzas

una patada en la entrepierna, pero el hombre no se retorció de dolor como sería de esperar, sino que respondió con agresividad lanzándola un puñetazo a la nariz. La sangre caía por su boca, era un dolor tan agudo que no pudo evitar cerrar los ojos con fuerza y las lágrimas incesantes cubrieron sus mejillas. Alejandra se cobijó el rostro con las manos y gritó. Estaba a la merced de aquel hombre que la agarró por el hombro y cual muñeca de trapo la arrastró por el suelo de arena camino de una camilla metálica que aguardaba oculta en un rincón. *Oh, Dios no, ¡¡¡otra vez no!!* Alejandra pateó buscando algo donde aferrarse para evitar que le siguiera manejando a su antojo. Pero era fuerte y brutal.

En segundos la tuvo sobre la camilla y atada por la cintura con una vieja correa; seguía pateando al aire y sacudiendo los brazos como naufrago en plena mar, pero él solucionaba su resistencia con fuertes puñetazos a la altura del estómago, silenciaba cada lamento con un golpe en la cabeza o en la boca; sentía los labios hinchados y un sonido sordo al golpear el cerebro contra el cráneo una y otra vez. No saldría viva, pero no dejaría de luchar hasta el último aliento. El hombre intentaba inmovilizar sus piernas, ella consiguió alcanzarle con una patada en la mejilla derecha, la respuesta no se hizo esperar, lanzó el puño cerrado contra su rodilla, Alejandra escuchó un crujido y después un agudo dolor. Con las manos arañó desesperada el aire y en el último segundo enganchó un mechón de pelo rubio y grasiento, tiró de él con fuerza y se quedó en sus dedos enganchado. Él se volvió con furia y de la cintura extrajo un puñal pequeño, cogió la mano de Alejandra y la obligó a extenderla, sabía lo que iba a hacer, gritó y gritó, hasta que el dolor de sus cuerdas vocales se hizo insoportable y no pudo más, rompiendo a llorar de impotencia.

El tacto frío de la hoja penetró su carne, se dio cuenta que se desvanecía entre tinieblas, su mano quedó presa entre la empuñadura y la columna de madera que soportaba la viga del techo. Con la mano libre intentó arrancarse el puñal mientras él apretaba la cincha en sus piernas. Alejandra rozaba con las yemas de los dedos la empuñadura, le faltaban pocos centímetros para alcanzarla, pero no tenía fuerzas, él le propinó un puñetazo sobre el hombro derecho que la tumbó violentamente sobre la camilla, luego la cogió la cabeza la golpeó repetidas veces sobre el metal frío. Todo daba vueltas a su alrededor, todo tenía un sabor metálico y un olor a muerte, ella olía a miedo.

Las fuerzas se escapaban del cuerpo de Alejandra con cada gota de sangre que caía a la camilla y al suelo, ya no sentía el dolor de la nariz ni el de la mano ni sentía la cabeza sobre los hombros. Flotaba sobre la habitación como un mero espectador de tan macabro escenario de violencia y brutalidad. Y allí suspendida en el aire se observó atada, tan frágil cual niña.

—Alejandra, Alejandra... —Le llevaba la voz de él—... eres igual a ella, tan parecida, tan perfecta, tan bonita. —La voz del hombre sonaba como el lamento de un niño al que han castigado y solloza por salir del armario oscuro—. Alberth dice que eres ella, que has vuelto para castigarnos. Pero yo sé que no eres ella, lo sé porque te saqué de los muros donde padre te castigó y te escondí en el pozo junto a mi perro y al conejo que me regalaste. —Alejandra escuchaba la voz infantil de Rudolph Brost—. Padre lo descubrió y vino a buscarme al internado, me llevó a casa y me encerró contigo en aquel sótano para que dejase de llorar y de llamarte en sueños. «Tú madre te hace débil y pusilánime», —Una voz gutural y fría salió de una boca contraída por el odio—, «Eres como ella, un impuro». Alberth exige explicaciones a padre, no porque se apiade de mí, disfruta viéndome torturado, quiere saber cuánto tardaré en volverme loco como don Teodoro que escucha a Dios cada noche amenazándole con el Infierno. Le confiesa que madre es judía, yo ya lo sabía y le cuenta lo que sucedió en la guerra, como evitó el escándalo, pero no

pudo matar a la niña porque se la llevaron lejos y a un lugar donde era imposible tocarla sin llamar la atención. Todos saben que no somos verdaderos alemanes, por eso padre ha tenido que pagar a unos y otros y nuestra fortuna está dilapidada, pero el padre de Alejandro es fiel a la causa y conseguirá mantener nuestra posición gracias a él. — Alejandra escucha los desvaríos de un loco. Deja de flotar en el techo para regresar a su cuerpo y ver los ojos azules de Rudolph clavados en los suyos.

»Madre me viste de prisa, Alberth tardará un rato en volver de clase. Corremos por las calles mojadas, sorteando algunos charcos, otros los cruzamos y se nos mojan los zapatos, yo río feliz, padre no me deja saltar en los charcos y menos reír, «No es de caballeros». Madre es diferente «No dejes nunca de sonreír mi adorado Rudolph». Hemos llegado, es una casa con un gran portón de madera. Vive un viejo amigo de ella, un ilustre profesor de historia. Nos recibe con cariño, me da una galleta y un vaso de leche, me sienta en un rincón y me revuelve el pelo con cariño, luego se ponen a cuchichear mientras esperan. Alguien llama a la puerta, es un soldado, viene con un bulto en los brazos que no deja de berrear. Es una niña que madre besa y abraza mientras llora. El soldado dice que murió hace un par de horas en la cámara, *¿quién ha muerto?* Madre parece que se desvanece y el profesor la sujeta entre sus brazos y la besa en la frente. El soldado debe marcharse antes de que noten su ausencia. —Alejandra se apiada por Rudolph—. El profesor de historia le dice a madre que huyamos los cuatro, que seamos una familia en América, allí nadie nos buscará. Pero ella piensa en Alberth, no quiere dejarle con padre, todavía puede salvarle. El hombre niega, yo también, aunque no sé muy bien el porqué. Salimos a los pocos minutos dejando al bebé en las manos de ese hombre serio y bigotudo que ha prometido llevarlo a España y entregárselo a sus hermanos. Nos esperará dos días, luego se irá, los alemanes sospechan de él y por mucha posición que tiene, nadie le acogerá cuando sepan que lleva años salvando judíos. —Alejandra ahoga las lágrimas que asaltan sus ojos—. Ya en casa no dejas de llorar. Padre regresa y exige la cena. Nadie come, todos miramos el plato lleno y la cuchara vacía, menos padre que guarda silencio.

»Pero el silencio se atraganta, se levanta y le escupe a la cara: «Tu hermana y su marido descansan en el fondo de una fosa común. No acabo contigo porque por ahora no puedo, pero te irás con los niños lejos de aquí, hasta que dejen de circular rumores». —Rudolph acaricia la melena de Alejandra—. Es tan suave como el de madre. —Enreda los dedos gordos por los mechones negros de ella—. Lloro todas las noches en el internado porque te echo de menos, quiero volver a casa, sé que tú me necesitas, que te sientes sola, pero Alberth me regaña, dice que te olvide, que eres una cáscara vacía que ya cumplió su deber y ahora tenemos que enterrarte. No entiendo de qué me habla, han pasado muchos años padre sigue en Alemania y no sabe nada del bebé. —Cierra los ojos durante unos segundos—. Madre y yo la hemos visto, es muy bonita y alegre. —Una mueca de temor cruza la frente de Rudolph—. Alberth conversa con alguien a todas horas, incluso discute y se pelea, me da miedo, tan pronto es cercano y cariñoso, como lejano y despiadado. Cuando le pillan en alguna trastada me señala a mí, ya me han azotado varias veces por las cosas que hizo él. —Suspira antes de proseguir—. Hemos vuelto a casa por Navidad. Padre está más viejo y cansado, me dice que madre regresó a Alemania. Le contó a Alberth cuando creía que yo dormía, que el bebé sigue vivo y está en Madrid, en casa de una familia adinerada; maldice y golpea la pared, «¡Púdrete en la soledad de los muros!», grita a todas horas. —Se mesa el pelo con los dedos negros sin uñas—. Me he despertado sobresaltado, escucho un lamento, he despertado a Alberth, pero me dice que es el rumor del viento en este caserón viejo de Santander.

»No puedo dormir y salgo al pasillo, oigo el viento que dice Alberth, pero también mi nombre. Ando sin rumbo por la casa detrás de esa voz y en el corredor más alejado, el que lleva al desván, se hace más legible. Antes había un saliente donde me escondida cuando jugaba al escondite con madre, pero ahora está recta. Dudo unos minutos, me he confundido, pero no, es allí. Golpeo la pared y escucho su voz llamándome. —Al otro lado de la puerta hay una pelea, Alejandra suplica que no sea Daniel, que le dé unos minutos más para saber la historia de su familia—. Logro sacarla de allí, pero tengo que esconderla, está delgada y débil, me acuerdo del pozo donde metí a mi perro y mi conejo; padre quiso quitármelos porque me debilitan el espíritu, «¡son los regalos de madre!» le grité. —Alejandra se compadece de esa pobre criatura—. Es ligera como mi almohada, pero torpe como el viejo mayordomo. Tiro a madre al pozo, ya está a salvo, «No hables, vendré a traerte comida» —susurra al odio de Alejandra con esa voz añorada—. Escucho el coche de padre acercarse por el camino y corro a esconderme bajo mi manta. Alberth finge dormir, lo sé porque no me atormenta con sus ronquidos, pero no le digo nada ni él a mí. —Alguien entra en la sala, pero Rudolph está absorto en la historia—. Hemos vuelto al internado, las cosas han cambiado, temo por madre, no sé si aguantará semanas sin comer, sola no está porque mi perro y mi conejo la hacen compañía. Rezo todos los días para que llegue Semana Santa. —Un nuevo suspiro. Alejandra siente piedad por ese pobre niño y llora por él—. El director me llama, me volverán a castigar, Alberth hace cosas cada vez más malas, tortura a otros niños y les pide que me delaten a mí, llevo un mes sin poder sentarme, tengo el trasero en carne viva; el director dice que va a enmendar mi alma, pero nadie me escucha cuando digo que yo no soy, que es Alberth. Solo Alejandro me defiende y acusa a mi hermano. Pero nadie nos cree porque Alberth es tan bueno, tan angelical, tan caritativo y bondadoso a la luz del día que parece mentira que sea la misma persona por la noche. Se disfraza y no parece ni él. No me han llamado para castigarme, es padre que me espera para llevarme a casa, ha descubierto mi secreto. El pozo. «¡No es de hombres llorar!» me grita mientras me golpea, madre ha muerto, yo la maté al tirarla al pozo, la rompí el cuello. —Rudolph se aleja de la camilla y hurga en el bolsillo del pantalón, Daniel da un paso al frente acorando la distancia. Rudolph extrae una foto amarillenta y se la muestra a Alejandra. Es un niño abrazado a una mujer, parece ella, pero no lo es, es otra época, otra vida ajena totalmente, es su tía, la hermana de su madre, la madre de Rudolph.

»Ha pasado tanto tiempo que no recuerdo ni su rostro, la echo de menos pero no se lo digo a padre, porque me golpeará o me castigará cruelmente. Ya no voy al internado, siempre estoy encerrado, solo en la casa con padre y el viejo mayordomo. Es el mes de agosto y hace calor, padre fue a buscar a Alberth que vino a pasar un mes con nosotros, no me habla, dice que soy escoria. Hay algo oscuro en los ojos de mi hermano, son tan azules como siempre, pero más fríos y distantes, me mira raro, con superioridad y repite como una letanía las palabras de padre: «¡Fortalecer cuerpo y alma!» —Rudolph vuelve a buscar en los bolsillos del pantalón—. Alberth me castiga más que padre, me tiene sin comer y no me deja dormir. Lloro llamando a madre, él dice que mi debilidad es porque mi alma es de mujer y mi cuerpo el de un hombre, ha decidido curarme. —Parece que ha encontrado lo que busca, el filo de una navaja asoma por los dedos de su mano, ella reza para que le cuente toda la historia antes de que Daniel le meta un tiro en la cabeza, tiene la pistola levantada con el cañón apuntándole.

»Me corta los testículos y el pene una noche que padre sale de cena, la sangre cubre el suelo del salón y la hemorragia no cesa, me dice que si es de Dios que muera que ponga en orden mis pecados; yo rezó para reunirme con madre y volver a la playa a coger conchas. Alberth me escucha pronunciar su nombre y se enfurece, con una fuente de cristal me golpea la cabeza hasta

que dejo de hablar y me duermo. Han pasado los meses y vuelvo a andar, pero ya no hablo ni comprendo a la gente, las palabras y los sonidos son confusos... Padre me encierra en el sótano, me encadena. Me cuenta que anoche salí y maté a un hombre, que han ocultado el cadáver, que no puedo seguir llamando la atención, y más ahora que mi hermano es un ilustre caballero, pero sé que fue él y no yo, le escuché discutir consigo mismo antes de salir. —El silencio se acentúa y Alejandra teme que deje de narrar—. Nadie baja ya a verme, me tiran la comida desde la puerta. Hoy he gritado durante horas porque me duele la tripa, no sé si estoy solo o padre y mi hermano hablan sentados en el gran salón ignorándome; me siento muy mal. Alguien que no conozco ha bajado en mi ayuda, se llama Alejandro y está pasando las vacaciones de verano con nosotros, se sorprende de verme, me pregunta si me acuerdo de él, me dice que creía que había muerto con madre. Va a buscar ayuda. Ya no vuelve a bajar, pero una noche escucho una noche sus gritos. Es como yo, otro preso. —Alejandra está agotada, *¿Cuánto dolor puede soportar el ser humano?*—. Mi hermano baja para despedirse, que le he destrozado la vida, que ama a Alejandro y por mi culpa ya no quiere saber nada de él, que piensa que es un monstruo. Ya nadie vuelve a verme en muchos años, es el viejo mayordomo quien me alimenta por la reja, dice que soy de todos el más afortunado. Un día, Alberth regresa para decirme que tú has vuelto para castigarnos a todos, pero yo sé que no eres madre porque padre antes de irse para no volver te dejó a mi lado, te veo y te toco antes de dormirme.

Rudolph levanta la navaja y Daniel dispara el arma, la bala incrusta en el centro de la frente. Alejandra grita, aquello es una pesadilla de la que quiere despertar, pero no puede.

Capítulo 49

223:30h. 23 de diciembre del 2019. Pedro Bernardo

—Le ruego que se esté quieta. —El enfermero intenta colocar la venda sobre la mano de Alejandra, pero no deja de moverse y girar la cabeza a un lado y a otro intentando encontrar a Daniel.

El terreno vacío, escasas dos horas antes, ahora era un hervidero de ambulancias y gente yendo de un lado a otro. Había visto a Félix con un paño ensangrentado en la cabeza, seguido por Pedro que avanzaba dando pequeños saltos, apoyado en un enfermero camino de una ambulancia. Vio de lejos a algunos de los hombres de Daniel custodiando a un grupo de veinteañeros, con la esvástica cosida en la solapa y en un brazalete negro, todos con la cabeza rapada y una mirada inquietante.

Escuchó las voces de Santi y Javier que bajaban al zulo para analizar la sala donde había quedado tirado el cuerpo sin vida de Rudolph. Ella no recordaba nada después de la detonación, se desmayó, recuperó la consciencia justo cuando aquel aprendiz a «matasanos» luchaba con una mano inquieta y una venda resbaladiza. Necesitaba ver a Daniel, que le informase de que todo iba según lo planeado a pesar de las heridas recibidas, que nadie había muerto y que no había ninguna «dama».

—¡Eres tozuda y cabezota! ¡Una insensata y una loca! —A pesar del tono enfadado y el rostro ceñudo de Daniel, las palabras llegaban a Alejandra como un bálsamo más que el calmante y el vaso de agua helada que el enfermero de acné y gafas de «cerebrín» le tendía—. Nos puede dejar solos, ¿si ha acabado con ella?

—¡Sí, señor! — dijo aliviado el enfermero.

—¿Qué has hecho al muchacho? —preguntó divertido Daniel.

—Acabo de cobrar la consciencia y ya estaba algo tenso. —Ella le tendió la mano para incorporarse. Con el primer empujón suave sintió como la sangre abandonaba la cabeza y el mundo giraba peligrosamente.

—¡¡Eeeeh!! No tengas tanta prisa. — La abrazó para evitar que cayese—. Ha faltado muy poco esta vez. Tenías que esperar a que redujéramos a los que corrían disparando sus armas, antes de adentrarte sin saber lo que te esperaba dentro. Pedro y Félix pueden contarle de milagro, cuando llegué uno estaba inconsciente en el suelo sangrando copiosamente por la cabeza y el otro deliraba. ¿Sabes cómo me he sentido? Estaba persiguiendo a un niño, porque esos memos que se han dejado embaucar por tu profesor, son unos adolescentes en plena pubertad... —Tomó aire y guardó silencio, ella no dejaba de moverse inquieta esperando el turno de palabra sin prestar atención a nada de lo que acababa de contarle—. ¿Qué te sucede?

—¿Has oído todo lo que me ha contado? ¡Era un ser atormentado, un niño maltratado por su padre y sobre todo por su hermano! No puedo creer todo lo que me ha dicho, no quiero creer que sea cierto. ¡Tanto horror, tanta maldad! ¿Lo has escuchado? —dijo angustiada Alejandra.

—¡Alejandra, no entendía nada de lo que te decía!

—¿No le entendías?

—Le escuché alto y claro, pero no hablo alemán. —Ella le miró sin comprender—. Estaba hablándote en alemán.

—Yo... —Alejandra miró hacia el suelo y se perdió en la lazada perfecta de la bota de Daniel.

Siguió con la mirada el cordón negro de la bota entrar y salir por cada agujero, llegar al nudo y perderse en la lazada, y en el sobre nudo para evitar que todo aquel trabajo perfecto se disipara con el movimiento de una bota pulcramente brillantada con un intenso olor a betún. Y el olor a betún le llevó a un recuerdo de la infancia, en la casona de Santander donde El Profesor en la arena de la playa dibujaba una serie de consonantes con escasas vocales, y se concentró en el conjunto de letras sin sentido: «Ich bin eine Strafe» y reparó en el uniforme de riguroso negro con la camisa marrón que vestía, cuyos pantalones recogidos dentro de unas botas pulcramente limpias le hacían parecer más imponente y autoritario. Con la inocencia de la infancia escuchó la voz de la pequeña Alejandra: «¿Por qué soy un castigo?» «Vergangenheit gekommen, um meine gegenwart verfolgen, aber ich werde ihre zukunft zu zerstören».

—«Vienes del pasado para atormentar mi presente, pero yo destruiré tu futuro» ¿Cómo he podido olvidar...? ¿Qué hizo conmigo? ¿Qué más me ha borrado de mis recuerdos? —Se incorporó—. De niña pasaba un mes de mis vacaciones en Santander. Vestía con camisa marrón, traje negro y botas de militar, el uniforme de la SS, tenía cientos en su armario. Provenían de la fábrica alemana de Hugo Boss, amigo del padre de El Profesor. Todo lo había olvidado.

—No sucumbas, eso es lo que él está esperando, que te desmorones como el castillo de naipes, se fuerte. No te preocupes por lo que no sabes, aférrate a lo que conoces... a mí. —Alejandra cargada de inseguridad se agarró con fuerza a la mano de Daniel.

—¿Dónde está El Profesor? —preguntó Alejandra.

—Esperándote en la sala número 2. —Ella levantó la mirada y le sonrió.

—Sabía que no iba a poder resistirse a no controlar la situación hasta el final. —Se alisó la camisa remetiéndose los picos por dentro del pantalón y se subió la cremallera de la cazadora—. No hagamos esperar a nuestro invitado.

Capítulo 50

00:30h. 24 de diciembre del 2019. Madrid

—Siento llegar tarde. —Alejandra tomó asiento—. Rudolph ha muerto.

—Me lo imagino —dijo El Profesor. No era dolor lo que ella vio en los penetrantes ojos azules de Alberth Levitt, fue la falta de aprecio, de reconocimiento e incluso aversión con un hermano de quien se pone en duda los lazos de sangre—. Si tú estás sentada ante mí, él está con una bala en la cabeza. —Las últimas palabras se las dirigió a Daniel.

—Sí —asintió Alejandra. Veía cómo la escasa autoestima que le quedaba, tras escuchar la historia de Rudolph, desaparecía de su cuerpo ante la indiferencia de un hombre que fue un pilar importante en su vida, ni un gesto de preocupación ni una palabra de aliento. Guardó un silencio prolongado y esperó a dominar el temblor que sacudía sus manos, no vencería la batalla con aquella actitud desvalida—. Antes de morir... me contó su historia.

—¡Ya! —Por un segundo el rostro del profesor mostró interés.

Antonio se movía inquieto ante tan largas pausas y tan prolongado silencio, comprendía que mantenían un duelo a una escala que él no alcanzaba, pero soportar aquella presión requería mucha fuerza de voluntad y él tenía toda su energía concentrada en evitar saltarle la tapa de los sesos con la pistola que guardaba en el bolsillo de su chaqueta.

—Supongo... —dijo El Profesor cuando Alejandra le interrumpió.

—Considerar posible o probable una cosa, sin estar seguro de algo, es de necios. Si estás sentado ante mí, y no yo ante ti, es porque doy por hecho sin ninguna duda y no supongo. —El Profesor sonrió al escuchar la seguridad de Alejandra—. Creo que no hay nada que añadir —dicho esto se puso en pie, el desconcierto fue visible en el rostro de todos.

—Pero... —Ella levantó la mano y le hizo callar.

—No hay nada que me puedas contar que no sepa. —Tomó de nuevo asiento y colocó las manos sobre la mesa—. Mataste a mi padre y a mi madre... —El Profesor mostró enfado, aquello era reducirlo demasiado, pero Alejandra levantó la mano para hacerle callar—. ¡Perdón! Me explico. En un arrebato de ira y delante de tu hermano, que no interpretaba la sutilidad de las palabras ligadas a los sentimientos, anhelaste la muerte de mi padre, pero no con el deseo de que la profecía se cumpliera, sino las palabras que se dicen sometido al calentón de descubrir que tu amante se divorcia para permitir que tu prima sea feliz en los brazos del hombre al que ama, sabiendo que tú jamás recuperarás el amor, que perdiste años atrás. Y aquí llega el secreto que tan celosamente guardaste, tú fuiste el brazo ejecutor de su terapia, tú sometiste a mi padre a tortura.

—Eso...

—No se te ocurra negar lo evidente, la realidad está escrita de tu puño y letra en las cartas que él guardó celosamente en su despacho, te llevaste el diario pensando que con aquello tus secretos estarían a salvo, pero tú mismo te delataste. Mi padre continuó teniéndote a su lado porque conocía tu maldad y solo él aplacaba las voces de tu cabeza, solo él evitaba que tu personalidad psicópata se deleitara en atormentar a otros, aunque muchas veces él se viera arrastrado por tú

locura y torturado por ese amor que supuestamente le procesabas. No me vas a revelar nada que no sepa, pues todo lo conozco de ti y te leo como un libro abierto. —Daniel comprendió el juego de ella, aunque lo veía arriesgado y peligroso.

—¿Cómo...? —Siguió interrumpiéndole sin descanso, minando ese pedestal en él que llevaba años subido, donde ella le había alabado y agasajado, postrada cual esclava ante un dios.

—No me interesa ni cómo ni cuándo ni por qué —dijo negando con la cabeza Alejandra. Aquel desprecio constante, no dejarle expresar las ideas ni mostrar interés por los logros durante los últimos años de investigación, hacían que se convulsionara por dentro, el corazón y la respiración de El Profesor se aceleraban—. Continuaste la investigación de tu padre sobre la mente, buscando al soldado perfecto, un ser sin sentimientos, con tolerancia al dolor, sin miedo a la muerte y sin reparos a la hora de ejecutar la orden más inhumana sin cuestionarse nada. Por separado parecen actos descabellados, pero cuando los estudias todos juntos, ves el camino que toma tan loca empresa. La supervivencia del sujeto sin alimentos, ingerir venenos en pequeñas dosis para hacer resistente al cuerpo, exponerle a un bombardeo de imágenes con una idea subliminal. Sin contar el resto de torturas a las que sometes a tus víctimas por el simple deseo de...

—¡Mientes, todo se ajusta a la ciencia! Mi padre buscaba soldados, yo quería analizar al sujeto desde los cimientos para detectar su naturaleza antes del desarrollo... ¡Ciencia!

—¡Eso no es ciencia, son los delirios de un loco, de un maniaco homicida, de un psicópata con miles de patologías!

—¿Cómo te atreves a faltarme el respeto? —dijo poniéndose en pie y golpeando las manos sobre la mesa de caoba—. Yo hice de ti lo que eres, tu sagacidad, tu sexto sentido... ¿Cómo te atreves si quiera a levantarme la voz? ¿A poner en entre dicho mis investigaciones?

—Me atrevo porque te supero en ingenio e intelecto. —El Profesor crispó las manos aferrando el aire con fuerza—. Te cacé. Jugué a tu juego y perdiste.

—Estoy aquí porque yo quiero, no hay nada que...

—Has sido chapucero. Mataste al notario porque descubrió tu juego, ¡un simple picapleitos!; al muchacho del catastro porque descubrió tu escondrijo, ¡un tío con un metro y un plano!; al de la inmobiliaria porque reconocía a un estafador a la legua y este sí que era... ¡un descerebrado! —El Profesor se movía inquieto en su sitio—. Pero no terminan aquí tus fracasos: el fotógrafo y su novia, te cazaron con su cámara. —La mirada de Alberth Levitt se relajó y ella supo que se desviaba del trazo—. Bueno... te extorsionó con las imágenes que encontró de su padre cuando era un adolescente en un internado. —Los labios de El Profesor dibujaron una fina línea y ella supo que volvía a estar en el camino correcto—. Me inquietó no poder hablar con Celedonio, por qué..., pero luego lo descubrí todo. —Los ojos de El Profesor miraban hacia un punto perdido de la mesa, sin interés. Alejandra maldijo su falta de visión. *¿Por qué necesitó quemar el archivo de Celedonio? ¿Por qué aquello lejos de arruinarle, fue un golpe de buena suerte?*—. Os encontró juntos y os inmortalizó en el internado. Alejandro volvería a ser tratado de una enfermedad que no existe y tú le perderías definitivamente a él. Mi padre consideraba vuestra relación ilícita, me pregunto si realmente él te amaba o solo sucumbía a tus deseos para aplacar tu ira. —Antonio levantó la cabeza con horror ante aquella idea—. Tuvisteis que arrastrar de él. Fue el fotógrafo de la boda. Y nuevamente no se le escaparon los detalles, era un ojo acostumbrado a mirar, quizá os pilló. Ahora estaba en juego la herencia y si Alejandro la perdía, sería libre, porque nada le retendría a tu lado. Quemar el archivo fue inútil y un error del que supo sacar buen provecho el bueno de Celedonio, era hombre astuto y guardó los negativos a buen recaudo, ahora tocaba no solo pagar, también compensarle de los daños ocasionados.

—Aquel hombre no tenía fin en su ambición... —Nuevamente Alejandra le interrumpió.

—Era una chapuza de plan. Alejandro te confesó su angustia, estar siempre extorsionado por un hombre como aquel, no quería tenerlo cerca de su familia. Mi padre tenía miedo, no por él sino por mí, pero tú tan sensato como prepotente, le dijiste que no dejarle ser el fotógrafo de mi bautizo llamaría la atención y podía tomárselo como una afrenta. Estoy escuchando tus palabras: «Tan gran botarate qué puede descubrir que no sepa» —dijo Alejandra—. Mi padre enloqueció cuando antes de irse Celedonio, de una forma velada le confesó conocer el secreto. ¿Qué secreto? ¿Cuál de todos? Le viste encerrarse en su despacho, revelaba su inquieto estado de ánimo. Llegaste en mal momento, mi padre maldecía e intentaba descargar la rabia, no pretendía nada más que soltar lo que oprimía su pecho, no buscaba otro camino que el seguir pagando, era un justo precio por tanto pecado. Siempre creyó que todo lo que le sucedía se lo merecía por su vida depravada. Mal interpretaste sus palabras, su nuevo tormento, ahora no estaba en juego ni tu honor ni el suyo, ni tú ni él, ni su fortuna, estaba en juego mucho más, mi madre y yo. Celedonio vio lo que a ti se te escapó. La muerte de Celedonio un grave error que mi padre no se perdonó...

—¿Tu madre y tú? ¿Qué se me escapó? —Los ojos inquietos, el brillo en la pupila, Alejandra tenía toda su atención.

—No es relevante a estas alturas de nuestra historia. Mandaste matar a Celedonio. Mi padre... bueno se sintió responsable y pasó religiosamente una cantidad de dinero a un huérfano al que tú también dedicaste tus horas de enseñanza. —El Profesor sonrió triunfal—. Todos pacientes tuyos, de una forma u otra todos están relacionados contigo. Has demostrado premeditación y sangre fría, has esperado todos estos años preparando a cada uno de los personajes, socavando en su mente y convirtiéndoles en marionetas. Uno se te ha ido de las manos.

—Pelayo no se me ha ido de las manos, he potenciado sus virtudes, será un digno sucesor. Tú nunca te dejaste doblegar, eres obstinada... me gusta esa virtud... no esperaba menos de alguien que lleva mi sangre, aunque sea diluida.

—Un piropo, viniendo de ti, es todo un honor —dijo Alejandra, observando que las palabras de El Profesor se alargaban en su boca, aquella forma tan extraña de mirarla como si todo estuviera dicho, la inquietó.

—Muchos de mis secretos no están escritos, me llevaré a la tumba todos aquellos que tú más ansias saber. ¿Por qué tú? ¿He montado todo esto para ti o para mí?

—No tengo duda que fue para ti, demostrar que eres superior a mí, pensar que nunca te atraparía, que este caso quedaría abierto y sobre mi conciencia la muerte de Sofía sin una venganza...

—Ja, ja, ja... Tengo cáncer y me quedan pocos meses de vida. No monté esto para mí, he tenido muchas como estas y nunca he sido pillado. Veintitantos cadáveres descansan bajo tierra sin que nadie les eche en falta ni les dé justicia. Sofía hubiera sido otra de tantas, pero el diagnóstico aceleró todo. Dejamos la puerta medio abierta y aquella boba no se atrevía a escapar, mi plan iba a fracasar... tuve que ir yo mismo y sacarla arrastras. Todo se hubiese ido al traste si Flora no tuviera miedo a la oscuridad, sino condujera como los caracoles y sin ese poquito de suerte que siempre me acompaña. No monté esto para mí... este caso es el tic-tac del depredador que llevas dentro. Has olido la sangre y acariciado la adrenalina que da la cacería humana. Te dejo cientos de Pelayo que recibirán el detonante en cualquier momento: una palabra, una imagen o una fecha en el calendario. Buena suerte Alejandra. —Un ictus de dolor cubrió su rostro, se dobló por la cintura y un espumarajo blanco escapó de su boca entre abierta.

—Es cianuro... —gritó Antonio poniéndose en pie y corriendo hacía él—. ¡Hijo de la gran

puta, no te atrevas a morirme!

—Busca a la doctora Navarro. Jaque—mate... — dijo Alberth Levitt con el último aliento.

—¡Hijo de puta! Alejandra es hija mía, mía y sólo mía... Alejandro te lo ocultó porque sabía... ¡No te mueras cabrón sin darme el placer de matarte yo! —Daniel cogió por los hombros a Antonio y lo obligó a salir de la sala mientras ella miraba el cuerpo sin vida de El Profesor.

—Creíste que Alejandro se enamoró de mi madre y nunca dudaste de su paternidad, ¿por eso me odiabas tanto? —Alejandra arrodillada a su lado movía la cabeza negativamente, no estaba satisfecha con lo ocurrido, no tenía miedo a lo que desconocía del pasado, temía ser otra de sus marionetas en un futuro que se presentaba incierto.

Epílogo

12:00h. 15 de junio del 2019. Madrid

Alejandra miraba por la ventana de su despacho el final de la calle, intentando averiguar en qué momento aquella imagen, fecha o palabra convertirían su vida en un infierno, para ella y para todos aquellos que la rodeaban. En la mano sostenía la tesis de la doctora Navarro, psiquiatra y colaboradora de la Guardia Civil, coincidencia o no, dos alumnas de El Profesor al servicio del orden. Aquella doctora había experimentado con ratones, implantándoles recuerdos artificiales. Estimulaba su cerebro con dos electrodos que penetraban por unos diminutos orificios, mapeando los circuitos cerebrales llegando a la formación de una memoria artificial. Había logrado: «Editar el pasado, manipular el presente y controlar el futuro».

Pero no había tenido tiempo en pensar mucho en aquello. Vigilar a Pelayo, se convirtió en su segunda obsesión, que terminó matándose en un extraño accidente de helicóptero en Menorca. Ni cuerpo ni nada con lo que poder calmar ese yo interno que la avisaba de lo sencillo que parecía todo; pero después de meses de búsqueda incansable en el fondo del mar, las autoridades de las islas y Antonio, dieron por cerrado el caso y le declararon oficialmente muerto.

Entre los papeles que había heredado del profesor, así como todas las posesiones y dinero, no había nada que pudiera arrojar luz sobre aquellos soldados de la muerte que con los años estaban preparados para seguir los pasos de un asesino en serie inteligente como era Alberth. Los estudios y Las investigaciones podía ser una amenaza infundada, por el simple placer de imaginarla atormentada tras su muerte, para que jamás tuvieses descanso, que nunca fuese feliz. ¿Pero cómo saberlo? Daniel aseguraba que todo era un farol, pero ella misma era una marioneta de un loco, lo sentía y lo sabía.

Daniel entró en el despacho, el olor a café hizo que Alejandra se girase y esbozase una sonrisa.

—¿Cómo me conoces? —añadió mientras extendía la mano para acariciar el vaso caliente y humeante.

—Porque te conozco, sé que lo que te atormenta todo este tiempo, jamás sucederá.

—No puedo dejar de pensar que no fue una amenaza sin fundamento, él no era de esas personas que se jactan de algo que no es real... Se moría y quería que supiera que había conseguido lo que muchas sociedades médicas investigan en la más absoluta clandestinidad. El ser humano es manejable y vulnerable, el cerebro se puede resetear e incluso programar una orden o borrar un recuerdo o crearlo de la nada. —Dejó caer sobre la mesa la tesis de la doctora Navarro.

—Eso se ha visto en las películas. Delirios...

—Nuestros sospechosos eran pacientes de su consulta, sesiones de cuarenta y cinco minutos.

—¡Ya! —Daniel contra más escuchaba aquella teoría, más seguro estaba del riesgo que corrían.

—Tenía un registro de las sesiones con cada paciente y su secretaria nos confirma que nunca estuvo más de una hora con cada uno de ellos. Que no salían del despacho y no hemos encontrado dentro de esa sala nada sospechoso. Que gravaba cada cita meticulosamente. —Alejandra se sentó

en el sofá—. Hemos visionado las cintas, es la típica sesión de psiquiatra barra paciente, en todas al finalizar se dirige a la cámara y antes de apagarla, esboza una sonrisa de triunfo. —Alejandra deja caer la cabeza—. No tenía nada que perder, ya estaba sentenciado a muerte, pero no podía irse sin que supiéramos lo que había logrado, lo que podía hacer con el tono de su voz o con su mirada penetrante, no sé cómo lo hacía, pero sé que lo consiguió. Tenemos ahí fuera a personas que parecen normales y están esperando recibir la orden para ponerse a matar, pueden ser policías, bomberos, amas de casa o el jardinero de nuestra urbanización. Es como una caza de brujas. Tenemos a miles de pacientes en los archivos, gente normal y buena. ¿Por dónde empezamos? ¿A quién comenzamos a vigilar como asesino potencial?

—Tiene que ser alguien con depresión, tristeza... incluso personas a las que le guste maltratar animales o quemar cosas...

—Daniel, todo el que va a un psicólogo o psiquiatra, es vulnerable a la tristeza o tiene algún trastorno, todos sus pacientes son potencialmente actos. —Daniel bajó la mirada y se perdió en las grietas de la tarima flotante—. Yo soy de todos la más peligrosa.

—¡Tú no! —grito Daniel.

—Tú mismo escondes la mirada cuando lo dices, en el fondo sabes que es posible. Olvidé tantas cosas. ¿Qué más me pudo hacer que no recuerdo? Yo misma asistí a sus sesiones y no recuerdo nada de todas ellas.

—¡No y no! Tengo un sexto sentido y tú no eres como él, ni serás jamás como él. ¡No te lo permitiré! —Daniel se acercó a ella y la cogió de los hombros con fuerza—. Te rescaté del agujero y tus ojos no eran lo de un depredador; un depredador no se preocuparía por serlo ni tendría miedo a volverse.

—¿Los mismos ojos con los que nos miró Sofía al despertar? —preguntó Alejandra.

—No. Ella vaga entre las sombras de su mente, nunca encontrará la salida de sus pesadillas, por eso El Profesor no tuvo intención de eliminarla, ya estaba muerta cuando la soltó.

—Llegué tarde —dijo apoyando la cabeza sobre el pecho de él.

—Fue tarde para ella el mismo día que entró en su consulta en busca de ayuda para sus gustos sexuales. No te castigues más por esto o por aquello —dijo Daniel sosteniéndole la mirada.

Samuel entró en el despacho sin avisar, quedando quieto ante la imagen de los dos abrazados.

—Lo siento, debería haber llamado. —Se sonrojó Samuel.

—Ni mucho menos, si lo hubiese hecho pensaría que mi equipo pierde la espontaneidad de lo imprevisto, de lo que nos mantiene alerta... —Alejandra le observaba divertida ante la mirada de Samuel intentando averiguar si era malo o bueno lo que decía.

—Un cadáver, bueno dos, pero es uno... o uno que son dos...

—Esto supera mi límite —dijo Alejandra extendiendo la mano y haciéndole callar. Daniel rompió en sonoras carcajadas—. Limítese a los hechos.

—Un cuerpo al que han cosido una cabeza y no es suya. Pero no hay ni más cuerpo ni más cabeza. En el columpio de un parque público.

—¿Qué hacemos? —dijo Daniel mirando a los ojos de Alejandra que refulgían con un brillo diferente.

—Salgamos de caza —añadió ella lanzando la taza de papel vacía a la papelera—. En cinco minutos todos en sus coches.

Samuel salió a la carrera y Alejandra se colocó la chaqueta, se remitió la camisa y miró sonriente a Daniel. Pero ésta es otra historia.

AGRADECIMIENTO

A todos y cada uno de los que llegaron hasta estas líneas, pero también a los que se quedaron por el camino porque dieron una oportunidad a mi novela. Agradecer el tiempo dedicado y el dinero invertido en una historia que espero lograse distraer un momento y entretener otros.

Esta novela es anterior a El vestido de Gala (os dejo abajo el enlace). Cuando decidí publicarla pensaba que la trama era fantástica y que eso compensaba todo lo demás, tenía muchas expectativas (como buena madre no vi los defectos de su retoño). Alguien me abrió los ojos y comencé un camino que no ha llegado a su fin: estudiar y aprender.

Pido perdón, porque la obra, seguro tiene cientos de defectos que al día de hoy no logro ver, pero no dejo de retocar y mejorar con cada una de las aportaciones que recibo de todos vosotros.

Os dejo mi correo para los tirones de orejas y para alguna palmadita en la espalda que me ayude a continuar.

Gracias por vuestras horas de lectura.

Gemmagarciaveiga.autora@gmail.com

El vestido de Gala:

(<https://www.amazon.es/vestido-Gala-Gemma-Garc%C3%ADa-Veiga-ebook/dp/B07VM98XCB>)